



se

**EMPAR FERNANDEZ**  
**MALDITA VERDAD**

Lectulandia

Desde su divorcio, hace ya varios años, Olga Bernabé convive con su hijo Daniel, que se ha convertido en un desconocido de 17 años con el que apenas cruza alguna palabra. Una noche de finales de septiembre, Olga regresa a casa a medianoche, agotada tras una larguísima jornada en el hospital en el que trabaja y sintiéndose más sola que nunca. Comprueba que Daniel no ha cenado y que está acostado en su habitación con los auriculares puestos. Decide no despertarlo, pero lo que descubrirá al día siguiente la impulsará a conocer la auténtica vida de su hijo.

De la mano de Raul Forcano, un investigador en ciernes, retrocederemos en la vida de los protagonistas, hasta llegar a un suceso que quizás sea mejor seguir ignorando. Conocer la verdad resultará para los implicados una verdadera maldición.

Lectulandia

Empar Fernández

# Maldita verdad

ePub r1.0

Karras 17.12.2018

Título original: *Maldita verdad*  
Empar Fernández, 2016

Editor digital: Karras  
ePub base r2.0

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

# Índice de contenido

Prólogo: Llamad a cualquier puerta

Primera parte

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Segunda parte

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Tercera parte

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Cuarta parte

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Sobre la autora



*El dolor busca siempre la causa de las cosas, mientras que el bienestar se inclina a estar quieto y a no volver la mirada atrás.*

Stefan Zweig (1881-1942)

*I've seen things, you people wouldn't believe. Attack ships on fire off the shoulder of Orion. I watched c-beams glitter in the dark near Tannhäuser Gate. All those moments will be lost in time, like tears in rain. Time to die.*

Monólogo de Roy Batty.  
*Blade Runner*. Ridley Scott, 1982

## Prólogo: Llamad a cualquier puerta

Decía Alfred Hitchcock que es mejor partir de tópicos que caer en ellos. Cuántas novelas y películas en la actualidad comienzan por todo lo alto —un inicio sorprendente e inverosímil, que no se parece nada a lo que hemos visto antes—, imprimiendo a ese inicio la intensidad del desenlace, todo sea con tal de agarrar por las solapas al espectador. El problema está en que pocas veces el desarrollo de la historia mantiene la altura de las expectativas generadas, diluyéndose para quedar en nada o menos. En las antípodas de esa hiperabundancia de los comienzos más falleros está la sencillez de las mejores películas de Hitchcock, o el planteamiento humilde y cercano de cualquier novela de Empar Fernández. Seguramente es más complicado construir una historia con menos elementos, hacer que resulte interesante a cada minuto, a cada página, profundizando en sus implicaciones. Seguramente con el paso del tiempo comprobaremos que resisten más en nuestra memoria la mujer que no bajó del avión o la chica que lloraba al subir al autobús antes que los golpes de efecto puntuales que pudieron impresionarnos en su momento.

*Maldita verdad* se inicia con una rutina vivida y vista una y mil veces. El peso de la realidad carga las tintas en los diferentes matices del gris, quitando espacio para el resto de colores: una mujer solitaria vuelve tarde de trabajar, acumulando cansancio y hastío de su rutina. En su casa solo le espera un hijo adolescente con el que apenas consigue intercambiar algunas palabras, las justas para ir tirando. Se encuentra tumbado, con los cascos y la ropa puesta, pero ya se ha dormido, sin siquiera tocar la cena que ella le dejó preparada. Pero ya es mayorcito para juegos tiernos; de hecho madre e hijo llevan una temporada tratándose como desconocidos. No será hasta la mañana siguiente cuando su doloroso distanciamiento, que parecía el resultado de una adolescencia complicada, desemboque en una tragedia irreparable.

La llegada de una trama policíaca no hace desistir a Empar, que aplica las mismas reglas del juego: con sensibilidad e inteligencia, y sin querer hacer leña del árbol caído, la autora nos descubre una trama familiar a través de las indagaciones de un aprendiz de detective. Pero todo lo que sucede en esta novela está más bañado por esa gama de grises de la realidad que por el technicolor de las películas. Con mano firme desnuda la intimidad y los sentimientos de sus personajes, sabiendo que son mucho más que tópicos literarios, que podríamos encontrarnos a cualquiera de ellos a la vuelta de la esquina, en nuestro barrio, en nuestro vecindario.

Son muchos los temas y problemas que plantea esta novela pero muy pocas las soluciones, ya que el camino de la investigación no nos lleva tanto al descubrimiento de una verdad como a un dilema moral en el que no caben soluciones fáciles. Quien haya leído alguna de las novelas previas de Empar —en este sello se pueden



encontrar *La mujer que no bajó del avión* y *La última llamada*— ya conoce sobradamente su registro y su sutileza para retratar la crisis y sus consecuencias en la vida cotidiana.

Todo transcurre en un barrio cualquiera de Barcelona. En cualquier barrio de Barcelona. Casi puede decirse que en cualquier barrio de cualquier ciudad, en cualquier calle. Puede que el transcurso de la acción nos lleve por derroteros más inesperados, pero os aseguro que no son para nada fantasiosos, porque la materia prima de esta novela es todo lo que nos rodea. Llamad a cualquier puerta porque está a punto de empezar una nueva novela de Empar Fernández.

por David G. Panadero,  
director de la colección *Off Versátil*

# Primera parte

Olga no advirtió ningún ruido cuando llegó a casa cerca ya de las once de la noche. Ni la televisión encendida ni la voz de su hijo al teléfono o frente al micrófono del ordenador. Ni tan siquiera el ruido como de lluvia menuda del teclado que tantas horas ocupaba diariamente a Daniel. Le sorprendió aquel silencio absoluto, pero recordó que, cada vez más a menudo, Daniel utilizaba auriculares para escuchar música y que a todos los efectos dejaba de existir. Se aislaba. Desaparecía. Una explicación razonable para tanta quietud. En ocasiones pensaba que su hijo los empleaba para alejarse del mundo y de ella. Sobre todo de ella.

Encendió la luz del pasillo, dejó el bolso sobre una silla, se descalzó con evidente alivio de sus pies castigados y se acercó a la habitación de Daniel. Mientras avanzaba el cansancio se apoderó de ella como un extraño y despiadado virus. Se elevó la fatiga desde el suelo hasta superar la planta de sus pies, alcanzar sus piernas, sus brazos, sus ojos... Se sintió exhausta.

En el piso de arriba, el ático tercera, alguien seguía las evoluciones televisivas de unos concursantes que aspiraban a hacerse millonarios de la noche a la mañana. Algunos incluso lo conseguirían. Olga reconoció la sintonía del programa y pudo imaginar a sus vecinos sentados ante el televisor. Mientras caminaba pasillo adelante también pudo oír risas y rumor de voces. Experimentó algo difícil de definir pero estrechamente emparentado con la envidia. Envidia de luces encendidas, de murmullo de voces cómplices, del otro sentado muy cerca, rozándote. El deseo de que alguien te pregunte cómo ha ido el día.

La puerta de Daniel estaba entornada, no cerrada. No la cerraba nunca, no necesitaba confinarse, se limitaba a blindarse a sí mismo. Olga la empujó unos centímetros, los justos para entrever el cuerpo de su hijo a la luz del corredor. Daniel se había estirado sobre la cama completamente vestido y con las deportivas todavía en los pies. Ni tan siquiera se había aflojado los cordones. Recordó que hacía tres días que no se había cambiado los tejanos y que la camiseta era la misma que usó el día anterior, y quizás el anterior al anterior.

Resopló.

No era la primera vez que se quedaba dormido tal cual, sin ponerse el pijama ni lavarse los dientes. Lo de los dientes era otra batalla perdida. Una más en aquella guerra incruenta que parecía no acabarse nunca.

Daniel conservaba los enormes auriculares azules en torno a su cabeza y obstruyendo sus oídos, tenía los ojos cerrados y uno de sus brazos descansaba sobre su vientre. Parecía dormido, pero quizás no lo estuviera. Olga no ignoraba que muchas veces aparentaba dormir para no desearle buenas noches, no escuchar algún

consejo de última hora de labios de su madre o no responder a una pregunta. Ella siempre tenía preguntas y él muy pocas ganas de satisfacer su curiosidad. Así de difíciles eran las cosas con un hijo adolescente.

Olga suspiró y, sin darse cuenta, movió la cabeza de un lado a otro profundamente contrariada. No conseguía entender cómo alguien podía relajarse con la música tronando en la proximidad de sus tímpanos. Música para dormir, para estudiar, para caminar... En la habitación, en el lavabo, en la cocina, en la calle, en el patio del instituto, entre una clase y la siguiente... Lo que para ella era un puro infierno para Daniel parecía algo vital, imprescindible. Música, música, música. Como el aire, como el agua.

Música.

Un verdadero disparate.

Cada vez más cosas de Daniel la superaban. Una de ellas era ese encerrarse en sí mismo que al parecer era algo habitual en los chicos de su edad y que a ella la sacaba de quicio. Quizás llevaban tanto tiempo viviendo solos que no conseguía acostumbrarse a ese estar sin estar del todo tan propio del joven energúmeno en el que se había convertido su hijo. No conseguía encajar tanta ausencia. No si el que se ausentaba era aquel joven en feroz desarrollo en torno al cual había girado su vida durante mucho tiempo. Un chico de 16 años desgarrado y confuso que aparentaba no verla y simulaba no oírla. Y lo hacía bien. Un virtuoso. El mismo sujeto que raramente abría la boca, que muy de tarde en tarde respondía a sus mensajes de móvil, que hablaba por lo bajo y que atravesaba el piso en dos zancadas y se plantaba en el portal en un suspiro.

Un suspiro materno.

Un chico inaccesible de piernas largas y cabello lacio y apelmazado al que desesperaba proporcionar la más pequeña explicación.

Años atrás Olga se hubiera acercado a Daniel y hubiera besado su frente, quizás incluso hubiera sacado una colcha del armario sin hacer el menor ruido y lo hubiera tapado por si durante la noche refrescaba. Quizás le hubiera susurrado un «buenas noches, mi vida» o le habría apartado el cabello de la cara. Seguramente habría retirado los auriculares con delicadeza y, desde luego, lo habría descalzado. De haberse despertado, aquel niño que fue Daniel con toda seguridad hubiera correspondido con un «buenas noches, mamá» y una sonrisa afectuosa.

Se limitó a comprobar que seguía completamente inmóvil y que aparentemente descansaba y cerró la puerta con cautela. Si se hubiera acercado y hubiera retirado los cascos de los oídos de su hijo probablemente Daniel se hubiera enfurecido y Olga no necesitaba más problemas de los que ya tenía. Además cada vez llevaba peor el turno de tarde-noche. Se sentía cansada y profundamente desanimada. Con el discurrir del atardecer notaba los pies hinchados, le pesaban las piernas como sacos terreros y se apoderaba de su ánimo un malhumor que apenas conseguía disimular.

En el hospital pasaba las horas enteras de un sitio a otro. Las enfermeras de la segunda planta, la de Pediatría, tocaban cada día a más trabajo. Que si cambia el suero de la 206, que si reparte medicación, que si atiende a la madre del niño de la 201 a la que conviene tranquilizar a cualquier precio, que si la criatura de la 207 acaba de vomitar, que si la niña de la 204 no toma leche y necesita un zumo... Además un final de septiembre insólitamente caluroso como el que estaban atravesando no la ayudaba en lo más mínimo.

Y por si fuera poco al llegar a casa y tenderse en la cama tardaba lo que no está escrito en conciliar el sueño. Podía pasar horas con los ojos cerrados y sin dejar de cavilar. Podía pensar cientos de veces una misma cosa sin avanzar absolutamente nada, como en un bucle desquiciante. A menudo no conseguía pegar ojo hasta bien avanzada la madrugada y cuando lo hacía despertaba dos o tres horas después. Era una verdadera tortura, una especie de oscuro maleficio que Sebastián, uno de los médicos con el que tenía cierta confianza, había atribuido a una menopausia precoz. Si andaba muy apurada recurría a las pastillas para dormir que le había recetado. No le quedaba otro remedio para ir tirando.

En la cocina comprobó con disgusto que su hijo no había cenado. No había calentado la sopa y la tortilla de patatas seguía en la nevera. Abrió una lata de cerveza y, sentada a la mesa de la cocina, Olga se comió la tortilla fría pensando en Daniel y en cómo se había alejado de ella en unos meses. Sintió ganas de llorar, pero no podía permitírselo. Necesitaba descansar, dormir, no obsesionarse. Sobre todo: no obsesionarse. Había quien aseguraba que la conducta de su hijo era completamente normal y que no debía preocuparse, que pasaría pronto, en un par de años todo lo más. Pero eran ya muchos años viviendo solos y a solas y a ella le costaba Dios y ayuda sobrellevar tanto distanciamiento.

Se sentía vacía y un poco perdida. Y experimentaba algo que bien podría llamar resentimiento hacia Salvador Carreras, Salva, el padre de Daniel, su ex. Había dejado de contar con él muchos años atrás. Aproximadamente cuando Salva, que lidiaba como podía con un cargo complicado en una entidad bancaria, empezó a obviar las visitas a su hijo y Dani dejó de insistir en que quería verle regularmente.

Solos.

Sola.

La despertó la alarma del móvil de Daniel que llevaba más de un minuto sonando. Maldijo interiormente al chico por no apresurarse a detenerla tal y como le había pedido tantas veces. Las ocho menos cuarto era la hora en la que su hijo ponía a diario el pie en el suelo, se desperezaba trabajosamente, emitía un par de gruñidos, retiraba el sueño de sus ojos y, más taciturno y arisco que en cualquier otro momento del día, se disponía a ir al instituto como el que se dirige a cavar una zanja. Peor, quizás.

Pensó en levantarse para recordarle que debía cambiarse de ropa, pero cuando ya se incorporaba decidió evitar el enfrentamiento que inevitablemente se derivaría de sus palabras e intentar seguir durmiendo un rato más. No lo conseguiría, era un hecho probado, nunca lograba volver a conciliar el sueño, pero al menos tendría la fiesta en paz.

Daniel había dejado de necesitarla dos años atrás cuando decidió que él mismo se prepararía el desayuno y así se lo hizo saber. Olga siguió despertándose cada mañana a las ocho menos cuarto y siguiendo a distancia los movimientos de su hijo, comprobando que calentaba la leche, que preparaba su mochila y que desconectaba su móvil del cargador.

La alarma siguió sonando en la habitación contigua. Olga pensó que Daniel, con los auriculares puestos, no podía oírla. Lógico. Probablemente seguía durmiendo. Se incorporó profundamente desalentada. No era la mejor manera de empezar el día. Sabía que había días que no empezaban bien y acostumbraban a acabar peor. Mucho peor. Aquel se le antojó uno de aquellos días irremediablemente malos.

Como cada mañana desde hacía unos meses le dolieron los huesos al apoyar la planta del pie en el suelo. Dos años atrás había cumplido los 40 y el tiempo le pesaba cada vez más. Los huesos que se resentían, el oído que se inflamaba y le dolía de vez en cuando, una alergia recién descubierta... Se sintió vieja y vencida, pero aquello no era nada nuevo. Podía asumirlo. Lo que no conseguía encajar era el hecho de sentirse sola. Nunca antes le había pasado algo así. Ni tan siquiera cuando Salva hizo las maletas y se marchó de la noche a la mañana. Ni años después cuando pasó lo que pasó. Nunca tan sola.

No encontró sus zapatillas junto a la cama y dejó de buscarlas. Atusándose el cabello revuelto avanzó en la semioscuridad del piso y se acercó casi a tientas a la habitación de Daniel. Vestía la camiseta que utilizaba para dormir y sintió algo de frío en brazos y piernas. Bienvenido sea tras el insoportable bochorno de los últimos días, pensó Olga. Anhelaba el cambio de tiempo que quizás propiciase una mejora de su estado de ánimo.

Abrió la puerta y comprobó que el chico no había cambiado de postura en toda la noche. El brazo seguía alojado sobre el vientre, los auriculares permanecían a modo de estrafalaria diadema en torno a su cabeza y los ojos continuaban obstinadamente cerrados.

Lo contempló durante unos segundos, parecía en paz consigo mismo y con el mundo, Olga sabía que no era así. Nada más lejos. Nunca hay paz para un adolescente. En todo caso era aquella una calma transitoria y nada conveniente casi a las ocho de la mañana de un miércoles laborable.

Un espejismo.

Se armó de valor y de paciencia.

Buscó el móvil para acallar la dichosa alarma. Lo encontró en el suelo, junto a la cama, tirado. Había estado a punto de pisarlo. Le extrañó que Daniel no lo hubiera dejado cargando sobre su mesa como acostumbraba a hacer cada noche, pero si se había dormido con los auriculares puestos tampoco resultaba tan raro que hubiera olvidado cargar el móvil cuya alarma seguía sonando y cuya batería debía estar en las últimas. Una excusa más, otra, para interrumpir toda comunicación.

*No tengo batería. No llames. No enviaré mensajes.*

Tras pulsar algunas teclas sin orden ni concierto Olga se acercó a la ventana y a la escasa luz que se colaba entre las lamas de la persiana consiguió enmudecer el aparato y se acercó a su hijo.

—Daniel, cariño. Es la hora —susurró mientras intentaba apartar uno de los auriculares que emitía la música endiablada de siempre y le susurraba casi al oído—. Daniel, va, levanta, llegarás tarde.

No hubo respuesta. Ni la más leve señal.

A punto de perder la paciencia, Olga sujetó uno de sus hombros y lo zarandó al tiempo que elevaba la voz.

—Daniel, por favor, llegas tarde. Son casi las ocho, va no me hagas perder...

El brazo de Daniel resbaló desde su vientre y cayó hasta chocar contra el suelo con un ruido sordo que a Olga le resultó pavoroso. Todo su cuerpo se tensó y su corazón enloqueció de puro miedo.

—Daniel, por favor. Despierta, hijo. Despierta. Por favor... Por favor, Daniel. No puedes hacer...

Pero el chico no abrió los ojos, no se movió, no opuso la menor resistencia.

Olga tanteó y buscó el interruptor de la luz, se abalanzó sobre la cama y le arrancó los auriculares. Sacudió a Daniel con todas sus fuerzas. Solo entonces reparó en la piel como de cera de su rostro y en sus labios en los que apenas quedaba color. Separó una de las manos con las que sujetaba el cuerpo de su hijo y la llevó hasta su frente.

Fría.

Mucho más fría de lo habitual.

Le fallaron las piernas, los brazos.

Le faltó el aire y aulló.

Gritó su nombre antes de abrazarse a él, antes de gritarle al oído. Antes de comprender que acababa de perderlo definitivamente.



Trini, una de las vecinas del edificio, se acercó despacio a la puerta del piso alertada por el dolor de Olga que en forma de grito desgarrado desbordó el patio de luces. La misma vecina, una mujer muy mayor que no se movía de casa, que desde hacía unos años conservaba una copia de las llaves. Daniel tenía la mala costumbre de olvidarlas casi una vez por semana. Era entonces cuando el chico poco hablador llamaba al piso de Trini. La anciana, a falta de nietos propios, se había adjudicado el papel de abuela de adopción y acompañaba las llaves de una magdalena, de una rosquilla o de una palmerita de hojaldre. Se conformaba con un «gracias» de refilón. No era mal chico, solo era parco en palabras.

La anciana, que se ayudaba de un bastón para caminar, hizo sonar el timbre, pero fue en vano. Olga no se movió. Quizás no la oyó. No pensaba separarse de su hijo. Atribulada, regresó a su piso en el mismo rellano y buscó las llaves de Olga en un cajón. Estaba asustada y sentía el corazón alarmantemente acelerado. Tardó en encontrarlas. Continuaba oyendo su llanto descontrolado en el silencio de primera hora de la mañana.

La anciana abrió con dificultad y, casi a tientas y resiguiendo la pared con el bastón, llegó hasta el cuarto de Daniel, el único con la luz encendida. La habitación de la que provenía el llanto que le puso la piel de gallina.

Olga, aferrada al cadáver de su hijo, lloraba. No la vio, no advirtió su presencia ni el tintineo de las llaves entre sus dedos temblorosos. Trini tardó unos segundos en entender. Se acercó y contempló el rostro macilento de Daniel y su brazo desmayado y abandonado sobre el suelo. Comprendió, respiró desacompañadamente unos instantes y se llevó una mano a la altura del corazón como si pudiera detener la taquicardia. Se santiguó muy rápido con escándalo de llaves.

—¡Dios bendito!

Olga ni se inmutó. Al llanto se sumaron las convulsiones y algunas palabras desesperadas dirigidas a su hijo que la angustiada vecina no acertó a entender. Seguía intentando despertar a Daniel, devolverle la vida, regresarlo. No se resignaba. No podía.

Trini volvió a su piso tan deprisa como pudo y desde allí pidió una ambulancia. Sabía que nada podrían hacer por el chico, pero pensó que era lo más conveniente. Nunca antes había vivido algo así. Había visto morir a parientes, a amigos, incluso a algún desconocido, pero siempre tras una enfermedad que preludiaba un fin inevitable. Con la puerta de su casa abierta, Trini se sentó en un sillón, respiró profundamente varias veces e intentó serenarse.

—¡Dios bendito!

Pocos minutos después el rellano se llenó de gente y el escándalo alertó a los vecinos. Algunos se santiguaron al paso del cadáver del chico que dos sanitarios se llevaron escaleras abajo en una camilla y oculto bajo una sábana. Olga, sin consuelo, fue asistida por el mismo doctor que ya nada pudo hacer por Daniel. Trini acompañó su marcha mascullando una oración por su alma. La anciana, que no era creyente, no sabía por qué lo hacía, solo que era lo acostumbrado.

Salvador Carreras, con el rostro desencajado, llegó a tiempo de ver cómo Daniel desaparecía en las entrañas de una ambulancia.

La autopsia, cuyos resultados tardaron un par de días en conocer, detectó la elevada presencia de fármacos en el organismo de Daniel. Por si fuera poco, la policía no tardó en analizar el bote vacío de somníferos que encontraron en el lavabo del domicilio familiar en el que estaban sus huellas. La postura en la que fue hallado el cadáver también fue determinante. Causa de la muerte: ingestión de fármacos aparentemente voluntaria en una proporción incompatible con la vida.

O lo que es lo mismo: suicidio.

De nada sirvió que Olga repitiera hasta la extenuación que su hijo no era un adolescente depresivo y que no había sufrido problemas de gravedad durante las últimas semanas. Ni que asegurara a todo el que se pusiera a tiro que conocía a su hijo y que Daniel no tenía motivos para suicidarse.

Con el paso de las horas acabó por reconocer ante el inspector responsable del caso que la comunicación con su hijo no solo no era fluida sino que, de un tiempo a esta parte, ignoraba por completo lo que le pasaba por la cabeza.

—Mire, señora, sé que no hay nada más duro que lo que usted está pasando. Tengo dos hijos y no quiero imaginar lo que debe ser, se lo aseguro. Lo sé, pero no quiero engañarla. El caso es claro, se trata de un suicidio. El chico se tumbó a esperar, usted misma pudo verlo. No hay más que leer su camiseta. *Time to die*<sup>[1]</sup>. Su intención era... Bien. *Time to die*. Lo dice todo.

Se interrumpió unos instantes con el propósito de calibrar sus palabras. No resultaba fácil insistir ante una madre en el hecho de que el chico deseaba morir sin lugar a dudas.

—Nosotros lo vemos cada día. Daniel decidió hacer lo que hizo. Las cifras no se dan a conocer, no es conveniente, pero se sorprendería usted de la cantidad de jóvenes que deciden acabar con su vida. Muchos, muchísimos más de los que la gente imagina.

—Pero él no... Yo le aseguro que no tenía...

Olga temblaba de pies a cabeza mientras intentaba retener al inspector. No podía permitir que dejaran de investigar. Necesitaba encontrar una explicación, algo que le proporcionara un sentido a la muerte a destiempo de su hijo.

—Y por lo que he podido averiguar, y por lo que usted misma y su exmarido han declarado —continuó el policía— no hay razones para sospechar una inducción al suicidio. Usted misma afirma que no había observado nada. En el instituto nos han

hablado de problemas menores, algún suspenso, quizás una discusión, una historia con una chica que no acabó bien hace unos meses... nada más allá de lo normal. No hay acoso aparente, ni enfermedad grave y avanzada; tampoco hemos podido confirmar el alcance del problema de desamor, aunque algo hay, eso sí. Por lo que sabemos duró pocos meses. No parecía haber ahora ninguna chica especial, nadie que... No hay ninguna nota, ningún mensaje que nos permita interpretar... Eso siempre es un problema.

El policía carraspeó antes de proseguir. Se acercaba el final de su parlamento, la parte más delicada: considerar el asunto un caso cerrado.

—En su ordenador hemos encontrado lo de siempre, nada especial. Por otra parte el padre del chico...

—No, por favor, no me diga que va a hacer caso de lo que... —replicó Olga Bernabé con lágrimas en los ojos—. Salva apenas conocía a su hijo. Se veían muy poco, casi nunca. ¿Qué quiere que le diga de él?

El policía, con las manos en los bolsillos de la americana, ladeó la cabeza en un torpe intento de solidarizarse con su género.

—Repito: su padre ha asegurado que no había intuido nada fuera de lo común. Que estaba como siempre.

—También le habrá dicho que hacía dos meses que no se veían y que durante ese tiempo habían hablado por teléfono en una ocasión.

—No exactamente, pero...

—Si Daniel ha hecho lo que ha hecho debe haber alguna razón. No puede usted...

—Mire, hablaremos claro: por el momento no hay caso. Si más adelante usted cree que hay algún indicio que debemos investigar... —El policía alargó la mano para despedirse.

Olga la retuvo.

—Por favor...

Pero era más que evidente que el policía acababa de dar carpetazo al asunto. No tenía la menor intención de seguir indagando.

Retiró la mano que volvió al resguardo del bolsillo.

—No puede usted dejar esto así. Tenemos que saber qué le pasó —rogó Olga que veía esfumarse toda voluntad de profundizar en el asunto—. Por favor...

—Hemos hecho cuanto nos exige el protocolo. Más, incluso. Y no hemos detectado nada. Nosotros vemos cosas así cada día, sobre todo chicos adolescentes. Muchos más de los que salen a la luz —le aseguró de nuevo el policía a modo de desmañado consuelo como si en algo pudiera ayudar aquello tan manido de mal de muchos...—. Casi nunca encontramos una explicación. Si quiere que le diga lo que pienso...

—Creo que ya me lo ha dicho usted.

A Olga no le interesaba su opinión, ella estaba obligada a esclarecer la muerte de su hijo. No podría seguir viviendo sin hacerlo. Aun así, escuchó.

—No siempre hay una explicación. No debe usted obsesionarse. Las cosas no son así. La gente es complicada, los chicos son complicados. A veces hacen una montaña de algo, lo que es algo malo se vuelve peor y...

El inspector se encogió de hombros.

Olga pensó que las cosas difícilmente podían ser peores.

\* \* \*

Asistió a la ceremonia que tuvo lugar en el tanatorio del brazo de su hermano mayor. El mismo que la había forzado a ingerir un tranquilizante y que la sujetaba firmemente por si se desvanecía. El mismo que no se acababa de creer que el cuerpo sin vida de Daniel reposara en una caja que los empleados situaron ante el altar. Olga había rechazado la compañía de Salvador y este no había querido insistir.

La madre de Daniel, a pocos pasos de su ataúd cerrado, apenas conseguía tenerse en pie. Gemía y suspiraba manteniendo un pañuelo bien apretado sobre su boca como para sofocar el grito que emergía de sus entrañas. Algo más allá, Salvador Carreras, su exmarido, mantenía la cabeza baja y las manos enlazadas a la altura del vientre mientras las lágrimas corrían mejillas abajo. A su lado, muy cerca, Inma, su mujer, intentaba en vano ofrecerle algún consuelo.

Ninguno de los abuelos del chico fallecido pudo despedirlo, solo sobrevivía la abuela paterna que padecía una demencia avanzada y que años atrás había dejado de descifrar el mundo y de reconocer a sus gentes. No recordaba a Daniel y había olvidado el nombre y el rostro de Salvador, su desafortunado hijo.

En las hileras de bancos se sucedían amigos y compañeros de clase, algún profesor del instituto, parientes, vecinos, compañeras de Olga en el hospital y un empleado de la oficina bancaria que dirigía Salvador en representación del personal a su cargo. Junto a la pared del fondo se alineaban los últimos en llegar que no habían encontrado asiento libre. Eran varias decenas. La sala entera despedía en silencio al adolescente cuya muerte voluntaria parecía carecer de sentido.

Una chica lloraba desconsolada junto a un compañero muy delgado y muy alto que parecía profundamente entristecido. Ambos habían enlazado sus manos y la chica, derrumbada, apoyaba la cabeza en su hombro. Eran sus mejores amigos, aquellos que conservarían su recuerdo y acusarían su ausencia durante mucho, mucho tiempo. Los mismos que no acababan de creer que no volverían a verlo jamás y que no alcanzaban a sospechar las razones de su muerte voluntaria.

Por encima de las cabezas un silencio grave salpicado de suspiros y la música de cámara que emitían los altavoces repartidos por la sala. El sacerdote hizo su entrada muy lentamente, ceremonioso, y los asistentes se levantaron. El oficio fue breve, apenas un cuarto de hora que dedicó a celebrar ordenadamente el ritual y a obviar la edad del fallecido y el hecho de que se hubiera suicidado. Comunicó sus

condolencias a sus familiares y amigos e indicó que los allegados de Daniel despedían la ceremonia en aquel momento y no recibirían el pésame de forma particular. Era su deseo y cabía respetarlo.

Los empleados de la funeraria retiraron el ataúd y Olga Bernabé, incapaz de avanzar hacia la salida, permaneció en el banco en compañía de su hermano mientras la gente intercambiaba murmullos y se retiraba. Tardó mucho en salir, esperó a que no quedara casi nadie, y lo hizo del brazo de su hermano que la ayudaba a avanzar pasillo adelante.

Junto a la puerta de acceso a la sala el inspector de policía observaba. No advirtió nada extraño. Estrechó la mano de Salvador Carreras cuando este se dispuso a acompañar el coche de la funeraria.

El dolor resultaba muy parecido en todos los casos.

## Segunda parte

Raúl Forcano arrancaba papel pintado de la pared en el meritorio intento de convertir el piso diminuto, oscuro y mal situado de la abuela Ascensión en una vivienda más o menos aceptable y en un despacho modesto si conseguía licenciarse y obtener la pertinente autorización. Nada del otro mundo. Lo justo para descansar y recibir en él a algún cliente sin parecer el perfecto pringado sin ingresos que era exactamente lo que Raúl era en aquel momento.

El piso había quedado vacío casi dos años atrás cuando su abuela materna, Ascensión Izaguirre, fue trasladada al hospital en el que murió tres días después tras haber sufrido un ictus. Desde entonces apenas un par de parejas lo habían visitado y ninguna se decidió a comprarlo. Una de ellas sugirió una rebaja de 20.000 euros sobre el precio. Su madre y sus tías consideraron la oferta un robo a mano desarmada y la desestimaron de inmediato. El tiempo transcurrido sin que el piso despertase el menor interés evidenció que se habían precipitado.

En bermudas, chancletas y camiseta vieja y maloliente Raúl humedecía las paredes con ayuda de una esponja y, entre un *crescendo* de maldiciones, arrancaba pequeños fragmentos de papel que nunca se desprendían por completo. Chapoteaba descalzo entre las hojas de periódico esparcidas previamente y los jirones de papel mojado que arañaba de las paredes chorreantes. Alternaba uñas, rasqueta y mala leche. Llevaba más de media mañana y apenas había conseguido liberar la mitad de uno de los tabiques. Un cuento de nunca acabar.

Desesperante.

Pretendía despejar la pared para pintar la habitación de un color claro, probablemente blanco, que proporcionara algo de luz a la estancia destinada a convertirse, por el momento y hasta haber obtenido el título, en un discreto salón. Posteriormente sería el despacho del investigador privado Raúl Forcano y se las arreglaría para comer en la cocina. Allí, en el salón de un piso en Nou Barris, planeaba recibir a los improbables clientes.

Si alguna cosa tenía clara era que no podía de ninguna manera seguir conviviendo con el decorado de loros, flores exóticas y pagodas más exóticas todavía que la abuela había utilizado cuarenta años atrás para decorar la habitación y que se diría incrustado en la pared. Interiormente Raúl se refería a la curiosa dependencia como el salón chino, la *chinoiserie*.

De haberse resignado se hubiera resentido su autoestima. Conócete a ti mismo, le enseñaron. Y Raúl, para lo bueno y para lo malo, se conocía a la perfección. Y, a sus casi treinta años de edad y sin ingresos, no andaba sobrado de confianza. Tampoco podría alquilar un despacho en condiciones como sí conseguirían hacer algunos

futuros licenciados de su promoción. Recibir en una cafetería no se le antojaba conveniente aunque, a falta de mejores recursos, siempre cabía la posibilidad.

La familia materna de Raúl, integrada por su madre y sus dos tías, sus respectivos consortes y su descendencia, deseaba desprenderse del piso cuanto antes y había acordado por unanimidad que el joven podía utilizarlo a la espera de encontrar un comprador y siempre que la reforma que pretendía llevar a cabo redundase en beneficio de la vivienda. Con el tiempo, si la agencia funcionaba, Raúl pensaba proponer el pago de un alquiler. En un futuro lejano pensaba alquilar un despacho en el centro de la ciudad. Esperaba vivir para verlo.

—¡Joder! Cualquier cosa redundará en beneficio de la vivienda. Esto parece una madriguera, es una puta ruina. Haga lo que haga no puede empeorar —adujo Raúl en una reunión en la cumbre.

Nadie replicó, era obvio. Como también lo era que las tres copropietarias, incluida su propia madre, preferían a Raúl, del que podrían librarse en cuanto se presentara la ocasión, a un puñado de okupas reivindicativos a los que no consiguieran desalojar sin recurrir a más altas, y probablemente mucho más costosas, instancias.

Si el comprador dispuesto a soltar los 150.000 euros que pedían por él aparecía en el corto plazo, el joven recogería sus bártulos y se iría con la música a otra parte. Tal y como andaba el sector inmobiliario tal transacción era casi un imposible y dado que el precio no guardaba correspondencia con las posibilidades de la vivienda —que eran hartamente escasas— Raúl aceptó la oferta. No dejaba de representar un riesgo, pero no le quedaba otra opción.

—¡Mierda!

Acababa de pisar la rasqueta camuflada bajo las hojas de periódico con las que había cubierto el suelo con el propósito de que empapasen el agua que se deslizaba por las paredes abajo.

—¡Mierda! ¡Mierda! —gritó saltando sobre un pie y maldiciendo a toda su estirpe desde el presente hasta alcanzar al primero de sus ancestros en la lejana sabana africana.

Se apoyó en la pared y se dejó resbalar hasta quedar sentado en el suelo. Buscó bajo el diario humedecido hasta dar con el mechero y el tabaco. Encendió un pitillo. Afortunadamente ambas cosas parecían secas. El desorden le alteraba los nervios, no localizaba sus cosas y estas nunca parecían estar en el lugar adecuado. Raúl, neurótico de manual, sobrellevaba con esfuerzo el estado de excepción en el que se había instalado desde hacía unos días. Pensó que fumar le relajaría. No fue así. Le bastó con contemplar la secuencia de pagodas ennegrecidas y de loros de pico descomunal silueteados en gris sobre algo que mucho tiempo atrás fue rosa palo. Para colmo sobre la ciudad el sol de finales de octubre parecía más propio del mes de julio y en las cercanías del mediodía cualquier movimiento resultaba agotador.



Había calculado en un momento de optimismo que podría faltar a las primeras clases del trimestre y disponer del piso en el término de unos diez días. Manejando tal previsión había anunciado a sus padres que en dicho plazo abandonaría el domicilio familiar. Un error de apreciación que se sumaba a la larga lista de equivocaciones que se acumulaban en un historial académico y profesional de escaso relumbramiento. Ni su padre ni su madre replicaron.

Visto lo visto y contemplado el triste panorama de las paredes circundantes, el plazo resultaba difícil de prever. El trabajo de mejora podía alargarse y convertirse en un periodo de inactividad de tres semanas o más. Y si algo necesitaba Raúl Forcano, a sus casi 30 años, era dedicarse a tiempo completo a superar las dos últimas asignaturas que le quedaban para obtener la licenciatura. A eso o, mejor aún, a lo que realmente le apetecía, leer un par de novelas pendientes que podría localizar en alguna biblioteca pública.

Las novelas negras ocupaban sus horas libres y buena parte de las que debería dedicar a otros menesteres. Generalmente eran obras publicadas meses y años atrás. No disponía de liquidez para adquirir novedades y las bibliotecas siempre iban a remolque de un presupuesto ferozmente afectado por los recortes. A Raúl le resultaba muy difícil dejar una a medias o no intentar acabarla lo antes posible. En el metro, en el lavabo, incluso caminando. Era un lector ansioso. Cuando no tenía a mano una nueva novela recurría a alguno de los muchos títulos firmados por Simenon y coleccionados por su abuelo paterno. La mejor herencia recibida. Su as en la manga.

Con el atardecer avanzado y habiendo comprobado una vez más que la bombilla pelada que pendía del techo resultaba claramente insuficiente para continuar, Raúl se dispuso a dar por acabada la jornada. Desprendió el papel mojado del suelo, lo arrinconó junto a una pared, metió hasta el último retal en bolsas de basura y se dispuso a ducharse.

El lavabo era como un puño y al entrar recordó que una de las cosas que debía hacer sin falta era colgar más alto el espejo. Adecuado para una abuela bajita que se había vuelto todavía más menuda con la llegada de la vejez, Raúl solo conseguía contemplar su cuello y su barbilla y esta última sí, y solo sí, inclinaba el rostro hacia adelante. Alejarse resultaba imposible dadas las dimensiones disponibles. La única posibilidad de echar una ojeada a su rostro era encoger las piernas como si estuviera a punto de tomar asiento, postura que se le antojaba algo denigrante y que tampoco contribuía en nada a mejorar la imagen que tenía de sí mismo. Ni pensar en afeitarse. Por el momento, y hasta que no mejoraran las cosas, si alguno de los futuros clientes deseaba utilizarlo se vería obligado a pretextar un escape que lo mantenía fuera de servicio.

No pudo escuchar el tono del teléfono que había quedado junto a la rasqueta en el salón que, si todo salía según sus cálculos, sería dentro de unos meses su futuro despacho. Cuando media hora más tarde, con la caída de la noche y de las primeras

gotas de lo que amenazaba con ser un aguacero bíblico, Raúl devolvió la llamada, apenas podía creer lo que estaba oyendo.

Caminaba en aquel momento en dirección a su casa, que era todavía la de sus padres, y se detuvo al resguardo de un voladizo.

—Soy Raúl Forcano y tenía una llamada perdida. Disculpe, pero no conozco el número y no sé con quién hablo...

Lo único que logró entender fue que una voz de mujer algo apagada solicitaba sus servicios.

—Sí, sí, soy yo.

No precisó el motivo, solo que necesitaba averiguar algo y que su tía Nieves, una de las hermanas de su madre, la más arrogante de las dos, aquella a la que menos soportaba, le había hablado de él.

Raúl se excusó como pudo y le explicó que le faltaban unos meses para obtener la licencia necesaria.

—Por el momento todavía no puedo...

El detalle no pareció importarle a la mujer que dijo llamarse Olga Bernabé. Adujo que no podía pagar los honorarios habituales de una agencia de detectives y que esperaba una tarifa algo más modesta de un estudiante de último curso de Criminología.

Raúl accedió a entrevistarse con ella. Necesitaba el dinero. La citó al día siguiente en una cafetería céntrica que no acostumbraba a frecuentar, pero que le pareció un buen sitio. Un sitio conocido, respetable. Fue la primera con parecidas características que le vino a la cabeza. El Velódromo, en la calle Muntaner, en pleno Eixample, muy cerca de la Diagonal.

No era la mejor manera de empezar, había imaginado que las cosas sucederían de otra manera, en campo propio, frente a una mesa, tomando notas con la meticulosidad que le caracterizaba y retrepado en un sillón de despacho. Pero tampoco estaba en condiciones de ponerse exquisito.

Llovía a mares cuando bajó del metro en Hospital Clínic junto a una recua de estudiantes que pusieron proa a l'Escola del Treball. No tenía paraguas, no los utilizaba nunca. Había perdido varias decenas hasta decidir que en adelante prescindiría de ellos, dejarían de existir. No siempre se felicitaba por sus decisiones. Demasiado a menudo obedecían a su incapacidad para convivir con el desconcierto. Aborrecía el caos en todas sus manifestaciones y detestaba la sensación de provisionalidad que emanaba del desorden o la pérdida. Prefería terminar empapado a acabar concluyendo que acababa de perder el paraguas.

Al poner el pie en la calle Raúl comprobó con alivio que había refrescado y echó a correr en dirección a la calle Muntaner. Llegó con más de diez minutos de adelanto sobre la hora prevista y lo hizo tan mojado que se diría que le había sorprendido un aguacero tropical. Antes de entrar se quitó las gafas y las secó con el faldón de la camisa. Tras agitar la cabeza para dispersar el agua se recompuso el pelo sin demasiado acierto echándolo hacia atrás y pisó repetidamente el felpudo de la entrada. Por su ropa completamente mojada no podía hacer mucho.

Cartera al hombro, entró en el Velódromo con la sensación de estar a punto de asistir a un momento especial en su vida, el instante en el que por primera vez recibiría un encargo más o menos dignamente remunerado. Probablemente menos. Y lo haría antes incluso de estar legalmente autorizado para ello. Quiso creer que aquella era una señal de que todo iría bien y de que, tras varios tanteos no siempre bien encajados por sus padres, por fin había elegido el camino correcto, el más acertado para un hombre observador y obsesivamente meticuloso como él. Todavía no había resuelto si estaba dispuesto a aceptar hacerse cargo de una investigación, pero escucharía el problema y esperaba que el sentido común le ayudara a decidir.

Buscó una mesa apartada, comprobó que no hubiera espejos en las proximidades en los que dejar atrapar la vista y pidió un café. Dedicó la espera a repasar mentalmente todo aquello que no debía olvidar: insistir en que no tenía licencia y que toda información debería ser manejada con mucho tiento, advertir a la posible clienta que podía indagar, pero poco más y, por último, recordar que sus recursos no eran los de la policía.

En caso de decidirse a aceptar señalaría una tarifa muy baja, reventaría precios. Dada su inexperiencia y su situación más allá de la legalidad, empezaría cobrando una tarifa muy por debajo de lo acostumbrado por una agencia de detectives en funcionamiento. No es que tuviera vocación de paria, lo que tenía era toda la inseguridad del mundo y una abrumadora y perentoria necesidad de conseguir ingresos propios.

Todo cuanto llevaba minutos rememorando se le fue de la cabeza cuando se acercó hasta su mesa una mujer con aspecto de haber sido atropellada por un tren de mercancías.

—¿Raúl Forcano?

—Sí, soy yo. Siéntese por favor —le rogó, no solo por cortesía sino porque la mujer parecía necesitarlo con cierta urgencia. Verla desplomarse junto a la mesa era una posibilidad real y él no era bueno resolviendo imprevistos.

La mujer dejó el paraguas en un paragüero de metal. Mojada de abajo a arriba parecía no haberlo abierto. Presentaba oscuras sombras bajo los ojos en un rostro que parecía llevar lustros sin ver la luz del sol. Recogía el pelo castaño en una cola baja y cualquier observador deduciría que se había vestido para no salir de casa en una eternidad. Su aspecto era el de alguien a quien de un momento a otro podían fallarle las piernas. O el corazón. O, puestos en lo peor, ambas cosas a la vez.

Antes de retirar la silla y tomar asiento dijo ser Olga Bernabé. La misma a la que horas antes Raúl había indicado que intentaría sentarse en alguna mesa retirada al fondo del local y que dejaría un móvil con una funda roja sobre la mesa a modo de distintivo.

La mujer alargó una mano que al aspirante a licenciado en Criminología se le antojo puro hueso.

—¿Qué quiere tomar? —preguntó Raúl intentando atraer la atención del camarero y alejando la mirada durante unos instantes del rostro de la devastada Olga Bernabé.

—Cualquier cosa.

—Ya. Pero... No sé. ¿Un café, un cortado...? —propuso por ofrecerle algo que le parecía adecuado para media mañana.

—Un café está bien.

—Usted dirá —la animó tras pedir otro café solo, cerrar la libreta en la que había anotado lo que debía recordar y colocarla sobre la mesa en perfecta simetría respecto al teléfono móvil.

La mujer bajó la mirada y la fijó en la mesa. Permaneció unos instantes en silencio. Parecía concentrada en lo que debía decir y en cómo hacerlo. Quizás reunía fuerzas para no derrumbarse. Titubeaba y un leve temblor agitaba sus manos en el aire.

—Verás, no sé muy bien si podrás ayudarme. ¿Puedo tutearte? —preguntó al darse cuenta de que acababa de hacerlo—. Eres tan joven.

—Desde luego.

—Es que no sabía a quién acudir. Trabajo con tu tía Nieves en el hospital, somos enfermeras en la misma planta, la de Pediatría. Ella me ha hablado de ti, cree que serás un buen investigador, dice que estás a punto de acabar y que quizás puedas aceptar mi caso. Me dijo que tenías cierta experiencia y que me harías un buen precio. Yo no puedo pagar lo que me pide una agencia, he preguntado y... Si pudiera lo haría, pero...

Raúl no se atrevió a asentir. No creyó necesario aclarar que era su primer caso, pero creyó conveniente insistir en el hecho de que carecía de licencia y no podría conseguirla hasta transcurridos unos meses.

—Piense que no podré extender una factura. Dentro de unos meses probablemente sí, pero por el momento... —insistió.

—Eso no importa. A mí no me importa. Nieves dice que eres muy, muy listo y asegura que quizás puedas hacer algo por mí. No tengo otra alternativa. Necesito a alguien. Lo necesito por mí y por mi hijo —precisó.

—Está bien, pero no quisiera engañarla.

A Raúl le repateaba tener que agradecerle algo a la estirada tía Nieves. Sus dos hijos, ingeniero y arquitecta respectivamente, andaban comiéndose el mundo en el espacio exterior y sobre sus idas y venidas era puntualmente informado por su propia madre con finalidad ejemplarizante. Ambos eran utilizados como modelo a seguir en el seno de la familia Díaz Izaguirre para ilustrar a los integrantes de su generación menos exitosos y afear así conductas vagas o titubeantes. Le sorprendió oír decir que su tía consideraba que era especialmente inteligente. A punto estuvo de ruborizarse. No podía creerlo. Quizás solo pretendía contribuir a acortar su estancia en el piso de la abuela Ascensión o a cobrar a cambio una cantidad conveniente a modo y manera del preceptivo alquiler. Su tía Nieves era una mujer cerebral. Sus hijos tenían a quien parecerse.

—Verás, mi hijo Daniel murió hace unas semanas. No lo habrás visto en la prensa, estas cosas a menudo no aparecen, eso es lo que me han dicho. La policía habló de suicidio, de una muerte voluntaria. Y probablemente así fue. No digo que no. Dicen que las pruebas son concluyentes. Pero yo todavía no puedo creerlo.

El silencio que siguió a sus palabras fue ocupado por el rumor del chaparrón que arreciaba más allá de los grandes ventanales. El cielo se derramaba sobre la ciudad. Casi sin pensar, Raúl buscó una cristalera para contemplar la intensidad del aguacero. No pudo evitar pensar que el suicidio era un mal asunto. Hubiera preferido debutar con un caso menos trágico. Con un adulterio, con un fraude laboral o con una sustracción.

—Ingirió todas las pastillas para dormir que yo tomaba de vez en cuando y se tumbó a esperar escuchando música como si tal cosa. No puedo creer que Daniel hiciera algo así. Él no era...

Se interrumpió de nuevo. El detective pensó que debía animarla a continuar, pero no supo cómo hacerlo y permaneció en silencio describiendo doce círculos en la taza de café. Siempre doce, ni más ni menos, los que consideraba justos y necesarios para diluir medio sobre de azúcar.

La mujer, con los codos apoyados sobre la mesa, sujetaba una de sus manos con ayuda de la otra. Raúl pensó que lo hacía para evitar que temblaran completamente descontroladas como lo hacía en aquellos momentos su labio inferior. Permaneció

callada unos instantes y carraspeó antes de proseguir para alejar el llanto que amenazaba con romper su voz.

—No digo que no se suicidara. El bote de pastillas estaba vacío y no había señales de que alguien hubiera entrado en el piso. Los agentes no las encontraron y yo tampoco. Sé que la policía sabe lo que se hace y que la autopsia era clara, encontraron el rastro en su sangre.

El camarero, un joven de piel oscura, dientes muy blancos y sonrisa inalterable, depositó una taza exactamente igual junto a las manos entrelazadas de Olga, que sacudió la cabeza en señal de agradecimiento. Raúl comprendió que estaba a punto de echarse a llorar y que si permanecía en silencio era para controlar el impulso que frenaba a duras penas.

Tardó todavía unos instantes en continuar.

—Yo creo que si mi hijo hizo lo que hizo debía existir un motivo, una razón que le empujara a querer... Algo que yo ignoraba y que le amargó la vida. Algo que no quiso explicarme, que no se atrevió a explicar a nadie. Nadie se mata por que sí. No puedo creerlo.

Un gemido substituyó a la continuación del relato.

—¿Dejó una nota, alguna carta...?

—No. La policía dijo que a veces no dejaban nada y que en el caso de mi hijo bastaba con mirar su camiseta.

Raúl puso cara de perplejidad y se llevó la taza a los labios. Quemaba.

—¿Su camiseta?

—Sí. Daniel la había comprado unos días antes. Era muy aficionado al cine y coleccionaba camisetas con diálogos de películas, seguía sobre todo el cine de ciencia ficción. La estrenó un par de días antes. El inspector dijo que era como una declaración de intenciones.

—¿Qué decía la camiseta? —preguntó verdaderamente intrigado mientras soplabla con el ceño fruncido para enfriar el café.

—En la espalda y en letras blancas «Wake up!»<sup>[2]</sup> y sobre el pecho y en letras rojas «Time to die!». Creo que pertenece a *Blade Runner*. Eso es lo que me dijo cuando le pregunté.

La hora de morir. Ciertamente se podía interpretar como un mensaje. Ha llegado la hora de morir.

—Ya.

Olga Bernabé no consiguió retener el llanto y ocultó la cara entre las manos.

—La entiendo, no se preocupe. Tenemos tiempo, no hay prisa —intentó tranquilizarla.

La mujer no replicó, pero era evidente que habiendo perdido a su hijo en las peores circunstancias el tiempo por vivir le sobraba por todas partes. Tenía todo el tiempo del mundo. Demasiado tiempo por delante. Un verdadero erial, un infinito de tristeza.

Cuando retiró las manos un mechón de cabello que se había desprendido de la cola de caballo quedó bailando ante sus ojos. La mujer lo apartó con un gesto de cansancio, pero el cabello volvió a colgar desmayado al primer movimiento. No insistió, se limitó a seguir adelante completamente indiferente a su apariencia.

—No podía imaginar que ocurriría algo así. Era un adolescente, dieciséis años, casi un crío... No hablaba casi nada, pero a esa edad... Dicen que todos lo hacen, que se encierran en sí mismos, que no... No me gustaba, pero pensé que su comportamiento era normal, no podía imaginar... Quizás estaba enfermo. Depresivo, angustiado... Estuve tan ciega. No me lo perdonaré nunca —balbuceó mientras retiraba una lágrima de su ojo derecho con el canto de la mano.

Tras unos instantes de silencio que a Raúl le resultaron especialmente incómodos, prosiguió:

—Disculpa es que es muy reciente y todavía no...

—No se preocupe.

Olga Bernabé continuó hablando con la voz quebrada. Las lágrimas humedecieron la mesa, alguna cayó en el café que seguía intacto en la diminuta taza de porcelana blanca. Raúl se felicitó por haber escogido una mesa apartada. Hizo unas cuantas preguntas, las que consideró imprescindibles, cosas concretas. Tomó notas y le pidió a Olga una foto reciente de Daniel.

La mujer abrió el bolso que había dejado en una silla junto a ella y buscó en él una cartera. De uno de los departamentos con cubierta transparente extrajo la fotografía de cuerpo entero de un chico alto y delgado de ojos grandes y oscuros y cejas espesas. Daniel vestía camiseta negra con letras rojas que a Raúl le resultaron ilegibles y pantalones vaqueros. Calzaba deportivas blancas con un logo muy conocido y se apoyaba en el tronco de un árbol. Raúl pudo intuir una sombra de acné entre las cejas y en el arranque de la nariz, nada especialmente escandaloso. Advirtió un pequeño lunar en el labio superior, muy cerca de la comisura derecha. Era un chico guapo que sonreía forzosamente a la cámara. Probablemente la madre debió insistir para capturar aquella imagen.

—¿Cuándo fue tomada?

—Hace unos meses, el día que cumplió los dieciséis, el 23 de abril. Mi hijo nació el día de Sant Jordi. Tengo una foto de cada uno de sus cumpleaños. Esta es la última. Era un chico normal, no parecía tener problemas que lo mortificaran.

Raúl le adelantó que necesariamente volverían a hablar poco después y le aseguró que intentaría averiguar todo lo que pudiera.

—De todas maneras quiero que quede claro que no puedo prometerle nada. A menudo los adolescentes padecen procesos depresivos que no se relacionan con hechos concretos. La policía no le mintió. No siempre hay explicación para algunos suicidios. En todo caso, no siempre llega a conocerse el motivo.

—Ya. Lo sé. Pero era mi hijo y necesito hacer lo posible por comprender. Quizás no puedas ayudarme, lo comprendo, tampoco espero milagros, pero quiero intentarlo.

Necesito intentarlo. No sé si puedes entenderme. No puedo quedarme así. —Y separó las manos y las agitó en el aire mostrando las palmas como si así evidenciara el estado de desesperación del que no conseguía salir.

El investigador en ciernes permaneció en silencio unos instantes. Creía comprender. Prosiguió poco después:

—Creo que sí. Una pregunta: ¿Daniel tenía amigos?

Olga asintió.

—Sí, siempre tuvo amigos. No muchos, pero no era retraído ni un bicho raro, te lo aseguro. Se pasaba horas delante del ordenador, como todos, pero tenía amigos y salía a menudo. No era un chico solitario.

—Necesitaré sus nombres y sus teléfonos.

—Puedo darte algunos nombres, sobre todo el de un chico del instituto, Sergi Montes, pero sus teléfonos estaban en el móvil de Daniel. La policía lo examinó. Mi hijo lo había borrado todo. Lo interpretaron como una prueba más. Ni contactos, ni *chats*... Está en casa, pero no te servirá de nada.

—¿Alguna chica? ¿Alguna historia especial?

—No que yo sepa. Pero eso no puedo asegurarlo... Últimamente mi hijo no explicaba casi nada, nunca me habló de ninguna chica, pero pudiera ser. A veces se encerraba en su habitación para hablar, quizás sí que había alguna chica. La verdad es que no lo sé. Los últimos meses fueron los peores. El inspector insinuó que sí, pero no quiso explicarme nada más, no le dio importancia.

Nuevamente Olga se interrumpió, se llevó un pañuelo de papel hasta la nariz y los ojos y recuperó el bolso.

—Creo que debo comentarte algo. Entre otras cosas por eso estoy aquí. No puedo... —Y dejó la frase en suspenso mientras rebuscaba en el interior de un bolso enorme.

—Usted dirá.

Olga Bernabé alzó la mirada, encaró los ojos de Raúl Forcano y se obligó a mantener las manos quietas sujetando el bolso sobre sus piernas, como si acabara de llegar o estuviera a punto de marcharse.

—Hace unos días encontré unas notas bajo el colchón de Raúl. Las tengo aquí. Son seis notas, todas ellas con el mismo mensaje y una fecha distinta, el 29 de cada mes. Las tengo aquí. Las he traído. He pensado que querrías verlas. Él nunca me dijo nada ni sé cómo llegaron hasta su habitación, pero resultan extrañas. Dan miedo.

Y Olga sacó una bolsa de plástico transparente con agujeros en un lateral de las que a veces utilizan los chicos para entregar trabajos. Le mostró seis hojas blancas salidas de una impresora, todas ellas con una letra y tamaños distintos, todas ellas muy contrastadas, probablemente el autor había seleccionado imprimir en negrita. Las notas habían sido ordenadas empezando por las de letras más pequeñas, un tamaño nueve o menor, hasta llegar a letras mucho mayores. Todas ellas decían lo mismo y tenían una fecha en el extremo derecho inferior. Las fechas siempre distaban



un mes, desde el 29 de marzo al 29 de agosto. Una cada uno de los meses. Conforme avanzaba el tiempo las palabras del mensaje crecían en tamaño.

El contenido bastaba para poner los pelos de punta:

«**Yo la mato**».

—Las enseñé a la policía. Todo apuntaba a un suicidio y el inspector me dejó muy claro que el caso quedaba cerrado y que no lo abrirían. Dijeron que eran cosas de chicos, quizás un fracaso amoroso.

Había resentimiento en la voz de la madre de Daniel.

—¿Sabe si las escribió él?

—No tengo la menor idea. No las había visto antes. No creo que hayan salido de la impresora de casa, la que manejaba Daniel. Las vi la primera vez hace unos días y las comparé con algún trabajo de Daniel. Mi hijo usaba siempre papel reciclado y es algo más oscuro, no es como este. Lo he comprobado. Todos sus trabajos los entregaba en el mismo papel, no es tan blanco ni tan grueso. Yo diría que no salieron de nuestra impresora, pero la verdad es que no lo sé.

Calló y cerró los ojos unos segundos para evitar que se le rompiera la voz.

—Por eso estoy aquí, porque no sé de dónde han salido ni qué significan. Salvador, el padre de Daniel, no quiere ni oír hablar de un investigador, se ha negado a que contratemos a nadie. Por eso estoy aquí. Lo he intentado, pero yo sola no puedo contratar a una agencia.

—¿Puedo quedármelas unos días?

—Sí, desde luego.

Olga Bernabé aguardó con los ojos enrojecidos y las manos recogidas sobre el regazo.

—Necesitaré pasar por su casa. Me gustaría ver el cuarto de Daniel, sus papeles, sus cosas... También le echaré un vistazo a la impresora.

Olga Bernabé asintió.

—¿Daniel había intentado suicidarse en alguna otra ocasión? ¿Había habido alguna tentativa anterior?

—No. Nunca.

—Una última pregunta. ¿Qué día murió Daniel? Ha dicho que fue a finales de septiembre.

—El 28 de septiembre, aunque no me di cuenta hasta la mañana siguiente, el 29, cuando vi que no se levantaba para ir al instituto.

—De acuerdo. Está bien. Lo intentaré. Si le parece bien puedo informarla de lo que averigüe cada dos o tres días. Cuando dé por acabada la investigación tendrá usted un informe escrito detallado de los pasos efectuados y del resultado de cada uno de ellos. Me reservo el derecho a abandonar la investigación si comprendo que no llego a ningún sitio.

La mujer asintió, se puso en pie y volvió a tenderle la mano. Se alejó despacio y se mezcló con los transeúntes que se dirigían a la Diagonal. Raúl la observó a través

de la cristalera. Solo ella irradiaba tanto dolor. La mujer no se apresuró ni intentó guarecerse bajo una cornisa, parecía no importarle la lluvia. Cuando la perdió de vista Raúl cayó en la cuenta de que Olga Bernabé no había recogido su paraguas.

Poco después completó sus notas y se levantó para abandonar la cafetería. La ropa húmeda sobre la piel le provocó un escalofrío. Pagó, bajó la cabeza para proteger de la lluvia los cristales de sus gafas y salió a la calle. Mientras echaba a andar recordó que no habían hablado de tarifas ni de dietas.

Suspiró.

No parecía la mejor manera de empezar.

El Poble Sec había envejecido a trompicones. Inmuebles recientemente reformados y de factura envidiable alternaban a cada paso con maltrechos edificios que amenazaban verdadera ruina. Raúl advirtió numerosas redes de color verde tendidas por encima de las cabezas de los paseantes en un intento por protegerlos de los más que probables desprendimientos de cornisas, molduras o marquesinas. También observó múltiples fachadas que pedían a gritos una reforma en profundidad y balcones muy pequeños en los que cabían milagrosamente bicicletas, bombonas de butano, cestos, garrafas de plástico y hasta un ciclomotor. Un mundo entero en un balcón.

El precio de algunas de las viviendas del Poble Sec fatalmente arrolladas por el tiempo se había desplomado en unos meses. Los recién llegados que no podían pagar alquileres mayores se habían acomodado como habían podido en las transitadas calles del barrio. Algunos habían ocupado pisos vacíos por el método de la patada contundente en la puerta, otros esquivaban la legalidad y se hacinaban más o menos legalmente en habitaciones diminutas y mal ventiladas. Camas calientes y pisos húmedos y fríos.

Mujeres muy mayores, que se desplazaban con ayuda de caminadores y que apenas acertaban a orientarse, cruzaban sus miradas con jóvenes de tez oscura y lengua endiablada o con asiáticos siempre sonrientes de ojos como ranuras. De hecho apenas quedaban bares ni cafeterías que no contaran con una pareja procedente de China al frente del negocio ni escaleras de vecinos en las que no sobreviviera un puñado de jóvenes pakistaníes o una pareja magrebí en compañía de su prole. Ni rastro de los locales que tiempo atrás se repartían por las calles. Comprobó lo que ya sabía, que habían desaparecido para no volver las mercerías, las ferreterías y las bodegas y que no quedaban zapateros remendones.

Raúl alcanzó la calle Tapioles con las primeras gotas de lo que prometía ser un importante aguacero. Con el cielo completamente encapotado y a la escasa luz de un sol apenas intuido, el barrio entero parecía acompañar a la madre de Daniel en su duelo. No había mucho que ver. Ni tristes peluches cubiertos de polvo, ni una tarjeta con las palabras hermosas y mil veces formuladas que raramente responden a la verdad, ni un mal ramo de flores marchitas en el portal. En la calle Tapioles nada recordaba al adolescente fallecido demasiado pronto.

Una puerta metálica flanqueada por una panadería diminuta y por un locutorio todavía más pequeño y mucho más lóbrego, separaba la oscura escalera de vecinos de la calle. Nada en los balcones de la tercera planta le permitió distinguir el piso que

desde hacía unos días ocupaba completamente a solas su primera clienta, Olga Bernabé.

El zumbido de apertura de la puerta sonó pocos segundos después de haber pulsado el timbre. En el buzón todavía el nombre de Daniel Carreras justo debajo del de su madre. A falta de ascensor subió a buen paso escaleras arriba. Olga le esperaba en el rellano asomada a la barandilla y le invitó a pasar inmediatamente. Calzaba unas zapatillas rojas y parecía vestir la misma ropa que el día anterior. No tenía mejor aspecto.

—Te esperaba. ¿Quieres un café?

Raúl rechazó el ofrecimiento.

—Esta era su habitación —dijo abriendo una de las primeras puertas que daban al distribuidor—. El móvil está en el primer cajón tal y como me lo devolvió la policía, la impresora y el ordenador encima de su mesa. Todas sus cosas están aquí. Todavía no he decidido qué haré con ellas —añadió mientras subía la persiana para dejar pasar la poca luz procedente de la calle.

Y se alejó en dirección a lo que parecía el salón.

Pocos metros cuadrados ocupados en su mayoría por una cama con un colcha a rayas azules y blancas, un armario, una mesa de escritorio, una silla con ruedas y una hilera de estanterías desde el suelo hasta el techo. Todo ello en madera clara y diseño juvenil. Las paredes de color crema habían sido parcialmente recubiertas por su ocupante con carteles de películas en su mayoría de ciencia ficción. Raúl ni tan siquiera había oído hablar de algunas de ellas.

Sobre la mesa un portátil de penúltima generación, una impresora, libretas y carpetas del instituto y un fotograma plastificado de *Blade Runner*. En un rincón una pelota de baloncesto y un *skate*.

Abrió y registró el armario, comprobó cajones, palpó cada póster por si ocultaban alguna nota de Daniel. Confirmó que todas las hojas que el chico utilizaba en apuntes, ejercicios y trabajos procedían de un paquete de papel reciclado que guardaba en el primer cajón de su mesa. Encendió el ordenador y reprodujo una de las notas recibidas por el chico. Ordenó imprimir. A simple vista el aparato no dejaba marca alguna ni se observaba ningún defecto de impresión. Tampoco los había en las notas recibidas.

Entró en el perfil de Facebook de Daniel, al que se accedía directamente desde el navegador de su portátil, y comprobó que no había subido ni fotos ni mensajes desde principios de abril. Su último *post* era la fotografía de un perro de ojos color ámbar. No había ninguna nota que acompañara la imagen. Recientemente algunos de sus amigos habían dejado mensajes de dolor y de perplejidad e imágenes con lazos negros, flores, lágrimas y velas encendidas. Raúl apuntó algunos nombres. Archivados en el ordenador, solo trabajos, películas y algo de música. Tampoco encontró nada sorprendente entre sus libros ni en los muchos papeles acumulados sobre su mesa ni en la agenda escolar apenas comenzada.

Se descalzó, se subió a la cama, y desde allí comprobó la parte superior del armario. Nada a simple vista. Polvo y papel para envolver regalos que Daniel nunca llegaría a hacer. Disimulados entre las junturas, un par de preservativos sin abrir que le arrancaron una sonrisa. También él, en su adolescencia, había creído que aquel era un lugar seguro. Junto a ellos la fotografía diminuta de una chica sonriente que Daniel no deseaba mostrar a su madre. Una fotografía de fotomatón. En el dorso un nombre: Sandra.

La guardó y decidió no hablarle a Olga de ella por el momento.

Comprobó en el móvil de Daniel, que afortunadamente no tenía clave de acceso, que el chico se había tomado la molestia de borrar contactos, imágenes, conversaciones de Whatsapp... Ni rastro de su vida virtual.

Permaneció unos instantes sentado en su cama intentando imaginarlo con los auriculares puestos esperando la muerte. Cuando abandonó la habitación, Olga Bernabé le salió al paso.

—¿Cuando encontró a Daniel sonaba la música? —quiso saber.

La mujer negó con la cabeza.

Tenía los ojos arrasados y se sujetaba una mano con la otra a la altura del estómago.

Cuando salió a la calle un nuevo aguacero despejaba las aceras. Bajó la cabeza y, con las manos en los bolsillos y el humor en caída libre, echó a andar.

\* \* \*

Las cosas no habían cambiado mucho desde que Raúl Forcano dejó el instituto algo más de diez años atrás. Otro barrio, un edificio más nuevo que el que él frecuentó, pero una clientela muy parecida deambulando por aulas y pasillos. En el Institut Consell de Cent, muy cerca del puerto de la ciudad, Raúl advirtió la familiar confusión de voces en el cambio de clase, parecidas protestas y los mismos empujones en los atiborrados pasillos.

Chicos y chicas con aspecto y estatura de verdaderos críos reían y gritaban a pocos pasos de jovencísimas mujeres de curvas evidentes y vocación de Mata-haris y de muchachos que peinaban melenas, lucían frondosas patillas y afeitaban barbas cerradas. Bonitas piernas depiladas a conciencia y rematadas por pantalones muy, muy cortos convivían con las delgadas pantorrillas cubiertas de vello de algunos chicos todavía en bermudas caídos. Escotes pronunciados y mucha piel a la intemperie codeándose con capuchas que apenas permitían reconocer la mirada. Todos ellos, quieras o no, en un ruidoso cercado de zócalos azules. Estirón arriba, estirón abajo, cada adolescente era un mundo propio y complicado. Un mundo en un equilibrio precario entre la euforia y la melancolía, recordó Raúl que conservaba recuerdo fiel, y no siempre feliz, de su paso por el instituto.

Le vino a la mente la fotografía de Daniel Carreras, el chico aparentemente despreocupado que, con las manos en los bolsillos y un lunar en el labio superior, sonreía a requerimiento de su madre. Olga Bernabé pretendía capturar a toda costa un instante dichoso, el de su decimosexto aniversario, sin sospechar que no celebrarían juntos ninguno más.

El adolescente «adolece», había señalado un profesor sentencioso cuando Raúl finalizaba la ESO para incorporarse al Bachillerato. Y con el paso de los días había conseguido comprender que así era. Adolece de casi todo. Todavía recordaba su propia inseguridad, su álbum de complejos en el que no faltaba ningún cromó y la extraordinaria dificultad para encajar en algún sitio. Sobre todo conservaba memoria de la imperiosa necesidad de ser aceptado en un grupo, de considerarse miembro de alguna tribu, y de la angustiada sensación de no acabar de conseguirlo nunca. Una edad verdaderamente difícil.

Preguntó por el Jefe de Estudios a un bedel aparentemente inmune al griterío circundante que custodiaba un gran vestíbulo. El hombre le indicó con un gesto que le acompañara hasta la entrada. Tanto era el escándalo que no había podido entender la pregunta.

—Perdón. ¿Por quién pregunta?

—Necesito hablar con el Jefe de Estudios.

—La jefa.

—¿Disculpe?

—Nada, solo digo que es una mujer, una Jefa de Estudios.

—Ya, lo siento, no lo sabía.

—No, si a mí no me ha ofendido usted, pero a ella...

Y se encogió de hombros al tiempo que movía una mano en el aire como para indicarle que la mujer en cuestión era de armas tomar.

—Tendrá que esperar unos minutos hasta que todo esto se aclare un poco. Tres o cuatro minutos —añadió mirando de refilón el gran reloj que presidía el vestíbulo—. La encontrará en su despacho, acabo de verla entrar. La tercera puerta a la derecha, donde pone «Equip Directiu».

—Muchas gracias.

—¿Es usted padre de un alumno? —preguntó el bedel inclinando la cabeza como para observarlo mejor y por entretener la espera.

—No, no —se apresuró a responder Raúl Forcano que advirtió un leve vuelco en el estómago. Nada más lejos de su intención que quemar también esa etapa. La idea había conseguido no solo alarmarle levemente por su extravagancia, también originar una reacción fisiológica inmediata y fácilmente interpretable. Miedo. «Vade retro», pensó.

—Es otro asunto.

—No se extrañe usted, por aquí pasan padres muy jóvenes. ¿Asistente social?

—Algo así —respondió con un aplomo que estaba lejos de experimentar y ciertamente aliviado, prefería las verdades a medias a las mentiras rotundas.

El hombre, con las manos en los bolsillos del guardapolvo, torció el gesto, parecía algo contrariado por el hermetismo del visitante. Dio un paso hacia un lado, obstruyó así la puerta de entrada y advirtió a una chica con claras intenciones de abandonar el centro:

—Por encima de mi cadáver, Karen.

Y Karen, que calzaba chancletas con la bandera de Brasil, lucía un top elástico de color rosa con un escote abismal y pantalones a juego, volvió sobre sus pasos con gesto de disgusto. Se alejó mascullando un «será gilipollas» que el bedel aparentó no escuchar.

—El novio está expulsado —aclaró el bedel—. Lo intenta a cada hora. Solo piensa en la calle.

Raúl se limitó a asentir. No pudo evitar imaginar a la obstinada chica calzando chancletas y atravesando la ciudad empapada y repleta de charcos. Reprimió un escalofrío. Sonó un timbre en las entrañas del edificio y los alumnos fueron poco a poco entrando en las aulas. Tanto el vestíbulo como el pasillo principal quedaron despejados en un par de minutos.

—Ya puede usted intentarlo.

Golpeó con los nudillos en la tercera puerta a la derecha y no tardó en escuchar un «adelante».

—Pase, pase —le invitó una mujer con la cabeza inclinada y las gafas en la punta de la nariz que no levantó la cabeza del documento que leía.

Y pasó.

Observó que en el despacho compartido solo una de las cuatro mesas estaba ocupada. Mejor así, el asunto que le traía hasta allí requería cierta privacidad.

—Siéntese.

Y Raúl dejó sobre una silla la cartera que colgaba de su hombro y tomó asiento frente a la mesa repleta de papeles. Le llegó el aroma del té de jazmín y observó que la mujer tenía una infusión a medias junto al teléfono. No pudo evitar apreciar el orden reinante en la mesa de la Jefa de Estudios.

—Enseguida estoy con usted.

Y así fue. Instantes después cerró la carpeta, levantó la cabeza, remontó sus gafas nariz arriba empujándolas con el índice y vio a Raúl por primera vez.

—¿Nos conocemos?

—Yo diría que no. Soy Raúl Forcano.

—Pilar Mercader.

Al levantar la mirada, los ojos azules de la mujer crecieron tras los cristales como de aumento de sus gafas y a Raúl le parecieron casi irreales. Tenía el pelo muy negro y los labios resaltados con un lápiz de labios de un rojo estridente. Era una de aquellas mujeres de dientes adelantados que acababan manchando diariamente alguno

de sus incisivos de rojo. Siempre el mismo diente, siempre en el mismo lugar. También era de aquellas que nunca se daba por enterada.

En los primeros cursos de facultad Raúl tuvo una profesora a la que le sucedía algo parecido. Alguno de los alumnos sugirió entre risas que se alimentaba de carne humana, preferiblemente la de sus alumnos más jóvenes. Siempre pensó que alguien debería señalarle el enojoso asunto.

Le tendió la mano y la encajó como podría haberlo hecho con un estibador.

—Soy un amigo de la familia y necesito hacerle unas preguntas. La madre de Daniel Carreras me ha pedido que averigüe si hubo alguna razón que empujase a Daniel a acabar con su vida.

—¿Amigo de la familia, dice usted? ¿Cómo puedo saber que no es usted un periodista? Hemos tenido algún problema en casos de padres separados, de tutelas no compartidas, de maltratos... Ya no me fío de nadie. Usted me perdonará, pero he decidido pedir siempre una acreditación.

—Desde luego. Lo entiendo.

La mujer buscó en un listado el teléfono de las personas a cargo de Daniel Carreras. Marcó inmediatamente.

Por fortuna la madre de Daniel atendió la llamada en pocos segundos, se identificó y no tardó en refrendar las palabras del joven.

Un buen amigo de la familia.

Pilar Mercader colgó y le indicó con un gesto que podía preguntar.

Conocía los hechos, en el instituto la noticia había cusado estupor. Lamentablemente apenas podía hablar de Daniel, un alumno que nunca dio problemas relevantes. No había pasado por su despacho por ninguna sanción ni se había visto obligada a expulsarlo del centro por mal comportamiento.

—Lo recuerdo, recuerdo su aspecto, pero no puedo hablarle de él. Era alumno de primero de Bachillerato. Cursó aquí toda la ESO y nunca dio problemas. Como dice uno de los profesores: formaba parte del pelotón. Y no lo tome usted como un comentario peyorativo, no lo es. No parecía especialmente triste, no era un provocador, ni un chico inadaptado y tampoco creo que destacase por su ingenio o por su habilidad para algo en concreto. Llevaba años aquí y estas cosas se saben. Tampoco era de los que intentaban llamar la atención continuamente. Creo que era un buen chico. A mí me lo parecía.

—Entiendo.

—Le conviene hablar con el tutor que tuvo el curso anterior. Este curso acaba de empezar y la tutora de su grupo apenas conocía a Daniel, llevaba un par de semanas con ellos cuando... No podrá decirle nada.

—Si fuera posible...

—Sí, no hay problema. Déjeme comprobar, creo que... —Y dejó la frase en el aire mientras consultaba su ordenador—. Sí, no me equivocaba, el tutor era Martí



Colomines. Ha tenido usted suerte, anda por aquí, acabo de verlo. Enviaré a un profesor de guardia. Puede usted esperar aquí o en la cafetería, como prefiera.

Raúl prefería hablar con el tutor a solas y no bajo la supervisión de Pilar Mercader a la que parecía no escapársele nada.

—Si me indica dónde está la cafetería, me vendrá bien un café.

—Sígame —ordenó quitándose las gafas y dejándolas colgar de un cordón rojo sobre su escote.

Por el tono imperativo de su voz y la autoridad que emanaba de su persona probablemente Raúl hubiera subido tras ella los escalones del cadalso.

Pilar Mercader le llevó hasta la cafetería, casi completamente vacía durante las clases.

—Serán unos minutos. No tardará.

Raúl se acodó en la barra y se dispuso a aguardar. Con toda seguridad Daniel había ocupado más de una vez alguna de aquellas mesas ahora vacías. Evitó pensar en ello y se concentró en las preguntas que deseaba formular. No tuvo que esperar mucho.

Martí Colomines se acercó a él, estrechó su mano, pidió un café que le fue servido de inmediato por una chica pelirroja de piel muy blanca y ojos muy grandes que le dedicó una sonrisa que a Raúl se le antojó deslumbrante. Pero a Raúl le deslumbraban casi todas las chicas sonrientes. No era ninguna novedad. El profesor correspondió con una no menos franca y le indicó al joven una mesa alejada situada junto al ventanal. Raúl se sentó encarando la entrada, como siempre. Como hacían los mafiosos en las películas. Era hombre de rutinas, de manías, de puras y duras obsesiones. Cualquier desviación le incomodaba profundamente.

—Creo que quieres saber cosas de Daniel.

—Sí, así es. Su madre quiere conocer los motivos que pudieron haberle empujado a hacer lo que hizo.

—No me extraña. Cualquiera en su lugar... Pero no sé si seré de gran ayuda. Pregunta lo que quieras, por mí no quedará.

El profesor era un hombre joven y fornido de unos treinta y pocos años, ojos oscuros y cabello largo y ondulado que lucía pulseras de hilos de colores junto al reloj y vestía como para participar activamente en una batucada. Sobre el pecho de su camiseta morada mostraba la inscripción:

«He visto cosas que ustedes no creerían. Naves de combate ardiendo más allá de Orion».

Raúl la identificó de inmediato. Perteneecía, como la de la camiseta de Daniel, a *Blade Runner*. La coincidencia resultaba sorprendente y Raúl la anotó en su libreta aunque no existía la menor posibilidad de olvidar la curiosa circunstancia. El profesor acababa de vaciar el sobre entero de azúcar en su café. Dada la edad parecida y la buena disposición del profesor, Raúl optó por el tuteo para corresponder a su confianza.

—¿Notaste algún cambio en Daniel durante los últimos meses? ¿Algo que resultara extraño en el chico?

—Los adolescentes son extraños siempre, lo acarrea la edad, ¿sabes? Tienen días mejores y días peores, igual te abrazan por el pasillo que pasan de ti como si no te conocieran y si no te escupen es por miedo a la sanción. Es así y así ha sido siempre. Daniel era un chico agradable, tenía interés, no me dio ningún problema. Eso no quiere decir que él no los tuviera. No lo sé. Simpatizábamos. Al menos eso creo yo, aunque ya te digo que con los adolescentes a menudo no se sabe con certeza. Además teníamos algo en común, quizás por eso hablaba más conmigo que con cualquier otro. A ambos nos gustaba mucho el cine. Para su edad Daniel era un entendido.

—Ya. He podido deducirlo —respondió Raúl sonriendo—. La camiseta habla por sí sola.

—Daniel también tenía alguna. Le interesaban todos los géneros, pero sobre todo la ciencia ficción, recordaba escenas, diálogos enteros. Él me dijo dónde las compraba. Un sitio interesante.

—Curioso.

—En ese sentido sí que era un chico poco corriente.

—¿Recuerdas haber notado algún cambio en su comportamiento? ¿Algo extraño? Cualquier cosa que te llamara la atención.

—Recuerdo que al volver de las vacaciones de navidad se le veía por los pasillos con una chica de cuarto curso, una alumna de su misma edad, de su mismo nivel, pero de otro grupo. Una chica muy guapa. Iban de la mano, se morreaban entre clase y clase como si se acabara el mundo y se despedían a la puerta del aula como si fueran a tardar siglos en volver a verse. Iban siempre juntos y parecían llevarse muy bien, pero duró poco. Me extrañó, se les veía tan bien... pero no quise meterme. No pregunté. El caso es que se distanciaron, dejaron incluso de saludarse, como si de pronto no se conocieran.

Martí Colomines se interrumpió y, bajando la voz, le confió:

—No sabes lo que daría por un cigarro.

Raúl, que era fumador habitual y que siempre albergaba la intención de abandonar el tabaco en el corto plazo, asintió con evidente pesar.

—Y yo.

Con un gesto, el profesor intentó apartar el pensamiento de su cabeza y prosiguió:

—Ignoro qué pasó entre ellos, tampoco me llegaron rumores. A veces estas cosas se acaban sabiendo. Sobre todo si se trata de una infidelidad. Siempre te llega una alusión, un comentario al vuelo... No me llegó nada. *A posteriori* muchos han hablado de que quizás no superó la separación, pero entonces no trascendió nada. Durante el resto del curso ambos parecían almas en pena. Ella no levantó cabeza. Aprobó, pero sus resultados bajaron significativamente. Creo que le guardaba rencor. No sé por qué, pero parecía resentida con él. Daniel continuó viniendo a clase y superó los controles por los pelos, pero a menudo también él parecía estar algo

ausente, como si desconectara. No creí necesario intervenir, son cosas de chicos y en un instituto pasan cada día, te lo aseguro. Hubiera podido indagar, pero pensé que no debía...

Cabeceó antes de hablar, como si recordara.

—Pensé que tenían derecho a la intimidad.

Raúl tomó nota de las observaciones del tutor así como del mensaje de su camiseta. Martí acababa de levantar la mirada y observaba al grupo que intentaba perpetrar una compleja jugada de baloncesto. Continuaba lloviendo y la ensayaban a cubierto, ejercitaban los pases bajo el porche que separaba los dos edificios que integraban el centro. El acierto era escaso y la mirada de la profesora de Educación Física, que permanecía con los brazos en jarras y una buena dosis de hastío en el rostro, delataba su contrariedad.

—¿Sabes? Cuando un chico es hijo de padres separados a menudo achacamos sus problemas a su situación familiar. Es un recurso fácil. Creo que en algún momento pensé que en su casa las cosas se habrían complicado y que ese era el motivo de su aparente tristeza.

—¿Todavía lo piensas?

—No, su madre estuvo aquí a finales de mayo. Daniel tenía dificultades con el inglés y le recomendé un refuerzo. Le pregunté si había notado algún cambio, si en casa había pasado alguna cosa. Intenté hacerla hablar sin insistir. No me explicó nada nuevo. Creo que ella no había advertido nada. También me dijo que Daniel apenas hablaba con ella, pero que pensaba que era lo que hacían todos. No me extrañó. Me contestó que no, que todo seguía igual. Yo no le hablé de la chica, pensé que no era asunto mío.

—¿Sabes cómo era la relación con su padre?

—Por lo que la madre decía es casi inexistente. Creo que se limitaba a llamar a su hijo de tarde en tarde. Daniel nunca mencionó a su padre. Se fue de casa hace años, no sé exactamente qué edad tenía Daniel, pero me consta que pasa bastante de su hijo.

El profesor se interrumpió y sacudió la cabeza.

—Bien, ya me entiendes, quiero decir que mantenían muy poco contacto, que no se veían casi nunca —rectificó al advertir el incoherente uso del tiempo verbal—. No acabo de hacerme a la idea de que el chico esté muerto.

Según avanzaba la conversación el profesor parecía más abatido. Permaneció unos instantes en silencio. Más allá del cristal, en el porche, a pocos metros, acababa de desatarse un infierno menor. Más de veinte alumnos, cada uno con una pelota de baloncesto, competían para comprobar quien aguantaba más tiempo botando. El retumbar le recordó a Raúl al de los tambores de guerra en las películas.

—La policía estuvo aquí, hablaron de suicidio y les expliqué lo mismo que te estoy diciendo a ti. No sé si siguieron investigando. Juraría que no. Creo que no

llegaron a hablar con la chica. No me quito de la cabeza que quizás le fallé a ese chico. Quizás hubiera podido...

No continuó. Martí Colomines permaneció unos instantes en silencio y, adelantando el torso para dirigirse a Raúl, preguntó casi en un susurro:

—¿Puedo pedirte una cosa?

—Si está en mi mano... —respondió Raúl que no quería hacer promesas que no pudiera cumplir.

—Si hubo un motivo y llegas a averiguarlo me gustaría conocerlo.

—Si llego a obtener una explicación y la madre de Daniel no tiene inconveniente volveré por aquí y hablaremos —prometió.

—Te lo agradezco.

—¿Esa chica sigue aquí? ¿Podría...?

—Sí. Está en primero de Bachillerato, como lo estaba Daniel hasta que... Es una chica muy lista, competente, trabajadora. Una de esas personas que pueden conseguir lo que se propongan.

—¿Podría hablar con ella?

—Sí. Si ella acepta... Es una menor, pero no creo que tenga inconveniente, aunque quizás mejor se lo pregunto a la jefa. Lo intento, espera aquí.

—Te lo agradeceré.

—No te muevas.

Martí Colomines se alejó con las manos en los bolsillos. Caminaba encorvado y parecía profundamente desalentado. Probablemente lo estaba. En su espalda Raúl pudo leer «Es toda una experiencia vivir con miedo, ¿verdad? Eso es lo que significa ser un esclavo».

Raúl apuró el café y acabó de anotar algún detalle. Lo hacía por seguir las recomendaciones de los expertos. Estaba seguro de que no olvidaría nada de cuanto Martí Colomines le acababa de explicar. Cuando levantó la mirada advirtió la llegada del profesor que avanzaba ya por el pasillo. Traía cara de contrariedad.

—No he hablado con la jefa, estaba ocupada y creo que no le gustará saber que vas por ahí preguntando a los alumnos. Es muy suya. Sandra no podrá bajar, me la he encontrado en el pasillo, tiene examen de Filosofía dentro de cinco minutos. Pero me ha dicho que si me das tu móvil te llamará esta misma tarde. Te explicará todo lo que sabe.

Raúl se había propuesto acabar de adecantar el piso en el corto plazo para dedicarse en cuerpo y alma a estudiar y aprobar Victimología y Derecho Penitenciario. No tenía en el piso más novelas que la que acarreaba en su cartera y que solo abría en el metro o mientras se tomaba un respiro y quemaba un cigarrillo. Empuñaba la rasqueta a la menor oportunidad y se afanaba por librarse en breve de loros y pagodas y despejar de una vez el salón chino cuyas verdaderas dimensiones eran las de una habitación no muy grande. Mientras conseguía desprender una tira de papel del tamaño de una tarjeta de visita sonó el móvil que guardaba en el bolsillo trasero de los bermudas. En pantalla un número que no reconoció.

—¿Raúl Forcano?

—Era la voz ligeramente cantarina de una chica aparentemente muy joven. No le resultó familiar.

—Sí, soy yo.

—Creo que quieres hablar conmigo.

—¿Y tú eres? —preguntó con el pensamiento todavía en la última pagoda que acababa de arrancar.

—Soy Sandra Fuertes y esta mañana has estado en el insti y... Yo era amiga de Daniel. La amiga de Daniel.

—Sí, sí, quiero hablar contigo. Desde luego. Cuanto antes —se apresuró a responder.

—¿Eres poli?

—No, no, no soy poli —rebatíó de inmediato. Nadie confía en un poli—. Soy un amigo de la familia. Su madre quiere averiguar qué era lo que preocupaba a Daniel hasta el punto de...

—Bien. Si quieres podemos quedar esta tarde. Salgo del gimnasio a las siete. Podemos vernos en el barrio, en la Plaça dels Ocellets.

—La conozco, a las siete allí, si te va bien. Mi móvil tiene una funda roja, estará sobre el banco.

—De acuerdo. ¿Te importa si una amiga viene conmigo? —preguntó la chica bajando la voz.

—No. Desde luego que no. No es necesario, pero puedes venir acompañada de quien quieras.

La respuesta tranquilizó a Sandra Fuertes que se despidió de inmediato.

—*Okay*. Nos vemos.

Una chica lista, pensó Raúl mientras arrancaba de la pared un retal del tamaño de una moneda pequeña.

—¡Mierda!

\* \* \*

Por fortuna había dejado de llover cuando cruzó la ciudad en metro hasta alcanzar la concurrida Avinguda del Parallel. Durante el trayecto apenas había podido fijar la atención en la novela de Philip Kerr que en mejores circunstancias habría devorado en un par de días. La sensación no acababa de gustarle. El cielo continuaba encapotado y la luz de las farolas era ya una realidad en los charcos.

Raúl no soportaba hacer esperar y siempre llegaba con antelación. Era obsesivo y extremadamente concienzudo en algunos asuntos y de una dejadez rayana en la desidia respecto a otros. De hecho, como cuadro clínico, Raúl era de difícil diagnóstico y de imposible pronóstico. Silvia, una de sus novias, especialmente impuntual, decía no comprender su puntualidad a prueba de bombas que ella calificaba de verdadero vicio, casi de perversión. Juraba por lo más sagrado que no lo entendería nunca.

Y no lo hizo.

Nunca.

En la Plaça dels Ocellets junto al rumor de la circulación procedente del Parallel Raúl distinguió el zureo de las palomas. Las aves se arremolinaban a los pies de una anciana que desmigaba pan humedecido en una esquina. Buscó un banco libre y lo encontró a pocos pasos de la fuente. Un puñado de críos chutaba un balón con más dedicación que acierto mientras un corro de madres de rostros graves parecía asistir a una reunión en un rincón y unas niñas compartían risas en el extremo más alejado de sus progenitoras.

En la Avinguda del Parallel los coches circulaban levantando el agua de los charcos cuando Raúl se sentó, silenció el móvil y dejó sobre el banco la cartera con sus libros de texto y el *smartphone* con la llamativa funda roja que utilizaba como distintivo. Había refrescado y Raúl creyó acabado por fin un verano seco y exageradamente caluroso. Recuperó la novela de Kerr, pero no llegó a abrirla. Le tranquilizaba sentirla entre los dedos.

Pasaban pocos minutos de las siete cuando se plantaron delante del joven un par de chicas cargadas con abultadas mochilas. La que se dirigió a él, y cuya voz reconoció por su timbre, era alta y esbelta. Su cabello castaño muy claro acababa en un pico sobre la frente y colgaba mojado sobre sus hombros como el de su amiga. Ambas parecían recién salidas de la ducha. Tenía unos ojos enormes de color miel y los pómulos altos y todavía algo ruborizados por el ejercicio reciente, distinguidos. A diferencia de la chica que le acompañaba, que permaneció en todo momento detrás de su amiga y con la vista baja, parecía desenvuelta.

—Soy Sandra.

Le tendió la mano que ella estrechó con vigor. Raúl retiró cartera y móvil y Sandra Fuertes descargó su mochila y se sentó a su lado mientras su amiga se retiraba hasta un banco cercano junto a la mujer de las palomas. Con un gesto de contrariedad y rechazo se sentó lo más lejos posible de las aves que aleteaban cerca de sus pies.

—La madre de Daniel intenta encontrar una explicación, por eso quiero hacerte unas preguntas.

—Ya. Lo entiendo. Es lógico. Yo tampoco... —Pero no acabó la frase, la voz de Sandra se extinguió entre ambos como una llama en las últimas.

—Creo que Daniel y tú estuvisteis saliendo un tiempo, que se os veía muy bien y que de repente, más o menos en primavera, las cosas se torcieron. ¿Hubo algún motivo? ¿Pasó algo entre vosotros?

La chica suspiró y cruzó las manos sobre el regazo.

—Sí, pasaron cosas, muchas cosas. Y todavía no me lo explico. Estábamos... No sé, nos llevábamos muy bien, nos entendíamos. Juraría que nos queríamos. Y de pronto... No sé, empezaron a pasar cosas que no sé... No lo entiendo.

—¿Cosas?

—Sí, cosas, cosas desagradables —afirmó con contundencia y a su rostro afloró un gesto de despecho—. Un día apareció en Facebook un perfil nuevo con el nombre y la fotografía de Daniel. Había subido fotos mías y decía que yo era una zorra, que se lo hacía mejor que nadie y que seguro que me iría con el primero que me lo pidiese... Cosas así. No eran fotos íntimas. No teníamos. Nunca se nos ocurrió, no jugábamos a eso, no nos iba ese rollo.

Raúl advirtió en sus ojos la sombra del dolor.

—No podía creérmelo. Nunca hubiera pensado que Daniel podía hacer algo así. Algo tan... Tan rastrero, tan... No sé, nunca creí que fuera un hijo de puta. De otros no me hubiera extrañado, pero de Daniel...

La chica apretó los labios, que casi desaparecieron de su rostro. Cabeceó con la mirada en el semáforo que acababa de cambiar. La circulación se detuvo.

—Ni a mí ni a nadie. Él no hablaba así ni con sus amigos, no era de ese tipo. No podía creer que pensara eso de mí. Además, apenas... Solo lo habíamos hecho una vez, solo una vez. Y fue la primera para los dos.

Bajó la mirada y la clavó en la punta de sus deportivas.

—Pasó de acostarse conmigo a insultarme en su muro y a enviarme mensajes privados usando su nuevo perfil de Facebook. Me insultaba, se burlaba de mí... No parecía él, pero...

—Cualquiera pudo...

—Lo sé, sé que es fácil crear un perfil, que pueden robarle la cuenta, que pueden suplantar tu identidad... Sé que es muy fácil, yo misma sabría hacerlo, pero... ¿Y si había sido él? Todo el mundo me miraba y hablaba de mí. Se reían. Mis amigas me compadecían, los chicos del instituto me pedían guarradas, me enviaban notas... Bueno, eso no importa, son unos capullos y paso de ellos.

A Raúl la determinación de la chica le pareció admirable.

—Mi madre se enteró y me prohibió salir con él. Eso no es que me importara, si hubiera querido hubiera seguido con Daniel, podría haber pasado de mi madre. No sería la primera vez. Además, nos veíamos cada día, tanto si queríamos como si no. En el patio, en los pasillos... ¡Joder! Lo pasé muy mal y creo que él estaba destrozado. Fue un infierno. Te lo puedes imaginar.

Raúl asintió. Era cierto. Se lo podía imaginar.

—¿Qué dijo Daniel?

—Lo negó todo. Siempre, desde el primer día. Lloró cuando le acusé. Me pidió que le creyera, me juró que no tenía nada que ver, que nunca haría nada que me pudiera perjudicar, que había alguien en algún lugar que quería hacerle daño... Lloraba y me pedía por favor que creyera en él, me lo suplicó... Nunca reconoció haber hecho algo así. En ningún momento.

—No le creíste.

—No supe qué pensar, la verdad es que no podía creer que él hubiera hecho algo como... pero no tuve valor. Lo he pensado muchas veces, sobre todo últimamente, desde que... Fue una cuestión de valor, fui una cobarde. Se burlaban de mí y no me atreví a creer en él.

—¿Te habló de esa persona que pretendía hacerle daño? ¿Sabía Daniel de quién se trataba?

Sandra había bajado la voz y retiraba una lágrima que se deslizaba mejilla abajo.

—No, no sé si él lo sabía, pero insistía en que no había otra explicación. Si era cierto que había alguien detrás de aquello, en el mes de abril, cuando le dije que no nos veríamos más, él no me dijo quién era ni por qué quería hacerle daño. Podía haberlo hecho para defenderse, pero no lo hizo.

—¿Qué pasó después? —quiso saber Raúl que acababa de ver cómo se desvanecía la posibilidad de una pista valiosa.

—Era más fácil romper con él que seguir juntos y dar la cara... Se hubieran reído de mí durante meses, se hubieran burlado hasta cansarse. Sé cómo son. Me dolía, estaba desilusionada, muy triste. Yo le quería. Y él a mí, estoy segura. Los últimos meses antes de las vacaciones fueron una tortura. Una mierda. Había días que me costaba muchísimo levantarme de la cama, pero lo hacía. Me levantaba, iba al instituto y hacía ver que no me importaba lo que pudieran decir y que no me importaba Daniel. Cuando me enteré de que había muerto pensé que me había equivocado. Que Daniel tenía razón y que debí haber confiado en él. Pero no lo hice.

Sandra lloraba sin reservas vencida sobre sí misma. Raúl no quiso interrumpirla. Levantó la vista y comprobó que era completamente de noche en la ciudad y que en la plaza apenas quedaba nadie. En el banco cercano la mujer había desaparecido y solo algunas palomas buscaban las últimas migas. Su amiga se levantó, se acercó y se sentó junto a ella en la misma postura, inclinada también hacia adelante. Una presencia silenciosa, casi fantasmal. Una sombra callada, cómplice.



—Y lo que es peor, ya no estoy a tiempo. Creo que me equivoqué y nunca lo sabré. Daniel juraba que me quería. Y eso es lo peor de todo, que ya no puedo hacer nada. Él juraba que me quería —repitió.

En la plaza se hizo el silencio. Los vehículos acababan de detenerse y una riada de personas procedentes de la estación de metro cruzaba la gran avenida.

—Y yo a él. Yo también le quería.

—No deberías culparte, Sandra. Si alguien suplantó su identidad, esa persona debería rendir cuentas.

La chica no replicó, pero no pareció convencida. Instantes después susurró con la voz rota y el llanto incontrolado.

—Le echo tanto de menos.

La amiga de Sandra, cuyo nombre Raúl no llegó a conocer pero cuya presencia en aquella plaza agradecía infinitamente, acercó su cabeza a la de la chica y cogió su mano derecha entre las suyas.

—¿Sabes? Le llaman el pico de las viudas —dijo señalando su frente con el índice allí donde el nacimiento del cabello formaba una uve—. Me lo dijo Daniel y lo comprobé. Es verdad, le llaman así, dicen que no hay una verdadera correlación, que no todas las mujeres que lo tienen se quedan viudas muy jóvenes. A veces pienso que quizás no es una puta leyenda.

El gesto de la chica, sus palabras y la expresión de su rostro resultaban infinitamente tristes. Raúl pensó que Sandra era demasiado joven para vivir algo así.

—¿Tenía Daniel algún amigo íntimo? ¿Algún chico al que pudiera haberle explicado...?

Sandra dudó, suspiró, retiró como pudo las lágrimas y respondió a la pregunta tras intercambiar unas palabras en voz muy baja con su amiga.

—Daniel no era de los que iba siempre con amigos, se relacionaba con todo el mundo, pero era muy independiente. Hablaba sobre todo con Sergi Montes, otro pirado del cine. Se conocían desde críos, creo que venían de la misma escuela. Cuando dejamos de salir juntos lo vimos a menudo con él. Sergi es un buen tío, y es un cerebro, ya lo verás. No parece de este mundo. Seguro que querrá hablar contigo. Para él tampoco es fácil.

—¿Cómo puedo encontrarlo?

—En el instituto o en el pabellón. Juega a básquet en el Sant Antoni, en la calle Vilà Vilà y entrena varias tardes a la semana. Siempre anda por allí. No sé cómo puede con todo.

Instantes después ambas se levantaron. Sandra miró a Raúl y le suplicó:

—Por favor, si llegas a saber alguna cosa...

—Si la madre de Daniel no tiene inconveniente, te informaré.

Se alejaron con la llegada de las primeras gotas. Raúl permaneció unos minutos en el banco, cavilando. No podía evitar compadecer a la chica desolada que quizás tomó una decisión errónea, pero absolutamente lógica.

Comprendía por primera vez algo que nunca había considerado un inconveniente: mantener la distancia emocional respecto a las víctimas y sus allegados sería uno de los aspectos más difíciles del oficio al que se disponía a dedicarse. Recordó las palabras de uno de sus profesores que no se cansaba de repetir:

«Cabeza fría, siempre la cabeza fría».

No era mal consejo.

Con un dedo retiró las gotas que habían alcanzado sus gafas de miope, se atusó el pelo húmedo, recuperó la cartera y se alejó en dirección al metro. Cuarenta minutos de trayecto que emplearía en completar sus notas y en programar los próximos pasos.

Al cruzar la plaza advirtió la presencia de un joven con la cabeza baja que se apoyaba con una mano en un coche. Raúl pensó que quizás se encontraba mal y se aproximó. Falsa impresión. El chico orinaba en el depósito de gasolina de un utilitario probablemente a modo y manera de pequeña venganza. Con un gesto airado y un «vete de aquí, gilipollas» le indicó que se alejase.

Lo hizo al tiempo que tomaba nota mental de que si algún día tenía coche propio el depósito se cerraría con llave.

Antes de bajar al andén comprobó la pantalla del móvil. Una llamada perdida de Alejandra, la preciosa chica argentina a la que había conocido en el bar de la facultad dos días atrás mientras esperaba a Andreu Cabana.

Andreu era su amigo, su cabeza de puente, el pie a tierra que permanecía en la facultad mientras Raúl andaba a vueltas con el piso de la abuela Ascensión y su atiborrado y minúsculo salón chino. El que le pasaba los apuntes y le informaba del curso de las cosas. Raúl correspondía asumiendo en su totalidad los trabajos colectivos. Hacía buen equipo consigo mismo. Un intercambio conveniente para ambos.

La chica se había acercado a él y le había preguntado por la copistería. No sabría decir si fueron sus ojos de un azul imposible, su acento cadencioso o su encantadora sonrisa. Sin pensarlo dos veces y apurando el café de un sorbo Raúl se había ofrecido a acompañarla. Y el fin del mundo le hubiera parecido cerca, tanto le había impresionado la joven que dijo ser Alejandra Batchelli.

En un alarde de valor el impresionado aspirante a detective le había facilitado su teléfono. La chica, que llevaba pocas semanas en la ciudad y apenas conocía nada ni a nadie, le agradeció su amabilidad y apuntó el número de Raúl. El joven se había ofrecido a ayudarlo en lo posible.

—Si necesitas cualquier cosa... No te cortes—había rematado días atrás.

Devolvió la llamada de inmediato con la ilusión intacta y cierta molesta sensación de ser un gilipollas a tiempo completo.

Recogió el papel recién arrancado y los diarios que empapaban el agua que se deslizaba paredes abajo y, con un soplado descomunal, remató la faena tirando la enorme bolsa al contenedor pertinente. Sudoroso, en chancletas, bermudas y gafas en la punta de la nariz no ofrecía la mejor versión de sí mismo y se apresuró a regresar al piso. Nunca se sabe con quién te puedes tropezar y tampoco era cuestión de jugarse la autoestima.

La pieza principal ya podía recibir la primera capa de pintura y Raúl se encasquetó una gorra, encendió la radio y empuñó el rodillo que sumergió en pintura blanca. Pretendía acabar la habitación antes del mediodía y poder disponer de ella en breve, pero no ignoraba que las cosas no siempre salían como uno las esperaba. De hecho lo que esperaba como se espera el agua en mayo era una interrupción. Cualquier interrupción.

Cuando concluyó una de las paredes y la emprendía ya con la siguiente, la de la ventana a la calle, sonó el móvil que llevaba en el bolsillo trasero. Dio un respingo y a punto estuvo de dejar caer el rodillo con el consiguiente escándalo de pintura. La llamada era de Olga Bernabé y el futuro detective hizo un gesto de contrariedad dirigido a la nada absoluta.

Demasiado pronto para esperar resultados, pensó Raúl, que valoró la posibilidad de dejar sonar el teléfono y de devolver la llamada más tarde. Bien poco podía decirle por el momento. No lo hizo. Era tan obsesivo como consciente de sus responsabilidades. Esto último le había generado no pocos problemas de desacuerdo consigo mismo.

Al otro lado Olga apenas conseguía articular palabra. Lo intentaba, pero todo cuanto Raúl acertó a oír fue una secuencia de sonidos que no consiguió interpretar ni por aproximación. Juraría que la mujer sollozaba mientras hacía cuanto podía para hilar una frase inteligible.

—¿Olga?

—Sí, sí, soy... Soy yo. Olga —articuló con esfuerzo en un susurro.

La mujer parecía terriblemente asustada, profundamente alterada, medio muerta de miedo o de dolor. Raúl escuchó su llanto y aguardó. Apremiarla serviría de bien poco. Se sentó en el suelo y se apoyó en la pared por pintar sin apartar el móvil de su oído. Decidió no interrumpirla. No tenía valor.

—He encontrado otra nota más. La tengo aquí —pronunció Olga Bernabé con las lágrimas arrasando su voz.

—Perdona, no entiendo... —acertó a decir.

Apenas había comprendido alguna de las palabras balbuceadas por Olga que parecía tener dificultades para respirar.

—He encontrado otra nota. Como las que guardaba Daniel. Otra maldita nota. La tengo aquí. Estaba entre las cosas que he ido a recoger al instituto. Otra...

El ruido de la circulación le impidió escuchar el resto de la frase. No era necesario. Comprendió que Olga acababa de abandonar el instituto y hablaba desde una calle transitada. Pudo imaginarla inclinada sobre sí misma, desecha en llanto, quizás a punto de desmayarse sobre la acera.

—Acabo de salir. Ahora... Acabo de recogerla, la tengo aquí. Daniel tenía una taquilla en el instituto. Quise que la tuviera por comodidad, para no tener que acarrear tanto libro.

El ruido de un motor de gran cilindrada sofocó el resto de la frase.

—Ayer me llamó su tutor, el del año anterior. Ha pasado casi un mes y eran sus cosas. Dijo que podía llevármelas. Yo ya no las quiero para nada, pero... Acabo de salir del instituto. Estoy en... Yo...

Olga Bernabé se interrumpió unos instantes. Parecía incapaz de continuar.

—Había un par de libros, una libreta... —Las palabras de la mujer seguían atropellándose en sus labios y fluían en desorden mezcladas con voces, ruidos y algo parecido a un fragor lejano.

—¿Olga?

Raúl acababa de perder momentáneamente la voz de su interlocutora que había sido substituida por un ruido seco y el acostumbrado rumor de la circulación. Comprendió que el móvil acababa de caer al suelo.

—¿Estás ahí?

—Sí. Se me ha caído el... Perdona. Un momento.

De nuevo el silencio.

—Perdona, Raúl. He tenido que sentarme. No podía... Había una nota, una del 29 de septiembre. El día en que... Lo encontré muerto ese día, por la mañana.

—¿Lo sabe la policía? —preguntó Raúl por preguntar y por ganar algo de tiempo.

Recordaba perfectamente el puñado de notas que Daniel había ocultado bajo el colchón de su cama. Recordaba el aspecto, el mensaje, las letras cada vez mayores y muy negras, las fechas sucesivas y distanciadas una de otra por un mes, siempre el mismo día del mes. La pared sobre la que se apoyaba todavía estaba húmeda y un escalofrío le recorrió la espalda desde las vértebras inferiores hasta alcanzar la nuca y convertirse en una ligera sacudida de la cabeza con los hombros alzados.

—No. Ni hablar. El tutor... Yo... Yo... No recordé la taquilla, no pensé que allí quedarían cosas tuyas, ni se me pasó por la cabeza. Una no piensa en... Además no le darían importancia. Ya te dije que les enseñé las notas, ya te lo expliqué. No pienso... No pasaré por eso otra vez...

Olga no completó la frase, no era necesario. Respiró varias veces y lo hizo profundamente, como si tomara aliento para poder hablar. Raúl pudo escuchar el

bullicio en la calle, los motores, incluso alguna risa. Pensó que la mujer quizás había apartado el móvil de su rostro. Esperó.

—Me lo dejaron muy claro, un suicidio es un suicidio. Dijeron que las notas pudo haberlas escrito él mismo. No van a mover un dedo. Y no voy a suplicarles que lo hagan.

—¿Había alguna cosa más?

—Un paquete de pañuelos de papel, un bolígrafo, la calculadora, una camiseta sucia del último día que hizo deporte y la fotografía de una chica. El tutor me ha dicho que se llama Sandra, una chica con la que parece que salió hace meses.

—Sandra Fuertes, lo sé, he hablado con ella.

Olga rompió a llorar de nuevo y la conversación se interrumpió unos instantes. La mente de Raúl registraba cuanto acababa de oír.

—Yo no sabía nada de esa chica. No sabía nada de nada. ¿Cómo he podido estar tan ciega? ¿Cómo he podido...? ¿Tan alejados llegamos a estar? ¿Por qué Daniel no confiaba en mí? No puedo entenderlo. Su tutor lo conocía mejor que yo. Sabía cosas que yo...

El silencio que siguió a sus palabras fue largo como carretera al infierno y salpicado de llanto.

—Su tutor veía a Daniel con Sandra, vio cuando empezaron a ir juntos y no se separaban y, semanas después, vio cómo se distanciaron. Él estaba allí, tú no. Pasaba ante sus ojos. Todos los adolescentes tienen secretos. Todos —afirmó Raúl con el mayor convencimiento que logró reunir.

—Ya, eso lo entiendo, pero...

—¿Cómo es la nota? —preguntó Raúl.

—Como las otras, dice lo mismo y la letra es todavía mayor. Da miedo. Te lo aseguro, da verdadero miedo. «Yo la mato». No sé si se refiere a mí, Raúl. Quizás la nota se refiere a mí. No entiendo nada. Daniel nunca habló de ellas. De eso estoy completamente segura. Además, las tenía él, las escondía bajo el colchón. Quizás lo hacía para que yo no las viera... No sé qué pensar.

Raúl, que tampoco tenía la menor idea, calló. No quería parecer un inútil. Ya habría tiempo para demostrar su inexperiencia.

—No sé quién las envía, ni qué busca... No tengo la menor idea. No sé si las escribía Daniel. Quizás las enviaba él, quizás... Es... Es... No sé, es macabro. Es... es espantoso. Espantoso —repitió entre sollozos.

Instantes después el llanto de Olga se desbocó. No podía hablar, lo intentaba, pero era inútil. Se calmó de nuevo. Raúl podía imaginarla. La tez muy pálida, despeinada, toda ella temblorosa y derrumbada en un banco en mitad de una calle o de una plaza transitada.

—Tranquila, Olga. Piénsalo bien, quizás deberíamos hablar con la policía. Las notas no creo que sean una amenaza —añadió para tranquilizarla, aunque no sabía qué pensar al respecto—. Quizás ellos pudieran... Me refiero a la policía.

—Ya hablé con la policía, Raúl, te lo he dicho. Un suicidio es un suicidio, no harán nada más. Dijeron que los suicidas tenían comportamientos inexplicables. Te lo he dicho mil veces. No hablaré otra vez con la policía. No voy a volver a pasar por eso. Además sé que no serviría de nada.

—Ya. Pero tienes que entender que yo no puedo identificar las huellas si es que las hay, que no tengo acceso a archivos ni a...

—Lo sé, Raúl, pero te pagaré por hacer todo lo que sí puedes hacer. Creí que había quedado claro. Algo habrá que puedas hacer y necesito que lo hagas. Lo que puedas. Todo lo que puedas. Si no eres tú, será otro.

—De acuerdo. Sigo en ello, pero no esperes resultados inmediatos.

—No lo hago —afirmó con convencimiento—. Te lo aseguro.

—Está bien. Haz una fotografía a esa nota y envíamela. Quiero verla. Si te parece te llamo dentro de unos días y te explico lo que he podido averiguar.

—Sí, por favor.

Raúl cortó la comunicación y el ruego de la madre de Daniel permaneció largo rato suspendido en el aire, que olía a pintura.

«Sí, por favor».

El joven, desconcertado, decidió darse un respiro, buscó el paquete de cigarrillos y se sentó en el suelo de nuevo.

Recapituló.

Una posibilidad era que Daniel no hubiera llegado a recibir la nota con fecha 29 de septiembre. También cabía considerar la circunstancia de que la hubiera recogido el día anterior, el 28, y de que el hecho hubiera propiciado su suicidio por motivos que por ahora Raúl ni tan siquiera sospechaba. Pero las eventualidades eran muchas. Quizás, y solo quizás, el remitente las depositaba directamente en la taquilla de Daniel muy cerca de la fecha indicada, una semana antes, quizás el día anterior o el mismo día 29... También debía contemplar la posibilidad cierta de que el remitente, hombre o mujer, quizás había rondado cerca de las taquillas pocas horas antes o después de la muerte de Daniel.

Si la taquilla era el lugar en el que depositar las notas, los meses de verano, con el instituto cerrado y los alumnos ausentes de las aulas, suponían un escollo.

Por otra parte debía tener en cuenta que, dado que la familia había solicitado a la policía la máxima discreción y que el fallecimiento no había sido recogido por la prensa ni se habían celebrado actos de carácter público; la persona que confeccionaba las notas quizás ignoraba que el chico se había suicidado.

Buscó el cuaderno en el que había tomado ya las primeras notas e intentó clarificar sus pensamientos. No conocía mejor manera.

\* \* \*

Tras la lluvia reciente el cielo era tan azul que recordaba un fondo de piscina. Sin dejar de pensar en Daniel y en las curiosas notas que el chico recibía mensualmente, Raúl Forcano se acercó a mediodía hasta el diminuto parque en el que había quedado con Alejandra. La chica no había querido decirle de qué se trataba y los presentimientos de Raúl, propenso a edificar castillos en el aire, rayaban el puro disparate.

Se habían citado junto al tiovivo, una mediocre recreación de una atracción de época en la que los caballitos de colores ensartados por una barra le recordaron al investigador en ciernes a las llamativas mariposas atravesadas por alfileres que un profesor les mostró una vez en un cajón de cristal con el orgullo del que muestra algo excepcional. Único. Recordó que, a la vista de los animales muertos y ordenadamente ensartados y expuestos a la admiración del alumnado Raúl, que acababa de cumplir los doce años y acumulaba ya algunas manías incómodas, había experimentado cierta repugnancia. La música estridente que ejercía como reclamo del negocio también le recordó a días pasados, a otra vida. A su niñez ya lejana, a un cucurucho de churros y a la mano de su padre sujetando la suya.

Llegó con antelación, como siempre, y prendió un cigarrillo mientras observaba al responsable del tiovivo. Era un hombre maduro con la cara salpicada de cicatrices como de un acné antiguo y feroz que peinaba una cola escasa y vestía una camiseta de ACDC. No le hubiera sorprendido ver una Harley Davidson aparcada junto a la desangelada atracción. En ausencia de clientes liaba un porro en el umbral de la diminuta cabina que hacía las veces de taquilla mientras tarareaba alguna cosa que poco tenía que ver con la machacona melodía que emitían los altavoces. Le faltaban algunos dientes y sostenía el porro encajado en uno de los huecos de su mandíbula superior sin apartarlo para nada de sus labios. El efecto era verdaderamente extraño, como de autómata.

Raúl era un buen observador, le gustaba contemplar el discurrir de las vidas a su alrededor, podía pasar horas sentado en la terraza de un bar o en el banco de una plaza cualquiera. No solo miraba, archivaba. No se aburría nunca. Demasiadas cosas por contemplar.

Alejandra no tardó en aparecer. Acarreaba una enorme bolsa negra al hombro y tiraba de un *trolley*. Caminaba despacio y traía mal semblante, pero nada en el mundo parecía poder empañar los ojos de aquella chica que a Raúl le recordaron desde el primer momento los de un husky siberiano.

—Perdona que te haya llamado a vos, Raúl. Es que...

—¿Por qué debería perdonarte? Me encanta que me hayas llamado. Si supieras lo que he estado haciendo toda la mañana... Cualquier excusa es buena —añadió sin entrar en detalles—. ¿A dónde vas tan cargada? —preguntó mirando los bártulos de refilón.

—De eso se trata. Necesitaba hablar con alguien y pensé en vos. Estoy en un apuro y creí que quizás podrías, sos tan amable...

A pesar de su aspecto afligido, Alejandra tenía los ojos más bonitos y más vivaces de este mundo y el acento más encantador que recordaba de labios de una mujer. Se le antojaba demasiado hermosa para fijarse en un tipo como él. De habérselo pedido, Raúl hubiera ido, con ella y por ella, al fin del mundo.

—No sé de qué va, pero parece importante... ¿Y si tomamos un café y me lo acabas de explicar?

—Sí, será lo mejor. La verdad es que esto pesa como un muerto.

—Perdona, dame, ya lo llevo yo.

—No es necesario, yo puedo...

Raúl insistió y no tardó en comprobar que la bolsa descomunal bien podía contener un cadáver no muy grande.

Encontraron una cafetería en una esquina y tomaron asiento junto al ventanal. Una de sus obsesiones. Raúl nunca se sentaba en el centro de un local, siempre lo hacía junto a una pared o junto a una ventana que diera a la calle. Mejor aún en un rincón. Jamás frente a un espejo y, a poder ser, enfrentando la entrada al establecimiento. Las personalidades obsesivas como la suya presentaban ciertos inconvenientes. Por fortuna había aprendido a revestirlas de normalidad. En más de una ocasión había desistido de entrar por no hallar acomodo conveniente en un local medio vacío.

Alejandra pidió agua, Raúl pensó que necesitaba mantener alto el nivel de cafeína en sangre.

—Café solo.

Y cuando el camarero se alejó, la invitó a hablar.

—Tú dirás.

—Verás, no es fácil. Nada fácil. Nos conocemos muy poco. Nos vimos una tarde y solo hace un par de días. Fuiste muy amable conmigo y yo no soy más que una desconocida. No sé cómo empezar. Vas a pensar que soy... No sé ni cómo me atrevo a...

—No pienses por mí. No acertarás. Soy un tipo algo raro, por decirlo de alguna manera.

La chica se interrumpió y bajó la vista como si analizara sus manos.

—No tengo adónde ir. Acabo de dejar la habitación en el piso que compartía. No puedo pagar, no tengo plata, y ellas, mis compañeras de piso, no pueden asumir todo el alquiler. No las culpo, no están mucho mejor que yo. Hoy iban un par de chicas a ver la habitación, por eso he sacado casi todas mis cosas. Seguro que alguna de ellas se la quedará, pero la habitación es muy pequeña y me han pedido que la despejara un poco. No he podido decir que no. Y aquí me tienes. Con mis trastos. Mañana es día 29, el 31 ya no podré dormir allí.

—Mal asunto.

—Así es. En mi país las cosas van jodidamente mal. De mal en peor. Ya habrás leído alguna cosa, no levantamos cabeza. Mis padres tienen una librería en Rosario y



me envían algo de plata, pero no pueden hacer mucho, lo justo para mantenerme y... De hecho están pensando en cerrar. Fui yo la que se empeñó en venir aquí, pensé que era lo mejor, que me abriría puertas. Pensé que algún laburo encontraría, que algo me saldría muy pronto. Me equivocaba. Yo, aquí, puedo comer y me llega la plata para pagar la tarjeta de metro, pero nada más. La ciudad no es barata y no encuentro habitación por menos de 300 euros. Así de mal están las cosas. He pensado en un albergue para unos días, tengo un par de direcciones, pero...

—Entiendo —mintió.

No acababa de saber cómo acabaría la conversación ni qué esperaba Alejandra de alguien como él.

—Mi matrícula aquí está pagada, pero no me llega para dormir. Tengo el dinero para el billete de vuelta, pero mi viejo me ha hecho prometer que no lo tocaré. Y hace bien, no pienso tocarlo. Si las cosas se ponen peor siempre podré volver. Si lo gasto la que estará verdaderamente jodida y sin remedio seré yo. Llevo días buscando un laburo de media jornada, cualquier cosa, pero por el momento...

Durante unos instantes la chica permaneció callada. La música del tiovivo salvaba distancias y alcanzaba a oírse desde el interior de la cafetería.

—He pensado que quizás podrías ayudarme. Unos días, una semana como mucho, hasta que encuentre algo, hasta que me salga algo. Puedo dormir en un sofá, o en el suelo si es necesario. Puedo quedarme en un rincón. Te aseguro que agarraré cualquier cosa, puedo hacer muchas cosas. Soy trabajadora y nadie me ha regalado nada.

—Estoy convencido —aseveró sin más pista que la contemplación de sus ojos.

—Y como... Bueno, me diste tu teléfono sin que te lo pidiera y creo que sos un buen tipo. La verdad es que conozco a muy poca gente aquí, no tengo amigos y llevo poco más de dos meses, recién acaba de empezar el curso y...

Alejandra retenía las lágrimas.

No sabía a quién acudir. Su situación no era fácil, un callejón sin salida. Raúl recordó aquello que había oído tantas veces de que si uno mira a su alrededor siempre hay alguien en peores circunstancias. Parecía cierto. Lo era. Lo de Alejandra era peor, mucho peor. Se envalentonó. Le explicó que, a falta de ingresos propios, seguía viviendo en el piso paterno, pero que se trataba de una situación transitoria y que estaba reformando uno, que tenía un pie en cada sitio. Si no le importaba que el piso pareciera una cuadra, Alejandra podía instalarse en él durante unos días.

—Pero no te hagas ilusiones, es un desastre. Todavía hay cosas de mi abuela, armarios repletos, ropa, recuerdos... Voy tirando cosas poco a poco. Lo guardaba todo. Todo. Piensa que no había hecho el menor cambio en cuarenta años. Está lleno de trastos. Es un horror.

—No importa, Raúl. No importa. Seguro que está rebién. Tiene paredes, techo, seguro que tiene una puerta, un lavabo...

—Eso sí.

—Entonces estará bien, te lo aseguro. Gracias, Raúl. No sabes cuánto te lo agradezco.

Y Raúl creyó advertir que a Alejandra le temblaba la voz cuando le repetía su agradecimiento.

—Acabo de pintar una habitación, el resto está tal y como lo dejó. No te va a gustar, pero si quieres... —continuó algo azorado. Aquella chica conseguía conmoverle hasta los tuétanos—. Está a tu disposición.

—Pensaba buscar algo mañana en un albergue municipal, pero creo que hay lista de espera. Gracias otra vez. Estaba en un verdadero aprieto.

Alejandra sujetó entre las suyas la mano libre de Raúl, la que no sostenía la taza de café. No hubo calambres, ni se aceleraron los corazones ni saltó entre ambos chispa alguna, pero al joven atribulado se le embarullaron las palabras en los labios y apenas acertó a quitarle importancia a su gesto.

—La verdad es que no veía otra salida. Además, mientras no me salga nada puedo ayudarte. Estas cosas se me dan bien y entre los dos fijo que acabaremos antes. Cuatro manos siempre...

—Cuanto has tardado en decir eso —bromeó Raúl—. Y qué bien suena.

—Lo digo en serio. Se me da bien.

—Si me acompañas te enseño lo que hay y si te parece bien puedes dejar todo esto.

—Genial.

Cuando abandonaron la cafetería el tiovivo continuaba emitiendo la misma repetitiva melodía que sonaba media hora antes. No era de extrañar que el responsable necesitara adormecer sus sentidos, pensó Raúl. El porro o la camisa de fuerza. O ambos.

Echaron a andar en dirección al metro. Raúl cargaba al hombro la enorme bolsa intentando no perder la sonrisa. Alejandra tiraba del *trolley* visiblemente aliviada. Un adolescente, que paseaba a un perro cuando debería estar ocupando un pupitre en algún centro escolar, merodeaba en torno al tiovivo ante la total e inducida indiferencia del maduro feriante aficionado al *heavy metal*. Se diría que el chico perseguía la estela aromática de la marihuana.

Raúl había consultado la web del Poliesportiu de les Tres Xemeneies y había comprobado que los dos equipos júnior entrenaban de siete y media a nueve de la tarde. De nuevo había cruzado la ciudad casi de punta a punta y había esperado en las gradas a que el entrenador, un individuo fornido y gritón con aspecto de llevar un chicle permanentemente pegado a la suela del zapato, diese por acabada la sesión. Esperaba poder hablar unos minutos con el amigo de Daniel. Por las voces del instructor, que aullaba el apellido de cada chico, no había tardado en identificar a Sergi Montes.

Era uno de los jugadores interiores. Un chico muy alto, rubio, asombrosamente delgado y aparentemente frágil que, sin embargo, defendía la posición con una solidez encomiable y sin fisuras y cruzaba la pista mil veces sin desmayo. Jugando, Sergi era rápido y astuto, uno de aquellos jugadores que saben anticiparse a los movimientos del contrario. A Raúl, que había competido con empeño y escaso éxito hasta su adolescencia, le pareció un buen jugador. El sonido de las pelotas en la pista, que tan bien recordaba, consiguió hacerle sentir algo muy cercano a la añoranza. Raúl recordaba los días pasados, no siempre felices, sin las aristas y las dificultades del día a día. Alguien había afirmado tiempo atrás que «todo embellece en el recuerdo». Y sin duda era verdad.

Esperó junto a la salida, en la escalera de acceso al pabellón, a que los jugadores abandonaran las duchas. Se le antojó una eternidad. De cerca Sergi Montes resultaba más alto y más flaco de lo que parecía en la pista. Lo abordó cuando el chico cruzaba el umbral de la instalación en compañía de otro jugador, uno de los bases que exhibía un acné purulento capaz de mortificar al más templado de los jóvenes. Ambos resoplaban y parecían descontentos. Por sus semblantes Raúl comprendió que el entrenador había repartido gritos y culpas en el vestuario. Todo ello aliñado con algún exabrupto fuera de tiempo y de lugar.

Sergi llevaba la bolsa de deporte al hombro y tenía el cabello mojado y cara de cansancio cuando le salió al paso.

—Soy Raúl Forcano —se presentó. Y en pocas palabras intentó explicarle qué pretendía.

El chico tardó unos segundos en comprender qué era lo que Raúl esperaba de él. Parecía contrariado. Probablemente se moría de ganas de llegar a casa y dar por finalizado el día.

—Solo serán unas preguntas. Cinco minutos.

—¿Quiere hablar de Daniel?

—Sí. De Daniel Carreras. Tengo entendido que erais buenos amigos.

—¿Para qué? —inquirió el chico sin reservas.

—Su madre necesita comprender por qué pasó lo que pasó. Por qué se suicidó y si es que hubo una razón.

—¿Es usted policía?

—No, no lo soy. Soy un amigo —se apresuró a aclarar. Sabía que el término policía no contribuía a congraciarse con nadie y tampoco pretendía mentir.

—¿Investigador privado?

—No exactamente. Soy un amigo de su madre. —En esta ocasión evitó una mentira para formular otra que le parecía menor. De hecho Olga y Raúl se tuteaban, y si bien no podía decirse que fueran amigos, eran algo así como cómplices—. ¿Habló la policía contigo?

—No.

—Solo serán unos minutos, te lo aseguro. Sé que es muy tarde y que quieres volver a casa, no voy a entretenerte mucho.

El chico señaló un escalón, dejó caer la bolsa de deporte sin el menor miramiento y se sentó. A Raúl el ruido sordo de las zapatillas al estrellarse contra el suelo le resultó familiar y de nuevo experimentó cierta nostalgia. A Sergi Montes las rodillas le llegaban a la altura de la nariz y rectificó la posición bajando los pies hasta la acera.

—Dicen que se suicidó.

—Eso parece. ¿Habías notado algún cambio en Daniel durante los últimos meses?

—Bueno... Había roto con Sandra. Todo el mundo lo había notado. Él no quería. Lo pasó muy mal. Habían pasado cosas raras en Facebook, alguien insultaba a Sandra, subía cosas sucias, mentiras... y aparentemente era Daniel. Procedía de un perfil con su nombre. Todo el mundo pudo verlo. Lo llevó mal, romper con Sandra era lo último que Daniel quería. Estaba hecho mierda.

—¿Y tú? ¿Qué crees tú? ¿El de los insultos en Facebook era Daniel?

—Él lo negaba y yo no le pregunté, le hubiera dolido, no quería que dudara de mi confianza. —Las palabras de Sergi fluían cargadas de dolor y de precoz sabiduría. Por su rostro grave al hablar y por sus ajustadas observaciones Sergi parecía haber alcanzado una madurez que en muchos adolescentes tardaba en manifestarse mucho más allá de los dieciséis recién cumplidos—. No creo que Daniel hiciera algo así, no era de esos. No tenía sentido. Estaba colado por ella. Más que colado. No la hubiera puteado nunca. Andaba muy jodido, pasó unos meses como un zombi, como un puto zombi. De casa al insti y del insti a casa. Casi no hablaba ni conmigo. Y si no hablaba conmigo ni con Sandra no hablaba con casi nadie. No le sobraban los amigos, tampoco los necesitaba. Ella lo envió a la mierda y él estaba hecho polvo, destrozado. Intentó convencerla. Yo también lo intenté. Hice lo que pude. Hablé con ella, pero...

El chico, que cabeceaba al hablar, dejó de hacerlo para encogerse de hombros como aceptando cierta extraña forma de fatalidad estrechamente ligada a la condición femenina. Había inteligencia en su mirada y, en sus palabras, lo que entendía como la

exacta medida de las cosas. Verdaderamente parecía un chico listo, extraordinariamente maduro y listo para su edad.

—Sí, lo sé. Sé que ella no quiso escuchar, me lo ha explicado. ¿Tienes alguna idea de quién podría querer hacerle daño?

—No, ni idea. Daniel no se metía en líos y no creo que tuviera enemigos en ninguna parte. Ni dentro ni fuera del instituto. Era de lo más normal.

Había amargura en sus palabras y dolor en sus gestos. Nada que ver con el chico ágil y concentrado en el juego que minutos antes atravesaba la pista. Probablemente también él, como Sandra, echaba en falta a Daniel.

—No se metía en problemas, ni en el instituto ni en la calle. Era buena gente. Iba a lo suyo. Le gustaba el cine por encima de todo. Y le gustaba Sandra con locura. No tenía muchos amigos, tampoco creo que los necesitara. Ya se lo he dicho.

Raúl insistió intentando capturar la mirada del chico que parecía empeñado en atravesar la noche con la vista, como si esperara a alguien que no podía tardar en llegar.

—¿No tienes la menor idea de por qué hizo Daniel lo que hizo? Eres una de las personas con las que hablaba habitualmente, es posible que...

—Saberlo no lo sé, pero algo pasaba. De eso estoy completamente seguro. Un día se marchó de clase sin dar explicaciones, estaba muy agobiado, casi ausente, pirado. No era él. Se saltó un examen. No lo había hecho nunca. Intenté hablar con él, le envié un par de mensajes. Al día siguiente a la hora del descanso saqué el tema. Al principio me dijo que era por lo de Sandra, pero pensé que había algo más. Dijo que no podía hacer el examen y casi no lo saqué de ahí. Era la primera vez que hacía algo así. Daniel no es de esos. Perdón.

El chico rectificó:

—Me cuesta recordar que ha muerto. Daniel no era de esos. Le pregunté, insistí por si podía ayudarme, casi me envía a la mierda. Solo acabó por decirme que había regresado alguien de su pasado. Lo dijo así: alguien de su pasado. Como si hablara de un fantasma, de alguien que le daba miedo o que le traía problemas, pero no sé más.

Sergi bajó la vista apesadumbrado al tiempo que negaba con la cabeza.

—No sé quién era el que había regresado ni qué pretendía. Ni si era un hombre o una mujer. No dijo nada más. Le pregunté si era su padre, me contestó que no. Además, sé que se veían de tarde en tarde, pero eso no le preocupaba. Daniel no parecía resentido con su padre. Creo que no le guardaba ningún rencor, aunque sé que apenas trataba a su hermano, al hijo de su padre con... Simplemente le iba bien así.

Raúl asintió. Entendía que se refería al hijo de su segundo matrimonio, a su medio hermano.

—Tuve la sensación de que ese alguien quería putearlo, complicarle la vida. No pude sacarle nada. Y él no volvió a hablar del tema.

—¿Cuándo tuvisteis esa conversación?

—En abril, pocos días después de su cumpleaños. Quizás a principios de mayo. Todavía era reciente lo de Sandra, habían pasado unas semanas y él no levantaba cabeza.

—¿Te dijo algo más? ¿Era hombre, mujer?

—Le pregunté, insistí, pero no volvió a abrir la boca. No lo sé.

—¿No puedes decirme nada más? ¿Crees que ese alguien fue el mismo que creó un perfil con su nombre en Facebook?

—No tengo ni idea, quizás sí, pero lo dudo. Solo sé lo que acabo de decirle. Había alguien de su pasado, alguien que acababa de aparecer, eso es lo que dijo. Y lo que comprendí es que no tenía buenas intenciones y que Daniel no se alegraba de su regreso. No puedo decirle nada más. No sé nada más.

Sergi Montes giró la cabeza para ocultar las lágrimas y tiró de las asas de su bolsa de deporte dispuesto a alejarse cuanto antes. Era evidente que también él se sentía mucho más solo desde la muerte de Daniel. Probablemente a Sergi tampoco le sobraban los amigos.

—Solo un par de cosas, por favor —insistió Raúl sujetando al chico por un brazo.

Sergi dejó caer los brazos de nuevo con un suspiro. El silencio fue muy breve, casi una ráfaga.

—¿Tienes taquilla en el instituto?

El chico asintió mirando al frente.

—¿Has visto a alguien extraño junto a las taquillas? ¿Alguien que rondara la taquilla de Daniel en algún momento?

—¿Últimamente?

—En los últimos días o en los meses pasados. Alguien que pudiera haber abierto su taquilla.

Sergi tardó en responder como si empleara su tiempo en recordar. Con la mirada en la noche movió la cabeza en señal de negación. No dijo más.

—Mi padre —exclamó súbitamente al tiempo que recuperaba su bolsa de un tirón y sin remilgos.

Un coche se detuvo frente a la escalera y el conductor hizo sonar el claxon un par de veces. Sergi se levantó a la velocidad de la luz y, a la velocidad de la luz, dijo «adiós» y desapareció en el interior de un Megane.

Raúl pudo observar cómo tiraba la bolsa de deporte en el asiento trasero y dirigía una última mirada hacia las escaleras. Parecía triste. El chico acusaba la ausencia de Daniel y su inexplicable muerte voluntaria.

«Alguien de su pasado, se repitió Raúl varias veces y tomó buena nota de ello».

Se encaminó al piso de la abuela Ascensión, había pensado pasar la primera noche sobre uno de los colchones que decidió conservar y en el interior de un saco de dormir. Empezaría lo antes posible a adecentar la vivienda, eran muchas las cosas de las que debía desprenderse y varios los armarios por vaciar completamente.

Buscó el móvil. Esperaba noticias de Alejandra que volvería al día siguiente, 29 de octubre, con el resto de sus cosas. Su traslado era inminente. Ambos compartirían el piso en el que la abuela Ascensión pasó sus últimos años, los de su viudez. No era probable que la chica hubiera llamado puesto que pensaba pasar la última noche en su habitación alquilada y recoger las pocas cosas que seguían allí. Raúl la esperaba hacia el mediodía.

Tampoco necesitaban hablar, pero existía la remota posibilidad de que ella tuviera algo que decirle, cualquier cosa. Raúl tenía cierta alarmante propensión a encandilarse. Se le disparaba la ilusión como un resorte. Los castillos en el aire se elevaban por sí solos justo allí, en el aire, sin cimientos ni vigas ni paredes maestras. Frágiles, etéreos, con una asombrosa tendencia a desplomarse, caerle encima y sepultarle durante un tiempo.

Alejandra no lo había hecho, no había llamado. Bajaba ya las escaleras del metro cuando advirtió una única llamada perdida, de Olga Bernabé. La madre de Daniel había intentado comunicarse con él mientras Raúl aguardaba a la entrada del pabellón entre el barullo de adolescentes que entraban o salían de la instalación. No había mensaje en el contestador ni Whatsapp que le permitiera imaginar qué deseaba decirle.

Eran casi las once de la noche cuando se apeó del metro en la plaza Virrei Amat. Demasiado tarde para casi todo y demasiadas cosas en la cabeza. Decidió que llamaría al día siguiente.

Cuando abrió el portal de la calle Escocia reconoció en el aire el familiar olor de humedad que recordaba desde que siendo niño visitaba a su abuela de la mano de su madre. La humedad que abombaba la pintura de las paredes y las salpicaba de manchas oscuras.

Raúl no pudo evitar pensar en Alejandra y en que pronto la encontraría en el piso al volver a casa. Le gustaba la idea y reconoció que empezaba a gustarle Alejandra tal y como Sergi había dicho que a Daniel le gustaba Sandra Fuertes.

Con verdadera locura.

No sabía si quería asumir ese riesgo.

Raúl se levantó con las primeras luces y continuó vaciando uno de los armarios cuya revisión había iniciado la noche anterior. Cuando días atrás quedó decidido por unanimidad que ocuparía transitoriamente el piso de la abuela, Nieves, la hermana mayor de su madre, la misma que le había hablado de él a Olga Bernabé, había sentenciado sin consulta familiar previa:

—Mira Raúl, tú mismo. Hemos hablado de lo que la abuela tenía de valor, no era mucho y hemos llegado a un acuerdo. Con el resto puedes hacer lo que quieras. Para nosotras es tan doloroso revolver en sus armarios... Son tantos recuerdos...

Las hermanas se unieron en un silencio cómplice que Raúl no se atrevió a romper aunque el razonamiento hacía aguas por todas partes. No era la suya una familia bien avenida y pasados los días ninguna de las tres hijas de la abuela, mujer especialmente severa y de trato hartamente difícil, parecía especialmente afligida. Eran tantos los cachivaches que la abuela había reunido a lo largo de su vida que todas ellas se las ingeniaron para sortear el vaciado de estanterías, armarios y cajoneras.

—Tú aprovecha lo que puedas, y lo demás... —Y con un gesto explícito de su mano derecha le indicó lo que debía hacer con los muchos trastos que se acumulaban por todas partes: proceder a su inmediata eliminación.

Ni Magdalena, su madre, ni su tía Teresa, que acostumbraba a opinar de casi todo, habían añadido nada. Se habían limitado a callar y a otorgar. Raúl no replicó. Tampoco podía imaginar que tardaría días en seleccionar lo que podría resultarle útil y en desprenderse del resto.

Con cara de disgusto apilaba la ropa sobre una silla y separaba las radiografías que la abuela había reunido con el tiempo y que parecían corresponder a todas y cada una de las partes de su castigada anatomía. Bajo un estuche de pañuelos bordados con sus iniciales que la anciana no llegó a utilizar, encontró una caja color granate con medallitas de plata del tamaño de una moneda pequeña. Raúl decidió conservarlas. La abuela sentía por ellas un gran aprecio. Cada medallita equivalía al matrimonio de una de sus hijas, a un fallecimiento o al nacimiento o a la comunión de uno de sus nietos. Señalaban el discurrir de la vida familiar.

Apartó la caja del montón de cosas de las que pretendía desprenderse. Acababa de decidir que su contenido sería el recuerdo material que guardaría de la severa y algo arisca abuela Ascensión de la que solo recordaba alguna que otra reprimenda y una larga serie de comentarios a cuál más desabrido. Un puñado de imágenes diminutas de vírgenes que no sabía identificar y, en la memoria, una sarta de rapapolvos por asuntos dispares y sin la menor relevancia.



La abuela Ascensión fue siempre una mujer temible que raramente sonreía y a la que sus nietos habían aprendido a rehuir con verdadera eficacia. Católica militante aborrecía las risas y los juegos infantiles, abominaba de los desmanes juveniles y era ordenada hasta el delirio. Ese y no otro había sido su legado, un legado como una cruz que cargar a la espalda: la obligación de combatir el desorden en todas sus manifestaciones.

«Cada uno es como es. Tú también tienes tus cosas», repetía su madre cuando Raúl se quejaba por haber sido abroncado injustamente.

Con el tiempo había comprobado que no había mayor verdad. Ambas cosas eran ciertas, penosamente ciertas.

Metió la ropa de mujer en bolsas de basura de color azul que alineó en el pasillo junto a la puerta de entrada como si se tratara de un escuadrón esperando la orden de avanzar. Lo hizo escrupulosamente, como lo hacía casi todo. Su personalidad marcadamente obsesiva le empujaba a guardar las distancias exactas y a establecer un orden lógico en todo cuanto emprendía. Quizás por ello le desasosegaba tan íntimamente el caos con el que se veía obligado a bregar durante la reforma del piso. No sabía convivir con el desbarajuste de puertas abiertas, estanterías en desorden, cajones revueltos, jirones de papel a medio arrancar, objetos fuera de lugar y herramientas por todas partes.

Comprobó con estupor que en el armario de la habitación más pequeña la abuela conservaba en perfecto orden de revista la ropa de su marido fallecido más de 20 años atrás. Desde los calcetines hasta las raídas camisas pasando por las amarillentas camisetas interiores que parecían a punto de desgarrarse entre los dedos y por un par de corbatas negras, probablemente las únicas que Anselmo Díaz había poseído en vida. En un estuche encontró las cuchillas de afeitar y la barra mediada de jabón y en un cajón un paquete de tabaco mentolado en el que quedaban tres cigarrillos. La muerte repentina había sorprendido a su abuelo con el paquete en las últimas.

Desbordado, cerró la puerta del armario tras mirarse en la luna durante unos instantes. Había decidido que la sección «ropa masculina y accesorios» podía esperar.

Recuperó el bote de pintura blanca y la removi6 con ayuda de un palo para dedicarse al techo. Coloc6 la escalera en la esquina m6s alejada. Proceder6 como le parec6a l6gico, avanzando hacia la puerta, es decir hacia la salida. Las primeras pasadas de rodillo le confirmaron que la tarea resultaba mucho m6s dura que cuando la superficie a pintar era la de una pared. Pronto se instal6 la fatiga en su codo y el cabello se le llen6 de salpicaduras. Resoplaba como si hubiera sido condenado a galeras.

Por fortuna o por desgracia una llamada interrumpi6 el trabajo cuando todav6a no hab6a completado la mitad y hab6a maldecido para sus adentros a todo su linaje. Todav6a no eran las nueve de la ma6ana. Pens6 que se trataba de Olga Bernab6. No pod6a ignorar la llamada. Aparc6 el rodillo y sac6 el m6vil del bolsillo trasero de sus bermudas. En la pantalla un n6mero desconocido.

—Soy Colomines, Martí Colomines. —En otras circunstancias Raúl hubiera celebrado que el interlocutor se presentara a lo James Bond, pero el tono acuciante del profesor no invitaba a jalearse sus palabras—. He pensado que debía llamar. Creo que debes saberlo. Ha aparecido otra nota.

—Perdón. ¿Otra nota? ¿Qué sabes de las notas?

—Nada de nada, pero ayer abrí la taquilla de Daniel para que su madre recogiera sus cosas. La llamé yo. La tutora de este curso no la conocía y me pidió que lo hiciera. Cuando la vio casi se desmaya, tuvo que sentarse en un banco. Me explicó alguna cosa, me habló de otras notas. Me pareció algo importante. Por eso te llamo, he pensado que era mejor hablar contigo...

—Sí, sí, has hecho bien. Dime.

—Verás, con la muerte de Daniel la taquilla quedó libre y tenemos una lista de espera. Se le ha adjudicado a otro chico. Yo la he abierto para que el alumno metiera sus cosas antes de entregarle la llave y explicarle las normas. Y allí estaba. Era otra nota como la de ayer.

—¿Cómo la de ayer?

—No, no. Se parece a la de ayer, pero... —se corrigió el profesor. Seguía hablando muy deprisa—. Esta tiene la fecha de hoy, 29 de octubre. Sin año. Y te juro que ayer no estaba, quedó completamente vacía —añadió alarmado.

—Entiendo. ¿Acabas de encontrarla?

—Sí, no hace ni diez minutos. Lo que he tardado en dejar al alumno, volver a la sala de profesores y encontrar tu número.

—¿A qué hora abre el centro por la mañana?

—A las ocho y media.

—Todavía no son las nueve —observó Raúl comprobando la hora en la pantalla del móvil.

—Sí. No ha acabado la primera clase.

—¿Qué número tiene la taquilla de Daniel?

—El 23.

—Bien. Mete la nota en un sobre y déjala en conserjería a mi nombre, pasaré hoy mismo.

—Está bien. Pero no sé si debería hablar con la policía, es algo...

—La policía sabe que Daniel recibía notas de este tipo. No le dieron importancia, por eso la madre de Daniel me pidió que investigara.

—Ya. Bien. Así lo haré. Y por favor, si acabas descubriendo alguna cosa...

—Descuida.

Aparcó cubo y rodillo en el diminuto habitáculo al que la abuela llamaba lavadero, se duchó y se vistió en un santiamén interiormente aliviado por tener una buena excusa para postergar la pintura del techo. En contra de lo que en él era habitual, en pocos minutos se dirigía ya al centro escolar.

Al salir del metro y durante unos instantes, justo el tiempo que tardó en acceder al IES Consell de Cent, tuvo la inquietante sensación de que alguien le seguía. Cuando se giró y observó la gente a sus espaldas no descubrió nada ni nadie que le llamara la atención.

Mal asunto, la paranoia, pensó.

\* \* \*

El bedel con el mismo guardapolvo color roedor y el mismo ánimo inalterable departía más o menos amigablemente con los alumnos que habían llegado tarde y aguardaban el cambio de clase. Recordaba la misma escena en otro centro, el suyo, en el que el rodapié de madera, que le llegaba entonces a la altura del codo, era del color de las flores de acacia. Por lo que pudo entender un par de chicas pretendían abandonar el instituto. Karen, la adolescente de las chancletas en días de lluvia, era una de ellas. Había substituido su inapropiado calzado por unas deportivas color rosa con franjas plateadas y lo complementaba con una sudadera a juego. Día de Educación Física, pensó Raúl. Su acompañante, una joven mucho más alta y corpulenta, tenía mala cara y permanecía completamente ajena a la disputa que se libraba a pocos palmos con el rostro que viraba al color de la cera sucia y una mano olvidada la altura del estómago.

—No insistas, Karen, me tienes harto. Acabas de llegar y ya estás dando la murga. Ahora viene el profe de guardia y llama a su casa. Alguien vendrá a buscarla. Tú no vas a ir a ninguna parte.

—¡Joder! Venga ya —protestó Karen pateando el suelo.

—Pase lo que pase tú no vas a ir a ninguna parte, te lo he dicho mil veces. Llevas dos años aquí, las normas no han cambiado, métetelo en la cabeza. Aquí uno no entra y sale como Pedro por su casa —intentó zanjar el bedel.

Raúl se dirigió a él por su nombre, Ginés, bordado en rojo sobre el bolsillo superior del guardapolvo situado a la altura del pecho. El bedel se giró con cara de sorpresa para atender a Raúl.

—Otra vez por aquí —observó con una media sonrisa y un gesto de verdadero cansancio—. Sentaos las dos en ese banco y da gracias que no te envío escaleras arriba. No creas que lo hago por ti, que no tengo ganas de verte de morros media mañana, pero seguro que algún profe me lo agradecerá.

Obedecieron. Karen enfurruñada y maldiciendo su estampa y la del bedel al que en voz baja tildó de gilipollas. Su acompañante, en silencio y con cara de necesitar un lavado de estómago.

—Ginés necesito recoger un sobre que han dejado para mí y de paso hacerle unas preguntas.

—No, si yo no soy Ginés. Me llamo Chimo, por Joaquim, ya sabe, pero andamos cortos de liquidez y la bata es del conserje que se jubiló hace un par de meses, afortunadamente tenemos la misma talla. Pero bueno, me imagino que eso a usted no le interesa.

—Ya —concedió Raúl.

—¿Su nombre?

—Raúl Forcano.

Chimo abrió un cajón en el que los papeles se mezclaban con tijeras, pegamento, tìpex y cajitas de grapas.

—Aquí está —dijo tendiéndole un sobre cerrado con la referencia del centro y su nombre en bolígrafo azul en la parte superior.

—Verá, necesito...

—La Jefa de Estudios ha salido y el Director está en clase, abre el centro y siempre tiene clase a primeras horas. Todavía faltan... —contestó adelantándose a Raúl y mirando de reojo el reloj que presidía el vestíbulo.

—No, no, quiero hablar con usted. No necesito a la Jefa de Estudios ni al Director —atajó Raúl—. ¿Podría decirme dónde están las taquillas de los alumnos?

—Depende del curso. Las de cuarto y las de Bachillerato en el vestíbulo de la segunda planta, muy cerca de las aulas. Las del resto a lo largo de este pasillo.

—¿Segunda planta? —insistió Raúl torciendo el gesto—. Desde aquí no puede usted ver las taquillas de los alumnos de Bachillerato. ¿Me equivoco?

—No, no se equivoca.

—¿Sabe si hay cámaras en el vestíbulo de la segunda planta?

—¿Cámaras?

—Sí, cámaras. Por seguridad.

—Mire, este es un instituto público, no la Reserva Federal —ironizó el bedel encogiéndose de hombros—. Ya veremos cómo pagamos la calefacción este invierno. Como comprenderá no está el presupuesto para cámaras. Y menos en un vestíbulo. ¿Qué pueden llevarse de un vestíbulo? ¿Una papelera?

—Entiendo. Una última pregunta. ¿Ha visto entrar en los últimos días a alguien ajeno al centro?

—Aquí entra mucha gente. Alumnos, padres, proveedores, los pesados de las editoriales, los del ayuntamiento, los que reparan la fotocopidora que cada dos por tres se escacharra, los de la máquina de café... Usted mismo... No sabría decirle. Además solo llevo dos meses, desde el uno de septiembre. A los alumnos los vas conociendo más o menos y son más de 500, pero cuando un padre pregunta por un tutor lo envío directamente a la sala de profes, no compruebo si... No es una de mis obligaciones —se excusó.

—Ya, entiendo. ¿Le importa si echo un vistazo a las taquillas?

El bedel inclinó la cabeza y torció el gesto.

—Sin autorización de...

No acabó la frase. Era un hombre rápido de reflejos y no tardó en encontrar una salida.

—¿A qué tutor busca? —preguntó el bedel con un guiño de complicidad y levantando la voz ostensiblemente.

—A Martí Colomines, el año pasado era el tutor de cuarto —se apresuró a responder Raúl que acababa de comprender la estrategia.

—Siga por el pasillo hasta la Sala de Professors, está justo antes de la escalera que lleva a la segunda planta. Si tiene libre lo encontrará allí. No tiene pérdida.

—Gracias.

Raúl se alejó mientras Karen volvía a la carga e intentaba convencer a aquel santo varón de que era la persona idónea para acompañar a la enferma salva, que no del todo sana, hasta el domicilio familiar.

—Karen, a clase. ¡Ya! —gritó una mujer vestida de rojo de los pies a la cabeza que avanzaba a zancadas pasillo adelante con ruido de tacones.

Y Karen tiró de su mochila que descansaba sobre un banco y se la cargó al hombro. Con cara de desearle una muerte lenta y dolorosa echó a andar en dirección al aula mientras la mujer, con los brazos en jarras y en el rostro el cansancio de los muchos años de brega, saludaba al conserje con un:

—El cuento de nunca acabar. Estoy de guardia, Chimo. Tú dirás.

Y Chimo sacó un listado del cajón y le informó del estado de la cuestión. Raúl, que alcanzaba ya las escaleras, no pudo oírlo.

Localizó sin dificultad las taquillas de la segunda planta. Hasta el vestíbulo superior, completamente desierto, llegaban las voces de algunos profesores y el arrastrar de sillas de algún alumno. A simple vista ninguna de ellas había sido forzada, tampoco la que había pertenecido a Daniel, la número 23. Se bloqueaban con ayuda de una cerradura sencilla y de una llave más sencilla todavía, probablemente muy parecida a las de las cadenas de bicicleta. Todas tenían un número que figuraba en una chapa metálica sujeta a la parte superior derecha. A pesar de que no eran de factura reciente, todas ellas parecían intactas.

Comprobó que la taquilla 23 estaba cerrada y de una papellera sacó una hoja de papel, la alisó e intentó introducirla por la estrecha ranura que quedaba entre la puerta, de un tamaño algo mayor que una caja de zapatos, y el marco. Lo consiguió sin esfuerzo. La retiró antes de dejarla caer. Que alguien utilizara la taquilla como buzón era una posibilidad que no podía descartar. Antes de alejarse hizo una fotografía con el móvil al bloque de taquillas.

\* \* \*

Olga volvió a llamar a media mañana. Raúl acababa de llegar y se disponía a bajar al contenedor las bolsas de ropa que aguardaban junto a la puerta. Había liberado por

completo uno de los armarios y Alejandra podría disponer de un lugar en el que guardar sus cosas.

Cuando sonó el móvil Raúl atravesaba el oscuro pasillo con una bolsa de ropa usada que conservaba el olor a tiempo pasado que desprendía el piso entero y que acompañaba a la abuela a todas partes. Un olor que le resultaba deprimente y del que el aspirante a detective esperaba librarse lo antes posible manteniendo día y noche las ventanas abiertas de par en par. A las malas pronto sería sustituido por el de la pintura, pensó.

Se sobresaltó y, sosteniendo el bulto bajo el brazo, sacó el móvil del bolsillo trasero. Sin mirar la pantalla, respondió. Una milésima de segundo antes de contestar advirtió que deseaba que se tratara de Alejandra, cuyo teléfono no figuraba todavía como contacto en su agenda. El asunto de su fijación con aquella chica a la que apenas conocía era preocupante y él empezaba a sentirse como lo que era, al menos así lo creía a ratos, un perfecto gilipollas.

—¿Raúl? Soy Olga Bernabé. ¿Podemos hablar?

La voz de Olga sonaba a cansancio infinito.

—Sí, claro. Un minuto, por favor. —Se libró de su carga arrojándola al suelo junto a la puerta de entrada y la arrinconó con el pie. No había respondido a su llamada porque no había conseguido decidir si debía hablarle de la nueva nota o reservarse la información—. Dime.

—He recordado algo y he pensado que debía comentártelo. No sé si tendrá alguna importancia, pero...

—Tú dirás. —Raúl la invitó a seguir mientras regresaba a la «habitación blanca», como había empezado a llamarla interiormente. La única en la que el color blanco había substituido casi por completo al papel pintado. El único lugar de la casa en el que empezaba a sentirse bien.

—Fue a finales de enero o principios de febrero. No recuerdo la fecha exacta. Teníamos un perro, un animal muy joven. Fue el regalo de su padre, de Salvador, cuando cumplió los quince años. Se llamaba Ridley, por Ridley Scott, el director de *Blade Runner*.

—Ya. Ya recuerdo. —Y Raúl asintió en la penumbra del pasillo.

—Aquella tarde Dani lo sacó a pasear antes de cenar. Cuando yo tenía turno de noche Daniel cenaba solo y era él el que sacaba a Ridley. Nunca protestaba, le gustaba hacerlo. Al regresar, el perro tenía vómitos, se retorció, gemía... Dani me llamó, estaba muy asustado. Pedí permiso en el hospital, volví a casa enseguida y nos llevamos a Ridley a un veterinario de urgencias. No pudo hacer nada por él, murió allí mismo, ante nuestros ojos, sin que el veterinario pudiera llegar a averiguar qué era lo que le pasaba.

—Pero...

—Ya, no entiendes por qué te hablo del perro, pero te explico. No sé si tiene algo que ver o no. Al perro no llegaron a hacerle la autopsia, no podía permitirme el gasto

y Salvador no quiso ni oír hablar. No puedo estar segura, pero en su momento Daniel creyó que lo habían envenenado. Yo me resistí, le quité importancia y quise creer que había enfermado. A veces esas cosas pasan. Ahora no sé qué pensar. Quizás...

—¿Envenenado?

—Sí. Aquella tarde Daniel se cruzó durante el paseo con un chico que también caminaba con su perro. El chico acarició a Ridley y le preguntó a Daniel si podía darle una chuche.

—¿Una chuche?

—¿No has tenido perro, verdad?

—No, nunca —reconoció Raúl.

—Venden cosas así para perros, cosas que les gustan. Hay quien les llama chuches, como las de los niños.

—Ya.

—El chico le dio un par y Ridley se las tragó inmediatamente, y se hubiera comido muchas más. Era un animal joven y siempre tenía hambre. Nunca renunciaba a nada, se comía lo que le dabas y todo lo que pillaba. Daniel se fijó en que el chico no le dio nada a su propio perro, pero no desconfió. Ridley era un perro precioso, tenía unos ojos grandes y... Cuando Salva se lo regaló, me enfadé. Más trabajo, más obligaciones. Pero yo también lo adoraba. Era un buen animal. Y cuando lo sacábamos a pasear siempre había gente que se paraba a acariciarlo, no era extraño.

Sin querer, Olga, en la soledad de su piso, insinuó el movimiento de una mano sobre la cabeza de un animal.

—El caso es que al cabo de unos minutos Ridley empezó a gemir, a aullar. Ya sabes, como si se quejara. Cuando regresaban el perro ya no podía ni caminar y Daniel tuvo que traerlo a casa en brazos.

Y Daniel, que nunca había tenido un perro, no sabía, pero no era el momento de entrar en detalles.

—Es una posibilidad. ¿Sabes si Daniel lo había visto antes? ¿Era una cara conocida del parque? ¿Una persona habitual? —quiso saber Raúl.

—No. Creo que no. Creo que Daniel no lo había visto nunca.

—¿Te explicó cómo era?

—Habló de un chico algo más joven que él, un chaval moreno y con el pelo largo y ondulado y los ojos oscuros, no sé el color. Vestía como visten los chicos, nada especial. No llamaba la atención. Paseaba un perro pequeño, quizás un caniche, pero no sé nada más. Pero Daniel no era muy bueno apreciando la edad de la gente, siempre... Tanto podía tener doce años como dieciocho. Daniel...

Pero Raúl no supo qué era lo que ocurría con Daniel. La voz de Olga al hablar de su hijo se quebró y se hizo el silencio. Unos segundos más tarde Olga recuperó el control y consiguió pronunciar:

—Creo que... Creo que eso es todo. Lo he recordado y he pensado que quizás podía servir para...

—Bien, has hecho bien, si recuerdas algo más, llámame enseguida. Yo también quería preguntarte algo. ¿Sabes si en marzo o abril Daniel se encontró con alguien a quien hacía tiempo que no veía? Alguien que hubiera conocido tiempo atrás, durante su infancia.

—Olga tardó en responder, no quería apresurarse.

—Creo que no. No recuerdo que me dijera nada. ¿Has averiguado algo? —preguntó con impaciencia.

—No, todavía, no. Es pronto. Si recuerdas algo, cualquier cosa, llama. En cualquier momento. No importa la hora. Si no hablamos antes nos vemos dentro de un par de días y te explico lo que hay.

—De acuerdo —respondió resignada Olga Bernabé.

—Por cierto, necesito el teléfono del padre de Daniel.

—No te va a servir de mucho. Casi no se veían. Llamaba de vez en cuando y le enviaba regalos que valían una pasta. También lo llevaba al cine cuando no tenía con quién ir, pero de Daniel se preocupaba bien poco.

Raúl intentó atajar los reproches.

—Necesito hablar con él.

—Está bien.

A regañadientes le dictó el número de móvil del que había sido su marido hasta que Daniel cumplió los tres años.



Cuando sonó el timbre del portal Raúl había alineado un par de somieres en el pasillo camino del mundo exterior, había tendido uno de los colchones en una esquina de la habitación blanca para ganar espacio, arrojado sobre él una sábana para disimular su deterioro y dispuesto una silla de tijera a modo y manera de mesita de noche. También había vaciado la repisa del lavabo para que Alejandra pudiera disponer allí sus cosas y metido buena parte de cuanto había encontrado en los armarios de la cocina en sendas bolsas negras que pensaba arrojar al primer contenedor que pillase. Solo había conservado algunos enseres en buen estado y una vajilla y un juego de cubiertos que la abuela Ascensión guardaba en su caja original sin abrir. Por último había retirado hasta la última pastilla del cajón en el que amontonaba cajas y cajas de medicamentos prescritos a lo largo de media vida.

Llevaba horas sin un respiro y se sentía fatigado y maloliente. Esta última percepción no era fruto de su imaginación. Raúl apestaba cuando Alejandra apareció en el rellano con una mochila a la espalda en la que acarreaba cuanto necesitaba por el momento para seguir sus estudios de Derecho. Raúl mantuvo cierta distancia obligada.

La chica sonreía abiertamente cuando cruzó el umbral. Vestía vaqueros ajustados y una camiseta negra y escotada que dejaba al descubierto una piel muy blanca. De sus orejas pendían dos aros plateados del tamaño de unos grilletes. Raúl hubiera querido comprobar si sus ojos, de un azul increíble, destacaban en la oscuridad del pasillo sin bombilla que era oscuro como boca de mina.

No lo hizo.

—Mañana se hará la luz —prometió señalando una pantalla vacía que pendía del techo.

—No sabes cuánto te agradezco que me dejes vivir aquí unos días. Estaba tan apurada...

Raúl no se detuvo y le mostró la blanquísima habitación casi completamente vacía y anegada de luz. El antiguo salón comedor, la única pieza que daba a la calle y cuyas persianas funcionaban sin problemas, la habitación blanca. Le vino a la memoria una novela de Georges Simenon, uno de los autores a los que siempre acababa por regresar, *La habitación azul*.

—*Voilà!* La habitación blanca. Esta será tu habitación. Ayer no quise que la vieras, por eso no pasamos del pasillo, pensé que era mejor visitar esto de día. La verdad es que a oscuras este piso deprimiría a cualquiera.

—Es perfecta. No olvidaré nunca lo que...

—No es necesario, de verdad —le aseguró—. Esta habitación es lo mejor del piso, el resto es un desastre, ya lo verás.

Alejandra dejó junto a la cama la mochila con sus libros. A los pies del colchón Raúl había colocado el *trolley* y la bolsa de deporte que había acarreado la noche anterior.

—Esto es lo que dirían un piso con posibilidades. Pocas, eso sí, pero alguna sí que debe tener.

—Raúl. ¿Te importa si me quedo ya esta noche con vos?

—No, en absoluto.

—Mañana a primera hora viene otra de las minas que quiere alquilar la habitación. Parece ser que le interesa. Es conveniente que la habitación esté completamente vacía. He pensado que si a vos te daba igual... Lo he traído todo.

—Me parece perfecto. Te enseñe el resto. Ya te he dicho que mejora un poco con la luz del día.

Y se apresuró a salir para mostrarle la destartada cocina y el diminuto lavabo.

—Y esto es todo. Lo que ves es lo que hay. Yo duermo aquí, pero todavía no he traído mis cosas, pensaba esperar a tener esto algo mejor. —Señaló el interior de una alcoba oscura en la que el saco de dormir descansaba sobre un colchón directamente colocado sobre el suelo—. Si puedo empezaré mañana con esta habitación. Como puedes ver esto no es ningún palacio.

—En mis circunstancias sí me lo parece. Te ayudaré. Ya te he dicho que se me dan bien estas cosas. Si te parece acabo el techo —sugirió echando una ojeada al cubo y al rodillo.

—Gracias, pero es una tortura, ya lo verás. Pintar el techo es lo peor. Puedo acabarlo yo. Te arrepentirás de lo que has dicho. Me refiero a lo de ayudarme. Te aseguro que no hay quien arranque el papel de la pared. Lleva tanto tiempo ahí que no hay manera. Las llamo «las pagodas de Altamira», es como si las hubieran pintado directamente sobre la pared. —Raúl señaló al papel pintado que todavía recubría el pasillo.

Alejandra no contestó.

Mientras la chica se instalaba Raúl decidió que no informaría ni a su madre ni a sus tías de la existencia de una inesperada huésped en el piso del que provisionalmente gozaba del usufructo. No necesitaba más complicaciones de las que tenía, que no eran pocas ni menores.

\* \* \*

Salvador Carreras había aceptado recibir a Raúl con evidentes reticencias. No le gustaban los investigadores privados y no manifestaba el menor interés por hablar de su hijo muerto. Con parecidas palabras había intentado hacerle desistir sin

conseguirlo. Cuando Raúl se plantó en la sucursal del Banco de Sabadell, la entidad para la que Carreras trabajaba desde hacía casi 20 años, este acabó por invitarle a pasar al despacho personal que quedaba aislado del resto de la oficina mediante un tabique de cristal esmerilado. No hubo saludos ni preámbulos.

Era un hombre alto, con profundas entradas y un rictus de severidad en el rostro que intentaba suavizar, sin conseguirlo, con unas gafas de montura azul cobalto. Vestía impecablemente, traje oscuro y corbata color grafito sobre camisa blanca, y desprendía una autoridad incuestionable. Podría haber presidido el consejo de administración de una multinacional, dirigido una operación militar de alto riesgo u orquestado la Asamblea General de la ONU en una sesión plenaria.

—Usted dirá —le ordenó.

Raúl se armó de coraje y le habló del deseo de Olga de conocer las posibles razones del suicidio de Daniel, de su necesidad de comprender los motivos del chico.

—Eso puedo entenderlo. Ella misma me ha hablado del tema y de usted. Yo también me lo pregunto, pero... Lo siento, pero no estoy de acuerdo. Daniel tomó una decisión, la peor, pero no creo que usted...

Y si bien pudo reconocer el pesar en sus palabras también advirtió en ellas cierta forma de conformidad. Su hijo se había suicidado y no había marcha atrás. Nada en el mundo conseguiría resucitar al hijo muerto. Fatalidad, realismo... No sería él, Salvador Carreras, el que diera más vueltas al doloroso asunto.

A su espalda, sobre un anaquel, una foto de Daniel cuando tendría unos diez años de edad. Junto a ella la de una mujer rubia, sonriente y mucho más joven que Salvador Carreras, que destacaba sobre un fondo de buganvillas y que sostenía en brazos a una criatura de unos cuatro o cinco años de edad. Tenía la piel bronceada y la melena rubia destacaba sobre su vestido de motivos geométricos. Una mujer verdaderamente guapa.

—Soy estudiante de Criminología y su exmujer me pidió que...

—Un aficionado. Ya veo —le interrumpió—. Algo me dijo Olga, pero no pensaba que se conformara con cualquiera.

Raúl dejó pasar la andanada. Era evidente que Salvador Carreras no era de los que hacían prisioneros.

—¿Han hablado ustedes recientemente?

—Desde luego. Me lo explicó hace unos días, antes de llamarle. Intentó convencerme para que contratase a un investigador profesional. No hubo manera de hacerle cambiar de idea. Me dijo quién era usted y que no tenía usted licencia. Olga me aseguró que era un joven muy astuto. Me gustaría saber cómo puede usted corroborar esa afirmación. ¿Tiene algún certificado, un justificante de su astucia, de su... llamémosle «sagacidad»?

—Bien, estoy a punto de acabar la licenciatura y espero tener mi licencia dentro de unos meses, prácticamente...

—Ya. Entiendo. Sé lo que tengo que saber. No tiene usted prácticamente nada —le atajó Carreras—. Siga. No puedo perder mucho tiempo.

Raúl renunció a explicarle que sus honorarios estarían muy por debajo de los precios del mercado y que Olga le había rogado que asumiera la investigación dado que no podía correr con los gastos de una agencia. Honorarios que sin duda el padre de Daniel podía haber asumido sin el menor agobio. Pero quizás todo eso también lo sabía.

—Solo serán unas preguntas. Me perderá usted de vista en diez minutos.

—Quizás menos. ¿Sabe que puedo denunciarle? —preguntó agriamente Salvador Carreras que aparentemente carecía de una cara amable.

Y Raúl, que lo sabía pero se negaba a considerar la posibilidad, se limitó a encogerse de hombros.

—Si usted prefiere no llegar al fondo del asunto... —sugirió manejando hábilmente la insidia.

Se hizo el silencio en el despacho durante unos segundos. Raúl no dejó de enfrentar la mirada del hombre y advirtió que su hombro derecho quedaba algo más elevado que el izquierdo. Como si estuviera sensiblemente torcido, el estrafalario sueño de un cubista. Quizás su carácter agrio se debía a una dolencia crónica de espalda. Muy adentro, en las profundidades, bajo capas de severidad, indiferencia, rechazo y pura y dura mala hostia advirtió un dolor intenso, un rescoldo amargo y sin fisuras. El dolor de la pérdida.

—Yo no he dicho eso. Pero puede usted pensar de mí lo que le dé la gana.

—Verá, yo formulo la pregunta y usted es libre de contestarla. ¿Le parece bien?

Salvador Carreras bajó la mirada y no respondió. Raúl optó por interpretarlo a conveniencia como un sí.

—¿Sabe que su hijo había padecido problemas de cierta gravedad sin explicación aparente en los últimos meses?

—Lo del Ridley. ¿Se refiere a lo del perro? Olga me ha llamado esta mañana y me ha venido con esas. Espero que no le dé usted crédito. ¿En serio cree que alguien lo envenenó? Creo sinceramente que es una fantasía de Olga, es especialista en intentar amargarme la vida. Y lo consigue. Le habrá dicho que el perro se lo regalé yo a Daniel.

Raúl asintió.

—Me refiero a eso y a alguna otra cosa. Parece probable que alguien se apropiara de su nombre en Facebook y lo utilizara para enemistarlo con su amiga. Con su novia.

—No lo sabía. Tampoco sabía que tuviera novia.

—Salía con una chica del instituto.

El hombre cabeceó durante unos instantes como para ayudar a la idea a avanzar, a traspasar diferentes capas y a llegar al núcleo candente, al núcleo del dolor.

—¿Sabía que últimamente recibía notas siempre el mismo día de cada mes? Unas notas verdaderamente extrañas.

—Algo me dijo Olga, pero quizás las escribiera él mismo. Quizás no sabía muy bien lo que hacía. No creo que esas notas nos lleven a ninguna parte. Por lo que sé no son amenazas.

—No directamente. La fecha y una frase: «Yo la mato». Tampoco es que el mensaje sea tranquilizador.

Salvador Carreras no abrió la boca. No preguntó, pero su postura se hizo más rígida y su semblante pareció de repente haber sido esculpido en cera, tanto era el esfuerzo invertido en no dejar traslucir nada.

El silencio entre ambos se hizo eterno. El rostro de Carreras era ahora puro mármol. Raúl creyó comprender que aquellas tres palabras significaban alguna cosa para él, pero era del todo imposible adivinar qué.

—Y en cada nota una fecha, el día 29 de cada mes —continuó Raúl, repitiendo una idea ya formulada, como el que castiga un clavo, con la intención de alentar algún comentario.

No lo consiguió.

—No sabía nada y no sé qué relación puedan tener esas notas con mi hijo —contestó. Tampoco tienen la menor relación conmigo—. Raúl hubiera jurado que en sus palabras no había el menor convencimiento.

—¿Sabe si últimamente Daniel se había encontrado con alguien a quien conociera años atrás? ¿Alguien a quien hubiera perdido de vista hace mucho tiempo?

—Ni la menor idea. No teníamos mucho contacto. Nos veíamos muy de tarde en tarde. Pero eso ya se lo habrá dicho Olga. Es lo primero que explica en cuanto tiene oportunidad. A veces íbamos al cine y en alguna ocasión incluso se quedó a dormir en mi casa cuando su madre estuvo unos días fuera. Pero no hablaba mucho, no de cosas íntimas.

Salvador Carreras sujetó una de sus manos con la otra como para evitar que escapara y se moviera sobre la mesa. La seguridad del hombre hacía aguas y las capas que le blindaban presentaban ya alguna grieta.

—¿Y la fecha? ¿Le dice algo el día 29?

—No. Nada.

Y la excesiva determinación en sus palabras, su urgencia por responder con una negativa y su empeño por no desviar la mirada le indicaron que Carreras había establecido una relación, pero que no pensaba hablar de ello ni bajo la peor de las torturas.

—Entonces, parece que no puede usted ayudarme.

—Así es. No tengo nada que decirle. Absolutamente nada. Y no sé si esto le va a llevar a alguna parte. El suicidio de mi hijo ha sido algo muy doloroso, terrible, lo peor que me ha pasado aunque le cueste a usted creerme, aunque Olga no me crea por mucho que se lo repita. Tanto da. Hay cosas que han dejado de importarme, una de

ellas es que Olga me crea o no, pero si él decidió quitarse la vida y no quiso revelar sus razones... No sé si debemos...

—Explíqueselo a su madre, no es de la misma opinión. Ella sí necesita entender qué es lo que pasó. Pero si no tiene usted nada que decir creo que perdemos el tiempo y parece usted un hombre muy ocupado... —añadió Raúl el reproche a sus palabras.

Deseaba irritarle, provocar a aquel hombre que sin duda podía haberle ayudado.

—Tiene usted mi teléfono por si recuerda alguna cosa. No importa la hora, cuando encuentre usted un momento.

El director de la sucursal se estremeció visiblemente, pero no recogió el guante. No respondió. Raúl se levantó, le tendió la mano y abandonó el despacho. El padre de Daniel lo siguió a corta distancia y permaneció unos instantes en el umbral de su despacho.

Paralizado.

Antes de regresar de nuevo a su mesa le indicó a una de las auxiliares:

—No estoy para nadie, Sonia. Para nadie.

Las lágrimas acudieron a sus ojos y Carreras, despojándose de sus gafas, las retiró con el puño de la americana antes de ocultar la cabeza entre las manos. Temblaba visiblemente. Nadie pudo escuchar al hombre que sollozaba a escondidas de sí mismo. Tampoco pudo nadie escuchar la conversación telefónica que mantuvo minutos después, cuando consiguió serenarse.

Raúl alcanzó la calle visiblemente contrariado. Comprobó la pantalla del móvil. Había recibido una llamada de Olga Bernabé y un posterior Whatsapp.

Llámame Raúl. Es muy urgente. Y es importante. Creo que puedo decirte alguna cosa.

En esta ocasión fue Olga la que cruzó la ciudad de una punta a otra. No podía esperar. Aguardó a Raúl en un banco de la plaza Virrei Amat, también conocida como la de «las peinetas», por el conjunto ornamental instalado en la plaza, a cuatro pasos del piso de la abuela Ascensión. Descansaba las manos sobre el regazo y extraviaba la vista en el tráfico que al caer la tarde era mucho y ruidoso.

El atardecer de un otoño tardío resultaba especialmente frío y desapacible tras un verano inacabable. Olga, encogida sobre sí misma, casi acurrucada para protegerse del relente, hacía bascular una pierna sobre los dedos de los pies. Era una forma de liberar el nerviosismo y de generar algo de calor. Apenas quedaban un par de madres velando el juego de sus hijos y una pareja de adolescentes pasando sin dilación de la fase de cortejo a la de aproximación física y tomándose las medidas exactas uno a otro. A Olga la mirada se le quedó prendida en el rostro de aquel chico que en nada recordaba al de su hijo. Se obligó instantes después a apartar la vista por temor a que la pareja se sintiera incómoda.

Una de las mujeres gritó algo indescifrable antes de salir corriendo al ver como un pequeño que había llenado un cubo con arena se lo llevaba a la cabeza en un movimiento rápido y lo vaciaba sobre su cabello y su rostro. Olga se sobresaltó. Le pasaba cada vez más a menudo. Vivía en vilo, como si la muerte de su hijo la hubiera dejado a merced de todos los males. Segundos más tarde se levantó de inmediato al ver a Raúl atravesar la calle y alcanzar la plaza.

Avanzó hacia él y, sin detenerse a saludar, le espetó:

—Creo que sé a qué puede referirse el número 29. Creo que lo sé, he recordado algo que pasó un día 29. No sé cómo no lo pensé antes. No puedo creer por qué no caí en la cuenta.

A pocos pasos la madre reprendía a su hijo a voces mientras sacudía su cabello y sus ropas.

—Si te parece vamos a algún sitio, estaremos mejor. Mi casa está en obras y por el momento... —se excusó Raúl indicándole que cruzarían la plaza en dirección al transitado paseo Fabra i Puig.

La madre de Daniel obedeció, se agachó, recuperó la bolsa que había quedado en el banco y acompañó a Raúl hasta una cafetería cercana y casi vacía en la que el camarero, a falta de mejor ocupación, seguía una tertulia televisiva muy parecida a la del día anterior y casi idéntica a la del que vendría después. Gente que se increpaba olvidando la educación recibida y las normas más elementales de cortesía. Un espectáculo verdaderamente deplorable.

Raúl, como tenía por costumbre, buscó con la mirada una mesa en un rincón del local casi vacío y se sentó encarando la entrada como acostumbraban a hacer los mafiosos de medio pelo en las películas. Ventajas de llevar en alguna cosa la voz cantante. «Tan joven y tan maniático», repetía su madre a quien quisiera escucharla. Y la buena mujer no sabía de la misa la mitad. Ignoraba que su hijo, aparentemente descuidado en su apariencia, se calzaba y vestía siempre en el mismo orden, que cada mañana se pasaba el peine el mismo número exacto de veces y que cuando empuñaba un mando a distancia el volumen siempre debía quedar fijado en un número par. Felizmente ignoraba esas y otras muchas cosas.

—He recordado algo que pasó en un día 29, no entiendo cómo he tardado tanto. Pensaba en cada nota por separado, pensaba en el 29 de cada mes, abril, mayo... Pero quizás... Quizás solo importe el número. Eso es lo que creo, que lo que verdaderamente importa es el número que se repite, el 29.

Habló de un tirón y se detuvo a respirar y a ordenar sus ideas.

—Fue algo terrible, espantoso, de aquellas cosas que preferirías no recordar nunca. Parece imposible que no lo haya relacionado antes. Sin embargo... Daniel tenía ocho años, era un crío. Siempre pensé que había superado aquello y que no habían quedado secuelas. Era extraño, lo lógico era que no hubiera podido olvidar algo tan... Pero creo que afortunadamente salió bien librado. Y ya ves, las secuelas quizás estaban fuera. En alguna parte.

Con un gesto que a Olga le pasó completamente desapercibido, Raúl corrigió la situación de la jarra de cerveza sobre la mesa. El asa debía quedar junto a su mano derecha y a tocar de sus dedos extendidos. El joven, que no entendía nada, la animó con una mirada a explicar de qué se trataba.

—Cuando ocurrió hacía cinco años que Salvador y yo nos habíamos separado. Daniel empezaba a ir a la escuela, a Preescolar, tenía tres años cuando Salvador se marchó... Bueno, eso no tiene ya mucha importancia. Él tenía ya una empleada del banco esperando nuestra separación y nuestro divorcio. Una chica joven, una auxiliar de la sucursal que no había cumplido los 30 y que opinaba que era el mejor hombre del mundo, el más inteligente y uno de los más poderosos. Un verdadero Máster del Universo. Salvador la tenía completamente encandilada. Y ella a él. No la culpo, no creas. Salvador era un hombre imponente en todos los sentidos. Impresionaba. El caso es que mi marido no perdió el tiempo. Volvió a casarse poco después de nuestra separación, cuando ella se quedó embarazada. Cuestión de unos meses. Eso es lo que no entendí entonces y a veces pienso que todavía... En fin. No importa. No he venido a explicarte mis...

Había dolor y derrota en sus palabras del todo innecesarias, en sus gestos y en el tono de su voz. Raúl no se atrevió a interrumpirla. Olga sacudió la cabeza y pasó página.

—Yo no lo tuve tan fácil, quedé muy dolida, hecha polvo. Llegué a creer que no servía para nada, que no valía nada. No había sabido ni retener a mi marido. ¿Qué



podía esperar? Por fortuna tenía a Daniel que por entonces tenía tres años. Salvador no pidió su custodia, creo que ni se lo planteó. Yo tardé meses en volver a salir y algunos años en pensar que podía volver a tener una pareja algún día. Pero a veces la vida tiene giros extraños. Cuando ocurrió, cuando años más tarde pensé que había vuelto a enamorarme, la primera sorprendida fui yo, te lo aseguro.

Olga Bernabé apretó los labios para subrayar sus palabras y balanceó la cabeza adelante y atrás. Asentía en silencio.

—Casi cuatro años más tarde conocí a Carlos, Carlos Calvo. Era un anestesista, venía de otro centro, del Hospital de Vic, acababa de incorporarse al nuestro. Él estaba casado y tenía un hijo algo más pequeño que Daniel, que por entonces ya tenía siete años. Dos o tres años menor, no lo recuerdo exactamente, se llamaba Lucas y era una preciosidad. Su mujer era ginecóloga.

Olga hizo una pausa y miró a Raúl.

—No quisiera aburrirte, pero creo que tienes que saber qué pasó y cómo pasó. No puedo explicártelo en dos palabras.

—No te preocupes. Sigue —la animó sin entender cuál era el propósito de aquel relato pormenorizado de su vida sentimental—. Tengo tiempo —mintió.

—La verdad es que lo nuestro ocurrió casi sin pretenderlo. Ni por su parte ni por la mía. Simpatizamos muy pronto y al cabo de unas semanas empezamos a encontrarnos fuera del trabajo. Acabamos viéndonos de vez en cuando en mi casa cuando coincidían los turnos y Daniel estaba en el colegio. No habíamos hecho planes, no sabíamos qué era lo que esperábamos el uno del otro, pero la historia se complicó cuando su mujer se enteró de que nos veíamos.

—Ya —asintió Raúl que se llevó la cerveza a los labios.

Olga no había tocado la suya.

—Carlos lo pasó muy mal. Ella armó un escándalo terrible. Se presentó en el hospital, gritó, insultó, maldijo... Estaba fuera de sí. En parte puedo entenderla, cada uno se toma las cosas como puede. Yo callé cuando supe lo de Salvador. Ella, no. Se rebeló. Dijo cosas espantosas de él y de mí. Para mí tampoco fue fácil, pero lo suyo fue mucho peor. Yo tenía a Daniel, él perdió a Lucas.

Olga no pudo continuar. Durante unos instantes los chillidos de los tertulianos devoraron el silencio. Hablaban casi a gritos y las voces se sobreponían unas a las otras. Y mientras se cruzaban airadamente ofensas y acusaciones, Raúl, con un gesto le rogó al camarero que bajase el volumen.

Olga, con la mirada baja, parecía recordar.

—Cambió la cerradura y lo puso en la calle con lo puesto. Apenas pudo recoger alguna cosa. Si no lo hubiera hecho quizás las cosas hubieran ido de otra manera, quizás Carlos no se hubiera separado. No sé, no sé si hubiera dado el paso, adoraba a Lucas, puedo asegurártelo. Pero no tuvimos otro remedio. Pasó unos días en un hotel, pero no podía seguir allí. No podía pagar hotel, pasar una pensión y además seguir viviendo. Fue cosa mía, yo le invité a venir a casa. Me sentía responsable de su

situación y pensé que podía funcionar. Ambos lo pensamos. Yo deseaba recomponer mi vida con toda mi alma y acabó instalándose con nosotros, con Daniel y conmigo. Yo me había quedado en la casa que Salvador y yo compramos en Torrelles a unos kilómetros de Barcelona y tenía sitio de sobra. Fue todo muy rápido, casi a empujones, de un día para otro y sin preparación previa, pero no había otra opción. Dimos un paso adelante.

Olga miró hacia la calle. Recordaba. Raúl pensó que tiempo atrás, con menos penas a cuestas, debía haber sido una mujer guapa. Ojos grandes y expresivos, pómulos perfectos y cierto aire de ingenuidad en el rostro. En la actualidad su cara era el fiel reflejo del drama que cargaba a sus espaldas. La piel ajada, el pelo encanecido recogido de cualquier manera y la mirada dolorida. Había dejado de intentar ofrecer un buen aspecto.

—Con el paso de los años he pensado mucho en todo aquello. Para Daniel no debió de ser fácil. Nada fácil. De golpe y porrazo un señor al que no has visto nunca antes comparte la mesa y se acuesta con tu madre. De la noche a la mañana. Y Daniel con ocho años, un padre que casi había desaparecido de su vida y un medio hermano en alguna parte.

Una mujer muy bajita y de ojos muy oscuros que caminaba con dificultad apoyándose en un bastón se aproximó a la mesa en la que Olga desmenuzaba su vida, la única ocupada en todo el local, y les mostró una tira de cupones que pretendía vender. También hablaba con dificultad y apenas acertaron a comprender.

Raúl negó con la cabeza y Olga la miró durante unos instantes sin acabar de entender qué pretendía aquella desconocida que agitaba papeles ante sus ojos. Desanimada por la falta de respuesta y tras haber sacudido los cupones en el aire un par de veces más, la mujer se dio por vencida y se retiró rezongando.

—Fue un 29 de enero, era viernes. Hay cosas que no se olvidan. 29 de enero. Lo extraño es que no lo haya relacionado antes. Carlos llevaba ya unos meses en la casa de Torrelles, con Daniel y conmigo, desde mediados de septiembre. Nos iba más o menos bien. Intentábamos encajar. Íbamos tirando. A petición de Carlos y con la conformidad de su mujer habían tramitado el divorcio y aquel era el primer fin de semana que su hijo Lucas pasaría con nosotros. Yo tenía turno de tarde y llegaba a casa poco antes de cenar. Carlos libraba y recogió a Lucas y a Daniel en mi coche y los llevó a casa. Él iba y venía en moto a todas partes, pero aquel día cogió mi coche para traer a los niños a casa. Además estaba diluviando. Ambos estábamos nerviosos. Era importante que los críos se entendieran. Muy importante.

Olga hizo una pausa y movió la cabeza arriba y abajo. Se acercaba el final de su historia.

—No sé si sabes cómo es Torrelles.

Raúl asintió. Recordaba un pueblo pequeño rodeado de urbanizaciones que se encaramaban a una montaña. Calles muy empinadas y casas rodeadas de pinos con vistas magníficas.

—Sí —respondió intentando anticipar a dónde les llevaba aquella conversación sin conseguirlo—. He estado alguna vez. Un lugar bonito.

—Nuestra casa estaba en una urbanización, en la montaña, como todas. Cuando nos casamos, Salvador tenía un buen sueldo, las cosas nos iban bien y compramos una casa magnífica. A pie se entraba por delante, a nivel de calle, pero en coche la puerta del garaje estaba por detrás, en la calle posterior y más elevada, y había que bajar una rampa. Un pulsador con una clave te permitía abrir la verja, después un mando a distancia que guardábamos en la guantera abría la puerta metálica del garaje. Si no tenías mando podías abrir con una llave. Salvador se ocupó de los detalles. Todo estaba previsto y funcionaba perfectamente. Todo estaba previsto menos lo que pasó aquella tarde.

La voz de Olga se había ensombrecido. Había bajado la mirada y la había fijado en sus manos, que descansaban junto a su cerveza intacta.

—Carlos abrió la verja pulsando la clave en el panel y accedió a la rampa. No encontró el mando del garaje en la guantera y no pudo entrar con el coche en el garaje. Llovía a cántaros y bajó deprisa para buscar la llave de la puerta metálica en el recibidor de casa, la encontró donde siempre estaba, en el cajón. Podía haber dejado el coche en la rampa y salir con los dos niños, pero llovía y no quiso que Daniel y Lucas se mojaran, desde el interior del garaje se accedía directamente a la casa.

Cerró los ojos y permaneció en silencio. En la televisión se sucedían las voces airadas.

—Todo salió mal aquella tarde. Si no hubiera llovido, si él no hubiera andado con prisa, si... No es difícil de imaginar. El coche no estaba bien frenado. Cuando regresó con las llaves y mientras se acercaba a la puerta, encontraba la llave y abría, el coche rodó rampa abajo con Daniel y Lucas dentro y... Quizás ellos se movieron... Pero llovía muy fuerte, el motor estaba apagado, él se había empapado... Intentaba abrir, estaba de espaldas. No pudo oírlo. No se apartó a tiempo. El todoterreno lo aplastó contra la puerta del *parking*. Como suena. Lo aplastó contra la puerta.

Intentó retener las lágrimas. No lo consiguió.

—Como comprenderás no es una fecha que acostumbre a celebrar. De hecho tardé tanto en comprender y en levantar cabeza... Hubiera podido ser cualquier otro día, pero fue un 29 de enero.

El recuerdo era tan espantoso que no pudo hacer nada y se rindió. Raúl no supo qué decir y apuró la cerveza.

A trompicones Olga acabó como pudo su relato.

—Carlos gritó desesperadamente, pero solo pudieron oírle una pareja de ancianos alemanes que vivían cerca. Tardaron en acudir, buscaron un paraguas, caminaban despacio... Tardaron demasiado en pedir ayuda y en encontrar a alguien que hubiera llegado ya a casa y pudiera hacer marcha atrás. Cuando por fin, con ayuda de otros vecinos, consiguieron retirar el coche habían pasado más de diez minutos. Carlos cayó al suelo casi sin vida, murió en la ambulancia camino del hospital.

Gimió y bajó la cabeza hasta ocultarla entre las manos. Tardó en volver a hablar.

—Así acabó nuestra historia. Carlos agonizó delante de su hijo y de Daniel. ¿Te lo imaginas? Los dos sentados en el asiento trasero, con sus cinturones puestos. Paralizados. Sin acertar ni a moverse ni a pedir ayuda. Lo vieron morir, lo oyeron gritar y pedir una ayuda que no podían darle justo delante de sus ojos, a unos palmos. ¿Puedes imaginarlo?

La verdad es que Raúl apenas podía imaginar la intensidad del horror. El miedo, el pavor paralizante. Nunca había experimentado algo así.

Contestó:

—Creo que sí.

Mentía. Era imposible.

—Daniel pudo haber salido corriendo, gritar, llamar a los vecinos, pero se quedó paralizado. Lucas era un crío. Se echó a llorar y siguió llorando días y días. No volvimos a ver a Lucas. Ni Daniel ni yo. Nunca. No volvimos a saber de él ni de su madre. Ella organizó el funeral. Se encargó de todo. Nosotros no nos habíamos casado y yo no pintaba nada, ella era su ex. Asistí a la ceremonia del funeral con mi hermano. Nos sentamos en el último banco y nos fuimos sin hablar con nadie, tal y como habíamos llegado. Ella envió a un amigo a recoger sus cosas. Yo se las entregué. Hasta el último detalle. Carlos desapareció de nuestras vidas. De nuestro sofá, de nuestra mesa, de mi cama...

Olga había bajado tanto la voz que Raúl apenas conseguía entender sus palabras. Apoyando los codos sobre la mesa se inclinó hacia adelante mientras en el televisor los chismes se dirimían a gritos.

—He pensado mucho en ese chico, en Lucas. Sobre todo los primeros años. Para Daniel fue terrible, pero para él... No puedo pensar en nada peor. Su padre muriendo ante sus ojos. Una muerte...

De nuevo el silencio entre ambos y en el televisor una música familiar que Raúl asoció a un anuncio de refrescos.

—No he acabado. ¿Sabes? El mando a distancia estaba en mi bolso. No era la primera vez. A veces lo guardaba en el bolso sin darme cuenta, como hacía con las llaves. Cuando no encontraba el mando en la guantera Carlos me llamó. Lo tenía yo, en mi bolso. Sus últimas palabras antes de colgar fueron: ¿para qué cojones querías el puto mando? Fue lo último que me dijo. Y no fue fácil vivir.

Y no fue fácil vivir sabiendo que... No fue fácil, te lo aseguro. Sin embargo... Estaba Daniel. Ahora...

Antes de levantarse, recoger el bolso que había colgado del respaldo de la silla y desaparecer, Olga repitió:

—Eso fue lo que pasó un 29 de enero. Y no lo he relacionado hasta hoy, pensaba en las fechas concretas. Quizás me equivoque, pero puede que lo que importe sea el número, el 29, quizás la persona que envía esas notas piensa en la muerte de Carlos,

en el día en que murió y cuenta los meses... Quizás no se trata solo de Daniel, quizás también de mí.

Raúl decidió no explicarle por el momento que acababa de aparecer una nueva nota con la fecha del día en que se encontraban, 29 de octubre. Olga Bernabé colgó de su hombro el bolso que la acompañaba a todas partes.

—Ahora ya lo sabes.

—¿Cómo se llamaba la mujer de Carlos? —acertó Raúl a preguntar saliéndole al paso—. Necesito saber algo más.

—Beatriz Gaspar.

—¿Sabes dónde puedo encontrarla?

Olga negó.

—Tampoco volví a saber nada de ella. Cuando Carlos y yo nos conocimos ella trabajaba en la Clínica Quirón. Tenía fama de ser muy buena en lo suyo. Eso es todo lo que sé.

—No es mucho.

—¿Sabes, Raúl? Tengo miedo. Miedo de ese 29 de enero. Hubiera preferido no volver a recordarlo nunca.

Tuvo la sensación de que Olga Bernabé temblaba.

—Comprendo. Haré lo que pueda. Intentaré averiguar quién se esconde tras esas notas —prometió.

—Desde entonces no ha habido nadie más. Tenía a Daniel y no he querido arriesgarme de nuevo. No quería volver a perder. Daniel era mi hijo y era el hombre de mi vida, mi razón de ser. Y ya ves.

Olga desapareció entre los transeúntes mientras Raúl abonaba la cuenta. La vio alejarse en dirección a la boca de metro con la vista baja y recogida sobre sí misma, como si intentara hacerse invisible.

\* \* \*

En la cocina del piso de la abuela Ascensión, Alejandra preparaba una ensalada en un gran bol de cristal color ámbar que Raúl recordaba haber visto en aquella casa desde su niñez. La abuela afirmaba que el Duralex era casi irrompible, quizás tuviera razón. Había encendido una radio que había encontrado en la cocina y bailaba mientras cortaba una zanahoria en pequeños dados. Vestía vaqueros y un top azul celeste y recibió al joven con una sonrisa.

—Hola. ¿Has tenido un buen día?

Inclinó la cabeza. A bote pronto no supo qué responder. Minutos más tarde, sentados a la mesa, le explicó cuanto había oído de labios de Olga Bernabé, la mujer que había perdido a todos los hombres de su vida.



## Tercera parte

Tras su segunda noche pasada en un colchón sobre las baldosas bicolores del piso en pleno proceso de mejora, Raúl abandonó el saco de dormir con grave quebranto de lumbares. Lo hizo poniendo en el suelo el mismo pie con el que acostumbraba a dejar la cama, siempre el derecho. Nunca de otra manera. Se desperezó, bostezó sonoramente con ambas manos a la altura de sus riñones y recordó a tiempo que Alejandra descansaba en la habitación contigua. De hecho la chica parecía haberse despertado ya. Podía oírla moverse al otro lado del tabique que separaba ambas habitaciones.

No tardó en salir, asomar la cabeza por la puerta, desearle buenos días con una sonrisa adormilada y asegurarle que había dormido muy bien. Instantes después la chica se encerró en el lavabo para darse una ducha. Descalza, despeinada y en camiseta y pantalón de pijama conservaba el mismo encanto que aquella primera tarde, días atrás, en la concurrida barra del bar de la facultad cuando le había preguntado por la copistería. Raúl seguía sin entender por qué, de entre todos los estudiantes presentes en el bar, la chica se había dirigido a él. Quizás algún día se atrevería a preguntárselo.

—Te acompaño —se ofreció Raúl aquella tarde no muy lejana apurando de un trago el café que le abrasó la boca y dejó un rastro como de lava en su esófago—. Voy hacia allí —mintió.

—Gracias, soy Alejandra Batchelli —se presentó tendiéndole la mano con una formalidad que a Raúl le sorprendió.

—Raúl Forcano —acertó a decir sin apartar la vista de sus ojos.

Raúl no se hubiera atrevido a abordarla. No era un hombre osado ni seguro de sí mismo. Sin embargo, y a pesar de un pesimismo congénito, había podido comprobar que de tarde en tarde la vida le reservaba alguna sorpresa agradable. En todo ello pensaba cuando aquella mañana, Alejandra, recién duchada y con el cabello todavía húmedo, preguntó:

—¿Café?

Compartieron un primer café y unas magdalenas asombrosamente insípidas y se separaron pocos minutos después en la puerta del metro. La chica le despidió deseándole que tuviera suerte en sus curiosas indagaciones.

—*Ciao*, Raúl. Mucha suerte. Ya me contarás qué hay de la ginecóloga.

A Raúl seguían fascinándole aquellos ojos de un azul extraordinario y el acento dulce y cadencioso de Alejandra Batchelli.



\* \* \*

La clínica Quirón se encontraba en la zona alta, junto a la ronda que circunvalaba la ciudad, y la clientela acostumbraba a acceder en coche hasta el aparcamiento. Raúl lo hizo a pie desde el metro más cercano. El edificio de nueva construcción había substituido años atrás al que se emplazaba en el Guinardó y se elevaba al pie de Collserola, casi en sus primeras estribaciones.

Raúl Forcano se hallaba ya a un par de manzanas de la entrada principal cuando al cruzar una calle un automóvil plateado no respetó la luz roja, no intentó frenar y, lejos de ralentizar la marcha, se abalanzó sobre él. Era un coche grande, potente y plateado. Fue todo lo que consiguió ver.

A punto estuvo de arrollarlo. Raúl acertó a retroceder de un salto en el último momento y el vehículo, a cuyo conductor no pudo vislumbrar, apenas le golpeó la cadera.

En su violenta caída hacia atrás y, al apoyar las manos en el suelo, sintió un dolor muy agudo en la muñeca derecha y un impacto brutal en la sien al chocar contra el guardabarros de uno de los coches que sí se había detenido ante el semáforo. Justo a su espalda, una mujer que acababa de bajar el bordillo gritó, volvió sobre sus pasos y se apoyó en una señal de tráfico.

Mientras intentaba incorporarse el corazón de Raúl parecía a punto de escapar de su pecho, un pájaro enloquecido entre barrotes. Se apoyó en el coche detenido y se llevó inmediatamente la mano izquierda a la cabeza. Al retirarla advirtió la sangre tibia entre sus dedos. A su espalda la mujer seguía gritando, lamentándose y llevándose la palma abierta a la altura del corazón como si fuera ella la que acababa de sufrir el atropello. Un par de transeúntes la acompañaron hasta un banco e intentaron tranquilizarla sin demasiado éxito.

Tambaleándose, Raúl intentó regresar al cobijo de la acera. Hubiera dado cualquier cosa por conseguir que la mujer se callara y dejara de gritar como si le arrancaran la piel a tiras.

El conductor del automóvil parado ante el semáforo en rojo contra el que Raúl casi se había abierto la cabeza bajó del vehículo y se acercó a él. Era un hombre de unos cincuenta y tantos que vestía traje y corbata. Sin dar más explicaciones sostuvo en alto la mano fracturada, intentó algún movimiento de la muñeca que obligó a Raúl a aullar de dolor y, retirando el cabello, examinó atentamente la herida de la cabeza. Dijo ser médico de la clínica y, tomando las riendas, él mismo sacó su móvil y pidió ayuda inmediata.

Aunque pretendía asegurarle que se encontraba bien, Raúl no conseguía hablar. La mujer se quejaba a gritos del susto que acababa de recibir.

—Tienen que arreglarte esa mano, tienes una fractura, te la inmovilizarán, y te coserán esa herida —añadió señalando la brecha de la cabeza—. Probablemente no será nada, pero necesitarán alguna prueba para descartar complicaciones cerebrales. Es el protocolo.

Raúl, lívido, consiguió caminar unos pasos con mucho esfuerzo y con la ayuda del doctor y de un motorista que había echado pie a tierra. Tuvo cierta sensación de mareo y experimentó un dolor inimaginable al dejar colgar la mano. Gimió y se sujetó la mano derecha con su antagonista.

—No se preocupe, lo he visto todo. También tendrá que intervenir la policía. Ya he avisado. Seré su testigo —prometió el doctor.

—Gracias —articuló Raúl concentrando toda su atención en controlar el mareo que experimentaba para no desplomarse contra la acera.

El motorista, que también había podido ver lo ocurrido, dijo haber retenido la matrícula.

A Raúl le temblaban las piernas y sentía como si la mano derecha colgara sujeta apenas al extremo de su brazo. La sangre se deslizaba cuello abajo y alcanzaba ya su clavícula cuando los sanitarios le invitaron a subir a la ambulancia. Respiraba con dificultad a causa del espanto y con dificultad consiguió tumbarse en la camilla. Recordó la cartera que llevaba colgada al hombro y que había quedado tirada en la calzada. Uno de los sanitarios la recogió y la colocó en la camilla junto a su pierna derecha.

Antes de dejar atrás el lugar del accidente Raúl pudo ver cómo el hombre que le había asistido, el mismo doctor cuya corbata color coral se había manchado de sangre; explicaba lo sucedido a un guardia urbano que acababa de llegar y cómo el motorista le entregaba una nota, probablemente la matrícula. El guardia urbano hizo señales al conductor para que no arrancara y se acercó a la ambulancia. Asomando la cabeza le pidió a Raúl su nombre y su número de móvil.

La mujer seguía en el banco, sofocada y llorosa, en compañía de otra mujer ya muy mayor que le sujetaba una mano. Gemía.

Raúl pasó la mañana entera entre el box en el que le inmovilizaron la mano y le cosieron la herida de la cabeza y los diferentes habitáculos en los que realizaron las pruebas pertinentes para descartar una lesión cerebral, un coágulo o cualquier otra complicación derivada del golpe. No dejó de pensar ni por un momento en el conductor del coche plateado que no había frenado ante el semáforo.

Y entre pruebas, controles e informes, y habiendo desaparecido la sensación de mareo, aprovechó para preguntar a todo el que le atendía por la doctora Beatriz Gaspar. Nadie la recordaba ni supo indicarle su paradero. Definitivamente aquel no iba a ser un buen día.

Antes de abandonar la clínica, y mientras esperaba ya el diagnóstico definitivo, se acercó el doctor que le había atendido en primera instancia. Se había librado de la

corbata manchada de sangre y había substituido la americana gris por una bata blanca.

—La fractura de la mano tardará unas semanas, creo que ya se lo han comentado, pero no tiene usted nada en la cabeza que deba preocuparnos. Un golpe sin consecuencias y una buena brecha, pero no le quedará ni cicatriz. Podría haber sido peor.

—Sí, mucho peor —reconoció Raúl que veía demorarse unas semanas, quizás más de un mes, el fin de la maldita reforma.

—El guardia ha tomado mis datos. Declararé. No debe preocuparse. Además tenemos el número de la matrícula. Con algo de suerte, y si el conductor no es insolvente, quizás pueda reclamar una indemnización.

Raúl inclinó la cabeza. Intuía que no sería tan fácil. Hubiera querido creer en una forma de olfato especialmente desarrollado en un aprendiz de detective, en un investigador vocacional. Se abstuvo de considerar la idea. Se limitó a recordar que no era un hombre de suerte.

—Pero el conductor no intentó frenar. Usted lo vio —añadió indignado—. No es normal. Hubiera jurado que iba a por mí.

—No, no frenó. Quizás había esnifado y no se dio ni cuenta. O hablaba por el móvil. Cuando la gente conduce muy colgada o hablando por teléfono pasan cosas así. Lo vemos cada día. No es tan raro. Y lo del móvil es escandaloso, una plaga. Yo no sé qué tiene la gente en la cabeza.

—¿Coca a las diez de la mañana?

—Cosas más raras he visto. Se lo aseguro.

El hombre se encogió de hombros. No podía añadir nada más y parecía dispuesto a volver a su trabajo.

—Por favor, quisiera preguntarle algo. Venía hacia aquí para encontrar a una persona, una ginecóloga que trabajó en esta clínica hace unos años.

—Por esta clínica han pasado muchas ginecólogas y muchas obstetras. Atendemos a muchas mujeres. Será difícil que...

—Se llama Beatriz Gaspar, era muy amiga de mi hermana Marta, amigas íntimas. Mi hermana está grave, un cáncer de mama en fase muy avanzada —inventó sin remilgos—. Cuando dejaron de verse ella todavía trabajaba aquí —pronunció Raúl con el mayor convencimiento y cara de profunda aflicción. Casi sintió miedo de lo que podía llegar a inventar—. Mi hermana quiere volver a verla. Le he prometido que lo intentaría. No he podido negarme.

—Sí, la recuerdo, Beatriz Gaspar, claro que la recuerdo. Una mujer con una historia triste.

—No sé a qué se refiere. Perdieron la pista una de otra y... —Raúl se encogió de hombros y dibujó en su rostro la mueca de la ignorancia.

—Cuando la conocí acababa de separarse, lo llevó muy mal, no parecía ella. Se hundió. Poco después su ex murió de una forma espantosa en presencia de su hijo, un

niño de muy pocos años. Una verdadera desgracia.

—¿Sigue aquí? ¿Puedo hablar con ella?

—No, dejó la clínica poco después. Creo que montó una consulta propia para dejar de hacer guardias y poder atender mejor a su hijo. Se habían quedado solos. Era buena, seguro que le fue bien. Al perder al padre de la criatura tuvo que hacerse cargo completamente sola y decidió establecer sus propias horas de consulta. En una clínica a veces uno no tiene horario.

—¿No tendrá sus señas? O las de la consulta —quiso saber Raúl disimulando su interés.

—No, solo nos conocíamos de alguna reunión, no éramos amigos. Pero no te será difícil encontrar su consulta. Estoy seguro.

Cuando por fin recibió el informe final se sentía dolorido a pesar de los analgésicos y tenía todo el aspecto de un *ecce homo*. Maldiciéndose por no haber intentado localizar a Beatriz Gaspar en internet y con la seguridad de que alguien había intentado atropellarlo; Raúl Forcano abandonó la clínica Quirón a medio día por su propio pie.

\* \* \*

Al ver su mano inutilizada y la brecha oculta por un esparadrapo, Alejandra se asustó. Insistió en saber qué había pasado y Raúl resumió lo ocurrido mientras intentaba abrir y manipular el portátil con una sola mano, la izquierda. No era rápido ni certero y utilizaba como podía el canto de su mano lesionada acompañando sus movimientos de gestos de dolor. Pasó varios minutos despotricando contra el presunto homicida al volante del coche plateado mientras lentamente escribía el nombre de Beatriz Gaspar y las posibles variantes de su consulta: clínica Gaspar, centro médico Gaspar, instituto Gaspar, consultorio ginecológico...

A la vista de sus dificultades la chica se ofreció a ayudarle. Raúl le aseguró que podía seguir solo. Alejandra se levantó, buscó entre sus cosas en la habitación blanca y salió con un gran pañuelo color violeta. Con unas tijeras que encontró en la cocina cortó la venda que sostenía el brazo de Raúl y la substituyó por el pañuelo. Retiró las tiras de esparadrapo que cubrían el corte a la altura de la sien y colocó una más discreta que abarcaba la totalidad de la herida. Cuando hubo acabado alborotó el pelo de Raúl y consiguió disimular el apósito.

El joven la dejó hacer. «De lo malo, saca lo que puedas», decía su abuela mucho tiempo atrás. Y Raúl olvidó el atropello durante unos instantes y se concentró en las manos delicadas de Alejandra, cuyos dedos dejaban un rastro tibio y perdurable sobre la piel.

—Así está mucho mejor —concluyó anudando los extremos del pañuelo a la espalda.

—Gracias. La verdad es que no he tenido un buen día.

—Hay mucho loco suelto, Raúl. He trabajado en un bar y no te creerías lo que es capaz de hacer la gente con unas copas de más. Pero, piénsalo. ¿Por qué iba a querer alguien atropellarte? ¿Tienes enemigos?

—No pienso en otra cosa. Créeme. Yo tampoco lo entiendo, pero te aseguro que no fue un accidente. Aquel cabrón iba a por mí. No se molestó en frenar.

—¿Era un hombre?

—No lo sé, no pude verlo. Soy un capullo. Salté y me caí, eso fue todo lo que hice. —Y de pura rabia dio una palmada en la mesa con la mano sana—. Y yo quiero ser detective. ¡Hay que joderse!

La chica le interrumpió abandonando un dedo sobre sus labios. No quedó en todo su cuerpo ramificación nerviosa que no reaccionara al contacto del dedo de Alejandra. Se estremeció. La chica lo retiró cuando estuvo segura de que Raúl la escucharía.

—No habrás comido todavía. ¿Te preparo algo?

Aceptó sin pensarlo dos veces. Aunque maltrecho, contrariado y completamente desconcertado sentía un hambre feroz. Casi un ataque.

—Te lo agradeceré.

—¿Te gusta la pasta?

—Toda.

—Bien, entonces nos vamos a entender. Por cierto ¿localizaste a la ginecóloga? ¿Pudiste hablar con la mina?

Respondió que no, que ya no trabajaba en la clínica y que al parecer había abierto una consulta privada.

—Mala suerte.

—Estoy en ello —añadió señalando el portátil con la mirada.

Alejandra se alejó camino de la cocina.

Raúl no tardó en encontrar un Instituto Gaspar de Ginecología situado en el Paseo Maragall de Barcelona.

—¡Bingo!

Había pensado pasar la tarde arrancando papel, pero su mano fracturada había dado al traste con todos sus planes. Se imponía un plan B. Podría acercarse caminando aquella misma tarde. No estaba lejos. Con una sola mano acabó los espagueti, rebañó el plato y removió el café en una tacita de porcelana blanca con flores doradas que formaba parte de los objetos más apreciados por su abuela y que parecía mucho más apropiada para un personaje de Jane Austen.

—Por cierto, quiero enseñarte una cosa. Te gustará.

Raúl siguió a la chica. Había acabado de pintar el techo y le anunció que se disponía a emprender la habitación en la que dormía Raúl.

—Te lo agradezco, pero no estás obligada. Por el momento yo no podré...

—No me seas boludo. Lo hago porque quiero. —Y cerrando la puerta interrumpió sus palabras de agradecimiento.

Raúl decidió aprovechar la inactividad forzosa para ojear los apuntes de Derecho Penitenciario. A falta de butaca o de sofá, y dado que las sillas de la abuela eran de una incomodidad manifiesta, se estiró en el colchón que ocupaba durante la noche. Tres cuartos de hora más tarde, cuando se despertó, se sirvió un café frío. Al pulsar la primera tecla la pantalla en reposo del portátil dio paso de nuevo a la web del Instituto Gaspar.

No encontró a Alejandra. La bella chica de los fascinantes ojos azules había recogido la cocina y había salido. El piso le pareció desierto en su ausencia. Un páramo oscuro y tristón. Una nota sobre la mesa en la que el portátil seguía encendido le informaba de que Alejandra llegaría sobre las ocho de la tarde, cuando acabaran las clases, y de que se encargaría de la cena.

Caminar le sentó bien. Con la mano colgando de un pañuelo morado que pertenecía a Alejandra y la cartera cruzada sobre el pecho recorrió la distancia que separaba el piso de la consulta de Beatriz Gaspar Sanmartín. Había visto su fotografía en la página web y había comprobado que la doctora atendía pacientes cada mañana de nueve a doce y tardes alternas de tres a ocho. Aquella era una de aquellas tardes. Varios profesionales más formaban parte del Instituto Gaspar: obstetras, psicólogos, un especialista en reproducción asistida...

Ni por un momento dejó de pensar en la persona que estaba al volante del coche plateado. No tenía la menor duda sobre la intencionalidad del atropello, pero no acertó a comprender quién podía pretender acabar con su vida o, como mínimo, dejarlo fuera de circulación durante un tiempo. No creía tener enemigos, ni tan siquiera adversarios en ningún terreno. Era normal en casi todo, casi vulgar. No recordaba haber levantado pasiones de ningún tipo ni representar amenaza alguna para nadie. Por otra parte, ¿a quién podía interesar que no siguiera con la investigación?

Salvador Carreras, el padre de Daniel, era el único que parecía contrariado por ello, pero no hasta el punto de... En cualquier caso, de ninguna manera podía el padre de Daniel conocer sus movimientos. De hecho, nadie podía saber que se disponía a visitar la Quirón en busca de Beatriz Gaspar. Quizás pensar que el atropello no fue casual era un verdadero disparate. Sin embargo, repasando lo que había hecho los últimos días recordó haber tenido la sensación de que alguien le seguía, pero no consiguió recordar la ocasión.

Demasiado obcecado con el asunto, apenas dedicó unos segundos a inventar una historia que le permitiera ser conducido ante la doctora a la mayor brevedad. Era obvio que durante el horario de visita no accedería fácilmente a atender a un desconocido que tenía la pretensión de hurgar en su pasado.

La apariencia de la recepcionista no invitaba al optimismo.

—Buenas tardes. Necesito hablar con la doctora Gaspar. Solo serán unos segundos.

—La doctora atiende a una paciente. Puedo darle día y hora y la doctora le recibirá sin problemas.

—Ya, pero es que es un asunto urgente y no puedo...

—Puede usted explicármelo y la doctora se pondrá en contacto lo antes posible, a partir de las ocho, quizás un poco antes, cuando acabe las visitas.

—No, no —la interrumpió Raúl—. Es algo muy muy personal. Es por una de sus pacientes y seguro que la doctora estará interesada en... Es mi pareja y necesito

hablar con la doctora Gaspar. Es urgente. No puede esperar.

—Si tiene usted tanta prisa aquí trabajan dos especialistas más —respondió poco dispuesta a dar su brazo a torcer—. Quizás uno de ellos...

—No, no, la doctora Gaspar la conoce y...

—Entonces no creo que pueda ayudarle. La doctora no podrá recibirle hoy. Lo siento —dijo con cara de no lamentarlo en absoluto.

—Por favor —imploró—. Es verdaderamente urgente.

—¿De quién se trata? —concedió como si hubiera decidido conmutarle una sentencia de muerte.

La antipatía era mutua. Raúl hizo cuanto pudo por disimularla.

—De Ana López —afirmó con rotundidad y escasa fortuna pensando que la probabilidad de encontrar entre las pacientes de la doctora a una Ana López era relativamente alta.

Cruzó los dedos.

La joven de cabello caoba muy corto, ojos negros demasiado próximos a la nariz y uñas moradas, bajó la mirada y tecleó el nombre de la presunta paciente. Levantó la cabeza y, con algo muy parecido a una sonrisa de triunfo dibujada en el rostro, le espetó:

—No tenemos ninguna paciente con ese nombre.

—Ya. A veces utiliza mi apellido, prefiere no... Mira por Ana García.

Sin disimular su desdén tecleó de nuevo.

—Tenemos una Ana García. Tiene 67 años. ¿Es ella? —preguntó con sarcasmo y la mirada que destinaría a una lombriz de tierra.

Atribulado salió al paso como pudo.

—No, seguro que hay otra o puede que...

—Sí, hay otra. Ana García, de 17. Acabados de cumplir —pronunció con todo el reproche que cabe en pocas palabras—. ¿Su pareja?

—Sí, es ella, es una menor y por eso necesito... —respondió en voz baja, como si quisiera que el asunto de la edad no fuera pronunciado en voz alta y simulando un temor que estaba lejos de sentir.

Se inclinó sobre el mostrador y gimió muy levemente al apoyar la mano rota sobre la madera pulimentada. Por un instante, y en el fragor de la batalla dialéctica, había olvidado lo ocurrido aquella misma mañana. Con tiento, se acercó más a la recepcionista y bajó la voz hasta convertirla en un susurro:

—Como comprenderás no es algo habitual, ella es una menor y necesito hablar en privado con la doctora. Tiene un problema. Bueno, tenemos un problema y necesito...

—Veré lo que puedo hacer —capituló la recepcionista solidarizándose con la desventurada chica seducida por el energúmeno de la mano rota que aguardaba al otro lado del mostrador—. Espere en la sala y si la doctora encuentra un momento entre visitas le llamaré.



Casi veinte minutos después la misma chica que vestía ropa negra muy ajustada y lucía cuerpo de corredora de larga distancia, apareció en el umbral de la sala de espera.

—Ana García —pronunció la recepcionista en voz alta y con evidente regodeo.

Raúl se levantó con la vista al frente ignorando la presencia de las pacientes que aguardaban en la sala y se apresuró a seguirla hasta el despacho de la doctora. Hubo alguna muestra de sorpresa y la mujer que ya se preparaba para entrar en la consulta le dirigió una mirada indudablemente hostil.

Esperó unos minutos más en una habitación pintada de color crema en la que varios diplomas acreditaban la formación de su titular, Beatriz Gaspar Sanmartín, y varias hileras de volúmenes de Obstetricia y Ginecología completaban el conjunto pensado para garantizar su preparación en la materia. Raúl agradeció íntimamente el orden imperante. La vida rutinaria y previsible que llevaba desde que podía recordar se había convertido en una sucesión de imprevistos con aroma a caos. A punto estuvo de ceder a la tentación de relajarse.

La mujer que apareció ante él poco después era alta, tenía el cabello oscuro y rizado, la nariz ligeramente escarpada y unos ojos verde esmeralda. Buena presencia y autoridad en la mirada. Una de aquellas mujeres que poseían la facultad de hacerle sentir mal vestido, mal peinado y siempre un escalón por debajo. Beatriz Gaspar usaba una bata blanca abierta sobre unos tejanos y una camiseta negra ceñida y escotada. Un colgante de plata con la forma de una gran caracola pendía de un cordón negro y se balanceaba entre sus pechos. En su mirada una curiosidad que no intentaba disimular y en su gesto el total convencimiento de jugar en campo propio.

A partir de la foto de la web en la que aparecía sonriendo abiertamente Raúl la había imaginado más accesible, quizás también algo más menuda, menos imponente. Se levantó y encajó con la izquierda la mano tendida de la doctora.

—¿Qué es eso tan urgente que tiene que decirme? —preguntó sin dar tregua mientras se sentaba al otro lado de la mesa de despacho.

—Verá, no se trata de Ana García. Ha sido una excusa. Es otro asunto y no tiene nada que ver. He venido a hablarle de Daniel Carreras.

Durante unos instantes la doctora no identificó el nombre del chico. Se irguió en el sillón del despacho y frunció levemente el ceño.

—No entiendo. Creo que no tengo el...

—El hijo de Olga Bernabé. Creo que a ella sí la recordará. Aunque ha pasado mucho tiempo y...

—Salga de aquí. Váyase.

Le escupió las palabras al rostro como si hubieran sido previamente envenenadas y hubieran de acarrearle la muerte fulminante a su destinatario. A Beatriz Gaspar la ira le subió a los ojos y a la piel del rostro como una llamarada. En unos instantes la mujer fue todo dolor y cólera.

Otra mujer.

—Váyase.

—Solo serán unas preguntas.

La ginecóloga comprimió los labios hasta que casi desaparecieron de su rostro y sobre la mesa sus manos se hicieron puños. Apoyándose sobre ellos, se alzó dispuesta a marcharse. No lo hizo. Se limitó a ordenar:

—Váyase.

—Por favor, escúcheme. El chico ha muerto, tenía dieciséis años. Fue hace unas semanas. Un suicidio —casi gritó Raúl poniéndose en pie, inclinándose hacia adelante y sujetando uno de sus brazos a la altura de la muñeca para evitar que la ginecóloga desapareciera tras la puerta de su despacho o lo pusiera en la calle a cajas destempladas. La mano rota le dolía a rabiar, pero sofocó el gemido y continuó—: Suicidio por pastillas. Un asunto extraño. Por favor, escúcheme.

—Salga de aquí. —Le señaló la puerta sin ceder ni un ápice.

—Por favor —suplicó el aspirante a investigador—. Tenía solo dieciséis años. Era poco mayor que su propio hijo. Serán unos minutos, se lo aseguro. Después me iré y no volverá a verme. Necesito preguntarle un par de cosas.

La doctora volvió a sentarse.

—Usted no es policía —constató.

—No, no lo soy. Investigo por deseo de sus padres —mintió sin rubor.

—Tiene cinco minutos. Ni uno más.

Raúl le explicó brevemente las circunstancias en las que se había producido la muerte del chico y los contratiempos que había padecido en los últimos meses, para acabar hablándole de las extrañas notas que recibía el 29 de cada mes coincidiendo con el día en el que murió Carlos Calvo. Le habló de la frase que se repetía en cada una de ellas:

«Yo la mato».

La mujer permaneció en silencio. Era un silencio cargado de soledad y de rencor. Tenso como cuerda de violín.

Raúl, profundamente incómodo, se removió en la silla; apoyó la mano fracturada sobre la mesa y como pudo ahogó un gemido. Se obligó a respirar profundamente antes de continuar. Había olvidado la pastilla para acallar el dolor. Beatriz Gaspar parecía considerar los hechos a la luz de los escasos datos proporcionados por el joven investigador ocasional.

—Intento encontrar la relación entre las notas y el suicidio de Daniel, si es que existe.

—Es cierto, fue un 29 de enero. Hace 8 años. Un viernes. Yo no estaba allí, no sé cómo pasó, pero nunca olvidaré la fecha. Solo sé lo que dijo la policía, lo mismo que dice saber usted. Ese chico era un crío y mi hijo todavía más, creo que dos o tres años menos. El coche aplastó a mi marido como...

Calló durante unos instantes y de nuevo frunció los labios. En el superior se dibujó una secuencia de arrugas que no estaba allí antes.

—Bueno, debería hablar de mi exmarido. En aquel momento ya nos habíamos separado. De hecho él quiso divorciarse, creo que pensaba volver a casarse. Yo acepté, pero nunca pensé que fuera para siempre... Él se había ido, pero no pude creer que aquella ruptura fuera definitiva. Era un hombre inquieto, siempre pensé que se trataba de una aventura y poco más. Un capricho. No quise entenderlo. No pude asumir que Carlos se había ido. Sencillamente, no pude. Todavía ahora pienso que con el tiempo habría acabado por volver con nosotros.

Una nueva pausa y los recuerdos como una tromba en el fondo de sus ojos. Beatriz Gaspar bajó la mirada y la recogió en una fotografía sobre la mesa. Raúl imaginó que se trataba de un retrato de Lucas enmarcado en plata. Desde su sitio no podía verlo.

—Fue un 29 de enero. Llovía como si se acabara el mundo y yo estaba sola en casa, me preparaba algo para cenar. Había sido un día terrible desde el principio. La primera noche de Lucas fuera de casa. No lo olvidaré nunca. Me llamaron para comunicarme que acababa de morir. Fue espantoso, pero lo peor vino después. Lucas había visto cómo su padre era aplastado y agonizaba durante muchos minutos. Cuando lo sacaron del coche mi hijo estaba paralizado, apenas reaccionaba. Tenía cinco años y se quedó bloqueado, completamente paralizado. Hablaron de un *shock*. Llámeme como quiera. Lo traje a casa y no me separé de él en muchos días. Pedí permiso en la clínica, hice lo que pude, pero... Con un niño tan pequeño es difícil saber las secuelas que... No sé ni por qué le explico todo esto.

La doctora suspiró y levantó la vista. La fijó unos instantes en la puerta cerrada del despacho antes de volver a bajarla hasta sus manos. No miró a Raúl. No se dirigía a él, hablaba como para sí misma.

—Durante meses Lucas sufrió pesadillas y se resistía a salir de casa. En la escuela padecía ataques de ansiedad y permanecía solo y callado tanto en la clase como en el patio. Me llamaban día sí y día también para que fuera a buscarlo porque, de vez en cuando, se agredía a sí mismo, se golpeaba, se cortaba... Dejó de ser un niño normal y corriente para ser un crío solitario y taciturno que oía constantemente los gritos de su padre en su cabeza y de alguna manera se culpabilizaba por lo ocurrido. Una tortura. Para él y para mí.

Cabeceó como si al hacerlo sacudiera los recuerdos en su mente.

—Siempre estaba asustado, siempre conmigo. Acabé por dejar el hospital y abrir este centro. Cada tarde él hacía los deberes o dibujaba en un cuartito aquí mismo, en esta consulta, sin hacer ruido. Ahora hago las revisiones en él, es un espacio más pequeño y resulta más privado. Hasta hace tres años era el lugar en el que Lucas podía oírme constantemente, el único en el que permanecía tranquilo.

Y señaló con la mirada una puerta entornada en un lateral del despacho entre dos hileras de estanterías.

—Yo dejaba la puerta un poco abierta para que pudiera oírme y él no hacía ningún ruido. Era su compromiso. Lo cumplió siempre. Ni el más mínimo ruido

cuando tuviera una paciente en el despacho. Seis o siete metros de distancia entre los dos. Los justos para que pudiera reconocer mi voz. Si salía de la habitación le avisaba y me acompañaba o esperaba aquí mismo, donde está usted sentado.

Raúl pudo imaginar el calvario de la doctora.

—Durante todo este tiempo mi mayor preocupación ha sido mi hijo. Todavía hoy, y han pasado ocho años. Lucas es un chico retraído, muy desconfiado, un chaval que siempre anda solo y parece enfadado con el mundo. Ahora pasa tardes enteras fuera de casa y nunca explica dónde está ni que hace. No sé si pasa las horas a solas o anda con amigos. No da ninguna explicación y, si pregunto, se limita a no responder o a asegurar que ha salido a pasear y a decir que no hace nada malo. No sé, no hace lo que haría un chico de su edad. Ahora ya no está siempre tan inquieto, pero no explica nada. No sé nada de él. Últimamente ha tenido algún problema, se ha peleado en el instituto con algún chico, le contestó mal a un profesor, se enfada por cualquier cosa...

La doctora hizo una pausa y Raúl creyó advertir el brillo de una lágrima asomando a su ojo izquierdo.

—Hace unos meses, a principios de año, me pidió que le comprara un perro. Lo hice, pensé que era una buena señal. Ahora ya no lo sé. Creo que no congenian. Por una parte es como si ya no tuviera tanto miedo, como si estuviera más seguro de sí mismo, pero no sé qué es lo que ha pasado. Apenas habla conmigo. No me responde a los mensajes y asegura que le agobia y que no le dejo respirar. Pero yo diría que está algo mejor, que confía más en sus propias fuerzas. Es lo que quiero creer Guardó silencio unos instantes antes de continuar.

—Respecto a lo que pasó... Nunca he conseguido explicarme que Carlos cometiera un error así. No era propio de un hombre como él. Por otra parte, el examen posterior no apreció ninguna avería en el mecanismo del freno de mano. Funcionaba correctamente. La policía dijo que quizás no lo activó por completo, que en circunstancias de estrés a veces la gente comete errores. Carlos no encontró el mando en la guantera, llovía amares y tenía a dos críos en el coche que no se conocían. Probablemente era una situación estresante, no digo que no, pero no me explico cómo...

—¿Asocia las palabras «Yo la mato» con lo ocurrido de alguna manera? No parecen tener relación.

—No. No sé qué significan esas palabras. Tampoco me lo explico. Y si lo supiera no sé si le ayudaría. No creo en la salvación, ni en el cielo... Ya no. No necesito ser buena, ni complacer a nadie, no me siento obligada a poner la otra mejilla. Todo cuentos para incautos, patrañas. Me arruinaron la vida. Carlos y esa mujer nos arruinaron la vida, a mí y mi hijo. ¿Por qué debería ayudarla?

Inconscientemente movió la cabeza de un lado a otro como si negara.

—Llevo años intentando olvidar lo que pasó y tratando de que mi hijo lo olvide también, o por lo menos de que no piense en ello constantemente, de que deje de oír

sus gritos, su cara, el dolor, el espanto...

La doctora sacó unas gafas de un cajón, pero no se las puso. Se limitó a abrir y cerrar las varillas.

—Durante un tiempo, cuando llovía, Lucas se negaba por sistema a poner el pie en la calle, y si estaba en casa subía el volumen del televisor o se ponía auriculares para no oír el chaparrón. Faltaba a la escuela los días de lluvia. Todos. Y si llovía mientras estaba en la escuela a menudo tenían que llamarme. No podían consolarle, lo encontraba agitado, aterrorizado, fuera de sí. ¿Todavía cree que le debo algo a esa mujer?

Dicho lo cual Beatriz Gaspar se levantó con determinación y golpeó involuntariamente la mesa con la palma de la mano.

—Desde luego, no sé nada de esas notas. No las he escrito y no puedo explicarle qué significan. Hago cuanto puedo por olvidar, se lo aseguro. Lamento la muerte de ese chico, probablemente tampoco tuvo una vida fácil, pero no era su padre el que murió aplastado por el morro de un coche delante de sus narices. No voy a llorar por él. Ni por él ni por su madre.

Raúl se apoyó con la mano sana sobre la mesa para retirarse. Se levantó desalentado.

—Gracias por su tiempo. Lamento haberla molestado.

—Mi hijo tampoco sabe nada —añadió la mujer con los ojos insumisos anegados en lágrimas y el labio inferior dominado por el temblor.

Había desaparecido toda la autoridad, no quedaba nada de la firmeza de sus gestos ni de la seguridad de su mirada. Beatriz Gaspar era una mujer frágil cuyo mayor desvelo era procurar el bienestar de su hijo, un hijo que había visto morir a su padre a unos palmos de su sillita infantil. Una mujer sola que empezaba a vislumbrar la luz al final del túnel y que, de ninguna manera, pensaba volver a internarse en él. Por nada del mundo.

Cuando Raúl desapareció Beatriz Gaspar temblaba de la cabeza a los pies. Incapaz de seguir con su rutina permaneció unos minutos apoyada en la silla giratoria de su despacho esperando a que las lágrimas amainasen y recuperando la compostura necesaria para recibir a su próxima paciente.

—¿Hago pasar a la señora Echevarría? —preguntó la recepcionista de las uñas moradas asomando la cabeza en el umbral.

—Espera unos minutos, tengo que anotar un par de cosas —respondió la ginecóloga para ganar tiempo.

Seguía de espaldas a la puerta intentando resistir las ganas de llorar y de llamar a Lucas para comprobar que estaba bien.

A Raúl la investigación le pesaba en el ánimo cuando abandonó el despacho. Cabeza fría, se repitió un par de veces. No sirvió de mucho.

En el móvil una llamada perdida procedente de un número desconocido que resultó pertenecer a las oficinas centrales de la Guardia Urbana. Un hombre joven y

de voz ligeramente aflautada que atendía la centralita le recomendó que, dado que desconocía el nombre y el número del agente que había intentado contactar con él, lo mejor era que esperase una nueva llamada que seguramente se produciría en breve. Raúl intentó explicar que había sufrido un atropello y que los hechos habían pasado aquella misma mañana, pocas horas antes.

—Sin el nombre del agente o su identificación no puedo hacer mucho. ¿Tiene usted el número del atestado?

—No.

—Entonces lo mejor es que, si no ha recibido usted una nueva llamada, contacte con nosotros dentro de un par de días. Tendremos los datos y podré ayudarle.

—¿Y si introduce usted mi nombre?

—Demasiado reciente, si ha pasado hoy mismo...

—Pero no puede usted...

—Lo siento. Todavía no puedo acceder a los datos. Buenas tardes —se despidió el agente en un singular *crescendo* de agudos.

Desconcertado, Raúl se detuvo unos instantes. El reciente cambio invernal de hora hacía que sobre la ciudad fuera noche cerrada a media tarde. Un verdadero fastidio. Se arrió a una farola y, utilizando la mano izquierda y sosteniendo el cuaderno en una posición forzada sobre la pierna alzada, anotó un par de cosas de su extraña conversación con Beatriz Gaspar. Nada significativo. Pensó que, en tan complicada postura, probablemente parecía un flamenco en una charca y se apresuró a acabar.

Cerró el cuaderno y, enfilando de nuevo la Avenida de Borbón, puso rumbo al piso oscuro y desangelado en el que esperaba pasar la noche en compañía de la encantadora Alejandra. El feliz pensamiento convertía la nada acogedora vivienda en un singular palacio. Antes de llegar entró en un bazar atiborrado de cosas completamente inútiles para comprar una bombilla y comprobó que andaba escaso de efectivo. Como siempre.

En las últimas.

Resultaba todo tan difícil con una sola mano —que además era la más torpe— y un antebrazo a modo de rígido apoyo y soporte que resopló irritado al intentar pagar en la caja. El muchacho chino recién llegado de las intermediaciones de Shanghái puso cara de estupefacción y, a falta de las palabras adecuadas, optó por sonreír como buena alternativa para casi todo. Había comprobado que casi siempre lo era.

Las muchas y bien instaladas rutinas de un tipo como Raúl con propensión a la neurosis obsesiva habían sido fatalmente alteradas por la fractura de su mano derecha. Todo resultaba mucho más lento y más complicado. Cada vez más a menudo se veía obligado a acabar las cosas atropelladamente, de cualquier manera. Desesperante. Difícil de tolerar. Resopló de nuevo antes de intentar corresponder a su amabilidad con algo parecido a una sonrisa.

—*Ciao* —le despidió el chico oriental con su mejor disposición y una falta clamorosa de vocabulario.

Raúl le correspondió mascullando un «ciao» que le recordó a la forma en la que a veces se despedía Alejandra.

Antes de llegar al portal se detuvo unos minutos en la plaza Virrei Amat para mantener una conversación pendiente, inaplazable. Una conversación ingrata que prefería abordar completamente a solas en la plaza casi desierta. Necesitaba cruzar unas palabras con su madre, las justas para pedirle algo de dinero, no mucho. Le hablaría de los gastos imprevistos derivados de la reforma sin mencionar la existencia de Alejandra ni el accidente sufrido por la mañana.

Su madre cedería, nunca tenía un no, pero Raúl, a sus casi 30 años y con varios cambios de rumbo a sus espaldas, no veía el momento de dejar de depender económicamente de sus padres.

—Mamá, soy yo.

—¿Raúl? ¿Dónde andas? ¿Vendrás a cenar? Acabo de hacer calamares. Ya sabes que no me gusta que duermas en ese piso de cualquier manera, no hasta que no hayas acabado y tengas una habitación decente. Aquí tienes una casa y una cama, no es necesario que...

Su madre no acostumbraba a aguardar respuestas. Era una virtuosa del soliloquio. De hecho tampoco le había quedado otra opción. El padre de Raúl era un hombre de una discreción proverbial y de un mutismo legendario. Podía permanecer horas sin abrir la boca y cuando lo hacía era para utilizar frases cortas, de las que no dan pie a casi nada y nacen y mueren en un instante. Sin prisioneros, sin supervivientes.

Raúl se limitó a esperar que amainara, cuestión de tiempo.

—A tu abuela tampoco le gustaría —añadió por amor al arte sabedora de que a Raúl le importaba más bien poco lo que opinara de sus asuntos la abuela Ascensión. Sobre todo después de su fallecimiento.

—No, mamá, hoy no puedo ir a cenar, estoy liado con el piso. Dormiré allí, ya te lo dije, no quiero pasarme el día en el metro, tengo demasiadas cosas que hacer —se excusó como pudo—. Un día de estos voy a comer. No puedo decirte cuándo, pero iré. Te lo prometo —aseguró calculando mentalmente que su madre no toleraría sin verlo las semanas que duraría el cabestrillo—. ¿No podrías ingresar el dinero en...?

—¿Con el piso? ¿Liado con el piso? Si estás en la calle, oigo los coches, ¿te crees que soy tonta? —le reprochó desairada.

—He bajado a comprar una bombilla. En el pasillo no hay luz, ya lo sabes, ni el pasillo ni en el cuarto más pequeño, y además necesitaba más pintura. Todo son gastos y...

—¿Cuánto necesitas? —atajó.

—Unos trescientos —respondió casi entre dientes mientras imaginaba a su madre en la cocina velando los fogones. Magdalena Díaz cocinaba bien y creía a pies juntillas que una buena alimentación era la base de una buena vida.

—No es poco —comentó secretamente aliviada pensando que tampoco era mucho y que siempre podía ser peor.

—Lo sé. Y lo siento, mamá. Si pudiera evitar pedirte dinero lo haría, pero por el momento...

—Con una condición.

—¿Qué condición? —quiso saber Raúl receloso.

Sabía que su madre jugaba bien sus cartas, que era hábil y que le costaba bien poco tenerlo contra las cuerdas.

—Pasa por casa, tendré el dinero, no pienso ingresártelo. Quiero verte y que comas de vez en cuando como Dios manda. Hace días que solo vienes a dormir y no te veo el pelo. Y ahora ni a dormir. Quiero que pases por casa mañana mismo. O pasado. Además tu padre también estará contento de verte.

Dudaba de la última aseveración de su progenitora dado que los estados emocionales de su padre no resultaban fáciles de identificar y eran muy similares a los de una piedra pómez. Raúl intentó eludir el compromiso.

—Mamá, voy de culo, no tengo tiempo para nada. ¿Cómo quieres que...?

De ninguna manera podía dejarse ver con un brazo colgando sin inventar una mala caída o cualquier otro episodio igualmente ficticio pero verosímil. Su madre, experta en reconocer mentiras al vuelo, probablemente le descubriría nada más abrir la boca. Quizás antes. Un riesgo que no podía ni quería correr.

—Ya me has oído. Si necesitas dinero...

No acabó la frase. No era necesario. Hay silencios mucho más elocuentes que cualquier palabra.

—No sé si podré, mamá. No doy abasto, entre el piso y la facultad... Tú no sabes cómo voy.

—Tienes razón, no lo sé. Pero tú verás. No te lo diré más veces, si necesitas el dinero ya sabes lo que te toca.

Saboreaba por anticipado la victoria como otros paladean con antelación el buen vino o un bocado exquisito.

—Está bien, mamá. Pasaré pronto, un día de estos —prometió intentando no concretar y calculando cuándo dejaría de dolerle la mano al menor movimiento. Difícilmente podría estirar cuarenta euros un par de semanas, quizás más—. Un día de estos. No puedo decirte cuando.

—Así me gusta.

Y Magdalena Díaz colgó sabiéndose vencedora en una lucha profundamente desigual. El mundo seguía siendo de los que poseen el capital y no tenía visos de cambiar en el corto plazo.

Minutos después, cuando abrió la puerta del piso y Alejandra asomó la cabeza desde la cocina para saludarlo, olvidó la presión materna, la amarga entrevista con Beatriz Gaspar e incluso el objetivo de su investigación. De hecho olvidó incluso su mano rota y colgandera e intentó saludar con un gesto que, pasado el efecto del



último analgésico, le hizo aullar de dolor y contraerse de una forma que le pareció verdaderamente ridícula.

—Hola, Raúl. Recién acabo de llegar. El profe de la última clase está enfermo y he vuelto un poco antes. He adelantado algo con lo del papel, ya lo verás, pero tenías razón, esto es una verdadera pesadilla. Si todo va bien creo que en un par de tardes podremos pintar.

Alejandra inclinó la cabeza, dirigió una mirada a su mano inmovilizada y, frunciendo los labios en un mohín que a Raúl le pareció encantador, corrigió:

—Bueno, creo que pintaré yo si todavía estoy aquí.

—Gracias, Alejandra, pero no es necesario que...

—Pssst. No me seas rompelotas —protestó la chica con contundencia—. Me lo has dicho mil veces —le indicó animándole a continuar en silencio—. Lo que yo haga es cosa mía. Ya sé que no tengo ninguna obligación. No me lo repitas cada vez que sale el tema. Ah, y por cierto, tengo una entrevista para un laburo dentro de dos días. He visto un anuncio y he entrado, pero no estaba el tipo. Acabo de llamar. Media jornada en una cafetería y un sueldo de 450 euros, un trabajo de mierda, pero menos es nada y entre eso y lo que me envían mis padres... Creo que me alcanzará la plata.

—Pero... No hay prisa, me gusta tenerte aquí. Espacio hay y...

—Ya. Pero necesito encontrar algo lo antes posible. Lo necesito, vos sabés. Además, por lo que me han explicado, acabaré después de servir las comidas, sobre las cuatro o cuatro y media, y empiezo en la facultad a las cinco. Me irá bien. Y la comida a mediodía me saldrá gratis.

—Visto así...

Raúl se encogió de hombros y se perdió en su habitación. Le dolía endiabladamente la mano y sentía el brazo como paralizado sobre las costillas. Cerró la ventana, bajó la persiana, encendió la luz y como pudo se libró de la cartera que había cruzado sobre su pecho y del pañuelo morado que sujetaba su mano. Comprobó que el brazo respondía bien mientras contemplaba la desarbolada habitación interior en la que siempre hacía más frío que en la calle. El colchón en el suelo y el saco de dormir que conservaba de cuando salía de excursión con el instituto no eran la mejor perspectiva. Buscó una pastilla para el dolor y recuperó una botella de agua que había dejado la noche anterior junto al saco.

Tragó y observó que Alejandra había despejado un buen trozo de pared que seguía oscurecida tras haber sido humedecida repetidamente para separar el papel pintado. Apenas quedaba algún resto que no tardaría en eliminar con la rasqueta. La reforma avanzaba lentamente. Él ni eso. Sonrió amargamente en la soledad del cuarto. En el suelo las páginas de un periódico absorbían los últimos regueros de agua. El panorama era verdaderamente desolador, pero la perspectiva de compartir una cena con Alejandra mientras contemplaba, casi de reojo, el azul de sus ojos y escuchaba la armoniosa cadencia de su voz; bastaban para insuflarle nuevos ánimos.

Podía oír cómo la chica se movía a sus anchas en una cocina diminuta en la que desplazarse parecía un imposible y dio gracias a las divinidades por la presencia de Alejandra en su vida.

Olvidando rituales y demás remilgos se tendió unos minutos sobre el colchón, clavó la mirada en el techo y rememoró las palabras de Beatriz Gaspar que declaraba no conocer la existencia de las notas y, lógicamente, negaba con rotundidad ser su autora. No quedaban muchas alternativas ni avistaba otros cabos de los que tirar. Martí Colomines y su camiseta con la frase de *Blade Runner* resultaba algo chocante, pero no acertaba a ver relación alguna. Y menos todavía desde que se había molestado en alertarlo de la presencia de una nueva nota en la taquilla de Daniel. Desestimó por el momento una nueva entrevista con el profesor.

El siguiente paso le pareció todavía más delicado. Debería localizar a Lucas Calvo, el niño que había visto agonizar a su padre. Era un movimiento arriesgado que, sin la menor duda, contrariaría a la ginecóloga. Podía incluso acarrearle serios problemas. Una denuncia en toda regla por violación de la privacidad, por acoso a un menor, por... No podía olvidar que no poseía todavía la licencia pertinente.

Cuando reconoció en sus párpados los primeros síntomas del sueño que se avecinaba, Raúl Forcano se incorporó y lo hizo con un aullido y una ristra de maldiciones proferidas casi en un susurro. Había olvidado la fractura reciente. Decidió aplazar para el día siguiente la toma de decisiones y salió de la habitación con el rostro contraído en un gesto de dolor y sujetándose la mano como si fuera a desprenderse de su brazo y caer.

En el comedor Alejandra extendía un mantel de cuadros azules sobre la mesa, el mismo que la abuela Ascensión utilizaba para ocasiones especiales en lugar del hule agrietado que la cubría en todo momento. Raúl se había librado de él en la primera expedición al contenedor. Se felicitó por ello.

—Ven, que te lo sujeto.

Raúl avanzó hacia ella y se detuvo, era bueno obedeciendo órdenes.

—Sentate.

De nuevo obedeció sin protestar.

Y recuperando el pañuelo de la habitación de Raúl, Alejandra volvió a anudarlo con tiento en torno a su cuello.

Levantó el apósito de la brecha en la frente para comprobar la evolución de la herida. Cuando la chica se inclinó, Raúl advirtió muy cerca su aliento tibio y bajó la mirada como si la proximidad de sus ojos pudiera cegarlo. Alejandra sonrió como si todo marchara según lo previsto.

—Aguarda aquí. No tardo nada. Quiero que me expliques qué tal te ha ido con la ginecóloga.

Raúl se sintió halagado. El interés de Alejandra era casi una caricia para su maltrecha autoestima. Explicó lo que había conseguido saber, le habló de la mujer, de

su aspecto, de sus reticencias, de la intensidad de su dolor y de los problemas de Lucas para quedarse solo o para soportar la lluvia.

—¡Pobre chico! ¡Y pobre mujer! Ha debido de ser muy duro.

Alejandra asentía mientras sacudía con pericia el cabello de Raúl en el que apareció un flequillo con caída a la derecha.

—No está mal —valoró alejándose un paso—. A ver qué te parece a vos. Yo lo veo bien.

Raúl se encogió ante su atenta mirada.

Cuando de nuevo se acercó para retocar un mechón díscolo sonó el móvil que llevaba en el bolsillo trasero del pantalón. Alejandra se sorprendió y apuntó un respingo. Sacó el móvil, contempló la pantalla y respondió:

—Sí, sí. Claro —contestó casi en un susurro.

Y se alejó a buen paso en dirección a la habitación blanca mientras, aproximando ante sus ojos el índice y el pulgar, le indicaba a Raúl que tardaría muy poco. Era evidente que no pensaba mantener una charla trivial y que no hablaría en presencia de un extraño; porque eso es lo que era Raúl, un extraño.

Sin ruido, cerró la puerta a su espalda y siguió hablando casi en un murmullo. Raúl no solo no consiguió captar ni un solo fragmento, apenas consiguió distinguir su voz en el silencio del piso. Imaginó que quizás solo escuchaba las palabras de su interlocutor.

El aspirante a detective pensó en la llamada de un posible novio o de un amigo con el que Alejandra deseaba compartir alguna confidencia, quizás incluso pensaba sostener una conversación amorosa con el afortunado. Raúl envidió al desconocido interlocutor desde el mismo momento en que supuso que era un nombre masculino el que apareció en la pantalla del móvil. Ignoraba cuál era la situación sentimental de Alejandra. Aunque el asunto le interesaba y podría robarle el sueño, no se había atrevido a preguntar. No tenía ningún derecho a sentir celos, sin embargo...

Pensó en acercarse hasta la puerta de la habitación. No lo hizo. Encontró en su interior, muy adentro, un resto de dignidad y esperó. Alejandra tardó unos minutos en aparecer. No había sido una conversación corta.

—¿Cenamos?

Alejandra dormía todavía cuando Raúl, que había pasado la noche en vela, decidió levantarse y empezar la jornada. No había podido dejar de pensar ni en el atropello ni en el riesgo evidente que entrañaba entrevistar al adolescente sin la conformidad de su madre. Había pasado las horas pensando en círculo, un círculo endemoniado, un bucle perverso. No había conseguido progresar ni en un sentido ni en otro. Los mismos pensamientos una y otra vez, sin avanzar, sin resolver, sin acabar de decidir.

Un infierno.

Y por si fuera poco la maldita mano. Cuando no le dolía, le estorbaba, y toda postura le resultaba incómoda. No sabía cómo colocarla y cada movimiento, por mínimo que fuera, era motivo de dolor. Había dado tantas vueltas que con la madrugada el saco de dormir apenas le llegaba a la cintura. Al comprobar que yacía estirado directamente sobre el viejo y no muy limpio colchón que había pertenecido a la abuela Ascensión, decidió que había tenido bastante. Recuperó las gafas y se puso en pie con dificultad, dolor en la muñeca y rechinar de lumbares.

Contorsionándose frente al espejo del lavabo advirtió las bolsas bajo los ojos, las marcadas líneas de expresión y la mirada cansada en un rostro casi enfermizo. Tenía mal aspecto, como si acabaran de exhumarlo.

Afeitarse con la izquierda resultaba complicado y decidió renunciar tras la primera y poco afortunada prueba, a pesar de que era una de sus rutinas matinales más afianzadas. Afeitarse a medias era peor que no hacerlo, concluyó contrariado y con un exabrupto. Ducharse y secarse tampoco le pareció empresa fácil y se limitó a humedecerse la cara con una mano y a retirar los restos de agua con una toalla que clareaba entre los dedos y que debía rondar también la treintena. La vida le ponía a prueba y no contemplaba la posibilidad de pedir ayuda a Alejandra.

Preparó como pudo una cafetera tan castigada por el uso continuado que parecía haber servido en alguna campaña militar de larga duración y permaneció ensimismado contemplando las llamas azuladas hasta que el café se materializó con un borboteo. El resultado fue un brebaje oscuro y muy amargo que ingirió más por costumbre que por placer acompañado de un ibuprofeno al que encomendaba el dolor de su muñeca derecha. «Fatal para el estómago» hubiera dicho su madre.

En la habitación que utilizaban transitoriamente como comedor y sala de estar Raúl encendió el portátil. Seguía sin alcanzar una determinación respecto a Lucas. Revisó el correo como hacía diariamente a primera hora de la mañana. Andreu Cabana, un buen colega de la facultad quería saber por qué llevaba varios días sin asistir y le informaba de que aprobar la asignatura de Victimología requería la

preparación de un proyecto en grupos de dos o tres personas. Le preguntaba si quería unirse a él.

Raúl se apresuró a hablarle de su accidente, que fechó a conveniencia varios días atrás, y a responder afirmativamente a la propuesta de colaboración. Su amigo Andreu Cabana sería su cabeza de puente. No era la primera vez, pero sí esperaba que fuera la última, que habían colaborado para sacar adelante una materia o aprobar un trabajo. A Andreu, unos años más joven, le encantaba pasar las horas tomando apuntes en un banco o escurado en la barra del bar de la facultad. Había nacido para calentar sillas y transitar pasillos. Raúl prefería bibliotecas, archivos, hemerotecas, calles... Pasados los primeros 30 minutos de clase la necesidad de abandonar el aula se convertía en verdadera urgencia. Con la ayuda de Andreu Cabana quizás todavía pudiera acabar en el plazo fijado a pesar de lo mucho que se le había complicado la vida en pocos días.

Un segundo correo había sido remitido por Olga Bernabé. La madre de Daniel apuntaba en unas líneas que creía recordar que Carlos y su familia vivían cerca del Hospital de Sant Pau y añadía que no sabía más y que esperaba que el dato pudiera servir de ayuda. Desconocía la calle y el número del piso que ocupaban. Como era lógico no había puesto nunca los pies en la vivienda.

Raúl le agradeció la información, pero albergaba serias dudas respecto a la utilidad de una ubicación tan inconcreta.

Suspiró.

El resto de su correspondencia electrónica no tenía importancia y apenas se molestó en leer los mensajes por encima, algunos los eliminó directamente. Sin saber todavía lo que haría si conseguía su propósito, intentó localizar a Lucas a través de las redes sociales. Todo adolescente tenía un perfil en Facebook y muy a menudo acostumbraba a retratarse con los amigos haciendo muecas a la puerta del instituto, en compañía de su equipo de fútbol celebrando una victoria, tocando un instrumento en un auditorio o a la puerta de una sala de cine junto a la figura de cartón de un superhéroe. No se necesitaba demasiada ciencia para seguir el rastro de alguien a través de Facebook, y eso fue exactamente lo que intentó hacer. Las manifiestas dificultades del chico en cuestión, su evidente introversión y sus escasas habilidades sociales quizás fueran un problema. Lucas era sin duda un chico singular y Raúl no podía descartar que, a diferencia de sus contemporáneos, el chaval no fuera un adicto al teclado.

De las varias decenas de Lucas Calvo que encontró procedió a descartar aquellos que habían incluido su segundo apellido y este no era Gaspar. Comprobó que Lucas era un nombre que hacía fortuna en Argentina, Chile y Uruguay y eliminó también a los Lucas Calvo transoceánicos. De los restantes desestimó los que sobrepasaban largamente la etapa adolescente. Esto redujo las posibilidades a ocho. Un análisis de cada uno de ellos focalizó su atención en dos. Ambos residían en Barcelona, pero

solo uno formaba parte de un grupo creado a partir de un instituto de Secundaria, el Moisés Broggi, antes conocido como Sant Josep de Calasanz.

Comprobó lo que ya sabía, que no se hallaba lejos del Hospital de Sant Pau. A no ser que hubiera otro chico de parecidas características y que Lucas Calvo Gaspar hubiera decidido no crear un perfil de Facebook, podía cantar bingo.

Y lo hizo justo en el momento en el que Alejandra aparecía en el comedor en camiseta y pantalón corto. Tenía el sueño prendido a las pestañas y en el rostro cara de sorpresa.

—Has madrugado. ¿Qué celebramos?

—Que acabo de encontrarlo. Lo tengo, tengo a Lucas Calvo. Sé a qué instituto va y qué curso hace.

—Mis felicitaciones. ¿Cómo lo has conseguido? —dijo la chica deteniéndose en el umbral antes de perderse en el lavabo.

—Fácil. Lo que no está en Google está en Facebook. Y Lucas Calvo está en Facebook.

—Pero habrá más de un pibe con ese nombre —observó la chica inclinando graciosamente la cabeza primero hacia su hombro derecho y luego hacia el izquierdo en una secuencia que se repitió varias veces, como si se desentumeciera—. No es tan raro.

—Sí, un montón, pero solo uno tiene la edad correcta y va al Moisés Broggi.

Alejandra asintió.

—Al instituto Moisés Broggi, quiero decir.

—Ya —contestó la chica que se acercó, levantó la tapa de la cafetera y comprobó que el café se había enfriado—. ¿Te importa? —preguntó llevándose la cafetera.

Raúl negó y dirigió de nuevo la atención a su portátil. En la pantalla la imagen de un grupo numeroso, una de aquellas que suben los chicos a su muro para demostrar su popularidad. Una forma como cualquier otra de señalar que se está integrado, que se forma parte de una tribu. En ella distinguió a un chico de pelo rizado y negro, ojos muy oscuros y piel morena que recordaba mucho a su madre, aunque carecía de su natural autoridad. El mismo chico de ojos cavernosos y nariz afilada cuya foto figuraba como titular del perfil. Era delgado, no muy alto en comparación con los amigos con los que aparecía en la foto, casi escuálido, de brazos y piernas largos y expresión de moderada alegría.

No sacaba la lengua, ni fruncía los labios ni desorbitaba los ojos como hacían los demás, se limitaba a sonreír sin descontrolarse mientras un chico mucho más corpulento lo abarcaba con un brazo que debía pesar un quintal y una chica rubia de piel muy pálida, pelo lacio y labios rojo sangre asomaba la cabeza entre ambos.

Lucas Calvo tenía el aire ligeramente fuera de lugar propio de los chicos que no acaban de estar bien en ninguna parte. El grupo de amigos se encontraba en la puerta de un local en el que parecían haber celebrado un cumpleaños. En el otro extremo de la fotografía una chica a la que le sobraban unos kilos y que se había vestido y

maquillado como para bailar sobre una plataforma en una disco, sostenía un cojín en forma de corazón con un cartel que rezaba:

«Feliz Cumpleaños Pibón».

Por lo que Raúl pudo deducir el pibón en cuestión era una prima de Lucas por parte de madre, Laura Gaspar, que aquel día cumplía los quince años. Quizás ni tan siquiera fueran amigos.

Alejandra, con la taza de café entre los dedos, se situó a su espalda unos instantes y se inclinó hasta que su barbilla se apoyó en el hombro de Raúl y su cabello le rozó el cuello. Al joven un escalofrío le recorrió la espalda de arriba abajo al sentirla tan cerca e intuirlo tan y tan bella. Como si una lagartija avanzara veloz sobre sus vértebras cervicales, se perdiera entre sus omoplatos y alcanzara el final de su espalda. No pudo evitar tensarse como lo haría ante un peligro inminente.

—Un chico guapo, aunque algo tristón, ¿no? —comentó antes de apurar el café y alejarse para depositar la taza en la pila.

Raúl asintió.

Poco después pudo oír cómo dejaba correr el agua de la ducha.

Tomó algunas notas torpes en su cuaderno con la mano izquierda que en nada recordaban a su escritura pulcra, ordenada y perfectamente legible. Mientras maldecía su suerte a conciencia, sonó el móvil. Se sobresaltó. La llamada provenía de un número desconocido. Empezaba a ser habitual.

—¿Raúl Forcano Díaz?

—Sí, soy yo.

—Soy el agente Armengol, el que levantó el atestado sobre los hechos ocurridos ayer junto a la clínica Quirón.

—¿Han identificado al conductor?

—No, y no será fácil.

—Pero tienen la matrícula, pueden...

—Verá, hemos hecho las comprobaciones correspondientes. La matrícula corresponde a un Fiat Panda que fue dado de baja el año pasado. Han cambiado la placa, la han falsificado. A no ser que la persona que nos la facilitó se equivocara. A veces pasa.

—Aquel hombre no parecía dudar. Parecía completamente seguro de haberla tomado correctamente —insistió Raúl que no albergaba al respecto ninguna duda.

—Yo tampoco lo creo. Por alguna razón, no necesariamente relacionada con usted, alguien quería que el vehículo no fuera identificado. Quizás fuera robado, o su propietario hubiera acumulado multas que no puede pagar, quizás lo utilizaron en algún delito... Pero estamos en lo mismo, sin el número de la matrícula ni el del bastidor...

—Pero... Algo podrán hacer. Se me tiró encima. No fue un accidente.

—Una matrícula falsa es un callejón sin salida. Por lo que nos dijo el testigo que anotó el número podemos pensar que se trata de un Audi plateado, un buen coche, un

coche caro, pero no tenemos nada más. Y como verá es muy poca cosa. Podemos suponer que al conductor no le interesaba que se localizara a su propietario.

—Entonces...

—Haremos alguna comprobación más. Tenemos hora y lugar. Quizás alguna cámara pueda ofrecernos una imagen, el rostro, algún detalle del coche... Nunca se sabe, pero el proceso tardará unos días y no puedo prometerle nada. Raramente conseguimos identificar a una persona en el interior de un coche. La calidad de las imágenes no lo permite. Si hay alguna filmación no siempre aporta información válida, a menudo no sirven de mucho. De todas maneras no se preocupe, si damos con él se lo haremos saber y será acusado de saltarse la señal.

—¿Qué no me preocupe? ¿Saltarse la señal? Intentó atropellarme. Fue intencionado, completamente intencionado —replicó Raúl poniéndose en pie profundamente irritado—. ¡Joder! No me diga que solo le puede caer una multa por saltarse un semáforo. Me he roto una mano y me he abierto la cabeza. Casi me mata y usted me habla de una señal.

—Es difícil demostrar eso. El conductor lo negará pase lo que pase. Piense que tampoco se puede saber si iba colocado. Aunque consiguiéramos localizarle han pasado demasiadas horas, sería muy difícil determinar si...

—Hay testigos. No será tan difícil.

—Ya, pero si damos con él puede aducir que no lo vio, que no pudo reaccionar, que apareció usted de sopetón, que...

—¿De sopetón? Por favor... Estaba en el paso, tenía el verde para peatones. No me venga con chorradas. ¡De sopetón!

—Le aseguro que haremos cuanto podamos, tengo los nombres y los teléfonos de los testigos, pero no puedo engañarle. Suponiendo que diéramos con él no espere usted milagros.

—¿Milagros? Espero justicia, nada de milagros. ¡Justicia!

El agente, con ganas de zanjar la conversación, replicó.

—Todos queremos que se haga justicia. No lo dude. Solo le explico las cosas como son, pero si prefiere que le prometa la luna, por mí...

—No quiero la luna, se lo aseguro. Pero tiene que entender que casi me mata. Se me echó encima, no intentó parar. Intentó matarme —insistió.

Y al pronunciar las últimas palabras Raúl valoró en serio y por primera vez la posibilidad real de que alguien premeditadamente hubiera intentado poner fin a sus días.

—Lo de la matrícula falsa puede llevarnos a pensar en cierta intencionalidad, pero de ahí a demostrar que pretendía asesinarle...

Raúl, alarmado, permaneció unos instantes en silencio.

—En breve recibirá una copia del atestado.

—¿No puede usted decirme nada más?



—Por el momento, no. Pero si las cámaras proporcionan algún dato o si tengo alguna noticia me pondré en contacto inmediatamente.

A punto estuvo de golpear la mesa con los puños, pero recordó a tiempo la mano fracturada. Reprimió como pudo el gesto de cólera y lo substituyó por una retahíla de maldiciones que daba sus últimos coletazos cuando Alejandra apareció en el comedor descalza y envuelto el cuerpo y el cabello en sendas toallas rojas.

Preciosa.

—¡Joder!

—¿Qué ha pasado? ¿Problemas?

Raúl, que se aplastaba el cabello con la mano útil en un gesto que repetía desde su niñez, resopló.

—Sí, problemas. Más problemas. Muchos. No localizan al cabrón que intentó atropellarme. Había cambiado la chapa de la matrícula. Era falsa. No tienen pistas y lo más probable es que no...

—Uffff. ¿Una matrícula falsa? —preguntó la chica con cara de incredulidad—. Pensaba que eso solo pasaba en las películas. O en mi país —añadió con una sonrisa de complicidad.

—Ya ves que no. Y si lo identifican no podrán hacer nada. Dice el agente que es difícil demostrar la intencionalidad. ¡Hay que joderse!

—Estas cosas a veces acaban así. En nada. Es triste, pero es así. Y yo diría que en mi país todavía es peor.

—Ya, pero es una putada. Iba a por mí, te lo aseguro, aquel cabrón iba a por mí. No me mató de milagro.

—Pero, afortunadamente, no lo hizo.

Raúl no podía dejar de pensar en el conductor al que apenas había acertado a entrever. La chica inclinó la cabeza, sonrió y añadió con un guiño:

—Afortunadamente.

En mejor momento el gesto de Alejandra le habría bastado para elevar una fantástica fortaleza en el aire, para imaginar un futuro de caricias compartidas y para pensar en pasar la vida entera en la cercanía de sus ojos. Se limitó a asentir y a permanecer en silencio. No era un tipo duro, nada más lejos, sencillamente tenía demasiadas cosas en la cabeza.

Necesitaba tiempo para pensar.

Y no tardó en hallarlo.

Decidieron pasar la mañana trabajando en la habitación oscura, la que daba al silencioso patio interior y a la que apenas llegaba un rastro de luz cuando el cielo amanecía encapotado. Apartaron el colchón que ocupaba Raúl durante la noche y arrimaron cuanto encontraron a una pared. Alejandra, que tenía la mañana libre y una disposición inmejorable, la emprendió con la pared que había dejado a medias. Raúl se animó durante unos instantes, el tiempo justo para comprobar que apenas conseguía hacer nada a derechas. Ni empuñar con solvencia una rasqueta. Se resignó

a sujetar la esponja. Mientras con la mano izquierda humedecía el papel y la derecha colgaba del pañuelo morado todavía dolorida y completamente inútil, Raúl se dedicó a cavilar. Cuando levantaba el brazo para alcanzar las zonas más altas el agua se escurría desde su mano hasta alcanzar el codo y llegar a la axila. Acabó por acostumbrarse y pronto dejó de sentir escalofríos.

A pocos pasos Alejandra se servía de una rasqueta para separar el papel de la pared mientras se movía levemente al ritmo de la música que había programado en su ordenador. Aquella mujer podría robarle el alma a la menor ocasión. Bastaba con que se lo propusiera. Ni tan siquiera eso, Raúl podría regalársela de buen grado a la menor insinuación.

Eran tantas las cosas que habían ocurrido en tan poco tiempo que hubiera dicho que tenía el tambor de una lavadora por cabeza. Ideas, sensaciones, temores y sospechas en un tótum revolútum que podía llegar a desquiciarlo. Para complicar algo más el asunto el volumen de la música era excesivo y dificultaba su concentración. Pero no dijo nada. Era persona de buen conformar y deseaba conservar la compañía y la ayuda de Alejandra, no importaba el precio.

—¿Te molesta?

—No —contestó aparentando convicción.

Alejandra interpretó correctamente su negativa y, aproximándose al aparato reproductor, lo silenció.

—Yo también necesito pensar —añadió.

Subido a la escalera para empapar las zonas más altas apenas conseguía centrar el pensamiento mientras procuraba no caerse. A punto estuvo en una ocasión de dar con sus huesos en el suelo, pero arrojando la esponja pudo sujetarse a la escalera con su mano útil, corregir la posición de sus pies en el peldaño y recuperar el precario equilibrio.

Alejandra ni tan siquiera lo advirtió.

Minutos después sonó el móvil que Alejandra tenía siempre a mano y que había dejado en un rincón. Raúl, todavía con el susto en el cuerpo, se sobresaltó. Alejandra se acercó, leyó en la pantalla el nombre de la persona que pretendía hablar con ella, frunció el ceño y, contrariada, devolvió el aparato a su lugar y dejó que sonara sin atender la llamada.

—¿No lo coges?

—No, no tengo tiempo ni ganas.

Diez minutos después el aparato volvió a sonar y en esta ocasión Alejandra no se molestó ni en comprobar de quién se trataba. A Raúl las elucubraciones sobre el posible y frustrado interlocutor le robaron bastante tiempo y sirvieron para distanciarlo del penoso asunto del atropello.

Dos horas más tarde, que a Raúl se le antojaron día y medio, la chica había despejado una pared más y parte de otra y la habitación era una húmeda y oscura caverna. Mojado y más que harto de la maldita esponja bajó de la escalera, la plegó y

la arrimó a la pared. Había tomado una decisión, no asumiría la responsabilidad en solitario, consultaría a Olga Bernabé. Le daría la oportunidad de decidir, también la de renunciar a saber.

Nunca imaginó que el oficio de detective entrañara este tipo de situaciones, momentos en los que el investigador abandonaría de buena gana un caso por las consecuencias que pudiera acarrear seguir adelante ni que llegaran a importarle hasta tal punto las víctimas colaterales. Algún profesor había hecho referencia a algo parecido, pero Raúl no había alcanzado a sospechar algo así.

Jamás.

Personalmente preferiría no verse obligado a interrogar a Lucas Calvo, preferiría no obligarle a recordar el peor episodio de su vida y a revivir el dolor que había devorado su niñez y que probablemente no superaría jamás. Por otra parte tenía la sospecha de que seguir adelante suponía asumir un riesgo que no conseguía identificar.

Había repasado la lista de cuantas personas había interrogado sin que ninguna de ellas le pareciera interesada en interrumpir la investigación: Sandra Fuertes, imposible, el profesor de Daniel, Martí Colomines, no parecía ocultar información ni conseguía imaginar de qué manera podría resultar implicado, Sergio Montes, el confidente ocasional, no parecía albergar temor alguno... Ninguno de ellos parecía ocultar nada, por el contrario, parecían sentir cierta curiosidad.

Salvador Carreras, el padre de Daniel, no había manifestado interés en colaborar, era cierto. Se había mostrado esquivo y receloso, pero Raúl no alcanzaba a comprender qué interés podría tener y qué circunstancias pasadas querría que siguieran ocultas.

Beatriz Gaspar... Sin duda esta última poseía razones poderosas para intentar apartar a su hijo de todo recuerdo del trágico hecho que marcó su todavía corta vida. Su interés en no remover el pasado era lógico. Pero quedaba automáticamente descartada dada la secuencia real de lo acontecido. El intento de atropello se había producido horas antes de que Raúl la localizara. La ginecóloga no podía saber que pretendía hablar con ella ni que existía la posibilidad de que el investigador se dirigiera a su hijo. Además, o mentía muy bien o ignoraba que Daniel había muerto semanas atrás.

Imposible.

Esperó a que Alejandra se encerrara en su habitación para hablar con Olga Bernabé, prefería hacerlo a solas. La chica no hacía el menor ruido, quizás estudiaba pensó Raúl sobre cuya conciencia pesaba el haber relegado a un segundo plano las dos materias pendientes.

Raúl expuso los hechos y presentó la delicada situación que se le planteaba.

La madre de Daniel no lo dudó ni por un momento.

Fue taxativa:

—Habla con quien tengas que hablar.

—Está bien. Intentaré dar con él a mediodía, a la salida del instituto. O por la tarde, todavía no lo sé, pero no es fácil. Mañana o pasado hablamos. Yo te llamo.

Y Raúl cortó la comunicación con un peso en el estómago y, en la mente, la imagen colectiva en la que Lucas le sonreía al móvil.

A falta de mejor ejercicio Raúl decidió pasear hasta el instituto Moisés Broggi situado a poca distancia del Hospital de Sant Pau y a una media hora caminando desde el piso de la abuela Ascensión. Necesitaba despejarse y caminar le vendría bien. Se había guardado en la galería de imágenes del móvil una foto de Lucas para reconocerlo al verlo salir. Hubiera preferido mil veces no tener que abordarlo, pero si quería dedicarse a investigar ni podía ni debía escoger. Eso al menos es lo que pensaría su padre que era de la opinión —expresada en pocas pero sentenciosas y casi trascendentales ocasiones— de que «uno ha de asumir las consecuencias de sus actos, de sus decisiones y, cómo no, de sus sueños».

Recordó que Beatriz Gaspar atendía a sus pacientes en tardes alternas a partir de las tres y que aquella no era una de aquellas tardes. No le hubiera sorprendido encontrarla en las inmediaciones para impedir todo contacto del investigador con su hijo. Era una mujer capaz de eso y de mucho más. Pero no la vio.

Mejor así, pensó con moderado alivio.

Se apostó muy cerca de la salida, se apoyó en el tronco de un árbol y se dispuso a esperar. Adoptó un aire casi indolente, como si fuera un hermano mayor esperando hastiado al menor de la familia. Encendió un pitillo y echó un vistazo a la fotografía para no olvidar los rasgos del chico. Había pensado que, tanto si salía acompañado de amigos como si caminaba solo, lo mejor sería abordarlo en su casa. A solas. No necesitaba testigos ni quería poner a Lucas en un aprieto mayor.

El instituto era un edificio antiguo, algo lóbrego y de enormes proporciones por el que el tiempo había pasado sin conocer clemencia. Bien podía albergar un sanatorio, una comisaría o las oficinas de un ministerio. Dos plantas con grandes ventanales y una hilera de árboles muy altos y sin hojas cuyo nombre desconocía y que acompañaban la fachada. Había consultado la web del centro y comprobado que aquel día la salida de los estudiantes de ESO estaba prevista para las dos y media. Faltaban casi treinta minutos y solo un par de chicos con pinta de esperar a la novia remoloneaban cerca de la puerta principal.

No advirtió nada, no pudo prepararse ni tuvo tiempo de arrancar a correr. Ni tan siquiera acertó a tensar el cuerpo. Todo pasó en un segundo, quizás en mucho menos. En un nanosegundo.

Cuando sintió el contacto del acero a la altura de los riñones y una mano sujetando su brazo derecho con la rotundidad de una garra metálica, Raúl dio un respingo y se quedó instantáneamente petrificado. A pesar de su nula experiencia comprendió, como se comprenden algunas cosas, que se trataba de una navaja

arañándole la piel. A punto estuvo de gritar. El tirón en el brazo le provocó un dolor inesperado y tan agudo que le dejó sin aliento.

El cigarrillo a medio consumir cayó de entre sus dedos y fue a parar a la acera y las gafas abandonaron su lugar habitual en la parte alta de la nariz para desplazarse hasta la punta y estar a punto de despeñarse y hacerse añicos. Paralizado por el dolor y la sorpresa y con el corazón golpeándole el pecho como un puño interior apenas pudo comprender las palabras que la voz áspera de un desconocido le susurraba al oído mientras impedía que echara a correr.

—Quieto, cabrón. No te muevas.

No lo hizo. No era ningún héroe.

—Si te mueves te la clavo hasta el hígado, capullo. ¿Me has oído?

Asintió levemente. La mano en su brazo era una tenaza y la voz, ronca y sin matices, probablemente la de un matón.

Junto a la entrada del edificio los dos chicos desocupados compartían auriculares y, ajenos a todo, abstraídos y muy cerca uno del otro, ensayaban rítmicos movimientos ondulantes.

Por un lado el hombre tapaba la navaja con su cuerpo, por el otro el tronco del árbol en el que Raúl se había apoyado impedía que un transeúnte advirtiera la presencia de la navaja acariciando sus lumbares.

—Te vas a largar y vas a dejar al chico en paz, cabronazo. ¿No lo entendiste la primera vez, hijo de puta?

Movió la cabeza en señal de conformidad. Al asentir las gafas bajaron todavía más. En un automatismo se llevó el índice de la mano izquierda hasta el puente.

La punta de la navaja se paseó en horizontal sobre sus lumbares para inmovilizarlo. Raúl enderezó la posición en un intento por apartarse unos centímetros, el hombre tiró de su brazo sin piedad y la mano se tambaleó en el extremo de su antebrazo. De nuevo se obligó a ahogar el grito. Todo su sistema nervioso se hallaba focalizado en el punto en el que el acero acariciaba su cuerpo.

Temblaba.

—Ayer casi la palmas. ¿Te acuerdas, Forcano? Era una advertencia, solo eso.

—La próxima vez no fallaré —dijo desplazando esta vez la punta de la navaja hacia arriba y siguiendo la columna vertebral en sentido descendente. Completó así una cruz en la parte baja de la espalda.

La cruz del pánico.

El escalofrío resultante fue una verdadera y penosa convulsión. Un espasmo. Raúl no pudo evitar intentar un paso adelante. El hombre aumentó la presión sobre su brazo y su mano fracturada se desplazó de nuevo. El dolor se multiplicó. También el espanto.

Notó a la altura de la mandíbula algunas partículas de saliva del hombre que le escupía las palabras. El mismo que le hablaba al oído como si le hiciera una confidencia, como lo haría un buen amigo. Advirtió en su aliento el olor a tabaco y a

cerveza y resistió como pudo el deseo de escapar a la presión de sus dedos y echar a correr con toda el alma. No lo hizo. No era una buena idea.

Durante unos instantes se hizo el silencio entre ambos. Raúl no sabía si el hombre esperaba una respuesta. No abrió la boca. Tampoco sabía qué decir.

—Esto es una orden de alejamiento —repitió—. Yo soy el juez y el puto madero. ¿Entiendes?

El desconocido acabó sus palabras en una risotada que al joven investigador le resultó pavorosa.

Cuando segundos después dejó de sentir la presión de la navaja y recuperó el uso del brazo, Raúl hizo remontar las gafas nariz arriba y se giró en la dirección que creía había tomado el hombre. El corazón seguía desbocado y sentía náuseas. Sudoroso, con las rodillas inconsistentes y las manos a la altura del estómago como para devolverlo al lugar que ocupaba sobre el vientre, Raúl se inclinó levemente sobre sí mismo mientras intentaba fijar en la memoria la imagen del sujeto que se alejaba sin apresurarse.

Observó a un hombre alto y enjuto que vestía camiseta gris de manga corta y algo entallada y vaqueros y que se alejaba con las manos en los bolsillos, como si pasease. Era completamente calvo, quizás rasurado, y sus brazos parecían esculpidos a sudor y a horas en un gimnasio. Ni rastro de la navaja.

Un hombre que pasea.

En la distancia Raúl advirtió, justo a la altura de la nuca, un tatuaje no muy grande que azuleaba. No llegó a identificar de qué se trataba. A lo largo del brazo derecho reconoció el dibujo de una telaraña que llegaba hasta su codo.

Observó cómo el sujeto entraba en un bar situado en la esquina más próxima, a unos 15 o 20 metros de distancia, desde el que divisaba tanto la entrada del centro educativo como el lugar en el que Raúl se esforzaba por recuperar la compostura. Probablemente pretendía comprobar desde allí que el investigador obedecía sus órdenes. Una zona de avistamiento.

Aguardó unos instantes hasta estar convencido de que las piernas respondían como era de esperar y la respiración se regularizaba. Sintiendo una verdadera piltrafa caminó hasta la primera boca de metro. Todavía podía reconocer el trazo de la cruz sobre su piel.

No quería volver a casa y explicarle a Alejandra el penoso curso de los hechos. Pensó en acercarse a la facultad. Siguiendo el consejo de su profesor, un verdadero bicho raro que interpelaba en todo momento al sentido común, pondría a enfriar la cabeza. Quizás no entraré en clase, entre caras conocidas rescataría cierta normalidad, el pulso de su vida. Con la ayuda de Andreu Cabana recuperaría un simulacro de vida. De su vida.

Se tranquilizaría.

Era hora punta y el vagón circulaba a reventar, pero por una vez no le molestó ni el exceso de gente ni la excesiva proximidad de los extraños.





Regresó a casa muy tarde tras haber cruzado un par de cervezas y algunos chismes con Andreu Cabana y haber enviado un mensaje a Alejandra diciéndole que no llegaría a cenar. Se sentía humillado y prefería no enfrentar la mirada curiosa de la chica que sin duda querría saber cómo seguían sus pesquisas.

Las opciones eran pocas y había pasado la velada con sus padres. Apenas le quedaban unos euros, tenía la autoestima a la altura del asfalto y todavía le duraba el susto en el cuerpo, pero había conseguido distraer momentáneamente el pensamiento y postergar unas horas el momento de tomar una decisión.

Cabeza fría.

Su madre no pareció creer la versión más conveniente de los hechos y se hizo repetir varias veces cómo se había caído de la escalera aquella misma mañana, cómo había adelantado la mano para frenar el golpe y cómo y dónde le habían atendido. Para dar por finalizado el tercer grado quiso saber incluso de dónde había sacado el pañuelo morado con el que se sujetaba el brazo. Raúl había recuperado cierta normalidad y, a pesar de que la curiosidad de su madre le sacaba de quicio, sus preguntas, por previsibles, resultaban tranquilizadoras. Detestaba mentir y lo evitaba siempre que podía, pero mentirle a su madre, embellecer la verdad para sofocar el proceso inquisitorial al que sistemáticamente era sometido por su progenitora, formaba parte de sus obligaciones desde que tenía memoria.

—¿Seguro que no te diste un golpe en la cabeza? Piensa que esas cosas tienen que mirarlas bien. A veces los problemas salen después.

—No, no me di ningún golpe en la cabeza.

—El pañuelo no es tuyo —señaló Magdalena Díaz con un gesto leve, casi con un mero parpadeo mientras se llevaba la cuchara a la boca.

—Es de una amiga. Me lo prestó.

—¿Y esa amiga tiene nombre? ¿Fue ella la que te acompañó al hospital? ¿Ya le has dado las gracias?

Un resoplido feroz le hizo saber que había llegado la hora de aflojar. Su padre, de mejor conformar, aceptó su explicación, no exigió mayor concreción y se limitó a preguntar por preguntar cómo andaba la puesta a punto del piso.

Tras un triste «avanza lentamente y esto complica las cosas» acompañado de un elocuente alzamiento del brazo derecho, Gabriel Forcano abandonó de inmediato el interés y la mirada en el césped de un campo en el que tenía lugar un partido de la Champions League. También la actitud de su padre, por habitual, resultaba alentadora. Para Raúl, que no aspiraba a ninguna medalla al valor y que estaba seguro

de que nunca nunca nunca llegaría a merecerla, la rutina era una parte esencial de la vida y la esencia de sus obsesiones.

—¿Por qué no te quedas a dormir y descansas como Dios manda? —insistió su madre estrechando el cerco como la gran estrategia que era—. Ya me dirás cómo duermes en aquel piso. Si debes pasar un frío que...

Había rechazado con firmeza la oferta materna de pasar la noche en su habitación y había abandonado el piso de sus padres bien entrada la noche con 300 euros en el bolsillo, comida preparada para un par de días y en la espalda la señal perdurable de la cruz trazada horas antes sobre la piel. Se preguntaba si sería capaz de seguir adelante y dudaba de su capacidad para afrontar riesgos. Tampoco tenía muy clara su idoneidad para desempeñar un oficio cuyas exigencias se le antojaban cada vez mayores. No era un puto héroe. Carecía de superpoderes y no quería jugarse la vida ni encarar a un matón a cada paso, aunque este fuera a todas luces un bravucón de barriada y no hubiera matado a nadie en toda su vida. Al menos eso era lo que quería pensar, lo que necesitaba creer. Raúl era un joven que se acercaba ya a la madurez y que sentía debilidad por las novelas negras. Un joven despierto, observador y metódico hasta el extremo que pretendía hacer de su afición una forma de vida. Mil veces le habían aconsejado que se dedicara a lo que más le gustara. Estaba en ello. Solo eso. No era el Capitán América. Más bien aspiraba a ser un Maigret sin el respaldo del cuerpo policial.

Cuando llegó al piso destartado en el que pensaba pasar la noche cavilando, una línea de luz entre el suelo y la puerta le informó de que Alejandra seguía despierta. Intentó no hacer ruido, prefería no dar explicaciones, no por el momento, pero la chica no tardó en asomar la cabeza y preguntar:

—¿Cómo anda tu mano?

—Me duele cuando respiro —respondió intentando aparentar buen ánimo. Lo consiguió solo a medias. No pensaba explicarle el encuentro con el «hombre de la telaraña» como había empezado a referirse a él interiormente.

—Ya.

Alejandra sonrió y abrió la puerta hasta que su figura quedó recortada por la luz en el umbral de la habitación. Tenía un libro en la mano. Presintió que se avecinaba irremediabilmente el segundo interrogatorio de la noche y la segunda tanda de mentiras necesarias.

—¿Qué tal te ha ido? ¿Has podido hablar con Lucas?

—No, no lo he visto. Quizás no ha ido al instituto. He perdido la tarde.

Era una verdad a medias. Ciertamente no había llegado a verlo. También era cierto que había perdido la tarde puesto que no había adelantado nada. No se le daba bien mentir y prefería no hacerlo, por eso buscaba las respuestas más adecuadas. La chica inclinó la cabeza en un gesto de contrariedad.

—Lástima. ¿Y ahora qué harás?

—No lo sé. Volveré a intentarlo, imagino, pero la verdad es que no lo sé. Quizás busque otra manera de dar con él. Tengo que pensar.

El interés de Alejandra resultaba halagador y hubiera querido satisfacerlo.

—¿Desayunamos juntos? —quiso saber Alejandra interrumpiendo el triste curso de sus pensamientos.

—Eso estaría bien.

—¡Ah, Raúl! Tengo paracetamol, ibuprofeno, aspirinas... De todo. Mi madre es una mina muy previsor.

—Gracias, la mía también.

Y agitó en el aire un blíster de analgésicos que su madre le había endosado al salir de casa. Se acercó a la cocina e ingirió uno de ellos. No esperaba dormir pero siempre sería mejor no pasarse la noche gimiendo.

En la habitación oscura las paredes empapadas despedían una humedad muy superior a la de la calle. Se libró de los zapatos y se tumbó sobre el saco de dormir sin desvestirse, sentía frío y una mezcla de confusión y miedo. Le hubiera ido bien una copa de algo bien fuerte para entrar en calor o para facilitar el sueño. O varias. Acabó por meterse en el saco y acurrucarse para entrar en calor. El colchón olía a naftalina y a décadas y, en la oscuridad total y mirando al techo sin verlo, se dispuso a dejar discurrir el tiempo con la lentitud de las horas en vela. Tenía la noche entera por delante para pensar, decidir o enloquecer.

Quizás todo a la vez.

Había conseguido dormir un par de horas cuando apuntaban ya las primeras luces, pero no había logrado sacar nada en claro de dar vueltas y más vueltas siempre a las mismas cosas. Un círculo desquiciante. Solo la cabeza enmarañada y en el cuerpo un cansancio infinito. La mano seguía doliéndole y no sabía cómo ni dónde colocarla para olvidarla durante un rato. No había alcanzado ninguna decisión firme ni había tenido la ingeniosa idea que había de permitirle superar al hombre de la telaraña ni el respeto que le inspiraban sus amenazas. Tampoco había desestimado la posibilidad de dejar correr el asunto.

Le sorprendió comprobar que Alejandra había dejado una cafetera y las habituales magdalenas de porexpan sobre la mesa y había comenzado a pintar de blanco las paredes del pasillo de las que había desaparecido ya el papel pintado.

—Buenos días —saludó Raúl—. Sabes que no hace falta que...

—Lo sé, me lo has dicho mil veces, pero no te levantabas y yo tenía un par de horas. Lo dejo dentro de un rato, tengo que irme. No he seguido en tu habitación para no despertarte y he pensado que podía adelantar un poco.

—Gracias.

—Como dijiste que lo querías todo blanco he pensado que... Bueno, ya ves. Creo que queda bien. Ya estoy acabando. Me voy enseguida.

—Gracias otra vez.

—¿Caliente el café? —preguntó Alejandra abandonando el rodillo en un soporte y retirándose el cabello de la cara con un brusco movimiento de cabeza hacia atrás. Era un gesto que la chica de ojos azules como llamas de gas repetía a menudo y que Raúl no se cansaba de contemplar.

—Sí, eso estaría bien.

Raúl recaló en el lavabo y necesitó una paciencia que no tenía para ducharse con una sola mano y afeitarse peor que mal. Cuando de nuevo apareció en la mesa la taza humeaba y a las magdalenas se habían sumado unas galletas integrales todavía más insípidas.

Alejandra se había colgado del hombro un bolso enorme, sujetaba un par de libros sobre su pecho y se había anudado en torno al cuello un pañuelo del mismo azul que sus ojos. Estaba guapísima y a Raúl, que hubiera podido extasiarse en su contemplación, le hubiera gustado decírselo. Se sentía como un perfecto gilipollas, un cretino sin fisuras. No lo hizo.

Demasiado riesgo.

—Me marcho enseguida. Tengo clase a las once. ¿Y vos? Quizás deberías pasar por la facultad.

—Sí, creo que hoy asistiré a clase. Tengo Derecho Penitenciario. Es un palo, pero...

—Ya. ¿Y qué hay del pibe? ¿Has tomado alguna decisión? —preguntó con un pie en el pasillo por el que no tardaría en desaparecer.

—No lo sé. Me he pasado la noche sin pensar en otra cosa. Es un menor y su madre no quiere que hable con él. Podría llegar a denunciarme y todavía no tengo licencia. La verdad es que no sé qué hacer. Quizás abandone. Todavía no sé qué hacer.

Hizo una pausa, alzó los hombros en un gesto que repetía muy a menudo y miró hacia la calle. El edificio de enfrente recibía de lleno la luz del sol en ascenso. Era un día soleado, sin nubes.

—Y la entiendo, no creas. Ese chico pasó por algo horrible, algo que nadie debería vivir. No creo que le convenga recordar. Creo que, sea lo que sea lo que ocurrió, fue hace mucho tiempo. Creo que no le conviene al chico y que no me conviene a mí.

Alejandra no se había movido. Escuchaba con interés las divagaciones de Raúl que hablaba como para sí mismo. Se llevó la taza a los labios, entrecerró los ojos y al dejarla de nuevo sobre la mesa prosiguió:

—Creo que lo dejaré correr. No lo veo claro, no querría perjudicarlo —respondió a falta de una estrategia de actuación que todavía no había definido.

No era la mejor manera de empezar pero, a falta de una idea mejor, dejarlo correr era una posibilidad que no había desestimado. ¿Qué otra cosa podía explicarle a Alejandra sin que advirtiera su falta de recursos?

La chica inclinó la cabeza, se encogió de hombros imitando graciosamente el gesto de Raúl y sonrió. Raúl hubiera querido conservar para siempre su amable sonrisa en la memoria.

—*Ciao* —se despidió.

Deseó retenerla, rogarle que se quedara unos minutos más, alargar el café un par de horas. No lo hizo.

Alejandra desapareció.

\* \* \*

Antes de abandonar el piso Raúl se acercó a la ventana del comedor. No lo tenía por costumbre y no sabría decir por qué lo hizo. De hecho todavía no había establecido sus rutinas en su nueva vivienda y no ignoraba que la sensación de provisionalidad contribuía a desasosegarlo todavía más. Le inquietaba no poder anticipar el próximo movimiento y detestaba profundamente lo impredecible. Si a todo ello se añadía un entorno vagamente familiar al que todavía no se había adaptado, Raúl se sentía

sumamente desconcertado. En palabras de la abuela Ascensión, «andaba como vaca sin cencerro».

La vista no valía mucho. Quedaba limitada por un edificio cercano con ventanas no muy grandes y sin la alegría de los balcones contra el que se estrellaba de inmediato la mirada. A ambos lados de la calle árboles cada pocos metros, un festón de coches aparcados, algún transeúnte y dos mujeres varadas junto al portal de enfrente que parecían intercambiar confidencias. No había en el cielo ni una nube que enturbiara un magnífico sol de otoño. Insistió. Volvió a pasear la vista. Si aquella iba a ser su casa necesitaba apoderarse de la perspectiva. Solo entonces reparó en el hombre apoyado en la pared junto a la puerta del estanco que prendía un cigarrillo. A pesar de que apenas había entrevisto su perfil y de que no había podido contemplar su rostro, identificó de inmediato al tipo de la telaraña.

Saltó hacia atrás y maldijo mil veces la hora en que decidió librarse de las cortinas con el bajo de hortensias rosadas que pesaban un quintal y desprendían polvo a la mínima sacudida. Afortunadamente Alejandra no había podido ver su reacción. No todo tenía por qué salir mal. Recompuso de inmediato su postura y, manteniéndose tan alejado como pudo del cristal, volvió a mirar hacia la calle.

El hombre ocultaba la mirada tras unas gafas oscuras y vestía exactamente igual que el día anterior. Pudo distinguir en el brazo derecho las líneas que, a modo de damero irregular, componían una tela de araña; y en lo alto del cráneo completamente despejado creyó advertir el relieve de una cicatriz. Una apariencia poco tranquilizadora que le alteró el estómago y provocó que sintiera pinchazos en los sobacos.

Pasados unos minutos comprobó que era capaz de tranquilizarse y de controlar el miedo. Asimiló la sorpresa. Era lógico que estuviera allí, vigilando, siguiendo sus pasos. Respiró profundamente unas cuantas veces, se sentó frente a la taza vacía de café y abrió su libreta. Necesitaba un plan.

No le extrañó que el hombre continuara a su estela cuando media hora más tarde se dirigió a la boca del metro ni cuando bajó al andén. No le desconcertó que subiera al vagón contiguo ni que bajara en la misma estación y le siguiera hasta la puerta del aula sin intentar ocultarse ni pasar desapercibido. Ambos sabían a qué jugaban.

Raúl permaneció en la facultad durante una hora y media. El cuerpo en la bancada, la mano izquierda ocupada en sostener inútilmente un bolígrafo en el aire y el pensamiento en los próximos pasos. Andreu Cabana, sentado justo a su espalda, le espetó:

—Tío, espabila. ¡Joder! Para un día que vienes...

Raúl cabeceó a modo de conformidad. Acababa de decidir que no dejaría correr aquel asunto.

El hombre, al que a falta de mejor apelativo ya llamaba «Spiderman», esperaba junto a la entrada principal de la facultad y le siguió de nuevo hasta el portal de la

casa paterna. Raúl aparentó no reparar en el hecho de que le seguía a pocos metros. Probablemente pretendía que supiera que no lo perdía de vista.

Magdalena Díaz se sorprendió gratamente al recibir la visita inesperada y completamente voluntaria de su hijo. Por un momento pensó que quizás se había metido en algún lío y necesitaba más dinero. No preguntó. Se limitó a indicarle que se sentara a la mesa. Andaban por los postres, pero se levantó asegurando que no era ninguna molestia y se apresuró a plantarle delante un plato de lentejas y unas albóndigas insuperables.

Raúl se dejó caer en la silla que ocupaba junto a la mesa desde que tenía memoria. El ambiente conocido de su casa le resultó tranquilizador. Gabriel Forcano ensayó una sonrisa de reconocimiento y regresó inmediatamente la mirada a la pantalla del televisor. No esperaba menos, ni más.

—Y no quiero un no —dijo Magdalena Díaz al añadir dos albóndigas más al plato casi vacío—. A saber lo que habrás hecho esta noche. Traes una cara que ni la de un muerto. ¿A dónde vas con esos ojos? Si parece que te han apaleado. Yo no sé lo que andas haciendo, hijo. Pero nada bueno.

Ante el mutismo de su hijo y la total falta de interés del padre por el asunto resultó evidente que no iba a saberlo ni aquel día ni nunca. Raúl y su progenitora llevaban años perpetuando una relación iniciada durante la adolescencia que consistía, básicamente, en forzar la comunicación a toda costa y dejar así de comunicarse para intercambiar algunas frases que no llevaban a ninguna parte.

Cuando Gabriel Forcano ocupó su butaca y cerró los ojos con el propósito de hilar una siesta breve antes de reabrir la ferretería de su propiedad, Raúl buscó en el cajón de siempre y encontró la llave del Seat Ibiza blanco que pertenecía a la familia desde hacía más de una década y el mando a distancia de la puerta del *parking*. Ambos pendían de un llavero con la publicidad del negocio familiar «Ferretería Forcano».

El coche pasaba la semana en el aparcamiento y solo abandonaba su plaza cuando la pareja salía el domingo a comer fuera. Siempre en domingo, siempre paella. Alternaban un par de restaurantes de probada solvencia. A Magdalena Díaz se le resistía la paella.

Al aparcamiento se accedía directamente utilizando el ascensor de la finca y sin necesidad de salir a la calle y se daba la circunstancia de que la salida, por la parte trasera del edificio, comunicaba con la calle paralela. El hombre de la telaraña podía esperar ver aparecer a Raúl en el portal durante horas.

—¿Te vas? —preguntó Magdalena asomando la cabeza por la puerta de la cocina y secándose las manos en el delantal mientras su hijo se cruzaba con dificultad la cartera sobre el pecho con una sola mano.

—Sí, tengo cosas que hacer.

—¿Quieres un táper? No me cuesta nada. Tendrás albóndigas para mañana, haces un poco de arroz y...

—No, no puedo llevarme nada.

—Pero si te lo pongo en... No pesa nada. Ya lo verás.

Imaginarse en un arriesgado lance y con un táper de albóndigas acabó con la poca paciencia restante.

—No, no insistas, por favor —respondió con impaciencia y con un pie ya en el rellano.

—Pues deja que te cambie ese pañuelo y se lo devuelves a esa amiga tuya. Igual lo necesita y...

—Por favor.

Con las llaves del coche en el bolsillo y las palabras de su madre resonando todavía en sus oídos Raúl bajó al aparcamiento y comprobó en su móvil que Lucas todavía no había aceptado su solicitud de amistad.

Lástima.

Arrancó y abandonó el *parking*.

Ni rastro de Spiderman.



Conducir con la mano derecha casi inmóvil y sujeta por un pañuelo a la altura de las costillas inferiores no resultó fácil, nada fácil, y sí ciertamente doloroso. Todavía fue más complicado tirar del freno de mano.

No encontró en las proximidades del centro un aparcamiento que le permitiera controlar la salida. Contrariado estacionó en un vado muy cerca de la entrada del instituto Moisés Broggi y se encasquetó la gorra con el logo de la ferretería y las gafas de sol que su padre guardaba siempre en la guantera del Ibiza. También guardaba una bufanda, unos pañuelos de papel y las pastillas para la alergia. Gabriel Forcano no utilizaba ni gafas de sol ni gorra con visera y muy raramente precisaba medicación contra la alergia, pero era un hombre de seguridades y rutinas. Era el hombre del «nunca se sabe cuándo las puedes necesitar».

Raúl sí lo sabía: nunca. Pero había salido a su padre, también era de costumbres asentadas. Costumbres que el caso que tenía entre manos había alterado irremisiblemente y la presencia de Alejandra había hecho saltar por los aires como si hubiera pisado una mina. Para su sorpresa apenas le angustiaba no poder repetir las con toda exactitud. Quizás debería alegrarse. Siempre podría interpretarlo como una liberación, un lastre menos. Un alivio. Pensaría en ello detenidamente si algún día disponía de tiempo.

No abandonó el coche. Pensó que era mejor no hacerlo. Permaneció en su interior elevando plegarias para que nadie pretendiera entrar o salir del local al que correspondía el vado municipal.

Quiso creer que Spiderman seguiría montando guardia durante unas horas junto al portal de sus padres con un rastro de colillas a sus pies. Pensaba que tenía un buen margen antes de que el hombre detectara que había sido burlado y montara en cólera. Pero quizás el matón había advertido la maniobra y aparecía a pocos pasos navaja en mano para comprobar el estado de sus vísceras. No podía desestimar la idea. Era una posibilidad. La peor.

Hacía cuanto podía por no pensar en su reacción cuando advirtiera que Raúl había abandonado el domicilio familiar sin ser visto. Probablemente localizaría el piso con ayuda de los buzones y preguntaría por él a su madre que afirmaría sin fisuras que se había marchado después de comer. Solo esperaba que no la amedrentara. No se lo merecía. No pretendía causarle más problemas de los necesarios. Magdalena Díaz podría encontrarse en un aprieto y en caso de amenaza no sabría qué responder. Él no era ningún héroe y tampoco esperaba heroicidades de su madre.

Faltaban pocos minutos para que los alumnos invadieran las aceras. Ni rastro de Beatriz Gaspar en las inmediaciones. La ginecóloga se confinaba en la consulta las

tardes de días alternos. Eran muy pocas las posibilidades de que aquel día acabara por aparecer. No la imaginaba anulando ni postergando sus citas.

Aun jugando con ventaja Raúl Forcano decidió no abandonar el coche hasta que no quedara otro remedio. Ha quedado dicho que no era ningún héroe.

Los dos chicos ociosos en los que reparó el día anterior habían sido substituidos por un puñado de chicas en *leggings* y bolsa de deporte que esperaban el inicio de las actividades extraescolares y que, según pudo deducir por los movimientos ensayados a pie de calle entre gritos y empujones, se dedicaban con empeño al *hip-hop*. Una de ellas reía como si relinchara, exactamente igual. Escalofriante. Desde la distancia Raúl no consiguió identificar a la portentosa criatura. A ellas se unieron tres chicos en pantalón corto y botas de fútbol, los primeros en abandonar el edificio segundos antes de que un timbre sonara en sus entrañas.

A solas o en pequeños grupos chicos y chicas que bregaban con la adolescencia salieron del instituto y abarrotaron la acera y parte de la calzada. Unos llevaban grandes carpetas y enormes tubos de plástico, otros una mochila a la espalda. Muchos el móvil en la mano. Algunos se despidieron de inmediato, otros en cambio parecían dispuestos a pasar allí el resto de la tarde y se jaleaban, se empujaban o cruzaban abrazos y achuchones.

Entre los pocos que salieron y se alejaron sin mediar palabra con nadie Raúl distinguió a Lucas Calvo.

Cargaba a la espalda una mochila gris, calzaba unas deportivas azul celeste con las que aparecía en la foto de su muro en Facebook y ocultaba las manos en los bolsillos. El chico echó a andar y afortunadamente lo hizo en el sentido de la circulación. Raúl se incorporó a la hilera de coches y se mezcló con los vehículos que se alejaban del centro educativo. Seguía a un chaval delgado y de apariencia frágil que peinaba una melena corta y rizada y caminaba muy despacio con la vista al frente y un gesto de contriedad en el rostro. Torció pronto el chico a la derecha para hacerlo más tarde a la izquierda en el siguiente cruce.

Raúl no pudo hacerlo, y no solo porque las señales indicaban prohibición, sobre todo porque una horda de vehículos amenazaba con arrancar y llevárselo por delante. Eran los riesgos de seguir al volante. Maldiciendo a los cuatro vientos estacionó en un espacio reservado a la carga y descarga y dejó encendidas las luces de cruce en señal de que no tardaría en volver. Solo le faltaba una multa. O lo que era peor, la maldita grúa. Cerró de un portazo y saltó inmediatamente a la acera. Abandonó el vehículo a su suerte y sin desprenderse de la gorra ni de las gafas de sol echó a andar tan deprisa como pudo para no perder de vista a Lucas ni a sus deportivas azul eléctrico. Las mismas que calzaba en la fotografía de grupo y que sirvieron al investigador principiante para confirmar su identidad sin lugar a dudas. Eran la referencia más clara que poseía puesto que se veían a cierta distancia y resultaban inconfundibles. Un calzado extraño para un muchacho que, en palabras de su madre, hacía cuanto podía para pasar desapercibido, quizás un regalo.

Por fortuna el chico no parecía tener ninguna prisa por llegar a casa y avanzaba muy lentamente deteniéndose en ocasiones ante algún escaparate con el gesto sombrío. Continuaron bajando durante un trecho hasta enfilear la calle Mallorca en dirección al centro de la ciudad. Se aproximaban al templo expiatorio de la Sagrada Familia. Al cruzar una calle pudo distinguir las esbeltas torres que apuntaban al cielo. Raúl torció el gesto, centenares de turistas de todas las procedencias deambulaban diariamente, solos o en reatas, por las calles aledañas. Era uno de los reclamos más visitados de una ciudad que se había convertido en uno de los destinos elegidos por las hordas de visitantes en las que las autoridades confiaban ciegamente para sostener la maltrecha economía. La posibilidad de perder de vista al chico entre el gentío era elevada. Benditas deportivas azules, pensó.

No tardó en experimentar cierto alivio.

Lucas entró en un comercio diminuto en el que un joven, probablemente pakistaní, sacudió la cabeza a modo de saludo y le cobró un paquete de galletas. No intercambiaron palabra.

El chico caminó pocos metros más antes de detenerse en el portal de un edificio de cinco plantas construido varias décadas atrás y que conservaba cierto lustre. A diferencia de otros chicos de su edad no había utilizado el móvil en ningún momento. Sacó la llave del bolsillo de sus tejanos y abrió la puerta de madera más o menos noble empujándola con el hombro y ayudándose de una patada. En ausencia de la doctora probablemente pasaría solo el resto de la tarde.

Raúl se acercó, escrutó el vestíbulo y localizó los buzones a la derecha. Desde la calle resultaba completamente imposible distinguir los nombres de los inquilinos. Había llegado el momento de esperar la salida o la entrada de algún vecino para colarse en el inmueble. No parecía difícil, era cuestión de tiempo y de discreción. Lástima de coche mal aparcado. Intentó no pensar en la posible multa que debería pagar de inmediato para evitar que su padre supiera que había cogido el coche prestado sin previo aviso.

Y la ocasión no tardó en llegar. Una mujer joven de pelo muy corto, ojos verdes y saltones y aspecto ligeramente andrógino que arrastraba un niño con cada mano alcanzó la calle más preocupada por hacerlos avanzar que por cerrar la puerta tras de sí. Echó a andar tirando de ellos mientras intentaba convencerlos de que muy adentro, en el fondo del fondo, lo que ambos deseaban era caminar en dirección a la parada de autobús.

La mujer no reparó en el joven que parecía estudiar los timbres y que impidió, previo pie interpuesto, que la puerta acabara por cerrarse.

Raúl alcanzó los buzones y localizó de inmediato el correspondiente a Beatriz Gaspar y a su hijo, Lucas Calvo. El segundo primera equivalía a un cuarto piso puesto que el edificio tenía entresuelo y principal. Volvió a salir procurando mantener la puerta entreabierta por si las moscas y pulsó el timbre. Respondió la voz de un chico que preguntó quién llamaba.

—Soy de SEUR, traigo un paquete para la señora Beatriz Gaspar.

El zumbido de apertura fue inmediato. Las compras *online* eran tan habituales que a nadie le extrañaba la llegada a la puerta de casa de un bolso, un foulard, un microondas o un reloj de pulsera.

Subió en ascensor hasta el segundo piso. En el umbral Lucas aguardaba con la puerta a medio abrir. De cerca parecía todavía más menudo, más frágil y su rostro mucho más grave. El rictus de sus labios no resultaba alentador. Advirtió de inmediato que el recién llegado no llevaba paquete alguno ni logo en su camisa o albarán en la mano. Dio un paso atrás. A sus pies un perro pequeño alborotaba. Raúl se adelantó situándose frente a él.

—No soy de SEUR, Lucas, solo deseo hacerte un par de preguntas. Será un momento. Es por un chico que conoces.

Lucas, que había pasado toda su infancia siendo un chico temeroso y asustadizo, reaccionó de inmediato y con violencia. A sus ojos subió la alarma en un instante y, con todas sus fuerzas y todo su miedo, apartó al perro de una patada sin reservas y empujó la puerta para cerrarla. Un pie encajado en el último momento entre la puerta y el marco impidió que se quedara con la palabra en la boca.

Raúl sujetó con firmeza el antebrazo del chico mientras seguía hablando para tranquilizarlo. Era todo hueso. Lucas intentó retirarlo abruptamente.

—Déjame en paz. ¡Joder!

—No quiero hacerte daño, solo hablar.

—Déjame en paz —repitió.

—Quiero que hablemos de Daniel Carreras. Lo conoces. Será solo un momento.

Lucas temblaba mientras insultaba al intruso y amenazaba con gritar pidiendo ayuda sin dejar de tirar de su brazo para recuperar el control. Raúl comprendió que aquella situación no podía prolongarse y, repitiéndose que el chico solo tenía trece años y le suponía escasa fuerza física, empujó la puerta. Le revolvía las tripas hacer lo que hacía.

A la alarma le sucedió la rabia y a ella las primeras lágrimas. Los ojos de Lucas se anegaron mientras intentaba todavía cerrar la puerta ayudándose de pies y manos sin conseguirlo. No era más que un crío de 13 años. Raúl comprendió que debía tranquilizarlo a toda costa.

—No pasa nada. Solo quiero hablar, Lucas. No va a pasarte nada —prometió por prometer—. No voy a hacerte ningún daño —añadió consciente de que probablemente no cumpliría su palabra.

Lucas, desarbolado por fin, aflojó la presión sobre la puerta.

Raúl esperó.

—Creo que es mejor que hablemos dentro. Es un asunto delicado y el rellano no es el mejor sitio. ¿No te parece?

El chico le franqueó el paso y cerró la puerta a su espalda. Por un momento Raúl valoró la posibilidad de que, aprovechando la oportunidad, echara a correr escaleras

abajo. No lo hizo. Lucas le precedió en su adentrarse en el piso.

Mientras avanzaban por un pasillo color crema con cuadros de colores alegres a ambos lados, el perro, quizás un caniche —para Raúl todos los perros pequeños pertenecían a una misma raza—, se enredó entre sus pies y protestó levemente al recibir un empujón lleno de rabia por parte de Lucas. En general los animales domésticos le eran completamente indiferentes, este, sin embargo le resultaba profundamente antipático, un verdadero incordio. A Lucas no parecía gustarle mucho más. El gruñido, grave y medio ahogado del animal, pretendía ser una amenaza larvada y completamente inútil. Le recordó el borboteo de una cafetera. Resultaba evidente que la desconfianza era mutua.

Lucas le cerró al perro la puerta de la cocina en los morros tras haberlo empujado con el pie en dirección al pasillo. Se sentaron ambos junto a una mesa blanca en la que el chico merendaba leche con cacao y galletas.

—¿Quién coño eres? —preguntó el chico cuando levantó la mirada con aire desafiante.

—Soy un amigo de la familia de Daniel y solo quiero hablar contigo. No voy a hacerte daño, no te preocupes.

—No tengo nada que decir —aseguró con la cara descompuesta por el miedo y las manos hechas puños bajo la mesa—. Sé quién es Daniel Carreras, pero no volví a verlo tras la muerte de mi padre.

—Eso no es del todo cierto, pero tú ya lo sabes.

El chico apretó los labios y casi desaparecieron del rostro. No negó, tampoco él estaba acostumbrado a mentir, ni bajó la vista. A Raúl le alarmó la intensidad de su mirada.

—Verás, Daniel ha estado recibiendo unas notas extrañas, hojas en blanco con las palabras «Yo la mato» y en cada nota una fecha en la que se repite siempre el día 29. Tu padre murió un 29 y Daniel y tú estabais allí. No es difícil pensar que tienes algo que ver con el asunto.

El chico continuó enfrentando sus ojos. No parecía acobardado.

—También le han pasado algunas cosas difíciles de explicar, un asunto extraño en Facebook, la muerte de su perro...

—Hace muchos años que no nos vemos. Desde que murió mi padre —respondió Lucas sin alterar el gesto—. Ya se lo he dicho. No sé nada y no me importa lo que haya pasado. No es asunto mío.

—No me mientas. No te conviene mentir —le aconsejó con afán de intimidarlo y con el aplomo del que tiene la vida de su interlocutor en sus manos—. Lo sé, sé que perdisteis el contacto, pero eso no quiere decir que no hayas localizado a Daniel. Hoy por hoy algo así no es difícil.

—¿Por qué iba a querer volver a verlo? No éramos amigos, casi no nos conocíamos. No he vuelto ver a Daniel ni a su madre —insistió—. Si eso es todo... —añadió haciendo ademán de levantarse y acompañar a Raúl hasta la puerta.

—Siéntate. No he acabado.

Raúl había levantado la voz y el chico obedeció con gesto de fastidio.

—Alguien ha suplantado su perfil en Facebook y lo ha utilizado para perjudicarlo, ese alguien eres tú —afirmó Raúl.

Lucas le interrumpió. No quería seguir escuchando. También él elevó la voz. Intentó esquivar lo inevitable.

—No he vuelto a saber nada de él. Ya te lo he dicho. No nos hemos visto, no hemos hablado y me importa una mierda lo que le pase.

La contundencia de sus palabras y su gesto airado bastaron a Raúl para saber que había dado en el clavo.

—Eso no es cierto, Lucas, y puedo demostrarlo —mintió Forcano—. Hace unos meses coincidisteis en un parque. Ambos paseabais a un perro y tú...

—Te digo que no sé nada. Lárgate. Déjame en paz.

Pero Raúl no se fue y tampoco lo dejó en paz.

—Sin embargo has reconocido su nombre de inmediato.

—¿Cómo iba a olvidarlo? Ojalá pudiera. Su nombre, su cara... Ojalá pudiera olvidarlo todo.

Había un poso de cinismo en sus palabras y en su gesto a medio camino entre la mueca de dolor y la rabia incontrolable.

—Creo que te conviene hablar conmigo. Hay cosas que podría demostrar y que podrían meterte en un lío. Eres menor, pero eres responsable de tus actos y estos constituyen un delito. Y si pensamos en las consecuencias...

No era cierto, pero las mentiras útiles eran un recurso más, una artimaña empleada a menudo en el curso de una investigación. Raúl estaba descubriendo a grandes pasos el lado oscuro del oficio al que pensaba dedicarse. Unas prácticas no contempladas en el currículum.

—Es un farol. No puedes demostrar nada. No hay nada que demostrar. ¿Consecuencias? No me empapelarán por lo de Facebook. Las notas no amenazaban a nadie —señaló el chico.

—Tienes razón, eran un recordatorio, pero el anonimato no está bien visto, es un delito. Sobre todo si tiene consecuencias tan graves.

—¿De qué consecuencias estás hablando? Déjame en paz. Yo no he hecho nada.

—Te hablo de lo que le ha pasado a Daniel.

—No sé de qué me hablas, no tengo ni idea de lo que le ha pasado y me importa un carajo —acertó a pronunciar.

Y Raúl comprendió que no mentía.

Su rostro contraído, su voz casi quebrada y su inquietud cada vez más evidente desmentían sus últimas palabras. No se necesitaba ser un genio para entender que el chaval estaba a punto de desmoronarse. Raúl permaneció en silencio.

—¿Qué es lo que le ha pasado? ¿Cree que me importa que su novia lo haya dejado? ¿O que me preocupa la muerte de su perro?

—¿Hace mucho que no entras en su muro?

—Un par de meses. Él dejó de colgar cosas en el mes de abril.

—Daniel ya no subirá ninguna más.

—Déjame en paz —gritó paralizado por el pánico.

En los ojos del chico la alarma había dado paso al miedo. Le temblaba la voz y le temblaban las manos que ahora mantenía sobre la mesa, sus palabras pronunciadas a voz en grito y su mirada baja, lejos de ser una amenaza eran una confesión. Raúl hubiera deseado largarse y dejar al chico en paz. Era lo que le pedía el cuerpo y le gritaba el alma si es que poseía una. No lo hizo. Al otro lado de la puerta el perro no había dejado de arañar la madera ni de gruñir. No se desanimaba fácilmente.

—Tienes razón, quizás no pueda demostrar que envenenaste a su perro, probablemente me cueste probar que escribiste las notas, pero la suplantación en las redes sociales no es difícil de verificar, basta con explicar la sospecha a la policía. Yo tengo la certeza, ellos tienen los medios. Es rápido, te lo aseguro. Eres un chico listo, pero este asunto se te ha ido de las manos. Tú lo sabes y yo lo sé —afirmó con convencimiento y a sabiendas de que dada su condición de investigador en prácticas y sin más recursos que los propios aquello no pasaba de ser una bravata.

Lucas temblaba y respiraba muy deprisa. Se diría que estaba a punto de liarse a golpes con la mesa, con el perro que no cejaba en el intento de entrar en la cocina o con el propio Raúl si hubiera tenido alguna posibilidad de éxito.

—Quiero que me digas qué pasó el viernes 29 de enero de hace ocho años. Es mejor que hables, Lucas. Es mejor que te expliques. Si puedo comprender por qué lo hacías podré ayudarte. De lo contrario... —añadió confiando sinceramente en poder hacerlo y en el poder disuasorio de un silencio amenazador.

Por su rostro desolado era evidente que el chico había atravesado un largo calvario. En el pasillo el perro había dejado de arañar la puerta y alternaba los gemidos con ladridos frecuentes de baja intensidad.

—¿Si hablo me dejarás en paz?

Sus ojos oscuros eran dos puntas de flecha. Raúl asintió.

Lucas se levantó, metió las manos en los bolsillos para que dejaran de agitarse, sacudió la cabeza y la hundió entre los hombros. Al parecer le violentaba la proximidad de Raúl. Golpeó la pared con los puños un par de veces y se apoyó en la puerta que comunicaba la cocina con una galería. Tardó en hablar. Buscaba las palabras.

—Mi padre nos recogió en la escuela, primero a mí y después a él en otro sitio, en otra escuela. Conducía el coche de su novia, era un todoterreno grande y alto. Tuvo que ayudarme a subir. Llovía mucho y había salido del coche para esperarme, estaba completamente mojado. Recuerdo que me levantó para meterme en el asiento de atrás y me abrochó el cinturón. Un poco más tarde volvimos a parar, esperé sin salir del coche y, poco después, ese chico, Daniel, se sentó a mi lado. Mi padre cerró la puerta que hizo mucho ruido y al sentarse delante mi padre le dijo a Daniel que se pusiera el

cinturón. Obedeció, se puso el cinturón. Yo casi no lo conocía, lo había visto un par de veces, habíamos ido al cine con mi padre y con su novia, pero no éramos amigos. Yo ni miraba. Recuerdo también que llovía mucho y que los parabrisas casi no podían con tanta agua. La lluvia hacía mucho ruido y yo tenía miedo, parecía como si hubiera gente bailando sobre el techo del coche.

Raúl pudo imaginarlo. No era extraño que el chico se sintiera intimidado. Daniel era unos años mayor y se dirigían a su casa. Lucas, a su corta edad, intuía que jugaba en campo ajeno. Esas cosas se aprenden muy pronto.

—Mi padre refunfuñaba en voz baja, estaba empapado y hacía frío. Solía cabrearse al volante y además aquel día no estaba de buen humor, pero hacía lo que podía para que no se notara, quería que todo fuera bien, por eso bajaba la voz. Él era así, nervioso, impaciente... Se enfadaba pronto. Yo lo sabía. Daniel no abrió la boca, creo que las palabras de mi padre le asustaban. A veces mi padre daba miedo, aunque luego, nunca hacía nada.

Raúl asintió para darle ánimos. Esperaba que el chico no se interrumpiera.

—Yo nunca me había separado de mi madre y, aunque quería estar con mi padre, no tenía muchas ganas de ir a la casa de aquel chico al que solo había visto un par de veces. Hasta aquí todo normal. Creo.

Y de nuevo alzó los hombros en un gesto que a Raúl empezaba a resultarle familiar y que probablemente repetía a la menor ocasión.

—Ni Daniel ni yo hablamos durante el viaje, casi no nos conocíamos. De vez en cuando mi padre nos hacía preguntas como si quisiera darnos conversación, quería que nos lleváramos bien. No sé qué nos dijo, lo he olvidado. Tampoco importa mucho, aunque a veces pienso que fueron casi sus últimas palabras y me gustaría recordarlas, pero no lo consigo.

Calló unos instantes. Las palabras de su padre seguían sin regresar a su memoria.

—Cuando llegamos a aquella casa en plena montaña la entrada al garaje estaba en la parte trasera, en pendiente, allí todo está en una cuesta. En la parte delantera era imposible aparcar, la anchura de la calle no lo permitía.

El aspirante a detective asintió, las casas se encaramaban montaña arriba, a menudo daban a dos calles y la parte trasera, elevada y menos soleada siempre cobijaba los garajes.

Junto a la puerta el perro continuaba gimiendo.

—Desde el garaje se entraba directamente a la casa. Mi padre no podía dejar el coche en la rampa, nos hubiéramos mojado mucho hasta llegar a la entrada que estaba en la parte de delante, éramos dos críos. Para entrar por la puerta principal debíamos rodear primero el garaje y después el resto de la casa bajo el chaparrón, pero eso lo comprendí más tarde. Durante mucho tiempo no entendí por qué no dejamos el coche allí y entramos en la casa directamente, me parecía lógico, era lo más fácil.

El perro continuaba gimiendo lastimeramente y Lucas abrió la puerta de la cocina y le permitió pasar. El animal se alejó de él y se situó junto a los pies de Raúl. No



parecían llevarse bien. Continuó gruñendo muy bajito, como si murmurara su desacuerdo.

—Mi padre abrió la guantera, sacó todo lo que había, rebuscó, pero no encontró lo que necesitaba. Buscaba el mando a distancia. No estaba allí. Soltó un par de tacos y cerró la guantera de golpe. Más o menos lo de siempre, nada que yo no hubiera visto antes muchas veces. Él era así. Mi madre dice que era una persona apasionada, siempre lo disculpa. Yo creo que era un hombre... No sé, un hombre que se enfadaba fácilmente —el chico buscaba las palabras justas.

Raúl estaba convencido de que las había encontrado. «Se enfadaba fácilmente».

—Paró el motor y se desabrochó el cinturón. Sacó el móvil y llamó a su novia. Le gritó por teléfono, le preguntaba por el mando. Creo que ella le contestó que lo llevaba en el bolso. Mi padre no podía creérselo y gritaba: «¿En el bolso? ¿Y qué hace el puto mando en tu bolso?». Lo repitió muchas veces mientras golpeaba el volante con el puño. Gritaba: «¿Me puedes decir qué hace el puto mando en tu bolso? ¿En qué coño estabas pensando?». Creo que ella le pidió perdón, pero mi padre no iba a perdonarla tan fácilmente. No era su estilo. Siguió gritando hasta que colgó y volvió a golpear el volante muchas veces. Susurraba algo, pero no pude entender lo que decía. Yo había visto cosas así muchas veces y siempre me asustaba. Mi madre me tranquilizaba, me decía que no pasaba nada. Mi padre se ponía furioso enseguida y entonces parecía otra persona. Era otra persona.

El chico permaneció en silencio unos instantes. También él parecía extraordinariamente tenso y a punto de aporrear la mesa de la cocina.

Raúl asintió. No conocía mejor manera de alentarle a proseguir.

—Antes de salir del coche para entrar en la casa en busca de la llave del garaje dijo casi a gritos: «Yo la mato. Os juro que la mato. Os lo juro». Después cerró la puerta con tanta fuerza que el todoterreno se movió y nosotros con él. Llovía a mares. Mientras se alejaba continuó gritando. «Yo la mato. Os juro que la mato».

Lucas se sentó de nuevo, se llevó una mano a la altura del estómago como si sintiera ganas de vomitar y se encogió como si se hallara en una madriguera y no sentado a su mesa en el taburete de su cocina. Los recuerdos resultaban tan dolorosos que apenas podía continuar. Respiró profundamente antes de proseguir. Raúl pensó que quizás le fallaban las piernas. La cólera abría paso a los recuerdos y se transformaba en dolor ante los ojos del investigador.

—Llovía muchísimo, mi padre echó a correr. Volvió poco después con un llavero. No tardó mucho. Chorreaba. Intentó abrir la puerta del garaje y probó unas cuantas llaves. Le dio una patada a la puerta con todas sus fuerzas, como si quisiera romperla con el pie. Era nuevo en aquella casa y no sabía... Quizás era la primera vez que utilizaba aquella llave. A la primera patada le siguieron otras. Seguía gritando. Fue entonces cuando...

El chico echó la cabeza hacia atrás sin retirar las manos de su abdomen como para armarse de valor. Lloraba sin reservas. Volvió a inclinarse y el cabello le tapó el

rostro. Probablemente era su forma de evitar la mirada de Raúl.

—Daniel se desabrochó el cinturón, se inclinó hacia adelante y, mientras mi padre intentaba abrir el garaje y continuaba mojándose, quitó el freno de mano. Después volvió a ponerse el cinturón.

Raúl apenas podía creer lo que estaba oyendo.

—El coche rodó hacia adelante. Yo grité, pero no me oyó. Fue horrible, yo no hice nada, no reaccioné, no recuerdo si intenté quitarme el cinturón, yo era muy pequeño. Mi padre gritaba de dolor, pedía ayuda... Creo que no hice nada, Daniel tampoco. Fue mucho tiempo, no sé cuánto, pero fue muy largo. A mí me lo pareció. Después llegaron unos vecinos, tardaron en sacar el coche de allí, nos llevaron a la casa... A veces oigo sus gritos, es...

Raúl asintió. Nada más fácil que imaginar la espantosa escena que el chico vivió aprisionado en el asiento trasero de un coche ajeno.

—En aquel momento no comprendí. Fue mucho después, años después. Pero después... ¿De qué servía saberlo? Han pasado años. Mi madre parecía haber superado más o menos la separación y la muerte de mi padre. Y no había sido fácil. Yo tampoco podía probar nada. ¿Quién iba a creerme? ¿Cómo podía demostrar...? La policía dijo que mi padre no había frenado bien el coche. Que en un descuido quizás no acabó de... Durante mucho tiempo, durante años pensé que quizás yo mismo al moverme había provocado sin querer la muerte de mi padre.

—Entiendo. —Y era cierto, Raúl podía comprender el dolor del chico, su angustia y su rabia infinita.

—Hace casi un año, recordé. Era un día de lluvia, como aquel, mi madre conducía y yo iba a su lado. La furgoneta roja que teníamos delante se detuvo. Era una calle inclinada y mi madre puso el freno de mano. Cuando el semáforo cambió ella quitó el freno y, antes de que diera gas, nuestro coche se desplazó un poco, fue un movimiento parecido, una distancia muy corta. Sin ruido. Mi madre estaba despistada y tuvo que frenar de golpe para no empujarnos contra la furgoneta que estaba delante y que todavía no había arrancado. Entonces lo supe. Lo recordé todo. Parece increíble, pero recordé cómo aquel chico había bajado la palanca del freno y cómo volvió a colocarse el cinturón.

Hizo una pausa y se retiró el pelo que le ocultaba los ojos.

—Aquella tarde, cuando Daniel bajó la palanca el coche rodó hacia adelante sin el menor ruido. Llovía tanto que mi padre no pudo oír nada, tampoco había nada que oír. Estaba de espaldas intentando abrir aquella maldita puerta. No se apartó. No tuvo tiempo. Cuando se dio cuenta intentó salir de allí, pero no pudo, era tarde. Quedó...

Con un gesto Raúl le indicó que no era necesario que continuase, conocía de labios de Olga el final de la historia, sin embargo Lucas prosiguió. Se inclinó sobre la mesa y escondió la cabeza entre los brazos. La ira parecía haber desaparecido para dejar paso a un llanto antiguo. Los espasmos acompañaron a las lágrimas.

—Lo hizo. Mató a mi padre y no le pasó nada. No es justo.

—Por eso decidiste que debía recordar. Una vez al mes debía recordar lo que hizo. Tú mismo metías las notas en su taquilla, ¿verdad?

El chico asintió.

—¿Tenías una llave?

—No, no la necesitaba. Él no me conocía, lo seguí, me fijé en su taquilla, fue fácil, es un instituto. Todos los alumnos se parecen. En la parte de arriba hay espacio suficiente entre la puerta y el marco. Las metía por allí —respondió.

Y en sus palabras se apreciaba cierta forma de orgullo que salpicaba el llanto.

—¿Estuviste en el instituto hace muy pocos días?

—Sí, el 28 de octubre. Quería que la encontrara al día siguiente.

Era evidente que Lucas ignoraba que Daniel había muerto la víspera del 29 de septiembre, justo antes de recibir la nota correspondiente al mes anterior.

—¿Y en verano? ¿En julio y en agosto? ¿Cuándo no había clases?

—Fue algo más difícil, pero no imposible. Lo había seguido hasta su casa muchas veces, casi cada tarde. Llegó un momento en que no podía evitarlo. Lo había visto con su novia, con su perro, con un amigo... Sabía donde vivía. Parecía feliz, como si no tuviera problemas, como si todo le fuera bien. No era justo.

—No pudiste soportarlo.

—Daniel iba a menudo a la biblioteca a buscar libros y películas, sobre todo películas. Lo seguía hasta allí y cuando dejaba la mochila en el suelo o en su silla para buscar un libro yo metía la nota. En julio fue el 27, mamá y yo nos íbamos de vacaciones al día siguiente. En agosto no pude hasta el 30. Creo que no me vio nunca. Hizo lo que hizo y no le pasó nada. ¿No lo entiende?

—Por eso envenenaste a su perro, por eso suplantaste su identidad, para amargarle la vida, para que su chica...

—Mató a mi padre. —Y a sus ojos asomó de nuevo toda la angustia y la cólera que cabe en el cuerpo de un adolescente—. Se lo merecía —dijo apretando los dientes.

Raúl se puso en pie y acercándose al chico susurró:

—Lo que has hecho es un delito y ya no tiene remedio. Daniel ha recordado, puedes estar seguro. Lo que sucedió es espantoso, terrible, también lo fue para él, aunque sé que te cuesta creerlo. Él creyó estar protegiendo a su madre, pensó que tu padre estaba decidido a matarla. Pero lo que tú has hecho no es mucho mejor —las palabras sonaban tan vacías que Raúl se interrumpió a media frase.

El perro diminuto siguió los pasos de Raúl. Lucas continuó sentado en la cocina con la cabeza entre las manos ajeno al investigador que abandonaba la vivienda. No había consuelo para él.

No llamó al ascensor, decidió bajar a pie, necesitaba pensar. Por unos instantes olvidó el coche mal aparcado. A la altura del entresuelo recordó las palabras de la camiseta de Martí Colomines, también Lucas había visto cosas que costaba creer.



Llegó a la planta baja sin dejar de pensar en lo que acababa de oír y alcanzó el portal recordando las palabras del chico. La conversación con Lucas le había dejado mal cuerpo y peor mente. Antes de pisar la calle, justo cuando abría para salir, alguien se abalanzó violentamente sobre la puerta. La gruesa hoja de madera le golpeó las manos, el pecho, la nariz, la frente... Salió despedido hacia atrás. Trastabilló y cayó a pocos pasos de la puerta del ascensor, junto a los buzones.

Con penas, trabajos y un dolor insoportable en la mano fracturada, que afortunadamente no había llegado a posarse en el suelo porque seguía recogida en el pañuelo, recuperó la verticalidad. Mientras intentaba comprender lo que había sucedido un hombre alto lo sujetó por los hombros y lo empujó repetidas veces golpeándole en el pecho con las manos abiertas hasta arrinconarlo contra los buzones. Raúl lo reconoció con espanto antes siquiera de poder verlo. Era el calvo de la tela de araña, el de los brazos poderosos, el aliento turbio, la voz ronca y la navaja entre los dedos.

Se preparó como pudo para recibir una paliza. Eso o una herida mortal por la cual se le escaparía la vida en pocos segundos. Las piernas apenas le sostenían y se limitó a tensar cada uno de los músculos del cuerpo para aumentar la resistencia a los golpes. Repeler una agresión y salir airoso no formaba parte del currículum homologado por Bolonia.

El hombre enfurecido se limitó a asestarle un puñetazo en la mandíbula con el brazo recubierto por la tela de araña al tiempo que repetía:

—Eres un mierda, tío. Un verdadero mierda. Un capullo de mierda, un desgraciado, eso es lo que eres.

La cabeza de Raúl rebotó contra la doble hilera de cajas metálicas. El ruido bien hubiera podido alertar a algún vecino. No fue así. Nadie gritó por el hueco de la escalera ni corrió a socorrerle. La mano inmovilizada chocó descontrolada contra sus costillas. Dolía. Dolía terriblemente. Durante unos instantes creyó que se desmayaría, que se desvanecería como el mierda que era. El golpe difícilmente hubiera sido más contundente de haberle golpeado su agresor con un puño americano.

El hombre, al que observó que le faltaban algunos dientes, esperó unos instantes antes de afirmar:

—Me has jodido bien, cabrón. Me has jodido bien.

En la distancia corta parecía estar en plena forma y seguía oliendo a tabaco y a cerveza. Quizás también a cólera desbocada.

—Me has jodido bien —repitió como si no pudiera formular otra frase mientras cabeceaba en sentido afirmativo.

A punto estuvo de asegurar que lo sentía y de ofrecerle su ayuda no del todo desinteresada. No lo hizo. Afortunadamente el sujeto del puño de acero no había sacado la navaja a pasear. Respiró aliviado al comprobar que el desconocido se marchaba con la cabeza baja y sin mirar atrás ni dar más explicaciones. No hubo nuevas amenazas ni apareció el reluciente filo a la altura de su yugular. Tampoco otros argumentos que le permitieran entender tanta ira. El sujeto cabreado se había limitado a afirmar que era un mierda.

Y quizás no andaba errado. Al menos así era como se sentía Raúl que, terriblemente dolorido y no menos aturdido, se sentó en el arranque de la escalera hasta que por fin dejó de sentir que el cerebro le bailaba en el interior de la bóveda craneal.

Pasados largamente los diez minutos comprobó que las piernas respondían y que seguía gobernando su mandíbula inferior. Consideró que podía echar a andar. Calculó que, aún caminando sin prisa, el sujeto del puño de acero debía andar lejos. Se puso en pie, las piernas le obedecieron. Le dolía casi todo, el trasero, la mano fracturada y la que no lo estaba, con la que había intentado aminorar el impacto, la nariz, el tórax, la parte posterior de la cabeza...

El hombre no había pretendido matarle. Era evidente y resultaba tranquilizador. De haberlo intentado no le cabía la menor duda de que lo habría conseguido sin esfuerzo. A ojos del desconocido y de sí mismo él no era más que otro mierda. Uno más. Uno de tantos. El mundo estaba lleno de gente como él, capullos de mierda que nunca protagonizarían acto heroico alguno. En cada rincón, a cada paso. Miles y miles de capullos de mierda que apenas conseguían ir tirando y que no lograban entender de qué iba este maldito mundo.

Afortunadamente el coche paterno seguía en su sitio y no había ningún aviso de multa. No todo tenía por qué salir mal.

## Cuarta parte

Dejar de nuevo el llavero y el mando a distancia del Seat Ibiza en el cajón de la cómoda no fue cosa fácil. Improvisó una excusa más o menos creíble. No miró a su madre a la cara por miedo a que intuyese el encontronazo que acababa de sufrir y advirtiese el rastro del golpe reciente recibido en el maxilar. Por fortuna todavía no tenía cardenales a la vista y siempre podía aludir al dolor de la mano rota. Estaba convencido de que su madre, como tantas otras, como casi todas, poseía sorprendentes facultades adivinatorias. Magdalena Díaz llevaba años demostrando una clarividencia que escapaba a todo intento de racionalización. Hacía mucho tiempo que Raúl había dejado de intentar comprender sus superpoderes.

Dijo necesitar un libro que guardaba en su habitación y pilló el primero que encontró. Aprovechó para enrollarse al cuello una bufanda de doble vuelta que le alcanzaba el maxilar pretextando la proximidad del mal tiempo y aceptó, sin oponer la habitual resistencia, el ofrecimiento de su madre con el propósito de mantenerla ocupada y poder restituir las llaves. Prepararle algo de comida para llevar la obligaba a trastear durante unos minutos en la cocina. Su padre seguía en la ferretería, al pie del mostrador. Dada su facilidad para abstraerse, de haberse encontrado en el piso, Gabriel Forcano tampoco habría supuesto un obstáculo.

Abandonó la vivienda al cabo de muy poco con una fiambreira de plástico que contenía una docena larga de albóndigas en salsa. Era el plato estrella. Siempre albóndigas en algún rincón de la nevera o en el congelador. En algún momento muy lejano de su niñez Raúl había mostrado su predilección por ese plato. Su madre parecía dedicarse en cuerpo y alma a conseguir que acabara aborreciéndolo. Mientras esperaba el ascensor Magdalena Díaz recordó:

—¡Espera, hijo! No te vayas —gritó antes de abrir la puerta que su hijo acababa de cerrar a su espalda.

Y Raúl, con un pie en el ascensor, escuchó a contrapelo.

—Poco después de que te marcharas ha llamado al portero un hombre preguntando por ti. No ha querido explicarme qué quería. Le he dicho que acababas de marcharte. Creo que no le ha gustado nada. Ni me ha dado las gracias, yo diría que te ha llamado «hijo de puta». ¿No te habrás metido en ningún lío?

Raúl contestó que tenía prisa y que no, que no se había metido en ningún lío. Renunció a bajar en ascensor para abreviar las explicaciones e improvisó lo que pudo: que debía ser el compañero de facultad que pasaba a recoger justo el libro que iba a prestarle. Ya había hablado con él, por eso había regresado, porque hacía días que su amigo lo necesitaba y no se había acordado. Tenía tantas cosas en las que pensar, se excusó. Esperaba que su madre, que no tenía un pelo de tonta, no hubiera



podido leer el título del ejemplar que había guardado en la bolsa junto a la fiambarrera, *Maigret y el inspector cadáver*, el número veinticinco de la serie del Inspector Maigret.

—Me he asomado a la ventana y no tenía buena pinta, yo diría que iba tatuado —añadió su madre casi a gritos por el hueco de la escalera con manifiesta desconfianza—. No parece que vaya a ninguna facultad. —Una verdadera experta en hallar indicios incriminatorios.

Hizo el trayecto hasta el piso de la calle Escocia con el ánimo sombrío. Sentía verdadera lástima por Lucas e intuía que difícilmente podría explicarle a Olga lo sucedido sin señalar al chico y sin que ella lo culpabilizara de inmediato de haber inducido la muerte de Daniel. Ella buscaba una explicación y a poder ser un responsable. Necesitaba comprender lo incomprensible y Raúl, que había conseguido ambas cosas, no vislumbraba cómo podría exponer los hechos sin propiciar nuevas víctimas colaterales. Aparentemente aquella era la historia triste de un desgraciado malentendido, del error fatal de un crío que solo pretendía proteger a su madre a toda costa. Una tragedia que no hubiera ocurrido si ocho años atrás, el 29 de enero, no hubiera llovido torrencialmente o si alguien no se hubiera llevado involuntariamente el mando a distancia tras abrir la puerta del garaje.

Raúl no quería perjudicar a Lucas, pero tampoco deseaba mentir a su cliente. Un callejón sin salida. Por otra parte, intuía, con la inestimable ayuda de un intento de atropello, de una amenaza en toda regla y de un golpe contundente en la mandíbula, que, más allá de Lucas y de su madre, había alguien interesado en que el investigador no llegara al fondo del asunto.

Debería pensar en ello y debería hacerlo con la cabeza fría tras compartir un plato de albóndigas con Alejandra en el destartalado piso de la abuela Ascensión al que interiormente todavía seguía llamando así: el piso de la abuela Ascensión.

Antes de subir pasó por un supermercado y escogió un rioja asequible que le pareció que escoltaría bien a la carne guisada y una barra de pan. Una copa de vino acompañaría mejor las confidencias y quizás, aunque apenas se atrevía a pensar en ello, facilitaría la aproximación.

El piso estaba vacío cuando Raúl dejó en la cocina el vino y el recipiente de plástico. Llamó con los nudillos a la puerta de la habitación de Alejandra para decirle que había traído la cena. El silencio por toda respuesta. Quizás la chica no había llegado todavía.

Con dificultad, a causa de su mano derecha dolorida e inutilizada, dispuso las albóndigas en una sartén y buscó un par de copas en una vitrina de la que todavía no se había librado pero que tenía las horas contadas. Buscó una pastilla para el dolor y se la tragó con un suspiro esperando poder olvidarse momentáneamente de su mano rota.

Despacio y con todo el tiento que exigía disponer de una sola mano hábil, preparó la mesa con lo mejor que encontró. Había resuelto el caso, aunque a su pesar no podía

darlo por cerrado. Si uno busca un motivo de celebración siempre acaba por encontrarlo. Un mantel color salmón con floripondios rojos, un par de copas de vidrio tallado con el pie excesivamente alto y los platos de los días festivos de los que desaparecían por desgaste las flores azuladas. El arreglo dejaba bastante que desear. Sentía hambre y ganas de compañía. No tenía mensajes de Alejandra en su móvil, ningún aviso alertándolo de una posible demora. Pensó que no tardaría en llegar y decidió darse una ducha rápida.

Tardó unos minutos en caer en la cuenta de que en el lavabo no quedaba nada que hubiera pertenecido a Alejandra. Mientras se secaba el pelo con una toalla que sostenía con una sola mano frente al espejo reparó en que había desaparecido su neceser de flores rojas, su champú alisador, su cepillo de dientes color rosa chicle y la crema hidratante que olía a jazmín. No quedaba nada.

Ni el menor rastro. La llamó varias veces sin obtener respuesta.

La perplejidad dio paso a la alarma.

No podía creerlo. Permaneció inmóvil con la vista clavada en la vieja repisa de cristal y la incredulidad hincada en el pecho como un machete. Salió del lavabo sin pensarlo dos veces y sin recordar la mano fracturada, que golpeó involuntariamente contra la puerta y le arrancó un grito. El estómago se desplazó violentamente hacia arriba, podía notarlo encaramado a la altura del esternón y de nuevo sintió las agujas de pino en el sobaco. Casi inmediatamente experimentó náuseas y se inclinó hacia adelante sin pretenderlo.

Nada quedaba en la habitación blanca. Ni la bolsa enorme con sus cosas, ni sus camisetas apiladas sobre la silla de tijera, ni sus libros cerca del flexo ni el cargador de su móvil junto al enchufe. Alejandra había doblado la ropa de cama y retirado el colchón que descansaba ahora arrimado a una pared. La chica había desaparecido de repente, sin explicación, sin previo aviso. A traición. Sin una nota a la vista ni un triste mensaje en el móvil.

Raúl se derrumbó, se sentó en el suelo apoyándose en una de las paredes pintadas recientemente. La tensión acumulada durante días se precipitó al exterior en forma de lágrimas y de respiración entrecortada. Permaneció allí durante mucho rato. Horas. También él necesitaba comprender lo incomprensible, encontrar una razón, un responsable...

No era más que un capullo de mierda asustado y perplejo.

Comprender lo incomprensible.

A toda costa, a cualquier precio.

La botella entera de rioja no sirvió de mucho. No encontró la tranquilidad que necesitaba ni sintió que aumentara ni un ápice su lucidez. Durmió poco y mal, a cortos intervalos salpicados de malos sueños. Se despertó en una ocasión antes del amanecer y lo hizo empapado en sudor y con el corazón desembridado tras haber creído contemplar cómo una araña enorme, de ojos y antenas amarillos, que le recordó a un taxi peludo, subía por su brazo hasta el hombro, llegaba hasta el cuello y alcanzaba la cercanía de los labios. Gritó y escupió antes de comprender que se trataba de un sueño. Una pesadilla pavorosa.

Se despertó sudoroso y alarmado. Temblaba.

Se arrebujó en el saco de dormir e intentó recuperar la calma. Necesitaba pensar y sentía la mente ingobernable y embotada todavía por el vino además de una tristeza que lo empañaba todo. Recordó la ausencia inexplicable de Alexandra, la chica de los ojos increíbles. Le dolía no encontrar para ello una explicación satisfactoria. No conseguía olvidar el golpe del sujeto calvo que le había llamado «capullo de mierda» y recordó a Lucas explicando entre lágrimas la espantosa muerte de su padre y su afán de justicia. Un cúmulo de desastres, que como en una viñeta cómica, giraban en torno a su cabeza en una espiral infernal.

No consiguió centrar su pensamiento ni sacar nada en claro y acabó, muchas vueltas y mucho cansancio más tarde, por volver a dormir. De nuevo tuvo un mal sueño. Escapaba al volante de un coche enorme de color rojo de la persecución de un individuo al que no pudo reconocer. Sujetaba el volante con ambas manos y sentía miedo. Permanecía con la vista en el cristal trasero y conducía sin atender para nada al resto de la circulación. Todo es fantástico en los sueños. Superaba calles y más calles sin respetar un semáforo, atravesaba una plaza desierta sin remilgos tras ignorar el bordillo y hollar despiadadamente los parterres y emprendía una carretera desolada a toda velocidad por el centro de la calzada. Pisaba el acelerador con el convencimiento de que se jugaba la vida en el empeño.

Una locura espantosa.

Una visión suicida.

En el maldito sueño y, sin saber cómo ni por qué ni en qué momento, Raúl abandonaba el vehículo y continuaba la huida a pie. Se reconoció atravesando media ciudad a la carrera. Corría junto a los coches que circulaban por la Ronda Litoral, una vía rápida. Superaba en paralelo a los vehículos, recorría los túneles acompañado del fragor propiciado por los muros subterráneos y pasaba de largo ante el puerto, la Barceloneta, el Fórum... Seguía corriendo con un ímpetu sobrehumano y sin cansancio aparente durante kilómetros hasta la cercanía de las chimeneas de la

incineradora junto al Besòs. A su espalda un utilitario oscuro de faros potentísimos y un hombre en su interior del que no conseguía distanciarse.

Se despertó nuevamente tras haberse desplomado súbitamente en mitad de la arteria rápida que circunvalaba la ciudad. De haber continuado dormido y de haber tenido el sueño alguna lógica los vehículos le hubieran pasado por encima y hubieran triturado órganos y huesos.

No fue así.

Harto de pasarlo mal no intentó volver a dormir. Se puso en pie, se lavó la cara con agua fría y con una sola mano para retirar el rastro del vino y conjurar el sopor y el miedo y se preparó un café. Un mal café que no obró el menor efecto y que acabó con un gruñido. A solas se permitía ruidos impensables en presencia de Alejandra. Pensó en ello unos instantes y se sintió todavía más triste.

Buscó papel y un bolígrafo y fijó lo sucedido el día anterior sobre un cuaderno. Era la mejor manera de proceder, así lo aconsejaban tanto los profesores de la facultad como los investigadores en activo: papel y lápiz.

Reconstruyó con la máxima precisión posible los días pasados. Ordenó los hechos, los agrupó en secuencias, anotó fechas, horas, declaraciones... Le dio a todo ello vueltas y más vueltas y creyó intuir un vínculo, la sombra de una relación. Dedujo que había cometido el peor de los errores posibles, una equivocación de principiante, el desliz propio de un capullo de mierda, de un botarate que no sabe conservar la cabeza fría. Ni la boca cerrada.

Aulló de dolor al golpear la mesa con los puños.

Con Alejandra o sin ella, con el calvo de la navaja y la tela de araña pisándole los talones y, a pesar de todos los pesares, dedicaría la mañana a tirar del último cabo suelto. De los errores se aprende, había oído decir. Y, aunque no todos los refranes albergaban una certeza, aquella era su certeza necesaria. Estaba dispuesto a sacar algo en claro de la torpeza cometida.

En la acera ni el menor rastro del desconocido que incrustó el puño en su mandíbula.

Mientras una joven intentaba obtener unos billetes del dispensador automático una hilera de personas, en su mayoría jubiladas, aguardaban pacientemente a ser atendidas por el único empleado que la entidad bancaria situaba abiertamente cara al público. Probablemente se trataba del último en llegar y, de seguir con fusiones, absorciones y recortes, del primero en desaparecer de la plantilla de la sucursal.

La población en general había acabado por aceptar los rigores de la indiferencia mercantilista. Algunos rezongaban, otros aludían a sus achaques y no quedaba una silla libre para aliviar la espera, pero nadie protestaba a pesar de que la demora sobrepasara la media hora y de que cuatro sillas no bastaran para la docena larga de clientes que aguardaban turno.

Raúl, que había alcanzado la sucursal con el ánimo enardecido y dispuesto a dejarse el aliento en mil batallas, torció el gesto. No era su estado de ánimo habitual, pero de no andar con prisas bien hubiera podido soliviantar a la maltratada clientela. Ganas no le faltaban. Ni rabia.

A través del cristal velado que separaba el despacho del espacio común comprobó que Salvador Carreras atendía a un cliente. Necesitaría paciencia y no le sobraba. No aquel día. Con cara de pocos amigos montó guardia arrimado a la puerta hasta que el hombre, con una carpeta de cartón bajo el brazo y en el rostro una profunda disconformidad, abandonó el despacho. Sin esperar el permiso para entrar, se plantó aparentando seguridad ante la mesa en la que Salvador Carreras anotaba alguna cosa.

Cuando levantó la mirada el director de la oficina bancaria apenas pudo controlar el gesto de sorpresa y desagrado. El habitual rictus de severidad se acentuó y dos líneas de expresión unieron el nacimiento de sus cejas con el arranque de su cabello. Tras los cristales sus ojos se entornaron levemente. Carreras afilaba la mirada como si al hacerlo pudiera atravesar al sujeto y comprender así sus intenciones más íntimas. En esta ocasión su corbata era de un delicado rosa malva, probablemente un regalo de su mujer. La corbata era la única nota afable en toda su persona. Al menos eso interpretaba Raúl que experimentaba una intensa aversión hacia el padre de Daniel.

—Me gustaría poder decir que me alegro de verle. Pero le mentiría, y creo que ya lo sabe.

Raúl tomó asiento sin esperar una invitación y sin molestarse en responder al exabrupto. Tampoco en esta ocasión hubo preámbulos. Con gesto de profundo hastío Carreras recuperó las gafas que había abandonado sobre la mesa y resopló. Parecía cansado. Probablemente lo estaba.

—Necesito que responda un par de preguntas. Y no me moveré de aquí hasta que no lo haga.

—Puedo llamar a...

—No creo que se moleste —le interrumpió Raúl plantando los antebrazos en la mesa con el dolor que acarreaba en toda ocasión olvidar su mano rota—. No le conviene, y usted lo sabe.

—Sobre lo que me conviene o no, me reservo la opinión. Pero, está bien. Está en su derecho. Dispongo de un cuarto de hora.

—Ponga media hora, no creo que le convenga ir con prisas. Sé lo que ocurrió aquel 29 de enero.

—Eso es lo que buscaba, ¿no? Pues ya lo tiene. Estará contento. Ahora me dirá qué hace aquí. Tiene la información. ¿Por qué ha venido? No será por el placer de conversar conmigo. Si acepta dinero podemos llegar a un acuerdo, aunque no pensé que fuera usted...

—No es por placer y no quiero su dinero. Quiero saber por qué oculta la información. ¿Por qué no quiere que su exmujer averigüe lo que pasó?

—Eso es asunto mío y de mi exmujer, aunque usted no lo crea. Por otra parte no creo que usted pueda demostrar nada.

Había entornado los ojos y su mirada desafiante parecía retar a su interlocutor. Un duelo a primera sangre.

—Sí puedo —aseguró con la mayor convicción. Cada vez mentía mejor—, pero no creo que sea necesario.

—Se equivoca, no puede demostrar que yo estuviera al corriente. Nadie lo sabe. Por lo demás no creo que baste con la palabra de un chico que era un niño cuando ocurrió.

—No me hará falta. No tengo que convencer a la policía, solo a mi cliente. Y respecto a si usted lo sabía o no, es cuestión de atar cabos. No creo que Olga necesite muchas pruebas, no creo que las exija. Si pensamos en la secuencia de los hechos, usted es el único que pudo... —no continuó la frase, la mirada de Carreras le indicó que no era necesario—. Ella solo quería conocer la verdad. Está en su derecho y yo se la explicaré, pero no entiendo por qué necesita usted...

Los rasgos de Salvador Carreras se contrajeron y adelantó una mano como para detener un alud al tiempo que inclinaba el torso hacia adelante. Había cierto alivio en sus ojos muy abiertos. A punto estuvo Raúl de retroceder unos centímetros. Afortunadamente controló el impulso a tiempo. No se movió.

—No puede hacer eso. ¿No lo entiende? Si no lo ha hecho todavía, no lo haga. Por favor. No puede explicarle lo que pasó, la destrozará.

—¿Qué es lo que no entiendo?

—Olga no puede saber lo que ocurrió. La verdad la matará, acabará con ella. Será la puntilla, su final.

—Ya está destrozada, y creo que le consta. Su único hijo se ha suicidado y necesita entender sus razones. Ella le pidió ayuda y usted...

Salvador Carreras cerró los ojos y permaneció en silencio unos instantes. Recapitulaba.

—Olga me habló de las notas con el «Yo la mato», fue entonces cuando comprendí lo que había pasado, cuando comprendí a Daniel. No sabía lo de su perfil en Facebook y en su momento tampoco le di importancia a la muerte de Ridley, pensé que eran cosas que pasan. No había pruebas de que se tratara de un envenenamiento y pudo ser casual. Y, aunque hubiera sido así, aunque hubiera quedado claro que fue envenenado, con tanto tarado suelto probablemente en aquellos momentos no hubiera establecido una relación con Lucas. Pero cuando Daniel murió y ella me habló de esas notas... No se lo negaré. No fue difícil atar cabos. Yo tenía información que Olga no conocía.

—Sigo sin comprender.

—Olga también me habló de una agencia a la que había acudido, una agencia de detectives que le pedía una fortuna. Ella no podía pagar los honorarios y me negué a colaborar.

Carreras se interrumpió unos instantes.

—Olga no podía comprender que me negara a correr con la mitad de los gastos. Nunca fue una cuestión de dinero. Me llamó de todo y me odió todavía más, pero me mantuve firme, inventé una excusa, le hablé del derecho de Daniel, de... No sé, improvisé lo que pude. Quizás Daniel estaba gravemente deprimido y ni ella ni yo lo habíamos advertido. Eso le dolió pero no tuve otro remedio, la verdad era mucho peor. Pero ella no se resignó y comprendí que no se rendiría. Si no podía contratar a un detective de verdad, lo intentaría de otra manera.

Durante unos instantes Carreras cerró los ojos y en el despacho se hizo el silencio.

—Me explicó que le habían hablado de un chico, de un estudiante de Criminología con ganas de sacarse algún dinero. Le habían asegurado que era un chico listo y sin licencia. Ese era usted.

—¿Cuándo le habló de mí?

—Unos días antes de contratarle, dos o tres días después del funeral de Daniel. Nos vimos. Olga me llamó, dijo que necesitaba verme. Estaba desesperada. No dejaba de darle vueltas a la cabeza. Y la entiendo, claro que la entiendo, cómo no voy a... Si yo estuviera en su lugar... No podía aceptar que Daniel se hubiera quitado la vida. Ni ella, ni yo ni nadie. Olga esperaba que yo la apoyase, que quisiese llegar hasta el final del asunto, pero le di largas. No podía hacerlo. Yo sabía todo lo que debía saber, no necesitaba un investigador. Y Olga tampoco, pero ella no lo sabía. Me insultó, me pegó, soltó todo lo que tenía contra mí. Pero yo no podía hacer otra cosa.

Carreras elevó la mirada por encima de Raúl, la fijó en algún lugar a su espalda, como si así pudiera ahuyentar el recuerdo.

—Aguanté como pude y le pedí su nombre, dije que comprobaría que no fuese usted un estafador. Me lo dio. Tenía que impedir que alguien llegara a la misma conclusión a la que yo había llegado.

—Pero esa conclusión de la que usted habla es la verdad. La verdad es lo único que ella...

—La verdad... —le atajó con una media sonrisa envenenada—. ¿Qué sabrás tú de la verdad? —preguntó acortando distancias y saltando a un tuteo que a Raúl le resultó amedrentador—. Es mucho más dolorosa la verdad. Esa verdad de la que hablas es cruel, la matará. Olga no podrá... Daniel no pudo asumir la verdad, ¿no lo entiendes? ¿Eso es lo que pretendes, que no levante cabeza nunca más?, ¿que acabe como acabó él?

Salvador Carreras bajó la vista hasta sus manos que descansaban juntas sobre la mesa y permaneció unos instantes en silencio. Cuando la levantó parecía otro hombre, alguien más humano, menos autoritario, alguien que podía equivocarse. Alguien que se equivocaba de vez en cuando.

Raúl cabeceó.

—Yo solo quiero responder a mi cliente con...

—Sí, ya, con la verdad... —repitió Carreras—. Bonitas palabras. La verdad, la ley, la justicia... Suenan bien, siempre suenan bien. Ahora me dirás que trabajas para que se haga justicia. ¿No es así?

Raúl ignoró el comentario de Salvador Carreras. También a él sus palabras le resultaban ampulosas.

La verdad.

La ley.

La justicia.

—Y tuvo usted tiempo de buscar a alguien que le informara de todos mis movimientos, de todo lo...

Un par de golpes en la puerta sobresaltaron a Raúl que casi involuntariamente se reacomodó en la silla. Carreras se limitó a corregir la trayectoria de su mirada. Pudo oír la voz de una mujer joven, pero no pudo verla:

—Disculpen. Señor Carreras, la señora Miralles acaba de llegar. La había citado usted.

—Dile que tengo para una media hora, un imprevisto, Cristina, que espere un momento y la atenderé. Ofrécele un café. Mejor aún, discúlpate, dile que hemos tenido un problema, que tengo que acompañar a un cliente al notario. Pídele que espere o que vuelva mañana, regálale un calendario, estará contenta. Lo que te parezca mejor, tú misma.

La chica asintió y se retiró sin replicar.

—Acompáñeme —ordenó.

Tampoco Raúl se atrevió a replicar.



Atravesaron la oficina bancaria, cruzaron la calle y Carreras le indicó una cafetería llamada Jamaica. El establecimiento había sido diseñado varias décadas atrás a semejanza de algunos locales americanos en los que la clientela se acomodaba en compartimentos estancos. Incómodos bancos de piel sintética a ambos lados de una mesa alargada preservaban la intimidad y dificultaban la aproximación o el alejamiento. En la barra, un par de hombres con mono de trabajo trasegaban un bocadillo con la ayuda de una jarra de cerveza. Ninguno de ellos parecía interesado en sostener una conversación. En un rincón, junto a la puerta de los lavabos, una máquina tragaperras reclamaba en vano la atención de la escasa concurrencia.

Un camarero que parecía necesitar urgentemente la jubilación se acercó con un café con leche que dejó frente a Carreras y le preguntó a Raúl qué deseaba. Atado a la cintura un delantal mínimo que tiempo atrás fue blanco y que parecía haberle acompañado durante toda su vida laboral y en la voz el tono desabrido del que preferiría estar en cualquier otro sitio.

—Gracias, Joan.

Y Joan se limitó a alejarse arrastrando los pies en busca de un café solo para Raúl.

—Está en lo cierto. Así es. Necesitaba conocer sus movimientos. Y no fue difícil. Usted es un principiante y ella una mujer guapísima y con mucho talento. Alejandra es mi sobrina, bueno, es hija de una hermana de mi mujer. De Inma, mi mujer actual. No estudia Derecho, sino Arte Dramático. Y es buena, muy buena. Y se prepara a conciencia. Ya lo ha visto. El día que se conocieron era la primera vez que pisaba aquella facultad.

—Supongo que tampoco es argentina.

Carreras negó con una mueca extraña que recordaba a una sonrisa tristona y añadió recuperando las distancias:

—Supone bien. Ni lo es ni conoce el país. Nació y sigue viviendo en Sants. Y tampoco se llama Alejandra sino Victoria.

Raúl confirmó lo que había alcanzado a intuir en las últimas horas. Fue doloroso, una verdadera puñalada, pero intentó no alterar el gesto. Como si no le importase. La dignidad es el último reducto que les queda a quienes van perdiendo miles de cosas por el camino.

—Pero los ojos son suyos, completamente suyos, se lo aseguro —añadió Carreras con cierta complicidad—. Los ojos de la familia.

—¿Y el calvo de la telaraña? ¿Otro pariente? ¿Un cuñado? ¿Un primo? ¿Un amigo de cuando iba a la escuela? —preguntó Raúl con sarcasmo—. ¿O un colega de

Victoria que también estudia Arte Dramático? Si es así, le aseguro que es muy convincente. Un putito *crack*.

—No exactamente. Es un cliente.

—¿Un cliente? Yo le llamaría un sicario, creo que le va mejor, mucho mejor. Tiene aptitudes.

—Solo tenía que asustarle, tenía que hacerle desistir.

—Pues sabe lo que se hace, por poco se le va el asunto de las manos. Le habré explicado que casi me mata.

—Créame, es un pobre desgraciado que viene por aquí, alguien que me debía un favor —intentó zanjar Carreras—. Y sí, me lo explicó, pero me dijo que controlaba, que solo fue el susto.

—Creo que entiendo. Un cliente. Ya. ¿Estamos hablando de un desahucio? ¿De un embargo?

Carreras inclinó la cabeza hacia su hombro desaparejo. No negó.

—Y usted, como buen samaritano...

—El desahucio es el menor de sus problemas, tiene una historia complicada y deudas por todas partes. Se vio envuelto en un accidente de tráfico y perdió la camioneta con la que se ganaba la vida. También está acusado de algún delito menor, algo relacionado con posesión de coca. Debe dinero por todas partes y el banco no es el peor de sus acreedores. Créame. Por otra parte no creo que el desahucio llegara a ejecutarse, los bancos ya no quieren pisos, ya no saben qué hacer de tanto piso. Y este no es una excepción.

—Pero eso él no lo sabe. ¿Me equivoco?

Carreras inclinó la cabeza. No contestó. No era necesario. Raúl apenas podía creer lo que acababa de saber.

—¿Sabe que puedo denunciarle por extorsión? —atacó Raúl.

—Y yo a usted por ejercer sin titulación y sin licencia —respondió Carreras con impaciencia—. No me venga con esas. Ambos sabemos ya a qué estamos jugando. Creo sinceramente que no le conviene. No puede probar nada. No hay documentos y ni Victoria ni mi cliente declararán en mi contra. Puede estar seguro. En cambio yo puedo demostrar que andaba usted preguntando. No me costaría nada. Además usted no lo sabe todo, no conoce mis razones. Ahora que está aquí y que sabe lo que sabe puedo explicárselo, quizás pueda comprender por qué he tratado por todos los medios de que no llegara hasta el final.

—Me gustará ver cómo lo hace. Inténtelo, por favor —le animó Raúl y sus palabras sonaron a desafío.

Su interlocutor asintió y levantó una mano por encima del banco. El camarero avanzó tras la barra hasta situarse a su altura. Carreras aproximó el índice y el pulgar en el aire y Joan, el camarero de pocas palabras y menos contemplaciones, comprendió al instante. Segundos después colocaba un vasito de *whisky* sin hielo junto a la taza vacía del café con leche.

—Me disculparé, pero lo necesito —dijo Carreras con sorna llevándose el vasito a los labios y dando un sorbo muy corto—. Estos días han sido muy duros, una pesadilla. La muerte de Daniel... Es lo peor que me ha pasado. Lo peor.

—Tengo entendido que no se veían ustedes mucho —comentó Raúl que necesitaba atacar y herir a su oponente.

—No me creará, y tampoco es que me importe, la verdad. No sé ni por qué se lo explico. Lo veo más ahora que antes. No puedo dejar de ver a mi hijo. En sueños, cuando se me va el santo al cielo, en cuanto dejo de estar ocupado... Lo veo en la mesa de autopsias, después de... Lo imagino allí, sobre el acero, pienso que debe tener frío, que... No sé por qué le cuento esto. Es... Es insoportable. Pero a usted Daniel no le importa. Y Olga tampoco, en definitiva. También usted, a su manera, es un mercenario. Va usted a cobrar por hacer daño.

De un trago acabó el licor restante. El vasito resonó al dejarlo sobre la mesa con más ímpetu del debido. Raúl advirtió que tenía los ojos anegados por las lágrimas y que eso le humillaba.

Apartó la vista.

Carreras carraspeó, como si al hacerlo apartara los peores pensamientos.

—Pero tiene usted razón. Así era, lo veía solo de tarde en tarde y porque yo insistía. Fue Daniel, fue mi hijo el que se alejó de mí. No yo. Aunque Olga seguro que le habrá dicho justo lo contrario, que yo no tenía interés, que pasaba de él. Si me lo permite le explicaré todo lo que sé. No necesito su perdón ni pretendo justificarme, pero quizás consiga que se cuestione la conveniencia de informar a Olga de lo que pasó. Quizás...

No acabó la frase.

Carreras balanceó la cabeza unos instantes mientras entornaba los ojos, fruncía los labios y, repitiendo el gesto que al camarero le resultaba familiar, pedía otro *whisky* muy corto.

—¿Por eso me mintió? ¿Por eso me dijo que no recordaba nada que hubiera sucedido un 29? ¿Por que creía que la verdad perjudicaría a su mujer? ¿Es eso? —le animó Raúl con un gesto al tiempo que se apoyaba en el respaldo acolchado de la bancada y se disponía a escuchar.

Carreras permaneció unos instantes con los ojos cerrados, como si buscara las palabras en la oscuridad de sus párpados. Cuando los abrió el camarero se alejaba ya tras haber retirado la taza de café. Antes de empezar a hablar se llevó el canto de la mano hasta los ojos para retirar las lágrimas.

—Está bien. Habrá deducido que si Daniel quitó el freno de mano fue para proteger a su madre, pensó que aquel «yo la mato» era una declaración de intenciones y que cuando Olga llegara a casa Carlos la atravesaría inmediatamente con un cuchillo o le dispararía una bala al corazón. Era un crío y, por lo que tengo entendido, Carlos Calvo una persona muy irascible, un punto colérico diría yo, pero eso es una opinión, nada más. De hecho no llegué a conocerle. Mi hijo pensó que era una

amenaza de muerte. Parece imposible, pero apenas conocía a aquel hombre, solo era un crío asustado. Así de estúpido fue lo que pasó.

Asintió unos instantes con los ojos entornados.

—Tras la muerte de Carlos mi hijo pasó dos semanas en mi casa, con Inma y conmigo, pensamos que era mejor alejarlo de tanto dolor, por otra parte Olga no podía atenderle, estaba... Tardó semanas en reponerse. Creo que hicimos bien. Daniel estaba completamente colapsado, casi ni hablaba, no comía, se quedaba abstraído con cualquier cosa, no respondía cuando lo llamabas. No había contestado a las preguntas de la policía, se quedaba callado durante horas con la vista baja. Un buen día dejaron de insistir. Por lo que sé lo de Lucas fue peor, mucho peor. Pasó horas gritando, pidiendo ayuda como si todavía pudiera salvar a su padre. Era tan pequeño que nadie insistió en preguntar, no parecía capaz de explicar nada. Lo atribuimos a lo duro del suceso que acababan de presenciar, una muerte horrorosa y en directo. Un *shock* traumático en toda regla.

Hizo una pausa y tosió un par de veces. Sus primeras palabras sonaron ásperas al reanudar su explicación.

—A nadie le extrañó que Daniel tardara en reaccionar, los expertos nos dijeron que necesitaría tiempo, que no presionáramos. El caso es que una noche, mientras lo acompañaba a la cama, me di cuenta de que lloraba y de que intentaba que yo no pudiera verlo. Hice lo que pude, le juré mil cosas, le prometí que todo se arreglaría, que no pasaría nada y mi hijo acabó por hablar. Me explicó lo que había pasado, que había bajado la palanca, que pensó que aquel hombre mataría a su madre. Después, aterrorizado, volvió a subirla todo lo que pudo, pero ya era tarde. No sabía cómo retirar el coche. Se asustó. Por eso la policía dedujo que Carlos no había puesto el freno correctamente, porque mi hijo no pudo hacerlo por completo al intentar rectificar. No tenía fuerza suficiente.

Al arrogante director de banca la voz se le llenó de lágrimas. Dejó de hablar y bajó la mirada. Los hombres con mono de trabajo habían abandonado el bar, la máquina tragaperras había dejado de sonar momentáneamente y Joan, el camarero, seguía las noticias en los rótulos que aparecían y desaparecían en un televisor al que había quitado el volumen. Durante unos instantes en la cafetería el silencio fue una presencia más.

Raúl se sintió violento y desvió la vista hacia la calle.

Una mujer varada frente a la cristalera del local que sostenía un cesto de la compra en la mano hablaba con un anciano que se apoyaba en un bastón. Tampoco a ellos podía oírlos. Un silencio de cripta. Salvador Carreras, ocupado en intentar controlar el habla, pareció no darse cuenta.

—Pude entenderlo, yo mismo le había advertido que nunca tocara el freno de mano, le había explicado en más de una ocasión lo que pasaría si lo hacía. Recuerde que antes de la separación yo vivía en aquella casa, había conducido aquel coche y

había bajado cientos de veces aquella misma rampa. Yo le había advertido de las consecuencias. Evidentemente nunca pensé que pudiera...

Carreras dio otro pequeño sorbo y dejó escapar un suspiro.

—Si se para a pensar yo mismo le di la idea. Sin pensarlo, desde luego, pero así fue. Nunca deseé la muerte de Carlos Calvo, Olga merecía ser feliz, encontrar a alguien. Si ella volvía a vivir en pareja yo me sentiría menos... Menos culpable. ¿Por qué no decirlo? Así era, me sentía responsable de su soledad, ella no me ahorró reproches. Y Daniel sabía lo que podía pasar por que yo se lo había explicado. ¿Cómo cree que...?

No terminó la frase, Raúl asintió a su pesar.

—Le di muchas vueltas, no podía permitir que Daniel se sintiera como un criminal. Sentirse como se sentía le hubiera jodido la vida, a él y a cualquiera. Y, sinceramente, creo que era injusto. Era un crío. No podía entender que a veces los mayores hablamos por hablar y que las palabras no siempre responden a las intenciones de la gente. Tenía que exculparlo de alguna manera y acabé por ir a ver a mi mecánico, Andreu Palomas, un buen hombre y un buen mecánico. No le expliqué lo que había pasado, solo le dije que quería asegurarme de que el freno funcionara bien. Después de lo sucedido a nadie podía extrañarle. Le pedí que revisara y que tensara al máximo el freno de mano del todoterreno. Al máximo. Olga no había vuelto a cogerlo desde lo de Carlos, no fue difícil, me lo llevé con una excusa, creo que ni se enteró.

Un nuevo sorbo de *whisky* y unos instantes de silencio le ayudaron a continuar.

—Andreu hizo lo que le pedí y yo obligué a Daniel a subir en el asiento del copiloto, llevé el todoterreno a una pendiente pronunciada, tiré del freno con todas mis fuerzas y le ordené a mi hijo que bajara la palanca. Obedeció llorando. Se negaba. No pudo. Lo intentó, pero no tenía fuerza, o no la tuvo en aquel momento, quizás le ayudó el subconsciente, el caso es que no pudo bajarla. Quise convencerlo de que lo que había sucedido era que Carlos no había tirado con fuerza de la palanca al detener el coche y que no había quedado bien frenado, que lo había dejado a medias tal y como había asegurado la policía y que por eso se desplazó. Le repetí no sé cuántas veces que si lo hubiera hecho, si hubiera tirado de él hasta el límite, un niño no hubiera podido desactivar el freno.

Hizo una pausa, retiró las gafas de su nariz, las dejó sobre la mesa y repasó con las puntas de sus dedos la línea de sus cejas para acabar presionándose las sienes. Parecía cansado.

—Se lo demostré, quité el freno parcialmente exagerando un poco el esfuerzo y lo dejé a medias, el coche empezó a moverse muy despacio. De hecho creo que logré demostrarle lo indemostrable, que aunque él no hubiera quitado el freno de mano el coche hubiera bajado la rampa igualmente. Le dije que si no había advertido el movimiento era porque en una cuesta al principio es más lento y después se acelera. Una ley física. Irrebatible. Intenté convencerle de que él no tenía la culpa, de que

Carlos había cometido un error fatal con resultado de muerte, de que... Bien, hice lo que pude, todo lo que estaba en mi mano hacer. ¿No habría hecho usted lo mismo?

Raúl estuvo a punto de responder afirmativamente, se limitó a contestar:

—No lo sé, quizás sí. No lo sé.

—Y creo que lo conseguí. Lo repetí tantas veces... Creo que a veces la mente elige creer y en este caso la mente de Daniel quiso creer en mis palabras. Lentamente Daniel se recuperó. Malvendimos el coche poco después. El caso es que no sé hasta qué punto pude persuadirlo, pero lo cierto es que Daniel pareció sentirse muy aliviado. Quizás no conseguí convencerlo por completo, pero estoy seguro de que logré establecer una duda razonable como dicen los abogados, «una duda razonable» que le permitió seguir adelante. Yo mismo llegué a pensar en algún momento que mi hijo no podía haberlo hecho. Poco a poco volvió a ser el crío más o menos feliz que había sido siempre. Al menos lo parecía. Establecí una duda exculpatoria. Uno se agarra a menudo a lo que puede. Y eso es lo que hizo Daniel. Y no...

—Puedo entenderlo, no le reprocho lo que hizo, pero...

—Tal como le decía, no me arrepiento. Hice lo que estaba en mi mano. ¿De qué hubiera servido culpabilizarlo por un malentendido? Pero no me salió bien. Daniel aceptó la explicación, quiso creerla y lo hizo con todas sus fuerzas. Creo que consiguió borrar el episodio de su memoria, al menos todo lo relativo a sus movimientos aquel día. Una duda razonable le permitió aparcar lo sucedido en un rincón de su mente, lo sepultó y pudo tener una infancia y adolescencia relativamente feliz. Le convenía, nos convenía, pero mi hijo también era plenamente consciente de que yo era el único que conocía su secreto, era el depositario de lo peor que había hecho en toda su vida. El guardián de un secreto oscuro, horrible. Fue entonces, muy poco después, cuando empezó a alejarse de mí.

Cabeceó como si recordara y durante unos instantes cerró los ojos.

—Yo conocía lo peor de su pasado. Le resultaba doloroso. El resultado es que acabó apartándose, se alejó de mí sin remedio. Creo que fue algo inconsciente, algo... No sé, creo que ni él mismo sabía por qué cada vez hablaba menos conmigo, por qué a veces no se ponía al teléfono o por qué pretextaba compromisos con sus amigos, o deberes, o mil cosas, para no pasar el fin de semana con nosotros. Poco después, cuando nació Eric, mi segundo hijo, la explicación que aceptamos todos fue la de los celos. Siempre encontramos una explicación satisfactoria, nos va la vida. Daniel tuvo la suya, sustentó su vida en ella, nosotros también. Los celos son una explicación para casi todo. Olga continuaba resentida y prefería creer que se trataba de mi indiferencia. Cada cual acaba creyendo lo que más le conviene. Acepté el papel que me tocó y no volví a hablar del tema con mi hijo.

Se llevó de nuevo el vaso a los labios y apuró el contenido.

—Y, créame, se lo aseguro, a Olga le conviene seguir creyendo que la muerte de mi hijo apenas me ha afectado, que soy el peor ser humano bajo la capa del cielo y que en vida no lo quise lo suficiente. Ni a ella. Un indeseable sin conciencia, un mal

hombre, un mal marido y un mal padre. Lo peor de lo peor. No me importa que me culpabilice, preferiría que no lo hiciera, desde luego, pero es el precio a pagar. Olga no vendrá aquí a pegarme un tiro. Me maldecirá hasta el fin de sus días, eso sí, seré su cruz, el hombre que le arruinó la vida. Quizás incluso llegue a la conclusión de que la falta de afecto indujo a Daniel a... Quizás hasta me culpabilice de su suicidio. Cargaré con ello. ¡Qué remedio!

Se encogió de hombros y levantó las palmas en dirección al techo antes de proseguir:

—¿Qué importa? Una aproximación a la verdad, cualquier versión cercana a la verdad que usted pueda ofrecerle siempre será mucho peor. Peor para Olga.

Una nueva lágrima apareció en su ojo izquierdo. La retiró con un dedo y sacudió la cabeza como un perro que se libra del agua tras la lluvia. El ojo continuó encharcado. Con un nuevo suspiro recuperó las gafas que calzó sobre su nariz. La entrevista se acercaba a su fin.

Raúl se removió en su asiento.

—Olga se acusa de ser la causante indirecta de la muerte de Carlos. Fue ella la que guardó el mando en su bolso la noche anterior. Lo hacía casi siempre, era un mal vicio. No se daba ni cuenta. ¿Cómo cree que se sentirá si además usted le explica que su descuido convirtió a su hijo en un asesino y fue el causante de su suicidio años después? ¿Cree que alguien puede vivir con eso? ¿Cree que Olga podrá salir adelante?

¿Lo cree?

La verdad es que Raúl albergaba serias dudas al respecto.

—No creo que intuya lo que pasó realmente. Ella no pudo escucharlo. Es difícil que establezca una relación y mucho más difícil que llegue a imaginar lo que hizo Daniel. Es una mujer lista, pero confío en que nunca llegue a... La certeza de algo así la destruiría, la mataría. Puede estar seguro.

Raúl se levantó en silencio y en silencio le tendió la mano izquierda a Salvador Carreras que se puso en pie y se la estrechó.

—¡Por un puto mando a distancia!

Había tanto dolor y rabia en sus palabras que Raúl retiró la mirada unos instantes y la dirigió a la puerta.

—Pensaré en todo ello —prometió—. Lo pensaré.

—Se lo agradezco.

—Pero quizás si hubiéramos tenido antes esta conversación nos hubiéramos ahorrado algún disgusto. Por lo menos yo —añadió con una elocuente mirada a su mano derecha que colgaba de un pañuelo violeta que no le pertenecía.

—Quizás, pero yo quería conservar el secreto, esperaba que nadie llegara a saber lo que ocurrió. Era la mejor manera de sepultar la historia. No confiaba en lo que usted pudiera averiguar. No tiene usted experiencia ni parece tener los recursos de la

policía. Me equivocaba, pero tenía que intentarlo, se lo debo a Olga. En estos momentos no tengo ninguna seguridad de que usted decida con acierto.

Raúl Forcano se llevó una mano al hombro y acercó el nudo que aseguraba el pañuelo violeta hasta su boca. Con un par de tirones y cara de derrota se libró de él y se lo tendió a Salvador Carreras.

—Es de Victoria.

—Mejor devuélvaselo usted. Me consta que le gustará volver a verle.

Y sacando el móvil de bolsillo de la americana le apuntó el número de la chica en un papel. Raúl dudó unos instantes. Cuestión de amor propio. Por fin alargó su mano izquierda, guardó la nota en el bolsillo del pantalón y se acercó a la puerta del local al otro lado de la cual la mujer del cesto había substituido al anciano por una joven que escuchaba con cara de hastío lo que parecía ser una reprimenda en toda regla.

—Le felicito, Forcano, será usted bueno en lo suyo —dijo Carreras antes de echar a andar con la vista baja en dirección a la oficina bancaria.



«Será usted bueno en lo suyo».

Halagadoras palabras que resonaban todavía en sus oídos cuando arrimado a una fachada volvió a anudar el pañuelo violeta ayudándose con los dientes y a encontrar cierto alivio al dejar descansar la mano.

«Será usted bueno en lo suyo».

Quiso creerlas. Quizás sí, pensó. Era relativamente astuto, perseverante, buen observador... Pero... también era un imbécil enamorado que no sabía mantener la boca cerrada.

El viento era frío y había empezado a llover de nuevo. Era una lluvia fina y racheada que llenó de gotas los cristales de sus gafas y le obligó a avanzar con la cabeza baja. Tenía la cabeza enmarañada. Eran tantas las cosas que debía considerar que no conseguía enderezar el discurrir de sus pensamientos. Apenas había alcanzado la primera esquina cuando recordó que el móvil había vibrado en su bolsillo un par de veces durante la conversación con Salvador Carreras. Buscó el resguardo del toldo tendido de un supermercado mientras identificaba las llamadas y decidía si debía devolverlas.

Dos llamadas perdidas. La primera de ellas de... Le sobresaltó un ruido como de bombardeo apagado justo encima de su cabeza. Pensó en un derrumbe, en un desplome que podía sepultarlo. Se encogió, se protegió como pudo con la mano izquierda mientras recordaba demasiado tarde la fractura de su mano derecha. Sofocó un grito y el móvil cayó al suelo.

Por un momento imaginó al calvo de la telaraña rondando por las inmediaciones e intentando todavía persuadirle a trabucazos de seguir indagando. Sentía el corazón disparado, las piernas flojas, un dolor agudo en la mano rota que durante una milésima de segundo había escapado a su voluntad y una verdadera vorágine por materia gris.

Instantes después, y habiendo comprendido con sonrojo el origen del estruendo, liberó la cabeza, recuperó la verticalidad y miró a derecha e izquierda. Comprobó que un par de mujeres sobre la acera miraban hacia arriba y señalaban uno de los pisos mientras con la mano a modo de visera se resguardaban de la lluvia. Observaban la vivienda desde la que suponían había partido el proyectil que había impactado ruidosamente sobre la lona.

—Es el niño del cuarto, la madre trabaja todo el día, la conozco. No tiene con quien dejarlo cuando está malo y se queda solo en casa —comentó una—. Yo creo que le toma el pelo y un día tendrá un disgusto.

Una pelota había caído desde el cuarto piso y había aterrizado con estruendo sobre el toldo bajo el que Raúl se resguardaba de las cuatro gotas que el viento traía al bies. El mundo entero parecía conspirar para llevarlo al borde del infarto. Un ruido sordo y poderoso exactamente sobre su cabeza había bastado para desbaratar su buen ánimo y alterar todas y cada una de sus constantes vitales.

«Será usted bueno en lo suyo» había vaticinado Carreras probablemente con buena intención. Pero Raúl, que recomponía todavía su estampa y acompasaba con esfuerzo su respiración mientras echaba a andar, cada vez estaba menos seguro. Relativamente astuto, perseverante, observador... pero no necesariamente intrépido. No era un hombre valiente ni capaz de plantar cara a delincuentes de tercera división. El coraje no era una de las virtudes de las que podía presumir. Y le pesaba en el ánimo maltrecho y en la pulverizada autoestima.

En la pantalla del móvil dos llamadas perdidas. La primera correspondía a Olga Bernabé que había llamado dos veces en pocos minutos. No podía improvisar, el asunto era demasiado complejo. Decidió enviarle un mensaje que le concediera una pequeña demora, el tiempo necesario para reflexionar y tomar una decisión. La menos mala.

Te llamo mañana, Olga.  
Si te va bien nos vemos por la tarde.

La segunda llamada procedía de un número desconocido cuyas primeras cifras le resultaron familiares. Quizás solo fuera una intuición. Se detuvo y buscó en el bolsillo de sus pantalones el teléfono que Carreras había apuntado en un papel. Coincidían. La llamada había sido hecha desde el número real de Victoria/Alejandra. Raúl Forcano balanceó la cabeza a derecha e izquierda mientras arrugaba el papelito amarillo que ya no iba a necesitar.

Una sonrisa animaba su rostro mientras caminaba encogido en dirección al metro. No había interlocutor en las proximidades que pudiera interpretar correctamente sus gestos, pero era lo de menos. No le importaba que alguien pensara que acababa de enloquecer. Una llamada de Alejandra, a la que tendría que aprender a llamar Victoria, bastaba para que el día mejorara sustancialmente. Victoria Alejandra. Pensó que la combinación de ambos nombres daba como resultado el de una reina o el de una emperatriz. Un nombre compuesto que sonaba a rancia estirpe de la realeza o a telenovela de bajo presupuesto. Sonrió ampliamente, sin reservas. Pensó que si alguien sin nada mejor que hacer hubiera seguido sus movimientos desde que abandonó la sucursal, a estas alturas debía creer que era un tarado. Otro tarado más. Uno de tantos.

Un capullo tarado. Un mierda.

Decidió devolver la llamada más tarde, quizás al día siguiente, cuando hubiera tomado las decisiones más urgentes, también las más trascendentes. Si respondía de inmediato a Victoria, la que siempre sería Alejandra, podría pensar que estaba

ansioso por volver a verla, que nada importaba, que el engaño quedaba olvidado y, lo que era mucho peor, que no conservaba ni un mínimo de dignidad. Y estaría en lo cierto. En todo. Por eso se obligaría a esperar unas horas antes de llamarla, un día entero si era capaz de hacerlo. Quizás algo más.

Por el momento se dirigiría a la facultad, intentaría ponerse al día con ayuda de Andreu Cabana con el que habían imaginado más de una vez montar una agencia propia «Forcano y Cabana» o «Cabana y Forcano. Detectives». No habían alcanzado un acuerdo, pero resultaba divertido jugar a desvariar sobre el futuro. Andreu, mucho más audaz y un punto temerario, era su complemento perfecto. Se entendían mejor que bien, se apreciaban pese a la diferencia de edad. Consideró que necesitaba despejarse, dejarse atrapar por otros pensamientos, «poner a enfriar la cabeza», fuera lo que fuera lo de enfriar la cabeza y trasegar una cerveza en una compañía amable.

A pocos pasos de la estación de metro, en una esquina, apoyado en una farola y aparentemente inmune a la lluvia que arreciaba sobre su despejado y reluciente cráneo; vislumbró al calvo de la telaraña. Pensó en desviarse de su trayectoria, pero se diría que el hombre, ensimismado y de semblante taciturno, había bajado la guardia. Apuraba un pitillo que protegía con la palma de la mano mientras aguardaba frente a la entrada de un centro de asistencia primaria. En manga corta, vaqueros y botas militares parecía esperar a alguien, quizás a la madre, a la mujer, a un hermano, a un hijo...

El sujeto permanecía plantado frente al centro asistencial bajo la lluvia con una bota apoyada en la farola. Aguardaba. Había algo de desafío en su actitud. Raúl había constatado que cada vez más a menudo la rebelión y la rabia se reducían a los detalles menores, como si la humanidad entera hubiera acabado por aceptar que en los grandes temas no valía la pena entrar.

Nada que hacer.

Aunque parecía improbable que el hombre, que horas antes le había amenazado con una navaja, rectificara su posición y advirtiera su presencia, Raúl apretó el paso y desapareció escaleras abajo mientras repetía interiormente:

«Será usted bueno en lo suyo».

Como había afirmado minutos antes Salvador Carreras, la mente es poderosa y nos empuja a creer lo que más nos conviene. «Será usted bueno en lo suyo», había añadido antes de perderle de vista. Raúl quería creerlo, lo intentaba, de hecho las palabras le venían una vez y otra a la cabeza. Quizás era cierto, solo esperaba con todas sus fuerzas que en adelante los casos resultaran algo más fáciles, menos delicados, que no comportaran tener que decidir entre lo malo y lo peor.

\* \* \*

Pasó el resto del día con Andreu Cabana al que encontró en la cafetería acompañando un café con par de donuts.

—Es lo que hacen los polis en las pelis norteamericanas. Los compran por cajas. Si a ellos les sirve a mí también.

—Bien visto.

Raúl intentó centrar su atención en asuntos menos comprometidos. No sirvió de mucho. Pero sí que le aliviaron los cuatro chismes susurrados al oído, las risas de ida y vuelta y en especial el par de cervezas que bebió en compañía de Andreu antes de regresar a casa y que propiciaron la modorra que precede al sueño profundo. Tres horas de un sopor inducido, la cabeza embotada y los ojos como platos hacia las dos de la madrugada.

Eran tantos los asuntos en los que pensar que acabó como acababa casi siempre que debía tomar una decisión difícil, en un bucle especulativo del que le resultaba extraordinariamente difícil escapar. Evolucionaba hacia adelante y hacia atrás en una progresión imposible que siempre le recordaba a las imágenes de Escher y a sus imposibles escaleras de ida y vuelta. Si explicaba a Olga lo que había conseguido saber no solo no beneficiaría a la madre de Daniel sino que, dado que resultaban difíciles de prever sus acciones futuras fruto de la gravísima pérdida y de la desesperación, quizás acabaría perjudicando fatalmente a Lucas. El chico no merecía más dolor del que había padecido y que probablemente le acompañaría hasta el fin de sus días.

Mentir era una posibilidad que no descartaba. Aunque como futuro investigador debería borrarla de su mente y de su código de actuación, una explicación deformada de los hechos era una salida a considerar. Y lo hizo. En contra de lo que le exigía la ética, que no era otra cosa que el respeto a la verdad, se esforzó por encontrar una explicación alternativa que a Olga le resultara convincente y tranquilizadora. Se justificó a sí mismo considerando que, al no haberse licenciado todavía, podía estimar que no estaba sujeto a código deontológico alguno.

Dio vueltas y más vueltas a las diversas posibilidades siempre desde el mismo ángulo, sin conseguir variar la perspectiva, sin progresar. Pretendía proporcionar a su cliente una media verdad que nunca, nunca, nunca contemplara la certeza de que Daniel había accionado el freno aquella tarde.

No lo consiguió.

Una mala noche presagio de un día que no pintaba bien.

Cuando las primeras luces acuchillaron la ventana Raúl se puso en pie de mal humor. Se sentía atrapado y con la desesperante sensación de que cualquier opción sería una mala opción. Se duchó y afeitó con dificultad entre juramentos y se preparó un café que le revolvió el estómago. Ingirió una pastilla para el dolor que subía desde su mano y cerró los ojos.

Albergaba serias dudas sobre su futuro como detective. El primer caso le planteaba problemas que se sentía incapaz de resolver. Siempre había pensado que

alcanzar la verdad era el propósito de todo investigador. Sin embargo, a la luz de los hechos probados y de sus posibles consecuencias, se imponía una revisión urgente de sus más íntimas convicciones.

No había alcanzado decisión alguna cuando consultó el móvil y comprobó que había recibido un mensaje de Olga que había sido enviado de madrugada. Otro más.

Necesito hablar contigo

Contestó con un escueto:

Nos vemos en el Velódromo a las 18 h.

Unas horas que pensaba dedicar a encontrar una salida airosa.

Llegó con más de diez minutos de antelación, como casi siempre, sin haber elaborado una explicación plausible y desconfiando de su capacidad para improvisar. Una facultad, la de la improvisación, que había ejercitado largamente y con notable provecho en la casa paterna con el propósito de explicar lo inexplicable, pero que apenas había utilizado más allá del ámbito familiar.

Buscó la mesa más retirada y se sentó encarado hacia la puerta de entrada. Pidió un café con leche que abriría paso en el estómago a otro de los analgésicos recomendados en el servicio de urgencias y que le fue servido por una chica de origen asiático, probablemente filipina, con el brillante cabello color vinilo y una sonrisa de la que el joven podría enamorarse sin el menor esfuerzo. Sintió lástima de sí mismo, de su extrema y alarmante fragilidad, de sus sentimientos siempre a la intemperie. La chica peinaba una cola de caballo muy muy negra que se balanceaba entre sus omoplatos y le saludó con un delicioso «buenas tardes» al que Raúl correspondió con una sonrisa y con la secreta convicción de que no serían especialmente buenas.

Corrigió la colocación de la taza sobre la mesa. Como siempre. Había desaparecido el benéfico efecto Alejandra y habían regresado las rutinas —también conocidas en el seno familiar como «manías»— que volvían a ocupar un espacio importante en su día a día. Sacó el cuaderno en el que conservaba sus notas y el bolígrafo que prefería. Apoyarse en sus hábitos era una forma de perseguir la seguridad de la que carecía y que tanto necesitaba. Le resultaba prácticamente imposible concentrarse, no conseguía enfocar el pensamiento que se desparramaba sin remedio. Demasiadas cosas en las que pensar y Alejandra presente de alguna manera en todas ellas.

No se había separado del pañuelo color violeta, lo único que conservaba de la chica que ocupaba su mente de parte a parte. Un pañuelo con el que sujetarse el brazo y una habitación pintada de blanco de la que ya nunca conseguiría desprender su recuerdo que quedaría adherido a cada pared con mayor eficacia que el papel pintado. No bastaría una rasqueta con la que despellejar la pared impoluta ni emparar las paredes a conciencia para arrastrar el rastro de su pasajera presencia en el piso de la abuela Asunción.

Alejandra permanecería siempre en aquella habitación como la sombra fantasmal de una ilusión, el espectro de lo que pudo llegar a ser.

Había decidido que la llamaría aquella misma noche cuando, para bien o para mal, hubiera rendido cuentas a Olga Bernabé. No sabía con qué intención ni qué esperaba de conversar con ella unos minutos, pero no dejaría de intentarlo. Como persona obsesivamente ordenada y concedora de sus propias limitaciones era

partidario de afrontar siempre una cosa detrás de otra, siempre en una secuencia prevista, nunca en paralelo.

Jamás.

A su entender no se podía luchar a la vez en muchos frentes. La sangrienta historia de la humanidad lo había demostrado largamente y su propia biografía era un ejemplo a pequeña escala. Idiomas, historia, cine... Durante unos años todo le interesó, ninguna disciplina resultaba suficiente.

Cuando advirtió la llegada al local de Olga Bernabé apenas acertó a abrir la boca y a intentar un gesto torpe con la mano izquierda suspendida en el aire para llamar su atención. La acompañaba su exmarido, Salvador Carreras, el mismo hombre con el que había mantenido una larga conversación el día anterior y cuya firmeza y determinación hizo temblar todos sus esquemas. El asombro pudo más que sus reflejos y no consiguió evitar la cara de perplejidad. Afortunadamente Olga, ocupada en abrirse paso entre las mesas, pareció no advertirlo. Carreras, que caminaba tras ella, sí lo hizo y se llevó un dedo a los labios para indicarle discreción. Consiguió recomponer el rostro y aparentar normalidad.

Raúl se levantó un instante, balbuceó un saludo y volvió a ocupar su silla como si obedeciera una orden no formulada.

La mujer parecía algo más confortada y al acercarse a la mesa ensayó una sonrisa. Raúl observó que su aspecto no había mejorado nada. Los mismos ojos fatigados, el mismo cabello apagado y recogido de cualquier manera y la piel ajada del que no descansa ni poco ni mucho ni nada. Tampoco había corregido el desaliño que acompañaba a su lamentable estado de ánimo. Parecía vestida y calzada para una larga travesía de montaña o, mejor aún, para pasar la noche al abrigo de un cajero automático.

—Hola, Raúl. —El rostro del padre de Daniel, habitualmente autoritario, parecía sereno, relajado.

No delataba tensión alguna, como si se hallara en paz consigo mismo y con sus congéneres. Un prodigio de autocontrol. El aspirante a detective no sabía qué pensar. No entendía absolutamente nada. Su aspecto, impecable, contrastaba casi violentamente con el de su exmujer. Como si se tratara de una pareja imposible, de un disparate.

—Creo que ya conoces a Salva.

Y Salvador Carreras le tendió la mano a la que Raúl correspondió con su izquierda en un gesto algo forzado. Asintió profundamente desconcertado y experimentando un deseo cada vez más intenso de ser tragado por las fauces de la tierra inmisericorde. Había perdido cualquier resto de confianza en sí mismo. No sabía qué hacer, y mucho menos qué decir.

—Me ha explicado que ayer os visteis, que estuvisteis hablando y que te parecía apropiado que estuviéramos los dos juntos. Yo también creo que es lo mejor. No es que Salva y yo nos llevemos muy bien, hace muchos años que... Pero probablemente

tiene razón, lo que has podido saber nos atañe a los dos. Daniel es... Perdón, Daniel era nuestro hijo, de los dos. Y...

Le tembló la voz y no consiguió acabar lo que pensaba decir. Carreras abandonó su mano sobre la de su exmujer en un gesto de apoyo que ella agradeció con una inclinación de cabeza.

—La verdad es que no he podido esperar, he insistido tanto que creo que Salva ya me lo ha explicado casi todo. No te preocupes, quiero que sepas que estoy satisfecha con tu trabajo, lo que has averiguado es muy importante para mí, es... No sé cómo...

Olga no continuó. No pudo. Se interrumpió para conservar la poca serenidad de la que disponía todavía. Quedaban muchas cosas por decir.

De nuevo Raúl asintió sin la menor sospecha de cómo iba a acabar aquello y con todas y cada una de sus terminaciones nerviosas en estado de alerta máxima. No tenía ni idea de qué era lo que Olga sabía ni lo que ignoraba todavía. Y no sabía qué era lo que le preocupaba más. Al parecer Salvador Carreras se había apoderado de las riendas y el aspirante a detective no tenía ni idea del rumbo que tomaba la caballería que amenazaba con iniciar un trote desbocado campo a través.

No se equivocaba. Y no en tardó comprobarlo.

—Ya le he explicado a Olga que ayer mismo, por la mañana, antes de que nos viéramos, encontré una de esas notas entre los pocos papeles que Daniel tenía en mi casa y que estuvimos hablando de ella. ¿Recuerdas que te expliqué que Daniel pasó una noche conmigo en abril cuando Olga salió un fin de semana con unas amigas?

Olga Bernabé asintió.

Raúl también. Interpretó que era lo que se esperaba de él.

—Y la nota dice lo mismo, pero con fecha de mayo.

Raúl, mero observador, se sintió como uno de esos gatos dorados, siempre silenciosos, que mueven la pata en el aire en los escaparates de los bazares. Se limitó a desplazar la cabeza adelante y atrás como un perfecto idiota en señal de total conformidad.

—Pero ya viste que no quedó muy bien. —A lo que Raúl correspondió con un nuevo gesto afirmativo y cara de estar al cabo de la calle—. Las palabras y la fecha no estaban bien alineadas como en las otras, tampoco eran más grandes que las de abril, no seguían la secuencia. También se la he enseñado a Olga. Creo que por eso Daniel la descartó y la repitió, afortunadamente no la destruyó, la dejó entre las pocas cosas que tenía en mi casa en lugar de tirarla a la papelera.

—Ya. Yo también lo creo —acertó a decir Raúl que empezaba a vislumbrar por dónde irían los tiros—. Era como un borrador, una prueba.

Olga se apoderó de la palabra.

—Daniel era muy sentido, todo le afectaba muchísimo, desde que era un crío. — En esta ocasión fue Salvador Carreras el que se limitó a asentir—. Siempre fue así. ¿Te acuerdas?

—Sí, claro que me acuerdo —respondió Carreras en voz muy baja.



Olga hablaba a trompicones y con cierto desorden.

—A veces no lo parecía, porque no hablaba de ello, pero... No conozco a esa chica. Nunca me habló de Sandra, no sé por qué, no lo entiendo, yo no soy... Pero eso ya no importa, lo que importa es que mi hijo debió quererla mucho para hacer lo que hizo, para llegar a... —añadió Olga Bernabé.

Las lágrimas apuntaban ya en sus ojos y una de sus manos se agitaba en el aire como presa de un temblor senil. Junto a ella Salvador Carreras hablaba con la camarera a la que pedía dos cafés sin perderse ni una palabra de la singular conversación.

—Es una chica estupenda. Lista y muy guapa, ha sentido mucho lo de Daniel, me consta. Te lo puedo asegurar —remató Raúl por aportar alguna cosa y rellenar así algún hueco.

—Es una casualidad que lo dejara un día 29. Una verdadera casualidad. Parece imposible —aportó Carreras antes de que Raúl se aventurara por los derroteros inapropiados por los que amenazaba con transitar.

—Cierto, una casualidad verdaderamente increíble —remató este consciente solo a medias de la versión urdida por el padre del chico que le dirigió una fugaz mirada de complicidad.

En el rostro de Olga un feroz resentimiento, una emoción emparentada muy de cerca con el rencor, próxima al odio e igualmente pavorosa.

—No debe ser tan maravillosa ni tan estupenda si fue capaz de dejar a mi hijo de la noche a la mañana porque se creyó cuatro cosas que alguien puso en Facebook. — Su tono era agrio, cargado de animadversión—. ¡Facebook! Si es como un juego, es..., es estúpido, es... Yo más bien creo que es una cría consentida y que no sabe el daño que puede llegar a...

—Bueno, ella no era consciente de lo que... Por lo que sé en un instituto estas cosas son el pan de cada día.

Olga le interrumpió, había aparcado la cortesía el mismo día en que descubrió a su hijo tendido en su cama, muerto.

—¡El pan de cada día! ¿Cómo puedes...? No se suicidan chicos cada día. Aunque no queráis reconocerlo, creo que esa cría era una manipuladora, creo que utilizó a Raúl, que lo utilizó para darle celos a otro. Lo hacen muchas, se lían con otro esperando a que el otro reaccione y al cabo de unos días si te he visto no me acuerdo. Si no ya me dirás por qué se fue con él a la primera de cambio. ¿Cómo puedes decir que es una chica estupenda?

Raúl, que apenas conseguía seguir el razonamiento de la afligida madre y que no imaginaba los flecos de la endeble historia, intentó no contrariarla.

—Es una adolescente. Todos tienen un lío en la cabeza y... Además estoy seguro de que le llenaron la cabeza de tonterías. Esas cosas pasan, a veces los amigos hacen mucho daño, creo que la empujaron a dejar a Daniel... Pero te aseguro que lo ha sentido mucho. Ella no podía...

—No puedes culparla de algo así, Olga. Por mal que se portara, aunque tengas razón y lo engañara, o lo utilizara. Las cosas son así. La chica no podía prever que Daniel...

—Ya. ¿Qué va a decir? Me callo lo que pienso de esa chica, no puedo hacer nada, ya sé que no tiene remedio. Pero ya se lo encontrará, ya. A veces la vida hace justicia —añadió la mujer en un tono que albergaba un deseo evidente de venganza—. ¿Por qué crees que escribía «Yo la mato»? Algo le habría hecho, eso seguro. Si no, no se entiende que...

Y aquí Raúl puso en práctica su capacidad para improvisar.

—Creo que es lo que Daniel sintió en un primer momento, la rabia, una ira incontrolable... La sangre en la cabeza, ya sabes. Eso es lo que se siente a veces, te lo aseguro. Yo mismo... No significa que pienses asesinar a nadie, son cosas que te vienen a la cabeza, el primer pensamiento. —Y Raúl no mentía.

Se recordó a sí mismo en situaciones parecidas y recordó a Carlos Calvo y las desafortunadas palabras que le acarrearón la muerte. Con toda seguridad las pronunció sin pensar en ningún caso en matar a Olga, era una forma de hablar, un desahogo. Ni tan siquiera un pensamiento fugaz.

—Creo que era a la vez un recordatorio del dolor y de la cólera que sintió y una forma de expiación de ese deseo intolerable. Estoy seguro de que Daniel no pretendía matar a nadie y también lo estoy de que la idea de haberlo pensado en algún momento le resultaba insoportable.

Junto a la desconsolada madre, Salvador Carreras asentía.

Hizo una pausa. Con la mirada, el padre de Daniel le alentó a proseguir.

—Creo que Daniel era un chico de sentimientos complejos, un chico con una extraordinaria capacidad de introspección, capaz de sentir toda la rabia y todo lo inaceptable que se esconde en ese deseo de acabar con la persona que te ha hecho daño. También creo que adoraba a esa chica en la misma medida en que llegó a odiarla. Tengo la seguridad.

Olga escuchaba con tanta atención que Raúl se sintió espoleado por sus ojos tan abiertos y por su rostro receptivo y tan necesitado de consuelo.

Prosiguió:

—Creo que no consiguió asimilar ni el abandono ni la furia. No pudo vivir con ello. Por lo que me han dicho los que trataban a diario con él, era un chico muy inteligente con un mundo propio, un mundo complicado que no compartía con nadie. Ni con sus mejores amigos.

Y Olga bajó la cabeza al tiempo que la bella camarera depositaba dos cafés en la mesa.

—Ni con su madre —añadió la mujer mientras con el canto de la mano arrastraba las primeras lágrimas sin dejar de pensar en su hijo, un chico al que seguiría adorando el resto de su vida.

No podía saberlo pero, al aceptar la versión de los hechos que planeaba sobre la mesa de la cafetería, se resignaba a ignorar por siempre los motivos que empujaron a su hijo a quitarse la vida.

Junto a ella Salvador Carreras dirigió a Raúl una mirada en la que se mezclaban la aprobación y el reconocimiento. Con un brazo rodeó los hombros de su exmujer que pareció hacerse todavía más pequeña y más frágil y besó delicadamente su cabello. Había en su rostro una aflicción infinita y en su gesto una gran dosis de ternura, un rescoldo de amor antiguo. Nada de todo ello escapó a la observación de Raúl.

El silencio se alargó y el joven investigador se removió en la silla. Salvador Carreras resolvió el trance con sagacidad. Resultaba evidente que era un hombre muy astuto. Un tipo con recursos.

—Ya le he explicado a Olga que legalmente no hay nada que hacer, ni contra la persona que suplantó a Daniel, si es que algún día consiguiéramos saber de quién se trata, ni contra la chica. Estaríamos obligados a recurrir a la policía, que ya ha cerrado el caso, y dudo que llegáramos a alguna parte. Los delitos en las redes sociales son relativamente nuevos y justo ahora empiezan a contemplarse y a sancionarse. Se aplican ya algunas penas menores por injurias, acoso, suplantación de identidad... pero todavía están siendo tipificados y las sanciones son verdaderamente ridículas. Además los agravios no iban dirigidos a Daniel, no es una forma de acoso, es una suplantación y en las redes son muy frecuentes.

—Pero... Acabó en suicidio. Es...

El abogado Salvador Carreras, director de sucursal bancaria y hombre habituado a ser escuchado y obedecido, sentenció el asunto:

—Creo sinceramente que no podemos ni debemos continuar por ahí, Olga. Por otra parte no hay nada que imputar a Sandra, no se puede condenar a nadie por romper una relación sentimental. La gente es libre de ir con uno o con otro... Lo es y así debe seguir siendo. Todo el mundo sufre por ello, pero así es la vida. A todo el mundo lo han dejado alguna vez y no hay nada que castigar.

Raúl intuyó que en aquel momento Carreras había pasado a hablar de sí mismo, de su repentino e intenso enamoramiento y de la dolorosa ruptura que los separó y abrió entre ellos un abismo.

—Pero mataron a Ridley, Salva. Alguien lo mató. Eso sí es... Sí que podría hacerse alguna cosa.

—No tenemos la certeza, Olga. Ya lo hemos hablado. Además no hubo autopsia, ya lo sabes. Daniel no quiso enterrarlo, quiso que fuera incinerado, fue su voluntad. Vinieron a recogerlo y se lo llevaron. Tengo la factura por algún sitio. No hay nada que hacer, Olga. También es posible que no exista una relación. Hay perturbados que van por ahí envenenando gatos y palomas. ¿Quién te dice que no hacen lo mismo con los perros?

—Lo de Ridley es una vía muerta —señaló Raúl por refrendar la necesidad de dejar correr el asunto y por jugar algún papel, aunque se tratara de un papel menor,

puramente un secundario en el curso de la conversación.

—Olga, has oído mil veces que hay gente que envenena el pan y mata a las palomas por el placer de verlas morir. Desaprensivos los hay en todas partes, gente a la que le molestan los animales, intolerantes, locos... Todavía me resisto a creer que alguien quisiera que Ridley muriera. Era un buen perro, apenas ladraba, no era agresivo, no molestaba, no... Si realmente fue envenenado pudo ser cualquiera, Olga, y ese cualquiera no necesariamente conocía a nuestro hijo ni a su perro y no necesariamente estaba relacionado con Sandra o con la persona que suplantó la identidad de Daniel. Un loco es un loco.

Olga gimió a punto de darse por vencida. Carreras remató la faena.

—Daniel dijo que no había visto nunca a aquel chico, que no lo conocía de nada. Nuestro hijo hablaba poco, no explicaba casi nada, lo sabes mejor que nadie, pero no mentía nunca.

Olga gimió de nuevo y se hizo muy pequeña atrapada en la silla por el brazo de su exmarido. Era su manera de bajar las armas. De reconocer la derrota.

En el Velódromo el bullicio de media tarde sofocó los sollozos de Olga Bernabé. Al advertir el llanto de una clienta la camarera se acercó y preguntó a Carreras si necesitaban algo. Respondió que no mientras abrazaba a su exmujer y se movía muy levemente adelante y atrás, como si la acunara.

Raúl advirtió lágrimas en sus ojos de hombre que sobrelleva el peso del mundo, unos ojos convenientemente enmarcados en azul. También él parecía cansado e infinitamente triste.

—Te acompañaré a casa —le susurró con delicadeza, como si algo del antiguo amor que había sentido hacia ella resucitara al hablarle al oído.

Abonó la cuenta y la ayudó a ponerse en pie.

—Ha hecho usted un buen trabajo, Forcano. Yo pagaré sus gastos, ha sido usted una gran ayuda.

Sus palabras parecían sinceras y también su media sonrisa. Raúl, desconfiado por naturaleza y por la experiencia acumulada, creyó advertir en ellas el rastro cruel del sarcasmo.

—Le recomendaré a mis amigos —añadió alargando la mano y estrechando la izquierda de un Raúl casi paralizado—. En cuanto esté usted instalado hágame llegar su tarjeta. Tengo clientes que a menudo necesitan a alguien como usted. Solo espero que sepa ser discreto.

—Descuide —respondió Raúl atribulado.

Olga hizo un gesto de conformidad y echó a andar precediendo a su exmarido.

Raúl permaneció un rato sentado a la misma mesa intentando comprender lo ocurrido.

Cuando Raúl abandonó el Velódromo minutos después de que lo hicieran los padres de Daniel, en la ciudad el atardecer se anunciaba frío y en las aceras se encendían ya las primeras luces. Armados de barras de metal los primeros indigentes hurgaban en las entrañas de los contenedores y en alguna de las terrazas irradiaban ya las primeras estufas que a Raúl se le antojaban un verdadero derroche. Casi un crimen.

Demasiado tarde para asistir a clase, demasiado pronto para esperar un plato caliente en la mesa materna y demasiadas cosas en la cabeza. Un verdadero e irreconciliable barullo.

Decidió caminar los tres cuartos de hora largos que lo separaban del domicilio familiar. Pensó que sería buena idea esperar a su padre a la puerta de la ferretería, ayudarles a bajar la persiana y caminar los últimos metros juntos y en silencio, como siempre. Raúl era un desertor del mostrador, un prófugo de clavos, tuercas y rodamientos, el hijo que se niega a seguir al frente del negocio familiar. Un negocio que respetaba, pero que había llegado a detestar. Fueron muchos los veranos en los que su madre se empeñó en que pasara horas enteras en la callada compañía de su padre y de sus dos empleados con el propósito de aprender el oficio. Experimentaba una especie de extraña culpabilidad por no haber tomado el relevo. Gabriel Forcano y su hijo eran capaces de pasar muchas horas en un silencio absoluto.

El brazo colgaba junto a sus costillas y con ayuda del ibuprofeno la mano apenas le dolía. Se enrolló al cuello una bufanda, hundió la cabeza entre los hombros y echó a andar. Quizás la brisa fría que barría las calles arrastraría también las muchas preocupaciones que había acumulado durante los últimos días. Debía reconocer que el trágico caso del suicidio de Daniel y de la explicación pertinente se había saldado bien, minimizando el dolor. No era la verdad, desde luego, pero la versión ofrecida en complicidad con su exmarido confortaría a Olga Bernabé que quizás podría intentar seguir con su vida. Tenía sus dudas, pero no se arrepentía de haber contribuido a edificar una fábula.

El lado oscuro del asunto, siempre había un lado oscuro, era que el curso de los hechos ponía en entredicho su capacidad para asumir y resolver con la verdad los casos peliagudos que pudieran presentarse en un futuro. Y si la verdad no era el propósito, no sabía qué pensar. Su forma de actuar tampoco despejaba muchas dudas respecto a la necesaria dosis de valor que, a su entender, se le suponía a un investigador privado. Un coraje que no estaba contemplado en el currículum y que resultaba imprescindible incluso en aquellos casos, como el de Daniel, en los que el peligro era *a priori* una posibilidad peregrina.

Mientras caminaba despacio y cruzaba el Eixample en dirección a Les Corts le asaltaron las dudas que habían quedado latentes durante unas horas. Experimentó la paralizante inseguridad que le había obligado a corregir el rumbo tantas veces en el pasado. La misma inseguridad y la misma desconfianza en las propias fuerzas que le había impelido a cambiar de propósito vital en un par de ocasiones y que había logrado desesperar a sus padres que seguían preguntándose por qué aquel hijo suyo, un joven despierto aunque algo apocado e inconstante, se empeñaba en dejarlo todo a medias.

A modo de mantra se repitió varias decenas de veces las palabras de Carreras. «Es usted bueno en lo suyo». Con cada paso, al superar cada esquina y al atravesar cada calle. «Es usted bueno en lo suyo». También recordó en todo momento que no había conseguido separar el factor humano<sup>[3]</sup> de los hechos probados que debería recoger cualquier buen informe. Había aparcado, casi sin pretenderlo y con ayuda de las delicadísimas circunstancias, la necesidad de mantener en todo momento la cabeza fría.

Y mientras prendía un pitillo arrimado a una fachada encontró el valor del que creía carecer y decidió no rendirse. Acabaría la licenciatura en el corto plazo, pondría en marcha la agencia y se daría una oportunidad. No todos los casos supondrían los mismos problemas morales que el de Daniel ni tendrían una resolución tan dolorosa. Así lo esperaba. Si alguna cosa había sacado en claro de su primer trabajo más o menos remunerado era que investigar era algo que le gustaba hacer, algo para lo que servía aunque su perfil presentara algún vacío. En el futuro tendría que resolver el maldito asunto del factor humano.

En un arranque de valor también decidió que había llegado el momento de hacer la llamada que había postergado durante horas. Apagó el cigarrillo y se libró de la colilla. Sin separarse del muro marcó el número de Alejandra y pensó que para él siempre sería Alejandra, aunque no dudó en pronunciar su nombre real cuando la chica atendió la llamada.

—Victoria. Soy Raúl. ¿O debería llamarte Alejandra?

—Hola, Raúl. Me alegro de que hayas llamado.

—Pues no acierto a entender... Te he llamado porque tenía una llamada perdida y... He pensado que quizás querías joderme un poco más la vida. Y como soy un poco *masoka*...

—No, no digas eso. No te conocía, Raúl, para mí era un favor. Me lo pidió Salva, era un favor... Me lo explicó todo. Desde el principio. Acepté porque pensé que... Sigo pensando que de alguna manera quería evitar males peores. Pero te he llamado porque no quería dejar que creyeras que... Además no me gusta dejar las cosas a medias.

—¿Las cosas a medias? ¿No te conformas con conocer mis últimos movimientos? ¿No me digas que quieres escribir mi biografía? —preguntó con todo el sarcasmo que fue capaz de reunir y el torrente de resentimiento que le subió hasta los labios—. Si

quieres hablas con mi madre y te cuenta lo que quieras, desde mi más tierna infancia, se acuerda de todo y estará encantada.

—Lo siento, Raúl. Por favor, perdóname. Imagino que ya sabes cómo fue. Cuando acepté no te conocía, no sabía quién eras ni cómo eras. Para mí fue la oportunidad de ganar algún dinero y de hacerle un favor a Salva, le debo alguno. Y también de ponerme a prueba, Aunque te cueste creerlo, Salva no es mal tipo y no quería perjudicarte, quería proteger a su ex. Te lo aseguro. Podemos hablar claro, ya sabrás por qué.

Todo acento supuestamente argentino había desaparecido. También las expresiones importadas con las que Alejandra salpicaba sus conversaciones.

—Lo sé, conozco el asunto. Y lo de que no quería perjudicarme... Aquel pirado estuvo a punto de... No me mató de milagro. Casi no lo cuento. Todavía llevo la mano colgando. Por cierto, tengo tu pañuelo.

—Lo sé. Y lo siento, ya te lo he dicho, siento lo que pasó. Aquel tipo es un pirado y... Pero no me gustaría dejar las cosas así... No entre tú y yo.

—¿Así cómo?

—No me gusta que me guardes rencor. No soy una mala persona y necesito que me creas.

—No creo que ese detalle deba preocuparte. Tú y yo casi ni nos conocemos, podías haberte ahorrado el mal rato. No creo que deba importarte lo que yo pueda pensar de ti.

—Lo sé, pero no quería. Estaba preocupada, necesitaba aclarar las cosas contigo.

—Insisto, no creo que tengas motivos para preocuparte. En todo caso es un poco tarde, ¿no?

—Pues, me preocupa. Y mucho. Y tampoco quiero... Verás, quiero pedirte un favor.

—No creo que estés en posición de pedir...

—Escucha, Raúl —le atajó—. Ya me he disculpado. Ahora, escucha. Quiero que me dejes acabar de pintar lo que dejé a medias. Me gustaría ayudarte. Tengo tiempo y creo que lo hago mejor que tú. Quizás pueda convencerte de que... Bueno, me gustaría hacerlo, necesito hacerlo. Además tienes que devolverme mi pañuelo —y en sus palabras Raúl identificó un rastro de coquetería.

Todos sus celos desaparecieron. Raúl permaneció en silencio unos instantes. Había manifestado su enfado con cierta contundencia y ya podía bajar la guardia. De hecho apenas le quedaban restos del rencor acumulado. Volvía a ilusionarse ante la perspectiva de ver de nuevo a la chica de los ojos imposibles.

Dejó caer el pitillo y lo aplastó con el pie.

—Está bien. ¿Mañana a las nueve en mi casa?

—Perfecto. Tú pones el café. Yo, las magdalenas.

«Puaaaajjj», pensó.

—Perfecto —dijo.





Cenar con la televisión encendida y las noticias sucediéndose en la pantalla que presidía el comedor siempre tuvo de malas en peores sus ventajas: podía aparentar cierto interés y esquivar así alguna de las preguntas de su madre que no se resignaba a sus apariciones esporádicas ni a los escuetos monosílabos que articulaba desde su ya lejana adolescencia. En el televisor se encadenaban las imágenes de las inundaciones debidas a los aguaceros recientes, las de las enésimas protestas por los recortes en la sanidad pública y los breves fragmentos de discursos complacientes que ya no le decían nada a nadie. Tampoco a él.

Gabriel Forcano, cuchara en ristre, no descuidaba detalle.

Desde que conservaba memoria su padre había conseguido llevarse la cuchara a la boca sin que le temblara el pulso y sin perderse ni una coma de cuanto se decía ni una imagen truculenta de las muchas que a diario llenaban de sangre la pantalla. Junto a él podía desatarse una discusión o un interrogatorio madre-hijo en toda regla. No se inmutaba. El telediario era sagrado y se escuchaba en un silencio casi reverencial. De vez en cuando comentaba algo en voz muy baja, como para sí, sin esperar réplica. Raúl siempre había creído que el motivo era evitar que su madre se explayara largamente sobre el asunto, sobre cualquier asunto. Dos personas casi antagónicas que habían aprendido a vivir juntas en una armonía llevadera, casi afable. Siempre se había preguntado si sus padres se querían. Nunca había llegado a ninguna conclusión válida.

—Va mal, muy mal —pronunció de forma perfectamente audible bajando la mirada al plato.

Raúl pensó que su padre, habitualmente callado, casi taciturno, se refería al mundo en general al que se asomaba con cada noticiario televisado. Una apreciación global. Asintió. Era cierto, también compartía la sensación de que las cosas no iban bien. Pero ¿cuándo habían ido bien?

—Habla de la ferretería —aclaró Magdalena Díaz ante el pasmo de su hijo.

—¿Mal? ¿La ferretería?

—Como lo oyes. Tu padre está pensando en venderla, en traspasarla... Pero está Anselmo, y el chico... Y...

—¿Pero mal como para bajar la persiana?

Gabriel Forcano, con los labios sellados y la derrota en el rostro, cabeceó en señal de asentimiento.

—No venden ni un clavo, hijo. Los chinos tienen de todo y barato, ya lo sabes. La calidad no importa, venden a mitad de precio, a menos. Bombillas, enchufes, tornillos... A la ferretería solo van los cuatro albañiles del barrio y los lampistas que

necesitan algo concreto que no encuentran donde los chinos... Gente que busca algo que solo tiene tu padre, pero eso no da ni para ir tirando como dices tú.

—¿Y por qué no me habéis dicho nada hasta ahora?

—Esperábamos a que tuvieras un trabajo, algo que te sirviera para mantenerte. Tu padre no ha tomado la decisión todavía, pero ya ha hablado con una inmobiliaria. Si nos hacen una oferta por el negocio o si les interesa el local y saca para indemnizar a Anselmo que lleva toda la vida, se acabó la ferretería... Tu padre y yo podremos llegar a la jubilación sin problemas, piensa que solo le faltan dos años, pero nos preocupabas tú. Ahora te queda muy poco, tienes el piso de la abuela y parece que... Hemos estado hablando y... Si todo sale bien y la oferta no es mala cerrará a principios de año.

Su padre, sentado muy cerca y sin dejar de mirar la pantalla del televisor, hizo uso de la facultad del habla.

—Pensamos que tienes la edad y que te hemos dado cuanto hemos podido. Tienes una preparación, pronto tendrás un título y queremos creer que saldrás adelante. Por eso hemos pensado que había llegado el momento de hablar contigo, de que sepas cómo están las cosas.

—Y si te va mal siempre puedes volver aquí, eso ya lo sabes. Tienes tu habitación y siempre un plato en la mesa —señaló Magdalena Díaz que por nada del mundo querría fallarle a su único hijo—. Esta es tu casa y nos arreglaríamos los tres, eso siempre será así.

—Lo sé, mamá, lo sé. No te preocupes. Me hubiera gustado saberlo antes, quizás hubiera encontrado algo. Hubiera podido ayudar, reducir gastos... Buscar algo durante unas horas. No sé. Pero me hubiera gustado saberlo antes.

Y era cierto. Detestaba los hechos consumados.

—Ahora ya lo sabes. Es lo que hay.

Y las palabras de su padre pusieron fin a una conversación que le resultaba penosa a todas luces.

Las circunstancias reafirmaron a Raúl en su todavía endeble decisión de seguir adelante con sus proyectos. No había salida ni vuelta atrás.

—Y hablando de otra cosa, Raúl, ¿cómo tienes lo del piso? —quiso saber Magdalena Díaz mientras vertía un cazo de sopa en el plato de su hijo—. Con esa mano no podrás...

—Bien —atajó Raúl que tenía demasiadas cosas en la cabeza y pocas ganas de dar explicaciones.

—¿Qué quiere decir bien?

—Que va bien —contestó con un resoplido. Primera indicación de que no deseaba más preguntas.

—No te sacaré de ahí, ¿verdad? —preguntó su madre que interpretaba las señales sin problemas, pero que acogiéndose a un derecho no escrito acostumbraba a hacer caso omiso.

Raúl no se molestó en contestar. Pasó del segundo plato de sopa a la tortilla de patatas con la mirada clavada en la pantalla y sin concederse un respiro mientras pensaba en que a la mañana siguiente volvería a ver a Alejandra. Y todavía había quien aseguraba que los hombres no podían hacer dos cosas a la vez por incapacidad manifiesta.

—¿Cuánto hacía que no comías decentemente? —preguntó su madre por preguntar. No esperaba respuesta. No la hubo.

De nacional a internacional y de aquí a los sucesos más cercanos, las noticias de proximidad. Nada nuevo, nada bueno.

—¿Has hablado con aquel amigo tuyo que vino a...?

—Calla un momento, mamá, por favor.

A todo color y todo dolor una noticia terrible reportada por una joven con una bufanda roja al cuello y el cabello alborotado por el viento otoñal.

«Un hombre de unos cuarenta años ha muerto hoy al precipitarse desde la ventana de su domicilio en el tercer piso de este edificio. La policía no descarta la hipótesis de un suicidio».

La cámara mostraba una ventana no muy grande en un bloque de pisos humilde a todas luces para enfocar poco después el timbre del tercero segunda en el panel de un portero automático. Raúl había pisado aquella calle unas horas antes, el día anterior. La reconoció de inmediato por la parada de metro que apareció en la pantalla durante unos instantes. Junto al portal una mujer retiraba una lágrima con la punta del pañuelo mientras con la mano izquierda parecía sujetarse el corazón. Un hombre mayor, probablemente su esposo, que se apoyaba en una señal de tráfico, golpeaba con el bastón sobre la acera como para espantar el mal fario. Un pitillo le colgaba de los labios entreabiertos.

«Los servicios de urgencias, que han sido alertados de inmediato por los vecinos, han acudido pocos minutos después. Pero aunque el hombre ha recibido asistencia médica casi inmediata los sanitarios apenas han podido hacer nada por él y ha muerto durante su traslado al hospital de Bellvitge. Aparentemente el fallecido, que respondía a las iniciales J.R.C. y que estaba separado y era padre de dos hijos de cinco y tres años, había perdido años atrás el vehículo de su propiedad como resultado de un accidente del que fue declarado culpable. El vehículo, una furgoneta, era su medio de vida. Por otra parte y, según hemos podido saber, estaba a punto de ser desahuciado».

Una lámina dorada recubría parcialmente el cuerpo del hombre que había caído desde el balcón de su casa en el tercer piso del edificio. Se había estrellado frente a un bazar llamado La nueva muralla cuya propietaria, una mujer china diminuta que calzaba unas inapropiadas chinelas doradas, observaba con las manos unidas a la altura del vientre con cara de aflicción.

«Los vecinos afirman que había perdido su trabajo como transportista hace unos años cuando su furgoneta se vio involucrada en el accidente al que acabamos de

referirnos. Dicen los que le conocían que se pasaba el día en la calle intentando sacarse unos euros que no bastaban para pagar el alquiler del piso que ocupaba ni la pensión de sus hijos que residían junto a su madre en el piso propiedad de la pareja. Al parecer la familia iba a ser desahuciada en breve dado que hacía meses que ni el fallecido ni su exmujer habían podido pagar la hipoteca que pesaba sobre la vivienda. La situación del fallecido era verdaderamente alarmante».

En la pantalla una mujer con un cesto de la compra y unas gafas de montura exageradamente grande respondía a las preguntas de la chica y afirmaba que el defenestrado era un buen hombre. Muy conocido en el barrio. Que había tenido algún problema en su juventud y que la vida no lo había tratado bien. Un buen hombre que siempre saludaba.

«Yo, hija, siento mucho que haya acabado así. Algunos no se fiaban de él, no siempre andaba con buenas compañías. Pero yo te digo que era un buen hombre y que se desvivía por sus hijos».

La mujer tomo aliento.

«¿Y sabes lo que te digo? Que aquí donde nos ves todos acabaremos así. Que no llega para nada y los que podrían hacer alguna cosa miran para otro lado, como si...».

Junto a ella una chica pelirroja lucía la camiseta verde que señalaba a los miembros de la Plataforma de Afectados por la Hipoteca y asentía con convicción. La reportera, azorada ante lo que parecía un alegato en toda regla, le agradeció su testimonio, se alejó unos pasos y se apresuró a continuar:

«La policía contempla la posibilidad de que se trate de un suicidio pero no descarta un ajuste de cuentas por tráfico de drogas puesto que al fallecido se le asocia también con redes de traficantes».

La cámara mostró el brazo derecho que sobresalía de la camilla y colgaba aparentemente inerte mientras los sanitarios introducían el cuerpo en la ambulancia.

Raúl sofocó un grito.

—¿Qué te pasa? —preguntó su madre que había advertido su reacción mientras su padre se llevaba el índice a los labios para exigir silencio.

—Nada, acabo de recordar una cosa.

En el antebrazo del hombre, perfectamente visible, el extremo azulado de una tela de araña.



EMPAR FERNÁNDEZ (Barcelona, 1962) alterna la docencia con la escritura, tanto de ficción como de no ficción. Con su primera novela, *Horacio en la memoria*, obtiene el Premio Cáceres. En 2004 comienza su colaboración literaria con Pablo Bonell Goytisolo y publican *Cienfuegos*, *17 agosto*; *Las cosas de la muerte*; *Mala sangre* y *Un mal día para morir*. Resulta finalista del IX Premio Unicaja de Novela Fernando Quiñones con *El loco de las muñecas*. Posteriormente publica, entre otros, *Hijos de la derrota*, *La cicatriz* (Premio Rejadorada de Novela Breve) y *Mentiras capitales*. Ha quedado finalista del Premio Medellín Negro 2013 y del Ciudad de Carmona 2014. Con *La última llamada* resultó finalista del premio Valencia Negra 2015. Su anterior novela, *Maldita verdad* (2016), recibió el Premio Tenerife Noir y fue finalista del Premio Hammet a la mejor novela negra en castellano. EN 2017 publicó *Hotel Lutecia*.

# Notas

[1] En inglés: La hora de morir. (N. de la E.). <<

[2] En inglés: ¡Levántate! (N. de la E.). <<



[3] *El factor humano* es una novela de Graham Greene publicada en 1978 en la que la vida privada de Maurice Castle interfiere en su trabajo como funcionario que maneja información potencialmente peligrosa. <<